

La llama es bella

Antología de escritos
de Antonio de Hoyos y Vinent

Edición, introducción y notas
de Julio Monteverde

el

COLECCIÓN EMPERO



CERMI

COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD

ediciones
cinca



COLECCIÓN empero

N.º 16

La llama es bella

Antología de escritos
de Antonio de Hoyos y Vinent

CERMI

COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD



ediciones
cinca



COLECCIÓN empero

Dirigida por Luis Cayo Pérez Bueno

PRIMERA EDICIÓN:

Agosto, 2020

© DE ESTA EDICIÓN:

CERMI

Ediciones Cinca, S.A.

© EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS:

Julio Monteverde

TÍTULO ORIGINAL:

La llama es bella

(Antología de escritos de Antonio de Hoyos y Vinent)

© ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA:

Between Rounds, de Thomas Eakins, 1898-1899, óleo sobre lienzo,

Museo de Arte de Filadelfia, Pensilvania, EE.UU.

Ediciones Cinca agradece al Archivo Federico Beltran Masses la cesión para esta edición del retrato de Antonio de Hoyos y Vinent que aparece en la página 56.

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en las obras de la Colección Empero editadas por Ediciones Cinca, S.A., incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca, S.A., se identifique con las mismas.

DISEÑO DE LA COLECCIÓN:

Juan Vidaurre

PRODUCCIÓN EDITORIAL,

COORDINACIÓN TÉCNICA

E IMPRESIÓN:

Grupo Editorial Cinca

c/ General Ibáñez Íbero, 5A

28003 Madrid

Tel.: 91 553 22 72.

grupoeditorial@edicionescinca.com

www.edicionescinca.com

DEPÓSITO LEGAL: M-10341-2020

ISBN: 978-84-16668-93-9

La llama es bella

Antología de escritos
de Antonio de Hoyos y Vinent

Edición, introducción y notas
de Julio Monteverde



COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD





Retrato de Antonio de Hoyos y Vinent aparecido en la revista *La esfera* (n.º 547 - 28 de junio de 1924, pág. 4).

Índice

INTRODUCCIÓN

<i>UN OVEROL AZUL PARA EL DESEO. ANTONIO DE HOYOS Y VINENT Y LA VIDA INSEPARABLE.</i> POR JULIO MONTEVERDE	9
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	---

SELECCIÓN DE ESCRITOS	57
-----------------------------	----

NOVELAS

<i>CUESTIÓN DE AMBIENTE</i>	59
<i>EL CASO CLÍNICO</i>	149

RELATOS

«UNA HORA DE AMOR»	213
«LA CIUDAD DE ONÁN»	225
«LA ÚLTIMA ENCARNACIÓN DE HERMAFRODITA»	233
«NOCHE DE CHINA (ATKINSON)»	247

TEATRO

<i>LA PLATAFORMA DE LA RISA</i>	257
---------------------------------------	-----

ESCRITOS POLÍTICOS

«EL PORQUÉ DE MI SINDICALISMO»	343
«EL ALTO VALOR DE LA PERSONALIDAD HUMANA»	347
«POSIBILIDAD SINDICAL»	351
«PALABRAS DE UN ESPECTRO. ¡ME HAN MATADO!»	355

«INCOMPRESIÓN»	359
«MODALIDADES BÉLICAS DE MADRID»	363
«EL ANARQUISMO»	367
«¡UNIDAD!»	371
«ÁNGEL PESTAÑA. UN GRAN DOLOR PARA TODOS; UNA DESGRACIA PARA ESPAÑA EN- TERA»	375
«EL HERMANO MUERTO»	377
«LOS VALORES MATERIALES Y MORALES DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA»	381
«LA UNIÓN CREA LA FUERZA. (LEYENDO A PEDRO KROPOTKINE)»	387
«TONTERÍAS»	391
«POR HOY... UNA CARTA»	395
«CARTA ABIERTA DE HOYOS Y VINENT. AL NO EXISTIR UNANIMIDAD PARA CONCEDERLE LA MEDALLA DE ORO DE MADRID, PIDE QUE SEA RETIRADA LA PROPUESTA»	401
 BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL	 405
 AGRADECIMIENTOS	 411

INTRODUCCIÓN

UN OVEROL AZUL PARA EL DESEO

Antonio de Hoyos y Vinent y la vida inseparable

¡La llama es bella! ¡La llama es bella! El más hermoso de todos los dramas dannuncianos, *La figlia di Jorio*, acaba con las palabras maravillosas de la heroína que se abrasa en la hoguera; «*La fiamma è bella! La fiamma è bella!*». Pues bien; esta afirmación suprema, si buscase trucos para darle un aire estético a mi obra, podría ser el mote o lema que usara en mis escritos, en mi vida toda.

Antonio de Hoyos y Vinent (1936)

Memoria de la asociación de propietarios de Panamá. O eso al menos es lo que afirmaba la cubierta del libro, encontrado una tarde de 2013 en una librería de viejo del centro de Madrid. Y también una fecha, más abajo: «1947». Sin embargo se trata de una manipulación: el título no se corresponde con el libro que encontramos en el interior. Casi diez años después del comienzo de la Guerra Civil alguien se tomó la formidable mo-

lestia de ocultar el ensayo *La hora española*, publicado por Antonio de Hoyos y Vinent en 1930, con otra cubierta insignificante, anodina hasta la extenuación, en la que el lomo, discretamente, no revela ninguna inscripción, y en la que solo la contracubierta se permite mostrar un último dato en apariencia inocente: «Imp. Acción Católica».

Después de esto la pregunta, para quien no conozca nada de la obra y la vida del marqués de Vinent, llega por sí sola. ¿Por qué alguien se tomaría el trabajo de cambiar la encuadernación a un libro suyo? ¿Qué tenía este de peligroso? El placer de la lectura de obras prohibidas bajo la dictadura, o su valor bibliográfico, podrían ofrecernos una respuesta fácil. Pero por supuesto hay algo más, algo que late bajo el misterio: el rastro de un afecto paciente y fiel. Estos testimonios de amor no aparecen porque sí, ni vienen provocados por un hipotético provecho. No, este tipo de demostraciones vienen de otra parte, y tocan otros resortes, al alcance de muy pocos. En esta vida hay cosas mucho más importantes que ser un buen novelista, y Hoyos y Vinent aún puede darnos alguna lección al respecto.

EL CINE MUDO DE LA VIDA EXTRAORDINARIA

¡Libertad, divina libertad, lo más bello, lo más generoso que hay en el mundo! Libertad, que vales más que todas las riquezas, que eres mejor que el dinero, que el bienestar, que la gloria.

Antonio de Hoyos y Vinent (1927)

Pocas vidas de escritores del pasado siglo están en disposición de provocar mayores niveles de fascinación que la de Antonio de Hoyos y Vinent. Unas cuantas pinceladas bastan

para atraer la atención de cualquiera. El deslumbramiento sucede una y otra vez, pero pasado ese primer estadio, la profundización en su biografía se vuelve compleja, farragosa, y nuestra sed no se calma.

La razón es doble. Por un lado, a poco que se introduzca uno en el torbellino percibirá las enormes resistencias que esta sucesión de episodios ofrece a cualquier intento de reducción. Una y otra vez los hechos desbordan el marco que hemos pretendido fijar para contenerlos, y cada nuevo descubrimiento abre brechas en esa imagen que nos complace hacernos de él, esa imagen que antes o después se ve obligada a recurrir a lo múltiple para explicar el todo.

La segunda razón es más prosaica. Y es que seguimos sin disponer de una biografía específica de Hoyos. Mientras otros contemporáneos suyos de interés mediano han podido disfrutar de su momento de gloria retrospectiva, Hoyos continúa esperando. En principio, y a tenor de lo que se verá, se trata de una situación descabellada, pero no es menos cierto que aquellos que han intentado llegar al núcleo de su experiencia íntima se han visto frenados en seco por la negativa familiar a facilitar el más mínimo dato al respecto¹.

¹ Luis Antonio de Villena especialmente, y junto a él otros como Pere Gimferrer, hicieron en su día impagables esfuerzos para abrir el paso a su memoria. Pero debemos a la profesora María del Carmen Alfonso García el más amplio estudio publicado hasta la fecha sobre la vida y la obra de Hoyos, (María del Carmen Alfonso García: *Antonio de Hoyos y Vinent, una figura del decadentismo hispánico*, Oviedo, Departamento de filología española, 1998), con el que estamos en deuda, y que junto con sus demás artículos ha facilitado de manera muy significativa el estudio de la figura de Hoyos. Por mi parte, algunos de los argumentos que se incluyen en el presente texto fueron previamente apuntados en «El mito tremendo de Hoyos y Vinent» (prólogo a: Antonio de Hoyos y Vinent: *El monstruo*, Pepitas, Logroño, 2009); y en el artículo «Antonio de Hoyos y Vinent: La revolución será elegante o no será», publicado en el número 360 (noviembre de 2013) de la revista *Quimera*. [Todas las notas son del editor.]

No obstante, sabemos bastantes cosas. Por fortuna, Hoyos escribió y habló mucho de su vida, y ciertos testimonios de terceros se han vuelto preciosos. A pesar de las inevitables carencias, la suma de todas estas fuentes permite, como mínimo, trazar un esbozo con garantías.

Antonio de Hoyos y Vinent de la Torre de O'Neill nace en Madrid el 2 de mayo de 1884² en el seno de una familia de la aristocracia con grandeza de España. Desde la cuna su mundo es el «el gran mundo», y en la primera casa familiar de la calle Amor de Dios de Madrid el pequeño «Antoñito» pronto toma conciencia de su origen y estatus. Con frecuencia sus padres ofrecen fiestas que luego aparecen en los ecos de sociedad, mientras él, escondido tras los barrotes de la escalera palaciega, observa la llegada de los fantásticos invitados, que para él toman aspecto de personajes mitológicos. Años más tarde afirmará: «Mi primera visión inconsciente de la sociedad fue la elegancia»³.

Ya en 1896, cuando solo tiene once años, su padre es nombrado embajador de España en Viena, y toda la familia se traslada durante dos años a la por entonces capital del Imperio austrohúngaro. Allí acude al muy exclusivo Colegio Teresiano, y tiene un primer contacto con el lujo y los placeres que por aquella época brinda el cosmopolitismo europeo.

² La fecha es la que María del Carmen Alfonso García da por buena en su trabajo anteriormente citado (*op. cit.*, pág. 19), si bien, debido a la imposibilidad de acceder a los documentos privados del escritor, y a su inveterada costumbre de «quitarse años» en las entrevistas, aún no puede darse por definitiva.

³ Antonio de Hoyos y Vinent: *El primer Estado*, Rh+ ediciones, Madrid, 2013, pág. 9.

Pero en Viena también ocurre algo que cambiará su vida para siempre. A consecuencia de un sarampión mal curado, comienza a desarrollar una sordera parcial que se irá endureciendo hasta convertirse en total cuando alcance la juventud. Con todo, este episodio de salud, que como veremos tuvo un papel determinante en el surgimiento de su vocación literaria, no supondrá en ningún caso el tópico y previsible «aislamiento» que el pensamiento tradicional esperaba, y es necesario resaltar, como él mismo hizo muchas veces, que su discapacidad auditiva nunca le impidió desplegar unas intensísimas relaciones sociales durante toda su vida.

A los dieciséis años, y ya de vuelta a Madrid tras su paso por Oxford, escribe su primer libro: *Cuestión de ambiente*. Se trata de una novela en la que por medio de ciertas «severidades satíricas», según la expresión de Emilia Pardo Bazán⁴, se propone un retrato despiadado de la aristocracia madrileña que Hoyos, a pesar de los intentos que algunos hicieron por desvirtuarlo, siempre defendió como auténtico, llegando a afirmar años más tarde que si bien describió «horrores», estos no eran más que «lo que había visto»⁵. En cualquier caso, y espoleado por esta polémica, el libro se convierte pronto en un éxito y alcanza varias ediciones, hecho que le permitirá publicar con regularidad y en tiradas amplias. De forma paralela, el renombre que ha adquirido le abre las puertas de las redacciones de los periódicos y las revistas ilustradas, en las que colabora como articulista, llegando incluso a estar al frente de una de ellas, conocida como *Gran mundo y sport*, durante 1906.

⁴ Véase más adelante este desconcertado «Prólogo» en pág. 61.

⁵ Antonio de Hoyos y Vinent: «El cine mudo, la vida vista en las películas de mi sordera», *Ahora*, 24 de junio de 1936, pág. 16.

Por entonces, y tras la muerte del padre y el matrimonio del hermano mayor, Hoyos y su madre se mudan al famoso palacio del número 1 de la calle Marqués de Riscal, que pronto se convertirá en centro de reunión literaria y social, como dejó constancia, entre otros, Cansinos Assens⁶. En este palacio Hoyos creará un espacio personal y único consagrado a lo extraordinario, si por extraordinario podemos entender la prolongación de una personalidad única en el lugar que habita. Mientras tanto, lee sobre todo a los poetas franceses simbolistas y a los novelistas decadentes, en especial a Jean Lorrain, que será una de sus grandes influencias tanto en la literatura como en la vida.

Con la llegada de la Primera Guerra Mundial, Hoyos, a pesar de cierta indecisión inicial, termina por definirse como partidario del bando aliado. Él, tan devoto de la cultura francesa, no concibe ponerse en contra del país que ama, a pesar de que el medio aristocrático español que frecuenta sí tome ese camino de forma mayoritaria. Poco tiempo después, Hoyos considerará públicamente esta toma de partido en bloque por Alemania como «un error», añadiendo su desprecio hacia:

la idiota inconsciencia que supone proclamarse germanófilo a todas horas y necesitar estar yendo cada ocho días a París y cada veinticuatro horas a Biarritz, vistiéndose en Francia, recibiendo todo de ella, no leyendo sino autores franceses... y aun haciéndose expulsar, no por conspirador, ni por espía, sino por... ¡estorbo!⁷

⁶ Véase: Rafael Cansinos Assens: «Antonio de Hoyos», en *La novela de un literato*, Alianza, Madrid, 2005. Tomo I, págs. 433-441.

⁷ Antonio de Hoyos y Vinent: *La trayectoria de las revoluciones*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1919, pág. 40.

En cualquier caso, los años anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial serán aquellos en los que su pluma sea más prolífica y, sobre todo, en los que esta alcanzará su mayores logros. *La vejez de Heliogábalo* (1912), *El monstruo* (1915), *El oscuro dominio* (1916) y *El caso clínico* (1916) se publican durante esos años, y lo situarán sin ningún género de dudas en primera fila de la escena literaria de Madrid. Por entonces Hoyos, preguntado por el Caballero Audaz sobre este éxito, es capaz de desplegar toda su sarcástica elegancia para asegurar que «el mayor número de mis lectoras está entre mis amigas, las marquesitas en capullo»⁸. La realidad, por supuesto, es bien diferente. Sus tiradas son fabulosas, muchas de sus obras se publican en las inmensamente populares colecciones «La novela corta» y «La novela de hoy», y varias de sus novelas son traducidas al francés.

También su mundo interior, ese espacio en el que se sitúan de forma repetida sus novelas, se ha perfilado de forma muy clara, creando una «marca de la casa» que afianzará su éxito. Se trata de una mezcla de decadencia aristocrática en lujosos entornos y desbordes pasionales en los territorios más abruptos del lumpen social, que al superponerse crean un juego de reflejos y contrastes muy intenso, y en el que la trama destaca por adquirir un muy alto grado de profundidad y tensión. Así aparecen la noche, la aventura y lo desconocido como mediadores. La cara oculta de la existencia cotidiana, el instinto que florece de forma brutal enfrentándose a ese mundo de falsedad que el autor conoce tan bien.

⁸ El Caballero Audaz: «Nuestras visitas: Antonio de Hoyos y Vinent», en *La esfera*, 5 de febrero de 1916, pág. 7.

Y estos años son también aquellos en los que su imagen pública y su vida cotidiana se sincronizan con mayor nitidez, permitiendo la aparición del personaje-máscara, por el que se volverá tan conocido y querido en el Madrid de principios de siglo. Hoyos, con su sempiterno monóculo, su sordera y su corpulencia de boxeador, destaca entre la oscura mediocridad del Madrid de la época por su deslumbrante elegancia, que le impide pasar inadvertido y le mantiene en cierto modo al abrigo de posibles inclemencias. Hoyos, que es abiertamente homosexual, no malgasta un segundo de su tiempo en ocultar su naturaleza. Más bien todo lo contrario. Así, sus aventuras por los barrios altos (escandalizando a todo el que se cruza en su camino) y por los bajos (apurando los espacios de vida abrupta que encuentra en ellos), se hacen famosas en todo Madrid. Desde los elegantes salones de la Castellana hasta los miserables tablaos de calle de la Encomienda, solo o en compañía de su *troupe* de personajes extraordinarios, entre los que destaca la fascinante presencia de la bailarina Tórtola Valencia y la fidelidad de su «secretario personal» Luisito Pomés, cada vez que Hoyos aparece, «por entre la gente, asombrado, corre un rumor de escándalo», según la bella descripción de Cansinos Assens⁹.

Con todo, esta apuesta vital, sistematizada en la práctica recurrente de la *tournéé des grands-ducs*—es decir, las razias de los jóvenes aristócratas por los barrios bajos en busca de sensaciones fuertes—, que Hoyos elevará a costumbre llegando en ocasiones a ejercitarla disfrazado, cuando no directamente travestido, tampoco estará exenta de peligros. Una noche Hoyos

⁹ Rafael Cansinos Assens: «Estampa decadente», en *op. cit.*, pág. 361.

aparecerá con la cabeza abierta en la boca del metro de la plaza del Progreso, actual Tirso de Molina. Años más tarde describirá esta famosa peripecia, que en su día dio lugar a todo tipo de comentarios malintencionados, del siguiente e inocente modo.

Fuimos al café de la Encomienda, bebimos unas botellas con las chicas y como habíamos de subir a Maravillas antes del cierre y el último «Metro» era fácil de perder, salimos precipitadamente. Llegamos con los segundos tasados, me precipité escaleras abajo y entonces surgió la tragedia. La pierna que tengo rota desde que a los quince años me la rompí patinando en un lugar admirable que se llamaba «El Paraíso», se torció y caí rodando los escalones, quedando allí por muerto. Me recogieron los amigos, me llevaron a la Casa de Socorro y de allí a mi casa, donde el doctor Julián de la Villa me salvó sin necesidad de la trepanación, temida como inevitable en el primer momento.¹⁰

Menos conocida sin embargo, pero igual de comentada y malinterpretada en su tiempo, fue su complicidad en el muy escabroso caso de la desaparición de «las tres niñas de la calle Hilarión Eslava» en julio de 1923. En esta ocasión una confidente de la policía incluyó su nombre entre los supuestos implicados. El asunto pudo haber alcanzado una extrema gravedad de no ser porque Hoyos tuvo la precaución de guardar a buen recaudo una carta con la que esta misma persona había intentado extorsionarle con anterioridad. Desconoce-

¹⁰ Antonio de Hoyos y Vinent: «El cine mudo, la vida vista en las películas de mi sordera», *op. cit.* pág. 16.

mos hasta qué punto la policía tomó en serio la denuncia, pero el peligro, dada la fama del escritor, debió ser muy real, ya que se vio obligado a volver de forma apresurada desde París un 14 de julio para presentarse ante el juez¹¹.

La llegada de los años veinte supone el inicio de una serie de cambios que poco a poco desembocarían en un escenario por completo distinto para la vida del marqués de Vinent. Su madre ha muerto y él ha abandonado el palacio de la calle Marqués de Riscal para mudarse a un piso más cómodo en el número 12 de la calle Príncipe de Vergara, donde pretende continuar con su oficio de escritor en un ambiente más acogedor. No obstante, sus aspiraciones se verán seriamente contrariadas cuando descubra los cambios que están teniendo lugar en la literatura de su tiempo. En París, la fiebre de las vanguardias marca el nuevo rumbo del arte y la poesía, y de pronto Hoyos comprende que se ha quedado anticuado. Y lo que es más grave: que su literatura es percibida por el público como algo del pasado. Él mismo será el primero en aceptar la nueva situación, y es en esas fechas que comienzan sus intentos por ampliar sus posibilidades como escritor, adentrándose en ensayos filosóficos, históricos y esotéricos con resultados no siempre satisfactorios.

No obstante, durante ese mismo año 1920 tendrá lugar otro acontecimiento que marcará aún más si cabe el resto de su vida. Una tarde, en una librería de Barcelona, conoce a Ángel Pestaña. El líder sindicalista es ya por entonces una prestigiosa figura del anarquismo ibérico, y Hoyos le hace entrega de un ejemplar de su libro *La trayectoria de la revoluciones*.

¹¹ *Ibíd.* pág. 17.

A partir de entonces surge una profunda amistad entre el sindicalista y el aristócrata, y en pocos años Pestaña se convertirá en el guía ideológico de Hoyos. Es en este momento concreto que comenzará el viraje definitivo en su visión del mundo, la cual, muy influida por el pensamiento político del sindicalista, irá decantándose poco a poco, paso a paso pero sin posibilidad de vuelta atrás, hacia el anarquismo.

Así, a pesar de que todavía en 1924 considere que entre los anarquistas que apoyan los métodos violentos «ninguno tiene un ideal noble y fuerte, ninguno desea el bien de la Humanidad»,¹² su evolución continuará su camino y, en 1932, Hoyos logrará que Pestaña prologue su libro *Un matiz sindical en el Estado español*,¹³ ingresando dos años después en el círculo del Partido Sindicalista, fundado por el propio Pestaña, y colaborando de forma casi diaria en su principal órgano de expresión, el diario *El sindicalista*. Poco después se afilia a la CNT, y como personaje célebre de la vida madrileña hará uso de su notoriedad, aplicada ahora a una actividad pública en defensa de la revolución social. Prueba de esta popularidad es el episodio de su supuesta muerte. El 17 de septiembre de 1936, la fascista Radio Sevilla, en un claro ejemplo de pensamiento cargado de deseo, difunde la noticia de su fusilamiento a manos de los anarquistas por la única razón de ser grande de España. Al día siguiente el extremo será desmentido con admirable humor por el propio Hoyos desde las páginas de *El sindicalista*¹⁴.

¹² Antonio de Hoyos y Vinent: «El valor del tiempo y el de la oportunidad en el tiempo», en *ABC*, 4 de enero de 1924, pág. 13.

¹³ Por desgracia, a día de hoy no se disponen de más referencias a este libro que las palabras que Hoyos le dedicó en sus artículos de propaganda.

¹⁴ Véase más adelante el artículo: «Palabras de un espectro. ¡Me han matado!», pág. 355.

Con la llegada de la Guerra Civil, Hoyos redobla su compromiso con la revolución. A partir de entonces dedica sus días a escribir artículos de propaganda y de fondo en diferentes publicaciones, colectiviza sus coches y el palacio familiar, y pasa sus días entre las redacciones de los periódicos y los comedores populares en los que comparte mesa con el proletariado de Madrid. Pero se niega a renunciar sin más a su esencia. Por ese tiempo se le ve atravesando la Puerta del Sol de Madrid vestido con overol de seda azul, pistolón al cinto y monóculo¹⁵.

Como vemos, el compromiso es total y los sacrificios que Hoyos realiza a la causa tienen gran eco en el Madrid sitiado. Poco a poco se gana el respeto y el cariño de la población. Así, en 1938 se pone en marcha una iniciativa para otorgarle la medalla de Madrid en reconocimiento a su labor republicana. Pronto se producen múltiples adhesiones, y el 2 de octubre tiene lugar un homenaje público de apoyo a su candidatura en el Teatro de las Escuelas Profesionales, en el que se le presenta como el «Tolstoi español». Sin embargo, el comité que estudia su caso no logra obtener un voto unánime a su favor, lo que obliga a Hoyos a rechazar el galardón. Desconocemos los argumentos que se esgrimieron para negar la unanimidad, aunque podemos intuir la causa última de este veto. No estará de más por tanto dejar constancia de que tampoco parece que Hoyos hiciera nada por disimularse en estas nuevas circuns-

¹⁵ Esta fascinante imagen se la debemos a Luis Antonio de Villena, quien la obtuvo por boca de personas a las que Hoyos frecuentó en aquellos días. Véase: Luis Antonio de Villena «Antonio de Hoyos y Vinent, perdedor y príncipe»; en Antonio de Hoyos y Vinent: *Aromas de nardo indiano que mata y de ovonia que enloquece*, Azul editorial, Barcelona, 2010, pág. 14.

tancias: el aristocrático monóculo con el que aparecía en el retrato que adornaba sus colaboraciones en *Solidaridad obrera* es una buena prueba de ello.

Después de la entrada de Franco en Madrid, Hoyos, que no había recurrido a ninguno de sus antiguos contactos para facilitarse una vía de escape, es detenido el 4 de abril de 1939 y confinado en la cárcel de Porlier, donde se ve obligado a llevar una existencia miserable. Tras el juicio, el tribunal le condena a treinta años de reclusión mayor por «adhesión a la rebelión». Sin embargo, muy deteriorado, ciego de un ojo, sordo y sin apenas movilidad, muere el 11 de junio de 1940, abandonado por todos sus familiares.

EL ESCRITOR SORDO, EL DANDI, EL HOMOSEXUAL, LA MÁSCARA...

De Nerón tiene el vicio con el gesto de un niño.
Rubén Darío. «Antonio de Hoyos y Vinent»

Cuando se repasa la trayectoria de una vida, antes o después aparece un punto en el que las cosas cambian y se disponen en una orientación nueva, marcando el sentido de todo lo que viene después. En el caso de Hoyos parece claro que este punto determinante fue la aparición de su sordera. Por supuesto, no es posible entender al Hoyos cotidiano sin tomar en cuenta este factor, y él mismo no se cansó de resaltar la gran capacidad de atención hacia los detalles significativos que le permitía su estado, llegando a anunciar en diferentes ocasiones un *Elogio a la sordera* que por desgracia nunca llegó a escribir. Pero también, creemos, hay algo más, algo importante. Porque la pregunta que podría plantearse al respecto

sería, ¿qué habría sido de Hoyos si no hubiera perdido el oído?, ¿habría sido el mismo escritor?, ¿habría sido *siquiera* escritor?

En el prólogo que Vicente Blasco Ibáñez escribió para la obra de Hoyos *Los toreros de invierno*, el escritor consagrado no pudo o no quiso evitar dejar constancia de su asombro:

¿Cómo puede Hoyos, desde su profunda noche auricular, sin más auxilio que el de su vista, teniendo que pedir a sus interlocutores y amigos que le escriban las preguntas en un papel; cómo puede, repito, adivinar y reproducir estas manifestaciones de la vida hablada, que pasan entre sus oídos muertos, sin despertar eco alguno?¹⁶

Y en cierto modo da la impresión de querer decir algo más, ya que la pregunta que subyace en su discurso es, evidentemente, «¿Acaso no escribe él sus novelas?». En principio la duda, dado el carácter oceánico de la producción de Hoyos, podría parecer algo justificada, si no fuera porque ha sido formulada por un escritor, un novelista para más inri, al que se supone consciente de su trabajo y en la madurez de su oficio.

Porque por supuesto no aportamos nada nuevo si recordamos que el lenguaje de la literatura no es el mismo que el de la vida. Se le asemeja, y en ocasiones es su reflejo, pero tiene sus propias características y sigue sus propias reglas. En ciertos aspectos, funciona como una herramienta que permite captar la realidad, o una parte de ella, utilizando un código particular que se adquiere por medio de la lectura de la obra

¹⁶ Vicente Blasco Ibáñez: «Prólogo» en Antonio de Hoyos y Vinent: *Los toreros de invierno*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1918, pág. 21.

de otros escritores y por la práctica. Y todo parecería indicar que Hoyos, a partir de su sordera y utilizando de manera radical la literatura como instrumento de percepción, creó un espacio vital propio como respuesta a sus carencias. Muy pronto, y enfrentado a las privaciones que se le imponían, escribir y leer se convirtió para él en una manera de percibir el mundo, de integrarlo en la vida. La pérdida de capacidades, en este caso, no agudizó otras, sino que le volcó en la apropiación personal de un sentido diferente con el que percibir la realidad. De ahí su infatigable grafomanía. Y de ahí también esa absoluta identificación que hizo entre su vida y su literatura, entendida esta no como un mero reflejo o consecuencia artística o literaria, sino como *quinto sentido*, como acto destinado a crear unas condiciones de vida que, como se verá, serán por completo extraordinarias. Y es que todo parte de su sordera, por supuesto, pero en ningún caso se detendrá ahí.

En uno de los retratos más célebres de Hoyos, Cansinos Assens lo muestra en la Puerta del Sol, «jugando, femenilmente, con la cinta de su monóculo»,¹⁷ mientras Pomés habla con unos torerillos para convencerles de que les acompañen. Su figura se recorta sobre las vidrieras del Café de Levante, en tanto que desde la plaza las prostitutas comentan el arreglo. En el Madrid oscuro y recalcitrante de la época, el marqués de Vinent es perfectamente visible para cualquiera.

Y es que, como ya hemos comentado, Hoyos nunca escondió su homosexualidad en su vida cotidiana. Al contrario, hizo

¹⁷ Rafael Cansinos Assens: «Estampa decadentista en la Puerta del Sol», *op. cit.*, págs. 316-317.

gala de ella, al menos durante su periodo más célebre, en los años anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial. Pero esto tampoco significa que fuera un inconsciente. Cuando El Caballero Audaz le entrevisté en *La esfera*, y con evidente mala fe le pregunte si alguna vez ha tenido novia, Hoyos, después de pensar la respuesta, afirmará que «muchas», y citará los nombres de María Leticia Boch y Teresa Calvo¹⁸. Por supuesto en este caso, como en otros, Hoyos, como poco, exagera. Pero lo hace por una buena razón. Los prejuicios sociales de la época no le permiten declararse homosexual de forma pública, ya que el escándalo, al pasar la frontera de lo privado y entrar en el terreno de *lo socialmente inadmisibile*, podría terminar de un plumazo con todo lo que ama. No obstante, a pesar de esta elemental distancia de seguridad, la verdad era indiscutible para cualquiera que se tomase la molestia de unir los sobreentendidos que él mismo había ido dejando y que a partir de su presencia quedaban a la vista. Y lo cierto es que en ninguno de los testimonios que nos han llegado sobre él de las personas que le conocieron hay la más mínima duda o indeterminación al respecto.

Porque es cierto que para Hoyos lo importante era el deseo y la libertad, pero también sabía que en su tiempo esta verdad elemental de nuestra naturaleza no podía ser expresada de forma directa. Así por ejemplo, ya en 1931, escribirá:

No soy partidario del divorcio, ni tampoco del amor libre. Creo que el matrimonio es la base de toda la organización social en que vivimos, y viviremos aún mucho, hasta el ha-

¹⁸ El Caballero Audaz: *op. cit.*, pág. 7.

lazgo de otra fórmula. El matrimonio se me aparece como base de la familia, de la sociedad, del Estado y, por lo tanto, si no indisoluble, para disolverlo requiere garantías excepcionales. (...) Ahora bien; de ahí a creer que en la vida de un hombre no caben sino dos amores, el de la madre y el de la esposa, hay un abismo. ¡Ya lo creo que caben otros amores! Incluso tan respetables, si no más algunas veces, por lo que a la esposa se refiere.¹⁹

Quizá el paso del tiempo no nos permita captar todo lo que de provocador tienen estas palabras, pues cada frase es una carga de profundidad contra las ideas recibidas de la época que destruye la anterior y la redimensiona. Este párrafo representa un claro ejemplo de cómo Hoyos, en sus manifestaciones públicas, siempre mantuvo una inteligente prudencia frente a la sociedad y sus prejuicios, que en aquella época no tenían ningún reparo en expresarse de forma violenta y colérica contra la homosexualidad, sin por ello ocultarse frente a su propia naturaleza, y de cómo escogió la forma más honesta de conducir su vida sin necesidad de inmolarse inútilmente. Una forma de vida de *hechos consumados* en que la que su existencia, su presencia, su mero estar ahí sin necesidad de añadir nada más, fuera la prueba más evidente de su escandalosa libertad.

Y el dandi es esa presencia. Según la famosa frase de Jules Barbey d'Aurevilly, el dandismo «es el resultado de la eterna lucha sin cuartel entre las convenciones y el tedio»²⁰. Esta

¹⁹ Antonio de Hoyos y Vinent: *El primer Estado, op. cit.*, págs. 188-189.

²⁰ Jules Barbey d'Aurevilly: «Del dandismo y de Georges Brummell», en: Leticia García y Carlos Primo (coords.): *Prodigiosos mirmidones. Antología y apología del dandismo*, Capitán Swing, Madrid, 2012, pág. 113.

lucha se manifiesta, sobre todo, en la apariencia como modo de estar en el mundo. Lo que se ve es lo que se pretende comunicar, que es también un rechazo a lo existente al proponer una belleza nueva. Se ha afirmado varias veces, con razón, que el dandi trata de convertir la apariencia en esencia. Por lo tanto, esa apariencia estaría cargada de sentido y sería su mensaje, un mensaje que en este caso, y muy en concreto, es el desafío «por elevación» a un entorno social horrible.

Pero la exigencia radical del dandi de convertirse en apariencia, por completo cargada de significado, es seguramente inalcanzable. Este dandi ideal, al que como muy bien afirmó Clare Jerrold, solo han logrado acercarse «dos o tres personas en toda la historia»²¹ –y quizá solo Brummel con garantías– no es de este mundo. Así, todos los escritores que se han distinguido por internarse durante algún periodo de su vida en el territorio del dandismo, desde Baudelaire hasta Leiris pasando por Cernuda, serían dandis en cierto modo no consumados. Se sabe que un auténtico dandi no podría perder su tiempo en hacer algo tan vulgar como realizar una obra. Y si bien es cierto que en ocasiones algunos dandis llevaron diarios –como el propio Brummel– o escribieron versos, estos nunca pasaron de ser meros divertimentos. En realidad, los dandis clásicos odiaban a la gente de letras.

Y como ellos, Hoyos y Vinent también fue un dandi parcial. Para empezar, la famosa impasibilidad del dandi no concuerda con lo que conocemos de su carácter. Es cierto que

²¹ Clare Jerrold: *Los bellos y los dandis*, Wunderkammer, Girona, 2018, pág. 20.

como todos los dandis utilizaba la elegancia como un arma arrojadiza, y que esta le hizo ser admirado durante gran parte de su vida, sobre todo por el pueblo, pero Hoyos, como Byron, era otras muchas cosas, y esa necesidad de dispersión dificultará siempre el esfuerzo central, vertical, del dandi por ser él mismo apariencia y solo apariencia.

Pues existe una contradicción esencial, creemos, entre el dandi y el artista, que hace que en cierto modo los dos se anulen en sus extremos. Sin embargo, esto no impide ni mucho menos que el artista pueda ser «en parte» dandi, incluso «en gran parte». De este modo ciertos poetas y escritores han demostrado ser capaces de adaptar las bases del dandismo y utilizarlas para sus fines, según sus particularidades. En el caso de Hoyos su dandismo funciona como si utilizara la elegancia para ponerse en sintonía de modo natural con su mundo interior, el cual, enfrentado a la imposibilidad de mostrarse por completo y de forma directa debido a los riesgos sociales que esto implicaba, luchaba por hacerse perceptible por todos los medios a su alcance. Pero Hoyos, como tantos otros antes y después que él, no puede limitarse a ser solo un dandi. Y no por impotencia, sino por exceso. En su caso, las joyas fastuosas, los abrigos forrados en piel, las *toilettes* insólitas, la exacerbada sofisticación en suma, no son sino la manifestación externa de un impulso interior que solo así puede hacerse visible y que, paradójicamente, mediante este rodeo consigue hacerse indiscutible. A diferencia de lo que ocurre con el dandi clásico, su apariencia, su elegancia, es la consecuencia de su esencia, el resultado del esfuerzo por poner en sintonía el interior y el exterior, y de hacerlo además demostrando una superioridad estética frente al mundo de *los horrendos*. Un método que, por otra parte, también llevó a cabo, con la misma

intención y siguiendo las mismas pautas, en sus residencias, en las que forjó espacios que no hacían sino proyectar su imagen interior y en los que, como dijo Albert Samain, tan querido por Hoyos, se reunían en un sugestivo conjunto los elementos de una vida esencial «como maravillosos Campos Elíseos para las almas delicadas»²².

Este constante juego de ocultación y desvelamiento que caracterizó gran parte de la vida pública de Hoyos puede percibirse de forma muy clara en la construcción del personaje de Julito Calabrés, su *alter ego* literario, que aparecerá de manera recurrente a todo lo largo y ancho de su obra literaria. En una de sus primeras apariciones, Hoyos lo describe del siguiente modo:

Decididamente, para un rato era aquel chico divertido, pero a la larga cansado con la posse de decadente que tomaba. Era lo que se llama vulgarmente un erudito a la violeta. Carecía por completo de sólida instrucción; pero en cambio, no había libro de versos raros, historia extravagante ni descabellada filosofía que no se supiese de memoria [...] A fuerza de querer vivir la enigmática vida de sus héroes, llegó a asimilarse algunas de sus sensaciones, y se creía de buena fe símbolo de la *décadence latine*.²³

Con Julito Calabrés Hoyos crea, por supuesto y en primer lugar, una máscara, esa máscara que nos protege pero que al final siempre acaba diciendo más de nosotros mismos que nuestro auténtico rostro, pues ya en su elección se revela la

²² Albert Samain: «Xanthis ou la vitrine sentimentale», en *Contes*, Mercure de France, París, 1910, pág. 10.

²³ Antonio de Hoyos y Vinent: *Frivolidad*, Sopena, Barcelona, 1905, Madrid, págs. 117-118.

necesidad de su presencia. Las incontables apariciones de esta máscara suponen siempre una carga de ironía muy fuerte en la trama, que el autor dirige en primer lugar hacia su propia imagen para pasar luego a sus personajes. Con todo, no parece que Hoyos quisiera retratarse sin más en este personaje, ya que si Julito Calabrés fuese un auténtico retrato del pensamiento de Hoyos, toda su literatura sería una farsa. Es cierto que Hoyos se dibuja a sí mismo en los rasgos de Julito Calabrés, que tiene tantísimas cosas en común con él, pero no es menos cierto que existen claras diferencias que los alejan, y la primera y más determinante es que Julito no es sordo.

Julito Calabrés es Hoyos y Vinent sin la fuerza del deseo que lo lleva a perderse, sin la debilidad en la tentación, que será la gran fortaleza del novelista como individuo frente a su personaje. Con seguridad corresponde a una imagen deseada que con su elegancia, su impertinencia, sus comentarios ingeniosos, su sarcasmo y su impasibilidad, sí se acercaría más al dandi ideal, aquel que Hoyos podría haber sido, aquel que quizá hubiera logrado ser si su sordera no le hubiese empujado a la literatura. Fue precisamente para superar esa pérdida que creó el personaje: un auténtico dandi, el monstruo que pudo ser pero que ya no sería nunca, alguien que como en el famoso cuento de Jean Lorrain, no es otra cosa que máscara.

LOS AÑOS DEL ESCANDALIZADOR

Soy el soberano de las cosas transitorias.

Robert de Montesquiou

A pesar de cierta imagen que ha llegado hasta nosotros, la práctica del escándalo nunca fue para Hoyos un simple diver-

timiento de aristócrata, algo básicamente entretenido o frívolo. González-Ruano, que lo frecuentó siendo muy joven, y que forjó para él el bello título de *monsieur le monstre*²⁴, dejó varias frases bastante redondas sobre su relación y el desafío social que representaba ser su amigo, decisión que para empezar le costó sus «buenas críticas y algún intercambio de bofetadas»²⁵. Ruano, al recordar sus correrías por Madrid afirmaba que «hacía falta todo el valor y la insolencia de los pocos años para salir en aquel Madrid de 1919 con Antonio, para ir con él por el centro y entrarse en los barrios bajos de Progreso para allá»²⁶. Todo esto, como sabemos, es cierto, pero esta violencia explícita que rodeó siempre su existencia, ese escándalo unido a su presencia que parece vislumbrarse en las palabras de Ruano y de tantos otros, nos aporta otro factor importante; y es que en realidad para Hoyos la práctica cotidiana del escándalo fue, durante una época muy larga y significativa de su vida, la única manera en que podía vivir de acuerdo con su idea de la libertad.

Aquellos que pretenden forjarse un modo de vida adaptado a sus auténticas necesidades pronto aprenden en carne propia que ser diferente no sale gratis. Parece claro además que cuanto más distancia exista entre lo que se necesita y lo que la sociedad permite, más peligros aflorarán en el camino. Por eso cuando es el deseo el núcleo de toda una concepción de la vida, cuando es a partir de ese punto desde donde el individuo construye su vida en una sociedad creada casi por completo

²⁴ César González-Ruano: *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*. Renacimiento, Sevilla, 2004, pág. 85.

²⁵ *Ibid.*, pág. 86.

²⁶ *Ibid.*

para sofocarlo, el conflicto puede alcanzar dimensiones insólitas. Es cierto que a Hoyos su posición social y su corpulencia física, como ya hemos apuntado, lo protegían, pero no es menos cierto que incluso así, la apuesta fue extrema, ya que unió el escándalo perpetuo a su presencia, obligado como estaba a enfrentarse a este para ser él mismo.

De este modo, fue la obstinada negativa a renunciar a su deseo lo que fomentó ese escándalo recurrente tan característico de la vida de Hoyos. Ese deseo que, como motor inmóvil de su vida, es también rastreable en toda su obra literaria. Así, por ejemplo, la clara oposición que Hoyos establece una y otra vez en su obra entre los salones aristocráticos y los antros de los barrios bajos no busca más que poner de relieve la creencia de Hoyos en la potencia de ese deseo que destruye la vida forjada por las presunciones sociales. Para Hoyos, tanto en su vida como en su obra, los cafés cantantes son pozos sin fondo del deseo, de lo salvaje, de las pulsiones contrarias a la ordenación social, y como tales fuente de una fascinación inquebrantable. Es evidente que Hoyos acude a estos lugares en busca de aventuras, pero también que es demasiado inteligente para quedarse en la experiencia superficial y no fijar su atención en los ríos de lava que atraviesan las capas ocultas de todas esas vidas. Y de este modo, la recurrente identificación que realiza en sus obras entre la vida nocturna en los barrios bajos y la mitología clásica, entendida esta como lugar en el que han quedado consignados de forma muy identificable los *sistemas del deseo* del ser humano, revela su coherencia. Allí está lo real, el territorio en el que se aparece lo auténtico. En su cuento «La última encarnación de Hermafrodita», de 1922, lo explicaba así en boca de uno de sus personajes, el marqués de Campiña:

No sé por qué me parece que [allí] se vive más realmente, que la capa convencional es menos espesa y, aunque aún hay algunas mentiras, se odia de verdad, no por esas razones morales y alambicadas que los hombres civilizados densifican cada vez más, sino por incompatibilidad, por no *cabere* juntos, en que el deseo se disfraza lo menos posible de amor y, en fin, en que se mata sin más leyes que las de una rudimentaria justicia.²⁷

Hay algo por tanto profundamente humano en lo que Pardo Bazán llamó la «teratología moral» de Hoyos²⁸, y es que todos esos monstruos que pueblan sus páginas lo son solo por inversión. Los percibimos como tales cuando en realidad son los más humanos de todos, y en sus explosiones de deseo se percibe como este adquiere una potencia definitiva frente a esa sociedad de los «hombres civilizados» que pretenden sofocarlo.

Este profundo carácter subversivo del tratamiento del deseo en la literatura de Hoyos puede percibirse con mucha claridad en su forma de enfrentarse a los personajes femeninos, que en Hoyos, ya sea a través del arquetipo romántico de la mujer fatal o por medio de su caída en los abismos de la perdición y el crimen, siempre aparece para destruir o hacer frente a la moral retorcida que se proclama irrefutable. Según Mario Praz, la mujer decadente, la que interesa de manera especial a Hoyos, «está sedienta de misterio, de imposibles, de

²⁷ Antonio de Hoyos y Vinent: «La última encarnación de Hermafrodita», en *La ciudades malditas*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1922, págs. 59-60. Véase más adelante, págs. 233.

²⁸ Emilia Pardo Bazán, «?», prólogo a: Antonio de Hoyos y Vinent: *La atroz aventura*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1918, pág. 10.

tiniebla»²⁹, lo que la lleva de forma consciente a convertirse en fatal, aquella mujer que representa «el mal y la muerte encarnados en la belleza femenina»³⁰, y hacia la cual el deseo atrae y une por encima de cualquier decisión racional. Pero también en la obra de Hoyos aparece con frecuencia un tipo de mujer muy concreto y que en cierto modo se complementa con la anterior: la mujer que de manera esta vez inconsciente, no intelectualizada, desata esas mismas fuerzas incluso a su pesar, al no poder resistir el impulso de su aparición. Estos dos arquetipos recurrentes son, respectivamente, la Helena de *El monstruo*, y la María de las Angustias de *El caso clínico*. Y en ambos casos el resultado es la victoria del deseo sobre la sociedad, con todo el componente trágico que esta «victoria» acarrea de manera inevitable, y que al hacerse manifiesto representa una última denuncia contra todo lo que ha desnaturalizado la experiencia humana. En Hoyos el deseo aparece siempre para desbordar la trama, su estallido es lo que hace avanzar el argumento y la mujer es siempre la intercesora de esta materialización. Ella, cuya profunda represión social provoca que su rebeldía, al desencadenarse, sea mucho más amplia y poderosa.

Por todo ello, no deja de resultar sorprendente que muchos continúen encontrando en los «monstruos» de Hoyos un mensaje de regeneración social. Ya en 1933, cuando Gregorio Marañón hablaba de estos personajes y afirmaba que «su contemplación nos sirve de penitencia; y nos ayudará a extirpar-

²⁹ Mario Praz: *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*. Acantilado, Barcelona, 1999, pág. 579.

³⁰ *Ibid.* pág. 534.

los del espíritu nacional»³¹, lo que en realidad evidenciaba era su propia reclusión en los prejuicios de una época, los cuales le impedían siquiera entrever que un argumento de este tipo es un insulto a la inteligencia del autor. Partiendo del hecho de que este tipo de utilitarismo moral es del todo ajeno a la tradición poética en la que se enmarca Hoyos, esto es, la del movimiento romántico exacerbado en el decadentismo finisecular, el argumento, que a día de hoy todavía se sigue utilizando para lidiar con el carácter subversivo de su obra es, como puede comprobarse sin dificultad al repasar su vida, su obra y sus declaraciones públicas, un completo disparate.

Cuando en 1916 el crítico Julio Casares se ocupó en su texto «Literatura barata» de Hoyos y Vinent y de su novela *El caso clínico*, quizá aquella en la que el escándalo social alcanzó proporciones más elevadas, afirmando que se trataba de una literatura «falsa, desagradable e inmoral»³², Hoyos escribió una «legítima defensa» en la que afirmaba:

Creo sinceramente que en literatura hay dos géneros de moral. Una, la moral que podríamos llamar «rosa», y otra, la moral fuerte y serena, la moral absoluta. La primera es una moral para colegio de señoritas, una moral que no consiste en «condenar», sino en «esconder». En la vida no hay grandes pasiones, grandes vicios ó grandes catástrofes; no

²⁹ Mario Praz: *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*. Acantilado, Barcelona, 1999, pág. 579.

³⁰ *Ibid.* pág. 534.

³¹ Gregorio Marañón en «Prólogo. Alma y paisaje» en: *Antonio de Hoyos y Vinent: Sangre sobre el barro*, Cariel editores, Madrid, 1993, pág. 19.

³² Julio Casares: «Literatura barata», prólogo en: *Crítica efímera II*, Biblioteca Calleja, Madrid, 1919, pág. 137.

hay más que pequeños conflictos sentimentales, dolores naturales que se remedian con la resignación, la abnegación, el heroísmo... ¿Dónde está esa «moral rosa» en Shakespeare, en Dante, en Quevedo, en Cervantes?³³

La comparación con la que Hoyos se remite a los grandes de la literatura y a la altura moral que se percibe en sus obras pone de manifiesto la superficialidad de los juicios que, por impotencia ética, pretenden hacer de él un moralizador. Es en el deseo en todas sus formas, en la realidad que este crea, donde Hoyos encuentra lo específicamente humano. Así, si existe una exposición de este deseo, manifestado en lo que un determinado sistema moral ha convenido en calificar como «vicio», no es en ningún caso con la intención de «extirparlo» y poder volver lo antes posible al estado de hipocresía generalizada. En la aparición del deseo Hoyos descubre siempre un componente de autenticidad arrolladora que al materializarse entra por fuerza en conflicto con una sociedad enferma, una sociedad que no es capaz de alcanzar esa moral más «fuerte y serena» y se limita a intentar «esconder» la naturaleza del ser humano. Si Hoyos «condena» algo en su literatura, es esa falsedad respecto a las condiciones del deseo humano. Y la forma en que Hoyos plasmó esta certeza no solo en sus escritos, sino también con admirable coherencia en su vida cotidiana, asumiendo esa distancia de seguridad en el discurso, pero rebasándola con creces por el lado de los hechos, de lo evidente, fue lo que le abocó al escándalo permanente en

³³ Antonio de Hoyos y Vinent: «En defensa propia: La moral y la literatura»; en: *El liberal*, martes 07-03-1916, pág. 3.

todos los medios con los que tuvo relación, ya fueran estos aristocráticos, literarios, populares, y como también hemos podido comprobar, políticos.

DE LA DECADENCIA COMO MOMENTO DE RECHAZO

El hombre moderno está hastiado.
Anatole Baju y Luc Vajarnet, *Le décadent*, 1886

El movimiento decadente, al cual Hoyos se adscribió de forma explícita, surgió en Francia en las últimas décadas del siglo XIX. En el plano abstracto aparece como reacción a un declive social y moral que es histórico tras la derrota ante el ejército prusiano y el fracaso de la Comuna de París, llegando a su cima durante las décadas previas al cambio de siglo. Este sentimiento difuso pero muy marcado en lo social se objetivó en lo literario a través de varios textos importantes. El primero de ellos fue el famoso prólogo que Théophile Gautier redactó en 1868 para su edición de *Las flores del mal*, en el que definía el estilo de Baudelaire como «decadente» al asimilarlo por analogía al estilo de los últimos poetas del Imperio romano, contemporáneos de las invasiones bárbaras, cuyas características principales especificaba añadiendo que «el estilo de la decadencia no es otra cosa que la última palabra del verbo en el paroxismo de la violencia y en el disparadero de expresarlo todo».³⁴ Pero Gautier señalará también algo muy importante para los jóvenes poetas que le seguirían en el tiempo, y es que, de nuevo según Baudelaire, el estilo de la decadencia

³⁴ Théophile Gautier : «Baudelaire», en *Charles Baudelaire y Théophile Gautier: Baudelaire por Gautier, Gautier por Baudelaire: dos biografías románticas*, Nostromo, Madrid, 1974, págs. 33-34.

latina es bello para nosotros porque responde y es reflejo de una situación histórica análoga a la que por entonces se dejaba sentir. Esto es lo que permitiría a los poetas encontrar en él una belleza especial, y es lo que Verlaine plasmará en 1884 su poema «*Langeur*» [Languidez], que empezaba con el famoso verso:

*Je suis l'Empire á la fin de la décadence,
Qui regarde passer les grands Barbares blancs.*³⁵

Aquel mismo año, la publicación de la novela *A contrapelo* de Huysmans, cuyo protagonista, el inigualable Des Esseintes, se convirtió en el modelo teórico y práctico de los escritores decadentes (incluido Hoyos), facilitó la creación de un suelo más firme sobre el que se erigiría definitivamente una nueva sensibilidad. Su formulación final, cuya necesidad se había vuelto imperiosa para una parte importante de la juventud literaria francesa, correspondió al poeta Anatole Baju, quien fundó en 1886 la revista *Le décadent*, en la que en su primer aviso a los lectores se dejaba constancia de que «religión, costumbres, justicia... todo se desmorona, o mejor: todo sufre una transformación ineluctable».³⁶ Es a partir de este acto fundacional que el decadentismo del siglo XIX se manifestará como corriente poética y literaria de pleno derecho.

Como se sabe, uno de los problemas del término «decadente» es que con frecuencia se asume como calificativo ex-

³⁵ «Yo soy el imperio al fin de la decadencia/ Que mira pasar a los grandes bárbaros blancos». Traducción de Ramón Hervás en Paul Verlaine: *Poesía completa*, tomo II. Ediciones 29. Madrid, 1994. Pág. 157.

³⁶ Anatole Baju y Luc Vajarnet: «¡Lectores!», en Claudio Iglesias (Comp.): *Antología del decadentismo. Perversión, neurastenia y anarquía en Francia (1880-1900)*, Caja Negra editores, Buenos Aires, 2007, pág. 243.

clusivamente negativo. Parece claro que en un principio fue así, pero al igual que ha pasado en otras épocas y con otros movimientos, lo que empezó siendo una apelativo despectivo fue recogido con orgullo por los destinatarios y enarbolado como enseña. Este cambio tuvo otra consecuencia importante, y es que el término decadente, al ser enarbolado por los poetas del *fin de siècle* francés, terminó siendo más un lugar que una cualidad, más una relación que una esencia. Esta relación se establecía, de forma negativa, a manera de rechazo del mundo al que se tenían que enfrentar los poetas decadentes. Así, como afirmó Guy Michaud en su famoso estudio *Message poétique du symbolisme*, a esta rebeldía «se le añadía una tristeza nueva, un incomodidad nacida del sentimiento de un mundo que muere»³⁷. Un poco más adelante, el mismo Michaud agregará que todos estos jóvenes:

Son inadaptados, desequilibrados...[...] Al final de su exploración no han encontrado ninguna razón para tener esperanza, ninguna revelación mística, ninguna fe. No han encontrado más que la inquietud, a veces la angustia, siempre el desequilibrio. Almas desamparadas en una sociedad que se tambalea, a la que solo una operación radical podrá sanar.³⁸

Y es que hay un claro hartazgo en todo escritor decadente, pero que siempre aparece espoleado por un rechazo virulento hacia ese mundo que parece no acabar nunca de morir: el mundo propio de la burguesía capitalista, la cual habría des-

³⁷ Guy Michaud: *Message poétique du symbolisme. II. La révolution poétique*. Nizet, París, 1947, pág. 241.

³⁸ *Ibid.*, pág. 267.

trozado todo lo que de valioso habitaba en el interior del ser humano para sustituirlo por valores económicos y una moral grotesca. De ahí el famoso grito de Des Esseintes cuando, en el colmo de esa exasperación, exclame: «¡Muérete ya, viejo y asqueroso mundo!»³⁹.

En el terreno práctico, esta operación radical de los escritores decadentes tomará, con las diferencias debidas al temperamento y al talento, dos vertientes principales. La primera pretendió reflejar en la vida sensible una caída espiritual que ya se había producido en la historia. Así, se prestaba especial atención a los estados más mórbidos y lánguidos de la personalidad, que de este modo parecían reflejar un proceso imparabable de corrupción y degradación melancólica, siguiendo la formulación de Verlaine cuando dejó escrito que «la decadencia es morir con belleza»⁴⁰. Albert Samain con *El jardín de la infanta*, y Jules Laforgue con sus *Lamentos*, son quizá los dos representantes más claros de esta vertiente que se extendió de preferencia por el ámbito poético. La segunda corriente, mucho más extendida en la narrativa, pretendía sumergirse en todos los estados que reflejan esta caída social, que son consecuencia de ella y en los que se puede encontrar la verdadera decadencia en acto. Así, todo lo excesivo, lo escabroso, lo alterado, lo enfermizo, los estados más complejos y delicados de la psique, fueron reivindicados como forma de acceder a ese otro tiempo que la decadencia permitía avanzar. Para el decadentismo la vida, en lo que aún seguía teniendo de inte-

³⁹ Joris-Karl Huysmans: *A contrapelo*, Cátedra, Madrid, 2000, pág. 365.

⁴⁰ Citado por Ernest Raynaud: *La mêlée symboliste*, La renaissance du libre, París, 1920, tomo I, pág. 65.

resante, se habría atrincherado en esos lados oscuros, en el inconsciente, ese lugar arcano desde donde asciende la explicación, el sentido. Los ejemplos típicos de esta corriente serían el Octave Mirbeau de *El jardín de los suplicios*, la Rachilde de *Monsieur Venus* y el Jean Lorrain de *Monsieur de Phocas*. Es en esta última vertiente en la que se debe situar la obra literaria de Antonio de Hoyos y Vinent.

En Francia, la época de esplendor del movimiento fueron las dos décadas anteriores al cambio de siglo, durante gran parte de las cuales existió una escuela decadente organizada alrededor de Bajou y su revista. No obstante el decadentismo, como corriente estética más abierta y profunda, se extiende más allá, y llega al menos hasta 1902, fecha de publicación de *El inmoralista* de Gide⁴¹. Hoyos y Vinent, como ya hemos comentado, fue el principal valedor de esta escuela en España, y si bien su propuesta se adapta en grandes líneas a los cánones decadentistas clásicos, especialmente a los desarrollados por Jean Lorrain en toda su obra, quizá lo que le singulariza dentro de la escuela sea no tanto su descripción de los medios aristocráticos, o ese costumbrismo de barrios bajos con el que parece deleitarse en ocasiones, sino la relación que establece entre estos dos ámbitos, esa relación que se afianza siempre por el deseo como punto de unión y comunicación entre ambas zonas, y que lanza al uno a los brazos del otro sin remisión. En este sentido, el deseo expresado por ese vicio que unifica sería lo que supera una y otra vez este posible costumbrismo y lo despliega en otra realidad más amplia. El deseo,

⁴¹ Mario Praz: *op. cit.*, págs. 719 y ss.

ese «oscuro dominio» tan propio de Hoyos, funciona así como apertura de la realidad conocida, un poco al estilo de lo maravilloso para los escritores fantásticos, alejándole de forma clara del mero costumbrismo decimonónico.

La literatura de Hoyos, además, posee una curiosa relación con el tiempo en el que le tocó manifestarse. Se suele concluir que como escritor llegó tarde, y que cuando comenzó a escribir la corriente decadente ya estaba en franca retirada, cosa que si bien es cierta, también debe ser matizada en un sentido muy concreto. Pues si como hemos visto, la escuela decadente nace en Francia a raíz de un proceso social que se percibe como implícito en el mismo devenir de las instituciones y la sociedad, ¿acaso la situación en España entre 1900 y 1920 tenía algo que envidiar a la francesa de 1880 en cuanto a declive y descomposición? Recordemos que el noventa y ocho había dejado a España en su momento más humillante en quinientos años de historia, y la posterior llegada de la Primera Guerra Mundial y la neutralidad permitió que se acentuara todavía más esa excepcionalidad del momento por el que se pasaba. Las palabras del propio Hoyos no dejan lugar a dudas ya que, en su opinión, después de la Gran Guerra «se vivía una decadencia maravillosa, pletórica de vicio, de lujo y de arte».⁴² Así, resulta evidente que Hoyos escribió el grueso de su obra en una época de decadencia más palpable, más real y explícita que la francesa, lo que provocó que sus escritos estuvieran de un modo muy característico en sintonía con la sociedad a la que iban destinados. No parece descabellado por tanto

⁴² Antonio de Hoyos y Vinent: «El cine mudo, la vida vista en las películas de mi sordera», *Ahora*, 21 de junio de 1936, pág. 35.

concluir que, a pesar de su evidente retraso respecto a la escuela francesa, la propuesta estética de Hoyos poseía más coherencia histórica de lo que se suele admitir, y que quizá esta coherencia tuviera algo que ver con su tremendo éxito popular.

Pero tal y como Hoyos escribió en su bello relato «La hora violeta»: «un día, uno cualquiera, sabremos con espanto que los bárbaros se acercan». ⁴³ Y es que no *existe decadencia sin bárbaros*. Su llegada, su inminente aparición, y la certeza de que su ascenso es inevitable, es lo que materializa esa especial tensión en la indolencia propia de toda decadencia. Esto, que con tanta frecuencia se olvida o se deja de lado, supone uno de los factores sin los cuales no es posible entender el conjunto. Los bárbaros crean la decadencia, le dan dirección y significado, la hacen evidente, y para los poetas y escritores del *fin de siècle* francés, no hacía falta mirar muy lejos para identificarlos. Edmond de Goncourt, ya en los días de la Comuna, y con esa clarividencia reaccionaria tan característica suya, lo percibió con nitidez:

Quizá dentro de la gran ley del cambio de las cosas aquí abajo, para las sociedades modernas los obreros sean lo que los bárbaros fueron para las sociedades antiguas, los convulsos agentes de la destrucción y la disolución. ⁴⁴

A estos agentes de la destrucción y la disolución, y más en concreto al movimiento anarquista francés, es a los que los

⁴³ Antonio de Hoyos y Vinent: «La hora violeta»; en *Aromas de nardo indiano que mata y de ovonia que enloquece*, Azul editorial, Barcelona, 2010, págs. 117-120.

⁴⁴ Edmond de Goncourt: *La Comuna de París*, Pepitas ed., Logroño, 2020, pág. 204.

poetas y escritores decadentes saludarán como elementos necesarios e imprescindibles para la consumación de la muerte de ese «viejo y asqueroso mundo», y la construcción de otro bien distinto. El poeta Pierre Quillard, en un famoso texto titulado «La anarquía por la literatura», afirmará en 1892 una misma comunidad de intereses y objetivos, llegando a concluir que los esfuerzos de los poemas decadentes, al igual que los de Shakespeare y Esquilo, «preparan, tan infaliblemente como nuestros más arriesgados camaradas anarquistas, el derrumbamiento del viejo orden». ⁴⁵ Así, en las demostraciones públicas que los poetas decadentes organizarán junto a Louise Michel y los viejos comuneros, todos subirán al escenario al grito conjunto de «¡Viva el verso libre!» y «¡Viva la anarquía!» ⁴⁶.

En su prólogo a la edición moderna de *La vejez de Helio-gábalo*, Luis Antonio de Villena afirmaba que «decadente es sentirse final de algo» ⁴⁷, y si esto es por completo acertado, es justo añadir que para ser decadente, es necesario que ese sentimiento del fin admita el proceso, el ascenso que supone el reflejo invertido a la caída, el cual siempre llega de la mano de los bárbaros. Esta es la condición secreta de todo decadentismo, condición que es perfectamente verificable en nuestros días, si bien solo como ausencia. Porque si hoy no existe ni rastro de decadentismo, en una época en la que el fin inminente de un sistema, incluso de toda la especie humana, parece

⁴⁵ Pierre Quillard: «La anarquía por la literatura», en Claudio Iglesias: *op. cit.*, pág. 260.

⁴⁶ Ernest Raynaud: *op. cit.* tomo II, pág. 8.

⁴⁷ Luis Antonio de Villena: «(A propósito de *La vejez de Helio-gábalo*)», en: Antonio de Hoyos y Vinent: *La vejez de Helio-gábalo*, Madrid, Mondadori, 1989, pág. 12.

ser tomado en consideración incluso por los partidarios de ese mismo sistema, es porque, a pesar de su necesidad y los esfuerzos por forjarlo, no hay ningún proyecto que se eleve frente al dominante y lo ponga en quiebra por su mera presencia. Para nosotros no hay nuevo comienzo en el horizonte, no hay bárbaros a la vista, y de esta forma a lo único que accedemos es a la sensación de apocalipsis, a la intuición de la destrucción plenaria.

LA TRAYECTORIA DE UNA EVOLUCIÓN POLÍTICA

Personaje extraño, de espíritu noble y con aspiraciones liberadoras, supo en su momento de la verdad y la justicia de los deseos populares.

Miguel Íñiguez. *Enciclopedia histórica del anarquismo español*.

Es evidente que Hoyos, puesto que se reclamó por propia voluntad como miembro de la escuela decadente, conocía y tenía constancia de esta vinculación política fundacional de muchos de sus predecesores⁴⁸. Prueba de esto parece ser el hecho, relatado por el propio Hoyos durante la Guerra Civil, de que poco después de la aparición de su primer libro *Cuestión de ambiente*, decidiera enviar un ejemplar al famoso escritor anarquista Federico Urales, quien según Hoyos lo recibió con agrado y le respondió con una elogiosa carta. En aquel relato, Hoyos tampoco dejó pasar la oportunidad de añadir que por

⁴⁸ Para una visión más profunda en castellano de las relaciones de la escuela decadente y simbolista con el anarquismo, véase el extraordinario prólogo de José Manuel Rojo a la reciente edición de textos de Laurent Tailhade. José Manuel Rojo: «Laurent Tailhade, o el simbolista feroz», en Laurent Tailhade: *Contra las patrias, contra los dioses y otros escritos feroces*, Pepitas ed., Logroño, 2020.

aquellos días tuvo cierto contacto con medios libertarios, en los cuales «un viejo anarquista, místico y rebelde, me prestó un roto y manoseado folleto [...] en el que hallé una frase muy bella que se hizo síntesis y compendio del credo libertario: “Es mejor morir de pie que vivir arrodillado”»⁴⁹. Desconocemos si estos contactos se prolongaron en el tiempo o si adquirieron alguna profundidad, aunque no parece que fuera el caso, ya que lo que sí es cierto e indudable es que Hoyos, durante sus primeros años como escritor, se mantuvo fiel al pensamiento reaccionario propio de su medio aristocrático, tanto en sus entrevistas como en sus libros, manifestando ser partidario del orden social establecido y declarándose católico, monárquico y contrario a las aspiraciones de los obreros, posición que exhibió de manera recalcitrante durante el periodo que dirigió los once primeros números de la ya citada revista ilustrada *Gran mundo y sport* en 1906, dedicada casi en exclusiva a dar cuenta de la vida regalada de la aristocracia madrileña.

No hay duda por tanto de que en sus inicios como escritor Hoyos no era, ni mucho menos, y a pesar los precedentes de su escuela estética, un anarquista. Ni siquiera algo remotamente parecido. Por eso siempre produce cierto desconcierto comparar las dos fotos fijas de su pensamiento político, la de sus comienzos reaccionarios y la de su final revolucionario. Algunos, ya en su época, creyeron ver en esta discrepancia un mero y brusco giro del destino, una especie de ventolera provocada por «un extraño rencor social» como afirmó Ruano de forma por completo arbitraria,⁵⁰ o incluso la última pirueta

⁴⁹ Antonio de Hoyos y Vinent, «El valor de la vida», en *El sindicalista*, 248: 17 de marzo de 1937, pág. 4.

⁵⁰ César González-Ruano: *op. cit.*, pág. 86.

del *escandalizador*. Pero este tipo de conclusiones más bien parecen destinadas a justificar la negativa a comprender. Hay un sistema en toda esta locura, una evolución que, como toda evolución, tiene sus hitos y su trayectoria reconocible.

Las tomas de posición política de Hoyos durante la primera década del siglo XX son, como ya hemos comentado, meras declaraciones de intenciones conservadoras. Tópicas y estereotipadas, recurren una y otra vez a lugares comunes reaccionarios como la necesidad de esfuerzo de los pobres o la pertinencia del lugar social elevado de las figuras aristocráticas, desde el cual tienen el deber de ejercer una labor paternalista sobre el resto de la sociedad. No obstante, esta superficialidad no durará mucho, y poco a poco comenzarán a aparecer las brechas que anticipen el cambio. Ya durante la huelga general revolucionaria de 1917 Hoyos, al contrario del resto de aristócratas madrileños, permanece en Madrid y sale a la calle para palpar el ambiente y la vida trastocada por la lucha social de aquellos días. Y será a partir de este punto, a pesar de que aún crea que la revolución es «algo hecho sin verdadera fe ni verdadera resolución»⁵¹, que sus palabras y sus juicios comiencen a cambiar, y se hagan más graves, más perfilados. Una cercanía hacia el proletariado comienza a percibirse en sus palabras, una simpatía aún paternalista, pero que representa el comienzo de su viraje. Cabe preguntarse, por supuesto, por el peso, a todas luces determinante, que pudieron tener aquellas famosas correrías y escándalos por los barrios bajos de su primera época, pues todo apunta a que es ahí donde Hoyos tuvo acceso, de primera mano y no a través

⁵¹ Antonio de Hoyos y Vinent: *La trayectoria de las revoluciones*, *op. cit.* pág. 173.

del tamiz de los prejuicios sociales, a la verdadera situación, las auténticas aspiraciones y las carencias reales del proletariado en general y del movimiento anarquista en particular, del que en un principio parece valorar especialmente el carácter casi místico de ciertas figuras por completo altruistas y consagradas «a la idea» que él mismo debió tener oportunidad de conocer en las tabernas de Lavapiés. No obstante, esta admiración, que le llevará a forjarse «del anarquismo una idea casi, mejor sin casi, mística»⁵², aparecerá con frecuencia matizada por un argumento que le perseguirá hasta bien entrados los años treinta y del que le costará mucho desprenderse: la idea del carácter inferior y vulgar de las reivindicaciones anarquistas cuando se centran en la mera satisfacción de necesidades materiales como el hambre.

De este modo, cuando lleguen los años veinte, la distancia con sus anteriores juicios será mucho más clara y reconocible. Es en esta época que comienza a escribir sus famosos aunque fallidos ensayos político-históricos, como *Las hogueras de Castilla* o *La trayectoria de la revolución*, de los cuales emerge de forma muy clara la imagen de un hombre que intenta comprender lo que le rodea, alcanzar lo que busca, salvarse de lo que le persigue, y para el que las armas teóricas a su disposición se revelan una y otra vez insuficientes. Durante este periodo, Hoyos da la sensación de estar buscando siempre, de estar evolucionando hacia un punto que ya ha vislumbrado pero para el que no acierta a encontrar un camino. Su lenguaje grandilocuente, heredero de las costumbres oratorias del pasado, tiene siempre algo de falso, de hueco, de recurso deses-

⁵² Véase más adelante el artículo: «Modos y maneras. El anarquismo», pág. 367.

perado por encontrar por medio de la inflación retórica la llave que permita que las piezas encajen por sí solas de una vez por todas.

Por fortuna para él, esta llave aparecerá en 1920 de la mano de Ángel Pestaña, y se llamará sindicalismo. Según el relato que el propio Hoyos hizo de su encuentro⁵³, fue Pestaña el que al oírlo defender las tesis expuestas en el ya citado libro *La trayectoria de las revoluciones*, creyó intuir un núcleo de interés en sus ideas. Desconocemos si el sindicalista pretendía ganarse a Hoyos para la causa anarquista o tan solo conocer con más detalle sus teorías, pero lo que sí parece indudable es que para Hoyos el contacto personal con el líder libertario supuso una revelación.

De este modo, durante toda la década de los veinte, Hoyos irá inclinándose de manera gradual hacia el anarquismo, en una evolución lenta pero firme, no exenta de caídas y retrocesos por supuesto, pero en último término inevitable. Y así, en la última novela de Hoyos, publicada en 1933 bajo el sintomático título de *¡Comunismo! El comunismo visto a través de los bajos fondos madrileños*, y que es considerada de forma unánime como un último intento de actualizar su ya muy envejecido mundo narrativo, descubrimos en las primeras páginas a un inquietante personaje que frecuenta las reuniones de la célula comunista de Lavapiés, al que en un principio se nombra de manera elusiva como «el esteta» o «el artista», y que finalmente se nos revela, casi de pasada, a diez páginas del final, como el mismísimo Julito Calabrés. El dandi, el cínico que

⁵³ Véase más adelante el artículo «El hermano muerto», pág. 377.

Hoyos no quiso ni pudo ser, es mostrado de este modo mezclado por propia voluntad con los elementos subversivos de la sociedad. Y de él se dice:

En realidad era un espectador espiritual, un espectador lleno de inquietud literaria, y en el fondo de su espíritu con una misteriosa simpatía por las rebeldías aquellas, cuya inutilidad no se escapaba a su clarividencia, y que comparaba mentalmente a los aleteos desesperados del pájaro en la máquina neumática.⁵⁴

Y será aquí, argumentando la inutilidad del comunismo alrededor de una mesa de taberna, mientras a su lado la protagonista de la novela se enfrenta al abismo, donde Hoyos depositará al fin la máscara literaria de Julito Calabrés, su *alter ego* en la elegancia, su cínico modelo, para no volver a utilizarla nunca más, mientras el personaje real pasa al otro lado, ya sin más hipotecas que las de su propia libertad.

La concepción anarquista de Hoyos, que desde 1935 se manifestó de forma amplia y casi diaria en sus colaboraciones en el periódico *El sindicalista*, es también especial en su toma de posición. Hoyos considera ya en esa fecha a la cuestión obrera como «la única realmente trascendental que existe en el mundo hoy día»⁵⁵, y que «en la idea sindical está la solución»⁵⁶. Para él, el sindicalismo anarquista es una forma de organización social vinculada a lo mejor de la historia y el ca-

⁵⁴ Antonio de Hoyos y Vinent: *¡Comunismo! El comunismo visto a través de los bajos fondos madrileños*, Editorial Castro, Madrid, 1933, pág. 156.

⁵⁵ Véase más adelante el artículo «El porqué de mi sindicalismo», pág. 343.

⁵⁶ *Ibid.*

rácter español, pues «en la esencia misma de la vida española, en las páginas de la historia, está la organización social recia, humana y... humanamente perfecta»⁵⁷ que es la confederación estructurada a partir del municipio. Esta sólida base, además de su rechazo a la violencia y la aceptación del marco electoral burgués como medio para la consecución del fin social, encajó a la perfección en la línea ideológica del partido de Pestaña.

El Partido Sindicalista fundado en 1934, fue uno de los medios de organización del llamado trentismo, que se opuso a la línea mayoritaria de la CNT. Su intención era, sin abandonar un marco libertario, desligar la actividad sindicalista de la ideología anarquista de modo que la primera no estuviera supeeditada a la segunda, no fuera un mero instrumento de ella, y pudiera por sí misma suscitar la cristalización de un movimiento de masas que vertebrase el conjunto de la sociedad. Según Ángel María de Lera, biógrafo de Pestaña, para este:

...el sindicalismo no se reduce a la condición de instrumento de lucha de los trabajadores frente a la opresión y a los abusos de la burguesía, sino que, sin dejar de ser eso también, como tarea elemental y primaria, constituye una visión, teoría o concepción general de la vida en común de los hombres. El sindicalismo lo abarca todo: trabajo, economía, instrucción, arte, familia, amor. . .⁵⁸

Para alcanzar este fin se asume, tal y como hizo Hoyos, la entrada en el juego electoral y se rechaza de manera explícita

⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁸ Ángel M.^a de Lera: *Ángel Pestaña, retrato de un anarquista*, Argos, Barcelona, 1978, pág. 313.

el recurso a la violencia. No obstante, si bien Hoyos se adhirió sin reservas a esta corriente, convirtiéndose en uno de sus principales propagandistas, consciente de la necesidad de unidad en todos los frentes durante la guerra, y considerando al anarquismo de una forma amplia e integradora, también lo hizo a la FAI y la CNT,⁵⁹ colaborando en periódicos de otras corrientes más cercanas al anarquismo clásico como *Solidaridad obrera*, *CNT*, o *Tiempos nuevos*. Así, durante toda la Guerra Civil no dejará descansar su pluma ni un solo día escribiendo y publicando artículos destinados a levantar la moral de la retaguardia y a fomentar la unidad entre todos los sectores republicanos, labor que desarrolló hasta su último aliento y de la que no renegó cuando se culminó la derrota.

Como vemos, el pensamiento de Hoyos fue evolutivo, progresó en una muy amplia franja de tiempo –casi treinta años– y se decantó conforme fue quemando etapas y la historia pasaba a través de él. Hoyos no fue el primero ni el último que, involucrado en la historia, comprendió que la admirable revuelta del dandi solo puede tener una salida a la altura de sus potencialidades apoyándose en un cambio social radical. Y aunque esta evolución, lo sabemos, no es la única posible, ni siquiera la más común, sí es una evolución *coherente y factible* de la cual Hoyos no sería el único ejemplo. Porque si tal y como da a entender Uri Eisenzweig en su libro *Ficciones del anarquismo*, la atracción del decadentismo hacia la actividad anarquista se produce a través de un mismo deseo virulento

⁵⁹ A este respecto, el historiador del anarquismo Miguel Íñiguez da por segura la afiliación de Hoyos a la CNT, y como muy probables las de la FAI y el Partido Sindicalista. Miguel Íñiguez: *Enciclopedia histórica del anarquismo español*, tomo I, Asociación Isaac Puente, Vitoria, 2008, págs. 839-840.

de cambio radical del mundo,⁶⁰ esa atracción solo podría reconocerse a condición de que existiera una vinculación profunda, nuclear, que afectaría a los cimientos más arcanos de ambas experiencias. Una vinculación en cierto modo latente, pero cuyo palpito puede rastrearse en toda la obra de Hoyos como momento de rechazo de los prejuicios sociales y de impulso de libertad, y que al ser reconocida en la historia se fue clarificando hasta hacerse manifiesta en el marco de la revolución anarquista de 1936.

LA OCULTACIÓN Y EL DESVELAMIENTO

¡Hay de aquel que intente distinguirse!
Stendhal

El marqués de Sade, semilla perdurable de donde brota esa oscura tradición para la que Hoyos y Vinent representa ya, al menos en España, un punto obligado de paso, dijo en cierta ocasión: «no conocerás nada hasta que no lo hayas conocido todo». Es innegable que Hoyos lo conoció todo, y que luego, con plena conciencia y libertad, escogió su lugar. Esta elección, llevada con honestidad hasta sus últimas consecuencias, también supuso en su día un dedo acusador que no todos sus contemporáneos fueron capaces de soportar. Y así, tras la Guerra Civil, la dictadura no encontró resistencia alguna para que el silencio se extendiera sobre la memoria de Hoyos y Vinent durante casi cuarenta años. Por fortuna, su esfuerzo no logró un éxito definitivo, y el hecho de que aquellos que continuaban amándolo decidieran, por ejemplo, aceptar el riesgo

⁶⁰ Uri Eisenzweig: *Ficciones del anarquismo*, Fondo de cultura económica, México D.F., 2001, págs. 199 y ss.

de cambiar las cubiertas de sus libros para poder leerlos y compartirlos dice muchas cosas, creemos, de su importancia como figura humana, y le eleva a un estatus que pocos de sus contemporáneos lograron merecer. Un nivel de amor rara vez alcanzado por un escritor, que supone el triunfo definitivo sobre todos aquellos cuya conducta en el momento clave no estuvo, ni de lejos, a la altura de la dignidad y valor del marqués de Vinent, pero que se permitieron juzgarle desde sus atalayas de cinismo literario. Con posterioridad, y solo gracias a los esfuerzos de algunos infatigables partidarios, pudo desplegarse cierto puente franco hasta su recuerdo, y hoy podemos atravesar este puente gracias a sus libros, ya que en ellos es su personalidad la que se plasma en un mundo propio que, en sus momentos más logrados, alcanza cotas que le otorgan el indudable honor de ser el mejor representante de la escuela decadente en España, una escuela que si bien durante mucho tiempo pasó por ingenua o hiperbólica, hoy sin embargo vuelve a parecernos profunda y abisal, debido sobre todo a que nuestra vida sensible ha adquirido una superficialidad desconcertante, y a que quizá, tal y como afirmaba Baudelaire, el lenguaje decadente no sea del todo desacertado para caracterizar una época grotesca.

Como vemos, la vida de Antonio de Hoyos y Vinent, tremenda y fascinante, parece doblarse por esa especie de bisagra que supone su compromiso político y vital con la revolución española. Pero con frecuencia, esta última fase política ha sido despreciada como una coda incomprensible sobre la que es mejor pasar a toda velocidad en un par de líneas, y muchos de los que no se cansan de señalar, fascinados, la enorme coherencia entre la vida y la obra de Hoyos, cómo supo vincular

existencia y escritura para crear un sistema de reflejos continuos que se potenciaban de forma recíproca, parecen perder por completo el interés cuando esta misma obra sobrepasa los moldes literarios y se sitúa al nivel de la historia. Igualmente, a tenor de las resistencias que su vida plantea a los esfuerzos de reducción, todavía parece existir cierta pulsión por adaptarlo a las medidas comunes, meramente formales, que con él no funcionan ya que su carácter demanda una exégesis que, como mínimo, intente no desmerecer de su carácter tremendo.

Para salir de todas estas visiones parciales y limitadoras quizá sería apropiado, creemos, empezar por aceptar que Hoyos, por decisión propia, como consecuencia del intento de creación de un mundo adaptado a sus deseos de libertad, siempre significó un cuerpo extraño, una excepción en todas partes, ya fuera en el medio aristocrático, en el literario, en el político o entre los hampones de Lavapiés. Nunca se adaptó del todo a ninguno de esos marcos, ni quiso hacerlo. Y es por eso que todas nuestras queridas imágenes fragmentarias de él, ya sea la del escritor de éxito, la del dandi de la Puerta de Sol o la del apóstol anarquista, continúan, al igual que hace cien años, sin poder responder por el conjunto de su vida *en un sentido o en otro*. Cada cual es por supuesto muy libre de quedarse con la imagen de Hoyos que prefiera. Nosotros, con todo el respeto, creemos al menos que tomarse en serio, en lo que merece, la elección más importante de una vida, aquella que le condujo a la muerte, y reintegrarla en el conjunto de su vida, es un *acto de amor* hacia su memoria.

Porque no hay dos Hoyos, uno interesante y otro incomprendible, uno simpático y otro molesto. Hay una misma personalidad en movimiento. Y es el todo, la unidad, con todas las

deslumbrantes contradicciones que genera, lo que hace de él un personaje en verdad extraordinario, único, que a día de hoy continúa ofreciendo a manos llenas *cosas que entendemos*.

He comprendido siempre las llamaradas, el fulgor cegador de los relámpagos, el amor y la muerte, la lujuria y el dolor, los místicos y los heresiarcas, los héroes y los criminales; lo que no pude comprender nunca fueron las cosas templadas, esterilizadas, guateadas...⁶¹

...dijo Hoyos en 1936, y quizá una buena forma de no desmerecer su recuerdo pase por intentar ser fiel, en la medida de lo posible, a su propio espíritu, del que su obra literaria es un momento clave, pero que también exige ser reintegrada como tal en una totalidad más amplia y significativa. Quizá solo por medio de ese *pensamiento en llamas* nos sea posible aceptar de una vez por todas a Antonio de Hoyos y Vinent, su vida, su mensaje en la decadencia y su mensaje en la revolución, en toda su excesiva y extraordinaria complejidad.

Julio Monteverde
Alcorcón, marzo de 2020

⁶¹ Antonio de Hoyos y Vinent: «El cine mudo, la vida vista en las películas de mi sordera», *Ahora*, 24 de junio de 1936, pág. 17.



Retrato de Antonio de Hoyos y Vinent, por Federico Beltrán Masses. 1919.

SELECCIÓN DE ESCRITOS
NOVELAS, RELATOS, TEATRO
Y ESCRITOS POLÍTICOS

NOVELA

CUESTIÓN DE AMBIENTE

PRÓLOGO⁶²

Siempre me ha dado asunto para pensar y escribir el hecho de que, cuando los autores, en obras de amena literatura —novelas, cuentos, comedias, dramas, viajes—, sacan a relucir las costumbres de la aristocracia española, suprimen los restantes colores heráldicos y de oro y azul la ponen solamente... El Padre Coloma, en *Pequeñeces* y *La Gorriona*; Pereda, en *La Montálvez*; Palacio Valdés, en *La espuma*; Alfonso Danvila, en *Lully Arjona* y *La conquista de la elegancia*; Benavente, en *Lo cursi*; Chatfield Taylor, en *El país de las castañuelas*, fustigan (es la palabra de rigor), ora irónica, ora indignadamente, a la crema social, y repiten y glosan la diatriba de Jovino:

¿Y este es un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
los timbres y blasones? ¿De qué sirve
la clase ilustre, una alta descendencia,
sin la virtud? Los nombres venerados
de Laras, Tellos, Haros y Girones,
¿Qué se hicieron...?

Con todo lo demás que en aquella juvenalesca sátira se

⁶² Edición original: *Cuestión de ambiente*, Biblioteca Hispania, Madrid, 3.ª edición 1918, 1.ª ed. 1902 o 1903.

contiene, incluso el final, especie de invocación, desde una Roma putrefacta, a los bárbaros regeneradores:

...Venga denodada, venga
la humilde plebe en irrupción, y usurpe
casta, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
clases ni estados...

A pesar de tan incesantes anatemas, por mi parte no he logrado nunca a persuadirme de que la aristocracia se encuentre más perdida de lo que me lo parecen, en conjunto, los otros estados y clases. No advierto en esa aristocracia de sangre –tan abierta, en roce tan íntimo con la multitud por los matrimonios, por la vida política y social– síntomas infecciosos que no se presenten en la mesocracia y el pueblo. Varias veces sostuve esta opinión benigna, asombrándome del puritanismo de los escritores, cuando exigen –según frase de Gracián en *El discreto*– que los magnates vivan con tal esplendor de virtudes, que si las estrellas del cielo, dejando sus celestes esferas, bajasen a morar entre nosotros, no vivieran de otra suerte. Me cansé (o cansé al lector, quién sabe) repitiendo que en todas las clases la mujer es mujer, hombre el hombre, y el enemigo de perder el tiempo, y que, otrosí, el mismo vicio, revestido de externa pulcritud, sobresaltará más, pero repugna menos que si se envuelve en pestífera zalea. Observé cómo en toda causa célebre (primero y segundo crimen de la calle de Fuen carral, proceso de *el Chato* de El Escorial, etc.), se descubren nidos de sapos y culebras, hierven las revelaciones romanas y bizantinas, no solo acerca del criminal o criminales, sino sobre el aire que respiraron, las capas sociales a que pertenecen, y que no son de cierto aquellas donde la gente luce

Grabado en berroqueña, un ancho escudo
de medias lunas y turbantes lleno.

Viendo estoy, sin embargo, que al opinar así voto con una exigua minoría, y me lo demuestra la novela de mi joven amigo Antonio de Hoyos y Vinent, estreno literario al cual sirven de prólogo estos renglones. Confieso que la lectura de *Cuestión de ambiente* me puso en confusiones, haciéndome dudar si padeceré cataratas, y si, en efecto, la aristocracia española será una ciénaga, aquella ciénaga que infestaba la atmósfera dinamarquesa, y cuyas emanaciones el Padre Coloma también respiró en la clara ligereza del aire madrileño.

Porque no vale negarlo: ahora, quien nos refiere horrores del gran mundo es uno de casa, un muchacho de la grandeza, que penetra en los salones más *clanistas*, entre los cuales figura el suyo propio; es familiarmente *Antoñito* para los círculos elegantes; su padre era aquel inolvidable Marqués de Hoyos, en quien se reunían la vasta ilustración, la delicada cortesía y las prendas excelentes del carácter, y la Marquesa de Vinent, una de las damas más elegantes, de las que dan *el tono* en la sociedad de Madrid.

Y nunca agriado bohemio de café, nunca provinciano saturado de leyendas maldicientes que la distancia infla, pintaron cuadro más negro y triste de las costumbres aristocráticas que este aristócrata, en el rato de ocio que le dejan la comida de X... o el cotillón de Z...

Acaso la solución del problema sea cuestión verbal; a menudo se discute sin término, por no ponerse de acuerdo respecto a la significación de un vocablo. Cuando los novelistas

pesimistas dicen pestes de la «aristocracia», quizá no se refieren a la «clase noble de una nación» (así la define el Diccionario de la Academia), sino de la «buena sociedad», que, según el mismo inefable Diccionario, es «el conjunto de personas de uno y otro sexo que se distinguen por su cultura y finos modales». Buena sociedad no es lo mismo que clase noble, y sospecho que contra la buena sociedad van los dardos de los moralistas.

Ni la buena sociedad se reduce a aristócratas de la sangre, ni basta serlo para formar parte de ella, ni los que la componen pertenecen siquiera todos a alguna de las consabidas varias aristocracias del poder, del dinero, del talento. Gente de muy vieja cepa no pone los pies en un salón, y es posible que a resucitar los enérgicos barbas y los refinados galanes de Calderón y Lope, caballeros de venera en ferreruelo y de almena en castillo, y asistir a un moderno sarao, se volviesen a morir de asombro, reparando con quiénes se codeaban. Así, pues, lo malo y bueno que de la sociedad se escriba, deberá aplicarse a cuantas clases sociales se mezclan en su terreno de aluvión. Pero aun extendiendo al indeterminado límite de la sociedad lo que se dijo de la nobleza, tengo para mí que no se producen en aquella tantos fenómenos peculiares de perversión moral. Propendo a pasar el algodón barriendo barnices, y encuentro bajo todos los revestimientos igual madera. En España, el mal social, que no consiste en vicios mayores que los de otras partes, sino en debilidades, anemias y parálisis profundas, es mal que nos coge todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies. Y no me enfrasco más en tales consideraciones, porque embotronaría un libro en lugar de un prefacio.

Antonio de Hoyos Vinent se cuenta en el número de los partidarios de la cura de altitud y rusticación: como Pereda, como Eduardo Rod, es *montañista*; el aire puro, la vida campestre, crían virtud en el ánimo, aunque no presten salud al cuerpo —dado que los señores de Loidorrotea, tipo de los nobles honrados, lo pasan mal físicamente: ella muere tísica, él se consume, al extremo de servir de coco a los niños. Y como ya es hora de que nos concretemos a hablar del autor novel, diré que la descripción de los últimos instantes del señor de Loidorrotea encierra mucha poesía y es lástima que sea tan breve. La novela entera está escrita con rapidez suma, sin digresiones, y deja, en pos de la lectura, una impresión de interés y aun de contrariedad porque termina: la mejor impresión que puede quedarnos de una obra de entretenimiento.

La imaginación del autor es viva y plástica, y añadiré que algo sensual: es una imaginación de diez y siete años, la edad del autor —dato que conviene tener presente para estimar las promesas del libro. Trátase de quien casi se halla aún en la adolescencia, y no de uno de esos mozos eternos, de siete a nueve lustros corridos, para los cuales la prensa estereotipa el epíteto de «joven escritor», y que se pasan la vida a régimen de biberón literario. Confieso que me agradecería saber de una vez qué se entiende por «joven escritor» y por qué se huye de ser «escritor maduro». Madurar es una buena cualidad en las uvas; ¿no ha de serlo en los cerebros? Con la peregrina manía de perpetuarles la juventud a los que un día fueron jóvenes, igual que el resto de los mortales, sucede que tal mañana se despiertan, no maduros, no viriles, sino caducos, leyendo. La más hermosa edad, la plenitud de la existencia, se va suprimiendo para los escritores, cual si fuesen las mujeres guapas y presumidas.

El libro que aquí veréis está escrito con la primera savia de la vida; es un rostro fresco, en el cual no se han borrado aún ciertos rasgos infantiles. Prevenida en favor de Antonio de Hoyos por mi antigua amistad con su padre, no sirvo en este caso para hacer de censor, sino para aplaudir una tentativa que considero muy afortunada. Aunque tan pesimista al describir los *medios*, Hoyos tiene el entusiasmo y la viveza y el radicalismo de su edad, el sentimiento intacto aún, la fantasía nueva. Aparte de las severidades satíricas, Hoyos es fiel en la pintura, y despunta en él un observador que dentro de algún tiempo adquirirá doble sagacidad, y al par reposo y malicia... ¡y hasta indulgencia! Con la experiencia y las lecturas a que se entrega asiduamente, y con las condiciones que este libro revela, mal profeta seré si Hoyos no se conquista uno de los primeros puestos entre los novelistas españoles, aun ahora que, al parecer, todas las novelas están escritas y agotados los filones todos.

Emilia Pardo Bazán

I ATMÓSFERA

Cogió con mano febril *La Época*, que en blasonada bandeja de plata la ofrecía un criado vestido con la librea roja y verde de la Casa; buscó una postura cómoda para su respetable humanidad en la pequeña *bergère* que junto a la encendida chimenea ocupaba; desplegó el periódico húmedo aún, aspirando con fruición el acre olor a tinta de imprenta, y se dispuso a leer lo que con tanta impaciencia deseaba hallar. No debía ser su flaco la machacona prosa del artículo de fondo, puesto que, haciendo una imperceptible mueca de desprecio, pasó por alto la columna y media que ocupaba y leyó el título del artículo que allí venía.

«Tardes de la Aldea», cuento, rezaba el rótulo. Miró la firma: «Juan Liste». ¡Majadero! ¿Qué sabría aquel chiquillo, que solo salía de Madrid para pasar el verano en Biarritz y luego detenerse algunos días en París, lo que sucede en las aldeas? De seguro sería alguna papa como aquella de «Juanón y Marion», publicada por él, días antes, en el mismo perió-

dico. Pero, señor, ¿qué entenderán estos chicos de lo que pasa en el alma, de los amores, de las pasiones y de tantas otras cosas de que hablan con adorable frescura? Ciertamente que ella tampoco comprendía gran cosa, pero por lo menos no se metía en tales honduras. Venían después los ecos de sociedad: Baile en la Embajada de Inglaterra. Primero, descripción de la casa. Se la sabía de memoria. Después, minuciosa explicación de las galas que cada dama ostentaba. Todas bellas, elegantes, distinguidas. Sí, sí, «a otro perro con ese hueso». ¡Si sabría ella a qué atenerse sobre el particular! Excepción hecha de cinco o seis, realmente elegantes, las demás, con arreglitos caseros del año pasado iban tirando... Todo lo fue pasando por alto, hasta llegar a las gacetillas colocadas al final de la crónica. La primera, una boda: ¡valiente noticia! Todo el mundo estaba harto de saber aquel matrimonio. En la segunda se detuvieron sus ojos. ¡Gracias a Dios que encontraba una noticia interesante! Veámosla. «Se hablaba esta tarde en los círculos aristocráticos de una cuestión personal, surgida anoche a la salida de la Embajada inglesa, entre dos jóvenes muy conocidos en la buena sociedad madrileña.» Se alegró. No porque les deseara mal alguno, ¡Dios la librería! Ni sabía quiénes eran. Solo porque, como se aburría, necesitaba de una comidilla sabrosa para entretener sus ocios.

No era mala, ni tampoco buena. Era, sencillamente, frívola. Fue de esa generación de mujeres que no supo hablar más que de trapos, preparando otra que solo supiese ocuparse de la galantería. Nada interesante, nada sólido. Cuando joven, fiestas y vestidos; cuando vieja, visitas y tresillo. ¡Oh, pero en su tresillo había algo más grato que el juego! Desde que envejeció, su delicia fue la murmuración. Ella no tenía gran malicia; por eso mismo hallaba un placer más picante y sentía más admi-

ración por la de sus contertulios. Ellos sí que tenían gracia. Aquel veterano general, cubierto de laureles, era la peor lengua de España.

No quería nada que la molestase. «No quiero músicas», decía cuando alguien venía a causarla algún trastorno o a lloverla alguna pena. Ella ¿qué culpa tenía? Sus padres, los Condes de los Alpes, habíanla educado así; su marido, el difunto Barón de Las Heras, no había intentado variarla.

Buscó por todo el periódico para encontrar algo más relativo al desafío. En la segunda plana lo halló: «Cuestión personal». Se había resuelto con un acta. Fue entre Pepito Arnal y el Conde de Casa Baia. «Por lo de su hermana, seguramente», murmuró.

Se abrió la puerta, dejando paso a la criatura humana más hermosa que vieron jamás ojos mortales. Para crear una imagen cercana a la suya en belleza, haría falta la paleta de Ticiano, el cincel de Fidias o la pluma de Milton; y, sin embargo, aunque ninguno de los tres poseo, voy a intentarlo. Su rostro pequeño y blanco, perfilado en un dibujo perfecto, se iluminaba con la claridad que en suaves ondas emanaban dos pupilas aterciopeladas, de un azul tan oscuro que casi tocaba en negro: aquellos ojos, de brillo diamantino, producían sobre la persona en que con insistencia se fijaban, una impresión dolorosa que no bastaba a mitigar la suave sombra que sobre ellos proyectaban unas largas pestañas de oro. También rubia, aunque con reflejos de cobre, era la enorme mata de rizados cabellos que coronaban su gallarda figura, aprisionados en un aro de zafiros y brillantes. Su cuello, largo y flexible, acababa en un busto de una suavidad de contornos ideal, revestido de

una piel blanquísima, surcada de tenues venas azules, tan transparentes que casi se veía circular la sangre bajo ellas... Los hombros mórbidos, completamente desnudos, solo se separaban de los torneados brazos por ligeras cadenas de piedras azules. Desde el busto descendía, marcando la irreprochable línea de las caderas y extendiéndose, al llegar a las rodillas, en anchos pliegues señoriles, que daban a aquella figura una distinción de diosa, el traje de terciopelo azul heráldico. Realmente, era un conjunto encantador de hermosura y elegancia.

Avanzó tan bella mujer, lentamente, con pasos cortos e iguales, ligeramente fruncido el pequeño entrecejo y agitando el aire con un enorme abanico de plumas grises. Se detuvo ante la butaca donde la otra dama proseguía su lectura, esperó un instante, y al ver que no levantaba los ojos del papel, dijo en voz alta: «¡Cuánto tardan esos!» Esos, eran su marido, el ilustre Duque de Alcuna, y un chico de provincia, algo pariente, y que por segunda o tercera vez llevaban a un baile; y pareciéndola que aquella frase no sacaba a la anciana de su abstracción, cogió una novela de Prevost, que sobre la chimenea dormía, y abriéndola por una señal, se enfrascó en la lectura, reinando de nuevo el silencio.

Esta vez quien lo interrumpió fue la anciana.

—Por tu parte se podía hundir el mundo sin que me dijeras una palabra. ¿Qué fue lo del desafío? Estoy impaciente deseando que lleges el general para saber lo que hay; no cuentas nada.

Cerró la joven la novela, abrió la boca de rosa y marfil para hablar. Pareció arrepentirse.

—Ya te lo contará Suárez (el general).— Y empezó a hojear el libro. Después de cinco minutos que transcurrieron silenciosos, murmuró con profundo hastío: «¡Qué aburrido es comer en familia!» Lo dijo ingenuamente, sin intención de ofender a su madre.

Ella también era frívola, pero con frivolidad bien distinta. Era la suya una frivolidad apasionada. No se contentaba, al igual de la autora de sus días, con hablar de trajes, criticar a las amigas, rezar como un papagayo y pertenecer a ocho o diez juntas benéficas. No. La educación había sido la misma. El carácter, muy distinto. «Mientras sea muy católica, todo irá bien», decía su madre. Y fue muy católica. ¿No había de serlo? Todos los domingos iba a misa y todos los años hacía ejercicios por Semana Santa.

—Aparte de eso, que haga lo que quiera.— ¡Y vaya si lo hizo! De cosas serias aprendió poco; pero ¿clases de adorno? Era en ellas maestra. Equitación, música, pintura. La pintura era su especialidad. Luego leyó, leyó mucho, sin orden ni concierto, desde Fray Luis de León a Boccaccio, desde Virgilio (traducido) a Paul de Kock. Pero su pasión eran los autores psicólogos: Bourget, Prevost. Se creía un espíritu complicado. ¡Ella sí que comprendía a D'Annunzio!

¡Mentira! Ella no le comprendía, ni ganas. Era una postura (*pose*, como dicen los franceses).

Hubo una época en que la dio por hablar con los que pasaban por usar mayores libertades de palabra. Luego, por charlar con literatos artistas.

Sí, sí. Era una apasionada, pero de lujo, de elegancia, de ostentación y de amor. De amor a su manera.

¡Qué aburrido era comer en familia! En aquella casa se practicaba el culto al hogar, pero solo ante los extraños; cuando estaban solos, era otra cosa.

Entró uno de «esos». Era el pariente. Ignacio de Loidorrotea. De regular estatura, porte distinguido, buen color, pelo castaño oscuro, partido a un lado por la raya, y frente ancha y despejada que le daba un aspecto de franca nobleza; eran, sin embargo, lo más interesante de su fisonomía, sin duda alguna, los ojos, donde vagaba una mirada llena de dulzura y lealtad que no excluía la inteligencia que en ellos brillaba. En convivencia con los ojos, se plegaban los labios en una sonrisa de bondad. En verdad que era simpático aquel muchacho. Vestía bien, sin exageración.

Se inclinó ante la baronesa viuda, que le tendió su mano, siempre enguantada; saludó a la joven y fue a colocarse de pie ante la chimenea. Agotó en breve dos o tres temas de conversación. La anciana no parecía hacerle gran caso, sumida ahora en la lectura de un crimen espeluznante, cuyos espantables detalles parecían producirla profundo interés. La rubia, colocada a alguna distancia, le envolvía, mientras hablaba, en una mirada tibia y acariciadora. Algunas veces se tornaba en ardiente, y entonces ella descendía con rapidez sus largas pestañas para velar el fuego de sus pupilas. Pasado un rato dio algunos pasos hacia él, arrastrando con majestad su larga cola sobre la mullida alfombra.

—¡Qué poca gracia tienes para arreglarte la corbata!— Tiró el abanico sobre una butaca y se preparó a perfeccionar con sus bellas manos el nudo. Hizo un movimiento de coquetería. Perdió la estatua su rigidez marmórea. Se ladeó la cabeza curvando el cuello, olvidó la cara en una picaresca sonrisa su irreprochable dibujo, se achicaron los ojos, echáronse hacia adelante los hombros dejando su clasicismo para tomar un no sé qué de lúbrico, adquirieron movilidad las caderas, y la imagen cambió por completo, exhalando toda ella un perfume de voluptuosidad embriagador. Dejó la diosa de serlo y se convirtió en mujer. Tal vez estaba más apetitosa así, pero indudablemente estaba menos bella.

Después de la corbata le pasó la mano por el bigote, luego por el pelo. ¡Para eso eran primos! Él la miró casi con inocencia. ¿Qué tenía de particular? Aquellos parientes eran muy buenos, muy buenos; le habían recibido como a un hermano; como si lo fueran les quería, y como a tal le trataban.

Volvió a abrirse la puerta. El marido. Bien vulgar por cierto.

Corrió a su encuentro. Le abrazó. ¡El amor conyugal era su flaco!

—Hijito..., ¡cuánto has tardado! ¿Dónde has estado?— formuló melosamente. Tomó el prócer un acento solemne y extendió el brazo como si fuese a pronunciar un sermón:

—Ahora que ya pasó, se puede hablar de ello. He sido padrino del Conde de Casa Baia.

«El motivo de la cuestión es un secreto que no puedo violar. (La suegra no preguntó nada. Bien sabía ella que se lo contaría al día siguiente.) Afortunadamente, la cuestión, juzgada a través del más severo prisma de honor, no daba motivo para ir al terreno, y se resolvió con un acta y un almuerzo.»

Ellos, los padrinos, habían estudiado minuciosamente el motivo, y así, resuelto. Si hubiese habido la menor ofensa, no hubieran cesado hasta lavarla en sangre. «Como las mujeres sois así —continuó—, nada os quise decir, para no causaros inquietud.»

Calló el magnate. La tierna esposa estaba emocionada con aquel rasgo de cariñosa prudencia.

¡Oh! Indudablemente las cuestiones de honor eran el fuerte del ínclito caballero. Volvió a tomar la palabra para encararse con Ignacio. A propósito; ya sabía que la noche antes no había quitado los ojos del palco de la hermana del Marqués, y ella parece que también correspondía. Se alegraba. Una gran familia, muy noble; el padre, un gran señor; la madre, una santa. Pues ¿y el hermano? Un perfecto caballero.

¡Qué bondad condescendiente ponía aquel señor en sus palabras!

Verdaderamente, era un ser paternal.

Los tres le agobiaron. Una boda magnífica. La niña, un ángel; gran posición; todos se alegraban mucho. Ellos, que tanto le querían, no cejarían, no, hasta arreglarlo. Allí estaba su futura felicidad; de ello no cabía duda. «—Sí, sí —acabó la an-

ciana—. Cosa hecha; te casamos, o poco hemos de poder. Ellos son algo parientes, y nos consideramos como hermanos.»

Sonreía, un poco cortado, la cara teñida de rojo, y en los ojos una franca y reposada alegría. ¡Qué buenos eran! ¡Qué suerte la suya! Había encontrado allí unos padres que velaran por él. No lo negó. ¿Para qué? Hubiera sido ingratitud. Era verdad. La noche anterior no quitó en todo el transcurso de la representación los ojos del palco que, en unión de sus padres, ocupaba la hermana de Casa Baia, laténdole el corazón con agitadas palpaciones. Ella también le miraba mucho, no cabía duda. ¿Por qué aquel cambio, cuando veinticuatro horas antes no parecía fijarse en él? No podía explicárselo. Pero ¿qué le importaba? ¿Acaso hace falta buscar la explicación de los sentimientos cuando se tiene un corazón sano y joven? Analizar es más propio del médico que del amante. Para creer, para amar, no hace falta el análisis: basta sentir. El que analiza, mata.

Una impresión gratísima le invadía al sentir nacer aquel amor en su alma ansiosa de cariño, y condenada a estar privada de él desde la muerte de sus padres.

¿Podrían llegar a realizarse tan bellas ilusiones? Sentía ganas de arrojarle a sus plantas y cubrirles las manos de besos. ¡Qué buenos! ¡Oh, qué buenos!

Entró la doncella sosteniendo un rico gabán de chinchilla, en el que se envolvió la dama. Después se acercó esta a su madre y la besó la mano. Lo hacía siempre que había gente. Aquel era su orgullo. «Mi hija —decía en cuanto se ofrecía ocasión propicia— está muy bien educada. La he dado una educa-

ción patriarcal. Me muero por los hogares a la antigua usanza, y aunque me esté mal el decirlo, el mío tiene mucho de ellos.»

Sí tenía mucho. Por el pronto los sitios de la antesala.

Se colgó del brazo de Ignacio para descender la monumental escalera de mármol, seguidos por el marido, y un minuto más tarde se perdían al trote de los soberbios caballos que arrastraban la berlina entre las brumas de la noche.

II AIRES DE LA MONTAÑA

Ahora, lector, retrocede algunos años conmigo.

Sacude de ti todo polvo mundano hasta que no te quede ni la menor partícula de la maldad ni de las pasiones humanas. Reúne cuanto en ti haya de noble, de honrado y de bueno. Haz un llamamiento a los recuerdos de tu infancia para anegar tu alma de dulzura. Pídele ternura a la memoria de tus padres, si tuviste la desgracia de perderlos, o a sus amantes brazos, si Dios te los conserva aún; busca poesía en el recuerdo de tu primer amor, y ahora que en tu alma se desborda el bien, ven tras de mí.

Sube la empinada cuesta que en derredor del monte Igueldo se enrosca, y ya que has dejado a tus pies, allá al final de la blanca carretera, San Sebastián, casi oculto a tu vista por las sombras de la tarde, que ante ti ves extenderse el mar, brillar sobre tu cabeza un cielo sin nubes, respira para impregnar tus pulmones con las saludables emanaciones del Cantábrico

y regalar tu olfato con los suaves aromas de las campestres florecillas.

Dejemos a un lado el camino real, tomemos este sendero que ante nosotros se abre, andemos cinco minutos aún, y hemos llegado. Es aquella casa medio oculta por los árboles, cuya parte trasera se apoya en la elevada montaña, coronada orgullosamente por la vetusta torre, viejo faro que, por desafiar al rayo con demasiada gallardía, yace abandonada hoy.

¿Ves? Desde sus balcones solo se divisa la azul inmensidad del Océano, viniendo a morir en rizadas ondas contra los arrecifes que la sirven de base unas veces, elevando amenazadoras montañas que se deshacen bramando en blancas espumas otras, pero siempre grande, siempre hermoso. Crucemos la verja y entremos en el jardín. Fíjate: la mansión debe haber sido un antiguo caserío. Aún conserva sobre la portalada, grabadas en granito, las señoriles armas, en que campean cruces, torres, leones y águilas.

Pero una mano amante debe haber convertido el antiguo caserón en nido de amores. Mira qué alegre aspecto tiene su fachada, pintada de color de ladrillo; los balcones de par en par, abiertos para dar paso a las mil armonías de la Naturaleza, y qué suave sombra esparce ante la puerta la frondosa parra, por entre cuyos apretados racimos se filtran los áureos rayos del sol.

En esa casa, en ese delicioso retiro que solo el bien y la honradez pudieron crear, vivían cuatro seres dichosos. Cuatro seres buenos, amantes y nobles.

Un matrimonio con su hijo y una vieja sirvienta, que en los veinte años transcurridos desde que el noble señor de Loidorrotea dio su nombre a Laura, hasta el momento de hallarles, jamás se separó de ellos, y que por única familia les tenía, gozando con sus alegrías y llorando con sus penas.

Don Francisco Loidorrotea y Castro de los Urdiales era el último vástago de una de las más nobles e ilustres familias del solar de Guipúzcoa. Con los títulos de nobleza heredó todo el orgullo, toda la fe y toda la lealtad de su patria; y así como su aspecto físico, su recia musculatura y su marcialidad montañesa le daban el aire de un antiguo vasco, así florecían en su alma todas las francas virtudes de su raza. Su severa educación había contribuido a aumentar y fortalecer sus cualidades, revistiéndole a la vez de una enérgica severidad contra el mal y de un inmenso amor hacia el bien.

Huérfano y sin patrimonio para vivir según exigía el rango, que su orgullo no le permitía abandonar, vegetó durante algunos años aislado del mundo en su heredado caserío de ennegrecidas paredes, entregado al estudio, sin descender sino muy rara vez a la ciudad, y teniendo por único recreo la contemplación del mar, que a sus pies majestuoso se extendía.

Frisaba en los treinta y ocho años; ya entre sus negros cabellos brillaban algunas canas, cuando su alma, dolorosamente oprimida por la soledad, buscó una a quien unirse, no como ella herida, sino joven, fresca, rozagante cual flor de la mañana henchida de aromas.

En el único sitio donde sus ojos veían seres humanos, en la iglesia, a que la firmeza de su fe le llevaba, halló a Laura,

buena como un ángel, hermosa como un sol. A la luz que emanaba de sus ojos se fundió aquel corazón, que solo aguardaba que alguien le diera un poco de amor para desbordar todos los sentimientos en él aprisionados, y se realizó aquel cambio sin sacudimientos, sin violencias, naciendo en él una pasión mansa y tranquila propia de aquel bien equilibrado carácter. Feliz, cual jamás pudo soñarlo, vio acercarse el día en que iba a unirse a la única mujer que amó en el mundo. Quiso entonces convertir el ruinoso caserón de sus padres en nido de amores. Así, la negruzca fachada tiñose de vivo color rojo; el tejado, de sucias y rotas tejas llenas de goteras, fue sustituido por uno de pizarra que relucía a los rayos solares; se abrieron anchas ventanas para que el aire y la luz entraran a raudales, por donde solo había antes pequeños ventanillos que apenas dejaban penetrar la claridad del día, y, por último, el descuidado huerto se convirtió en alegre jardín poblado de flores, mariposas, pájaros y cuantos seres contribuyen a hacer grato el campo, siendo solo respetados en aquella metamorfosis, en el exterior, las ostentosas armas que sobre el portón campeaban, y en el interior, la lóbrega capilla, sobre cuyas sucias paredes de agrietada piedra pendían los retratos de algunos ascendientes ilustres.

Celebrose la boda y vino a habitar la casa aquella enamorada pareja sobre la que Dios pareció enviar su bendición. Laura era digna compañera del hombre que la eligió por esposa, pues así como en él tomaban cuerpo todas las sobrias virtudes del alma masculina: la fe, la constancia, la energía, el valor y la lealtad, juntos a una educación perfecta y una ciencia sólida, en la de ella florecían las que son ornato de la mujer, uniéndose a todas una bondad ingénita y una ternura infinita.

Un año transcurrió con la rapidez de los días felices, y, al terminar, una nueva dicha vino a coronar aquel hermoso edificio de felicidad. Nació un niño, a quien bautizaron con el nombre del santo patrón de Guipúzcoa.

Sobre aquel hogar feliz se cernió un nubarrón negro, muy negro.

El hijo nació sano y robusto, pero la madre quedó herida de muerte. La tisis se cebó en ella. La enfermedad, con su descarriada imagen, vertió amarilla sombra sobre aquella casa. Desde entonces una taciturna tristeza se apoderó de nuevo del ánimo del señor de Loidorrotea, y una dulce melancolía del de la pobre enferma. Las risas huyeron para siempre, siendo sustituidas por tristes sonrisas o tenues gemidos, entre cuyas temblorosas notas se mezclarían las palabras de una resignada oración.

Dedicaron su existencia, corta o larga, a crear la felicidad de su hijo. Se aislaron del mundo, y solo en la misa los domingos veían a los demás moradores de la montaña. En el transcurso de diecinueve años, que permitió Dios vivieran, solo una vez se separó aquel padre de los suyos. Fue a Madrid para vestir el hábito de caballero de la insigne Orden de Calatrava, a que lo ilustre de su prosapia le daba derecho, y volvió ostentando sobre su pecho la roja cruz. Desde entonces, siempre que acudió a la iglesia llevó sobre su traje la insignia de fuego. Aquella severa vestimenta, el aislamiento en que vivía y el torvo silencio que ante los que no acudían a él en demanda de auxilio guardaba, fue rodeándole ante el vulgo de una leyenda, primero sombría, después terrorífica. Como los enérgicos rasgos de su fisonomía con los años tomasen extraordinario re-

lieve y se marcasen exageradamente los huesos en su cuerpo, de día en día más flaco, llegó a ser el espanto de los niños, que huían de él.

—¡Que viene Loidorrotea y os lleva, pues! —decían las madres a sus hijos, y estos se cogían a sus faldas, temblorosos.

¡Qué injustas eran aquellas injurias que inocentemente y sin pensar le dirigían las buenas mujeres, que no tenían más mal que su ignorancia! ¡Insultarle a él, tan bueno, tan dulce! En aquellas ofensas había algo del necio fanatismo del pueblo que dejó matar a Cristo, a su Dios, que le amaba y sufría por redimirle, y a quien al verle pasar camino del Gólgota, doblado al peso de la salvadora cruz, insultaba groseramente.

Aquellas dos vidas se dedicaron por completo al tierno ser en que cifraron todos sus humanos amores, y así, bajo la dirección de su padre, fue adquiriendo todas las virtudes de este, pero aún más perfeccionadas, más grandes y más hermosas que las de él.

Tuvo fe sin superstición, valor sin temeridad ni fanfarronería, energía sin terquedad, constancia en todo, y fue leal, muy leal; ¿cómo no serlo con aquellos dos seres que le habían dado su vida entera? Sin embargo, con todas aquellas virtudes había heredado también algo del árido y severo sentimiento del deber que en el autor de sus días dominaba.

Cuando contaba veinte años, murió su padre.

Jamás aquella escena se borraría de su memoria.

Al sentir su fin aproximarse, sin oír las súplicas de su mujer y de su hijo, se hizo levantar del lecho en que yacía, vestir el blanco hábito de los calatravos y conducir apoyado en el hombro del heredero de su nombre, que también de sus virtudes debía serlo, a la ruinosa capilla. Allí se hincó de rodillas ante el altar. Empezó la misa. En un ángulo, la madre y el hijo sollozaban abrazados; permanecía rígido el noble caballero, dejando arrastrar por el desgastado pavimento los largos pliegues de su manto, mientras inclinaba la cabeza de lengua cabellera blanca sobre las huesudas manos cruzadas en el pecho. Avanzaba la misa lentamente; murmuraba el sacerdote las oraciones; oscilaban las velas, haciendo agitarse en la pared la sombra del anciano en fantásticos contornos; caían las lágrimas de cera a lo largo de los cirios, formando caprichosos arabescos, y un tenue gemido se escapaba del pecho de la pobre tísica. Llegó el momento solemne. El Ministro de Dios alzó en su mano la divina forma y la depositó en la boca del moribundo, que, lívido y con el semblante bañado en copioso sudor, permaneció rezando un momento aún. Luego se irguió, se puso en pie, y volviéndose al sitio en que su hijo estaba, con voz empañada por angustioso estertor, habló:

—¡Hijo mío, yo te bendigo! Eres bueno. Selo siempre.

Y volviéndose a su esposa:

—Tú me has querido. Me hiciste feliz; también yo te bendigo.

Trazó una cruz con su diestra en el espacio, y su cuerpo se desplomó en tierra, rebotando su cabeza en los escalones del altar. Corrieron a él. ¡Estaba muerto!

¡Qué triste se deslizó desde entonces el tiempo en aquella casa!

Dios, que en muy pocos días arrebatara la vida a aquel ser, fuerte siempre, dejó vivir aún en una larga agonía a Laura. En ella la enfermedad mermaba la existencia lentamente, sin sacudimientos; y aquella mujer que, de carácter alegre y expansivo, se avino por amor a su marido a vivir aquel retiro, si bien grato en apariencia, tétrico en el fondo, se propuso infiltrar en el alma de su hijo adorado todas las ternuras de la suya. Que así como el carácter de su padre dejó enérgica huella, el de ella sirviese para perfeccionar y cincelar el bien que en grandes bloques había en aquel espíritu virgen de vulgares contactos.

Así fue. Bajo la dirección de la santa mujer, las asperezas se fueron suavizando, las brusquedades desapareciendo, adquirió aquel carácter dulce igualdad, y perdió todo lo que de exaltación en él había.

Y como si, cumplida su misión sobre la tierra, la dulce mártir volar pudiera al cielo, llegó su hora.

Eran las once de la mañana de un magnífico día de junio. Brillaba el sol en medio de la lámina azul de un cielo de cobalto que se reflejaba en la transparente superficie de las dormidas aguas; bandadas de pájaros cortaban la atmósfera límpida y tibia; blancas velas se perdían del horizonte al confín, y a veces la brisa rizaba las ondas y venían las olas a morir en las costas. En la terraza estaba la enferma hundida en almohadas. Sobre la nivea blancura se dibujaba el amarillo contorno de su agónica tez; de su pecho escuálido salía ronca y

trabajosa la respiración; sus ojos azules, hundidos, muy hundidos, miraban con inmenso fervor al cielo. A sus pies, sentado en un pequeño taburete, estaba su hijo estrechando entre sus manos la demacrada de su madre, que de vez en cuando cubría de besos.

Habló la pobre tísica con voz apenas perceptible, llena de cadencias de ternura. Iba a morir, y su hijo quedaría solo en medio del mundo, que desconocía... Era preciso que buscara una mujer digna de ser su compañera en las alegrías y tristezas de la vida. Él era bueno, noble, listo, sabio; ¿cómo no serlo, si su padre, compendio de sobrias virtudes, le había dedicado su vida entera, y ella, pobre mujer, todo su corazón? Era preciso, sí, que buscara una muchacha que le amara, pero no para ir a enterrarse con ella en el viejo caserío, sino para vivir en el hermoso mundo, donde sus méritos debían lucir y donde soñaba en su amor materno laureos para él.

No; ella no creía, como su marido, que día llegaría en que resucitaran los nobles con todos los esplendores de la edad feudal, y que, mientras, deben esperar recluidos en sus casas el momento del triunfo...; pero, en cambio, creía en la bondad de aquel mundo donde quería lanzar a su hijo, convencida de que la victoria sería suya.

Y habló cual si hubiera muerto. Trazó rosados proyectos de gloria, de dicha, de amor; y si su cariño de madre le daba fuerzas para hablar, la proximidad de la muerte envolvía sus palabras en una patética majestad rayana en lo sobrenatural. A veces vibraban enérgicas, llenas de pasión; pero otras morían en sus labios.

Abrazó a su hijo fuerte, muy fuertemente, con la ansiedad del último abrazo; cubrió de besos su rostro, y el débil círculo de sus brazos se fue aflojando, aflojando; luego dejó caer la cabeza sobre la blanca almohada, exhaló su boca un tenue suspiro, y cerró los ojos, sus dulces ojos de mártir, para siempre. Ignacio no tuvo fuerzas ni para moverse ni para gritar; permaneció de rodillas junto al cadáver, y un raudal de lágrimas se desprendió de sus pupilas. Mientras, el sol, a la mitad de su triunfal carrera, brillaba en medio del firmamento inundándolo todo con sus rayos; los pájaros cantaban en las ramas; venían las olas a romper en las rocas, cubriéndolas con sus bellas espumas, y se perdía a lo lejos, hinchadas sus velas por la suave brisa, una lancha, de donde salía, cantada tal vez por enamorada pareja, la última estrofa de una poética barcarola:

Boga como boga el alma,
desde la cuna a la tumba.

.....

III MIASMAS DE PANTANO

—¿Pero a quién ha salido esta chica? ¡Ay! Dios me dé fuerzas para resistir este golpe, que bien las he menester. ¡Esto es atroz! ¡Un caso así en nuestra familia! ¡Qué impudor! ¡Qué desfachatez! Esta hija me va a matar. ¡En nuestra casa, donde la pobre abuela Rita murió en opinión de santidad y todos siempre han sido tan buenos, tan buenos, que por concesión de Pío IX nos llamamos santos protectores de la abadía del Recuerdo! Si al menos fuese casada... (Esto se la escapó sin querer, y era el símbolo genuino de su modo de pensar). ¡Con la educación que te hemos dado tu padre y yo —siguió—, parece imposible que hayas hecho lo que has hecho! —Y luego, con acento doloroso de egoísmo herido—: Cuando todo iba tan bien, esta chica viene a aguar la fiesta.

Tu hermano, matándose tal vez a estas horas; nosotros, deshonorados mañana cuando la gente sepa (porque en este dichoso Madrid todo se sabe) tus necedades e indecencias. ¡Bonitas nos pondrán! ¡Hay tanto envidioso! ¡Esto no se puede sufrir, es atroz... atroz!

La que así hablaba no era otra que la Excma. Sra. D.^a Rosa Álvarez de los Burgos, Condesa de Torres Altas, grande de España de primera clase, perteneciente por parte de su padre a la ilustre familia de los Álvarez de los Burgos, cuyo último vástago, hijo y heredero de la que al presente nos ocupa, el joven Marqués de Casa Baia, dio fin a su preciosa existencia levantándose la tapa de los sesos, después de derrochar su patrimonio, el de su mujer y buena parte del de sus amigos, y cuya historia, sobre ser muy posterior a la que narramos, es vulgarísima, aunque no me atrevería a jurar que algún profundo psicólogo no hallase en ella abundante filosofía y provechosa enseñanza.

Era doña Rosa (Rosina, como la llamaban sus íntimos) una morena alta, de buena figura y arrogante porte, ojos negros y relucientes, un poco pequeños; nariz remangada, aunque no mucho; tez fresca relativamente para su edad (debía de frisar en los cuarenta y cinco), pelo negro y abundante, donde seguramente habría numerosas canas a no estar cuidadosamente teñidas, y expresión afectada e insinuante. De prendas morales más valía no hablar, y no hablaríamos seguramente, a no exigirlo la claridad de la presente historia.

Nada diremos de la deficientísima educación que recibió en uno de los más célebres conventos franceses; pasaremos también por alto sus primeros resbalones de soltera, aunque sobre ellos tendríamos mucho que contar, y nos detendremos en el tercer período de su vida, o sea después de su boda con el Conde de Puente y de Casa Baia.

En honor de la verdad, hay que confesar que la época de mayor esplendor que alcanzaron las ya nombradas casas, fue

en el tiempo que Rosina y su marido reunieron en sí sus títulos y preeminencias; y esto, aunque parezca extraño en personas de tan escasas dotes morales, tiene sencilla explicación, teniendo en cuenta que careciendo de toda virtud y de todo noble sentimiento, e incapaces de ninguna mira verdaderamente elevada, se habían compenetrado aquellos dos seres hasta formar un solo carácter, cuyas ideas, aspiraciones e ideales llegaron a estar perfectamente definidos y aun a realizarse en gran parte. Habían aceptado ambos la vida como un buen negocio en que eran socios, para cuya ventajosa realización necesitaban apoyarse mutuamente con su cariño y su respeto. No engañarse nunca para poder engañar a los demás, era su máxima; y, ciertamente, les dio buenos resultados.

Verdad que el vulgo la acusaba de algunos deslices; pero no menos cierto que nunca había dado ningún escándalo, cosa que la salvaba, pues en la sociedad actual no se condena el mal, sino el ruido que produce; y también verdad que si había existido el desliz, lo había ocultado tras un tupido cendal, que nada había trascendido al exterior. Solo como un rumor de malas lenguas, en las que Dios nos libre de creer, diremos que se susurraba que las personas en cuyo obsequio descendía de su pedestal de inquebrantable virtud, eran casi siempre personajes de grandísimo influjo, y (horroriza pensar dónde llega la malicia humana) que el marido lo sabía y hasta daba su venia. Claro que el autor rechaza con indignación la calumniosa especie, que directamente va contra tan virtuosa señora y tan pundonoroso caballero. Lo que sí es indudable, es que aquellos dos seres habían dedicado su vida entera, no a la educación de sus hijos, no a hacer la felicidad de su hogar, sino a subir, subir, escalando las alturas de la posición, de la elegancia y de la fortuna, prefiriendo las satisfacciones de la vanidad a

cualquiera otra, y no menos indudable que lo habían conseguido.

Ocupados en tan elevados quehaceres, no pudieron dedicarse, como fuera su deseo, a la enseñanza y dirección de sus hijos, por lo que esta corrió a cargo de manos mercenarias que al primor llenaron su difícil cometido, haciendo del joven primogénito un perfecto *sportman* y de la niña una elegante damisela. Pero como en este pícaro mundo no existe dicha completa, algunos sinsabores vinieron a amargar la vida de tan simpático matrimonio. Ya el joven Marqués de Casa Baia (título que le cedieron sus padres en cuanto tuvo edad de llevarlo dignamente) demostró que, aunque heredero de la mayor parte de las cívicas virtudes paternas, le faltaban algunas en la vida privada para llegar al grado de perfección del autor de sus días, no siendo seguramente la de menos importancia la buena cabeza que este había demostrado para la administración de sus bienes. Era, sin embargo, defecto del que con los años y la experiencia esperaban verle corregido. Lo que causaba su desesperación y les hizo más de una vez perder su calma egoísta sacándoles de quicio, fue la conducta verdaderamente incalificable de su hija. La distinguida joven, en vez de dedicarse a atrapar un buen marido (legítima aspiración de sus padres), se entregó con ahínco a emular a su hermano en sus aficiones a los violentos ejercicios corporales; pues si por la mañana montaba a caballo, patinaba por la tarde y aún la quedaba tiempo para hacer su aparición en paseo guiando cuatro fogosos caballos, con tan consumada maestría, que causar pudiera envidia al más hábil cochero inglés; y no se crea que era esto lo peor; aquello que más entristeció a los Condes fue ver que, en vez de charlar con los muchachos que por mejores partidos eran tenidos, pasaba las noches en los bailes con los

pelagatos que más animada conversación poseían, y que también, desgraciadamente, menos posición y menos fortuna ostentaban y peor fama habían adquirido. Todo esto podía pasar como ligerezas; pero lo que revistió caracteres de excepcional importancia fue que lo comenzado por un flirteo de salón con Pepito Arnal, joven de buena familia, tronado, ligero, calavera y casado con una riquísima americana, tan celosa como opulenta, se fue agravando hasta tomar los caracteres de verdadera pasión.

Mucho contrarió esto a los señores de Puente, y, desde luego, con su experiencia del mundo vieron el remedio en la constante compañía de la madre y un viaje emprendido con oportunidad. Pudo más su egoísmo que la voz de la prudencia que tal viaje aconsejaba, y encontraron una solución elegantísima para aquel conflicto. Su hija era una neurasténica, y con el veraneo y los aires de Biarritz sanaría; aparte de que bien sabía ella lo que se debía a sí y a sus padres.

Llegó el verano, y durante él, Eulalia no vio a Pepito y hasta pareció haberle olvidado, y junto con él sus aficiones de *sport*, adquiriendo, en cambio, tan desmesurada afición a engalanarse y embellecerse, que se pasaba la mitad de su vida en casa de las modistas y perfumistas, donde sangraba la fortuna paterna. A pesar de aquellas sangrías, estaban los Condes encantados de tal solución; y en tan risueño estado de ánimo, después de su visita anual a París emprendieron el viaje de regreso a la corte, donde con harta satisfacción vieron a su hija seguir el mismo derrotero. Cuando, ya tranquilizados del todo al saberla coqueteando con Ignacio, se disponían a trabajar para que hiciese una buena boda, estalló la tormenta de modo inopinado. ¡Era atroz! Ella, su hija, la descendiente de Álvarez

de los Burgos, de aquella familia en cuyo preclaro linaje se contaba doña Rita Álvarez de los Burgos y Figueras de la Reina, la abuela Rita, como ellos la llamaban, muerta en opinión de santa; donde una Condesa de Casa Baia se dejó matar antes que faltar a su marido; donde la honradez estaba hasta en el lema (tal vez único sitio donde con derecho podía estar): «Honrado vives, honrado mueres...», entregarse así al primer perdulario que pasaba por la puerta. ¡Oh, era atroz...! ¡Un hombre casado!

No parecía su interlocutora espantada ante aquella tormenta que estallaba sobre su cabeza, ni tampoco anonadada por las históricas citas (quizá por conocer su verdadero valor). Había tomado asiento en una cómoda butaca, colocado un mullido almohadón bajo la negra cabellera, bastante abundante por cierto, y paseaba sus ojos, de un castaño oscuro, con indiferencia por la habitación, yendo a detenerlos de vez en cuando en su madre, cuyas palabras oía como quien oye llover.

¡Bah!, ya se cansaría, y entonces podrían hablar de las soluciones.

Era la joven, al igual de la Condesa, morena, bien formada, de marcadas curvas y rostro bastante correcto, aunque sin ser ninguna maravilla. Vestía con exageradísima elegancia un traje de paño malva, bordado en seda y nácar del mismo color. Ni un cabello se había soltado de su peinado, ni un pliegue de su traje descompuesto; por el contrario, toda su persona revelaba tranquila calma. Columpiaba una pierna cruzada sobre otra, y llevaba de vez en cuando a su rostro, en el que vagaba ligera expresión de melancolía, un gran ramo de gardenias que llenaba la estancia con su fuerte olor.

Alzó la joven sus oscuros ojos impregnados de melancólica indiferencia, fijoles en su madre con una límpida mirada, y con voz tranquila y lenta, habló así:

—Mira, mamá, déjate de reproches inútiles, y decide.

«¡Bastante tengo con mis penas! Yo haré lo que quieras. Si un convento, voy; si prefieres que me case, lo haré. Lo que te advierto es que ya no hay ni que soñar con un buen partido, o un muchacho tronado que tenga la manga ancha, o un cursi que por casarse conmigo pase por todo. —Luego, con desaliento—: ¡A mí todo me es igual ya! Lee este periódico. Oye:

«Ayer se embarcaron en el vapor *Velos*, de la Compañía Trasatlántica, los señores de Arnal (don José), cerrando por ahora su casa de Madrid y proponiéndose emprender un largo viaje por América, que durará probablemente algunos años, regresando luego para fijar su residencia en París.» ¿Has oído? Pilar, cuando se enteró, amenazó a Pepe con armar un escándalo y divorciarse dejándole en la calle con lo puesto si no salían en el primer vapor para América, y se fueron. Ya nada me importa.»

Iba la Condesa a responder indignada ante tal cinismo, cuando se alzó el portier y anunció un criado: «Los Duques de Alcuna».

—¿Juntos?

—Sí, señora.

—¡Jesús, qué raro! —murmuró; y luego, alto—: Que entren, que entren.

Eulalia se levantó de un brinco; arregló el cojín de la butaca. —No cuentes nada— dijo, y escapó por una puerta lateral al tiempo que llegaban ellos.

Después de los saludos de rúbrica hablaron de diversas cosas sin importancia, que en general les bastaban a llenar horas enteras de grata conversación, ora despellejando al amigo ausente, ya burlándose del anfitrión de la víspera, ya destruyendo alguna mal cimentada reputación; pero que aquel día, ¡cosa extraña!, no les bastaban para cinco minutos, a ellos, que tan envidiable fama de conversadores gozaban. Por el contrario, de vez en cuando se producía un embarazoso silencio, que amenazaba prolongarse demasiado. Si nos fuese dable penetrar hasta el fondo del alma de aquellos tres personajes, sabríamos que la ida de los Duques no obedecía a otro objeto que el de echar un vistazo sobre el lugar del suceso y ver el estado en que se hallaban los principales protagonistas. Retozábales en el cuerpo un insano deseo de averiguar, contenido no solo por la buena educación, sino también por la completa seguridad de que si interrogaban nada sabrían. A su vez, la Condesa sentía la imperiosa necesidad de hablar sobre tan desagradable aventura, experimentando la ansiedad de que los otros la preguntasen; pues entonces, aunque no fuese más que por el placer de darles un disgusto, callaría. Con tan loable intención dejó escapar un suspiro, sin que sus visitantes se diesen por enterados; luego otro, que corrió la misma suerte que el anterior, y por fin otro —tan formidable, que pareció que el corazón se la escapaba por la boca—, y que no por eso alcanzó mejor éxito que los precedentes. Desesperada ante aquella indiferencia y por ese invencible prurito que tienen las personas frívolas de contar las cosas desagradables que suceden en la vida, a pesar de la seguridad de que a sus primos las

penas que sufría les tenían sin cuidado, que ningún remedio la darían y que solo deseaban saberlas para hablar todo lo mal que pudiesen de ella, con una voz que partía el alma, dijo: —¡Qué desgraciada soy!— Alzaron ambos vivamente la cabeza, y sus ojos brillaron. ¡Aquel era su triunfo! ¡El de su prudencia! ¡Qué victoria tan nueva para ellos y para cualquiera de su mundo, donde no existía ninguna de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza!

Aproximáronse cariñosamente a ella y volcaron sobre su abatido corazón el bálsamo de sus más dulces consuelos.

No sería tanto. Su amor de madre la hacía verlo con colores más sombríos que los que en realidad tenía.

¿Que no? Se lo contó ce por be, tal y como ella lo había oído de labios de su hija media hora antes. No omitió detalle por atroz que fuese, desde que se conocieron hasta el vergonzoso desenlace en casa de la modista.

—¿Pero allí mismo?

—Sí, hija, sí; allí mismo, pared por medio con las oficialas.

Después habló de los remedios. Un convento... A este hicieron un gesto despreciativo. No, aquél no era. Casarla. Sí, sí; justo. Pero ¿con quién? En un gran partido no había ni que soñar. ¡El escándalo había sido demasiado público! Entre un cualquiera enriquecido o un muchacho de buena familia, aunque no poseyese gran fortuna, prefería esto último; pero ¿dónde se encontraba? Y corría prisa, corría prisa. Esto lo dijo con tan amarga ironía, que no hubiese sido más si de un ex-

traño se tratara, dejándose llevar de la costumbre que se sobreponía a su amor de madre.

Tenía la absoluta seguridad de que sus oyentes no habían de sacarla de apuros..., y, sin embargo, se equivocó. Con profundo asombro escuchó decir a la Duquesa:

—¡Ya le tengo, ya le tengo!

—¿Qué?

—¡El marido, mujer, el marido!

—¿Quién?

—Ignacio Loidorrotea, mi primo.

—Pero... ¿querrá?

—Sí, sí; ¿no ha de querer? —le dijeron los dos a coro. Ellos hubiesen hecho lo mismo. Y era el único. De gran familia, buen muchacho, guapo, listo, podía llegar muy alto. Ella dotaría a su hija en ocho mil duros anuales. Nada, nada, cosa hecha; se encargarían de todo. O eran o no primos. Antes era preciso consultar su voluntad a la muchacha. No era cosa de casarla a disgusto para que fuera desdichada. ¡Qué responsabilidad!

Se la hizo venir. Entró tranquila; saludó sonriendo cual si nada de particular hubiese sucedido; oyó lo que la proponían, y aceptó, sin extremos de agradecimiento, como la cosa más natural del mundo; saltó después con suprema habilidad a otros temas de conversación, y así, tranquilos al ver resuelta la cuestión, sin tener que temer ya las desagradables consecuencias, transcurrió el resto de la tarde en grato palique.

Ya anochecido, cuando los elegantes Duques de Alcuna corrían, reclinados en los almohadones de su milord, en dirección al hotel que habitaban en el barrio de Salamanca, rompió ella el silencio, y por uno de aquellos fenómenos psicológicos a que tan aficionada se mostraba en las novelas, como si arrojara un peso de sí, dijo, encarándose con su marido:

—Si me creyeras (y él no sabe lo que ha pasado) le propondrías a Ignacio casarse sin explicarle nada. Te evitabas un mal rato.

Arrojando una bocanada de humo y encogiéndose de hombros, es fama que contestó el prócer:

—Como quieras...; ¡por mí...!

IV BOCHORNO

Aquella vergüenza estaba realizada. El mundo, el dorado mundo donde tal infamia se había llevado a cabo, encogiose de hombros, sonriendo sarcásticamente. ¿Qué le importaba? ¡Uno más! A ninguno de aquellos seres que ahora le rodeaban en la vida íbales nada en su deshonra: nadie le quería, casi nadie le estimaba, y si, por rara excepción, alguien sentía por él vaga simpatía, la sobriedad de su carácter puso siempre infranqueables barreras a toda amistad. Pero ese caso no se daba. El mundo, haciendo criterio de sus aberraciones para juzgar moralmente, usaba como norma para explicar los actos de los demás sus propios actos; para buscar los móviles, sus propias intenciones, y para las ideas, las suyas, bien mezquinas por cierto.

Todos tenían el convencimiento de que a sabiendas aceptó su vergüenza, y que lo hizo gustoso por gozar de la posición y la fortuna que ahora disfrutaba.

Tomad mi nombre, hasta hoy immaculado; tomad mi corazón henchido de bondad y de ternura; tomad mi alma toda, a

cuya perfección dos personas nobles y santas dedicaron su vida entera; pero dadme una corona con que ceñir mis sienes; todos me aplaudirán; dadme oro, mucho oro con que sentirme anfitrión, y gritarán mis huéspedes inclinándose servilmente a mi paso: «¡Oh!, es muy bueno, buenísimo. Tiene un corazón de oro.» Eso pensarían. Eso harían.

Desgraciadamente para él, no se sintió anfitrión, y la sociedad toda propaló a gritos su deshonor; tal vez algún día cambiara de conducta y entonces le ensalzarían, sin importarles haberle antes denigrado. La murmuración arrojó su nombre por los suelos, pregonando a voces aquella infamia.

¿Quién sabe si la brisa transportará en sus ondas tal murmullo hasta aquel olvidado rincón del monte Igueldo, donde en dos blancas tumbas, rodeadas de silvestres flores y cobijadas por llorones sauces, que agitaban sus plateadas hojas a los suaves soplos de los aires del Cantábrico, dormían el eterno sueño de la muerte el caballero, todo nobleza, y la santa, toda bondad? ¿Quién sabe si al ver deshonorado al hijo de su amor, al ver manchado su nombre, siempre limpio, rechinarían entre las heladas piedras sus pobres huesos de dolor, en espera al día de la suprema justicia en que tuviera cada cual lo suyo y cesaran para siempre las iniquidades de los hombres?

Habían transcurrido ocho meses desde su boda, y aún las murmuraciones no cesaban. Hablaban de todos, seguros de que se había casado con pleno conocimiento de los hechos consumados. Forjaban a diario nuevas y escandalosas historias; no pasaba día sin que hicieran algún ingenioso chiste a su costa, y, sin embargo, en medio de aquella pestilente atmósfera, y quizá por ignorar en absoluto su existencia, era feliz,

y no solo dichoso, sino tan noble, tan bueno y tan honrado como cuando partió del feliz retiro donde, al lado de sus padres, pasó su juventud.

Se había casado realmente enamorado de su mujer, en el comienzo de una de esas pasiones solo dables en persona de su carácter y antecedentes y que bastan a llenar el transcurso de una vida entera. Aquel amor tenía una explicación sencillísima, si se tiene en cuenta que Eulalia, aunque no era guapa, tampoco era fea; que él llevaba dos años de vivir aislado en un páramo de afectos; que así como la necesidad de crearse una familia le había hecho mirar a los Alcuna, a la primera prueba de interés que le dieron como a hermanos, la necesidad de amor le había de apasionar por la primera muchacha que con buenos ojos le mirase, y sobre todo, que los corazones jóvenes, sanos y vigorosos necesitan amar.

Después de su matrimonio, en vez de disminuir este amor, creció de día en día, y, cosa extraña, pareció ser correspondido. La causa podía hallarse sin gran trabajo. Alejado Pepe de ella, tal vez para siempre, dejándola como recuerdos un amor sin límites y un hijo, que pronto nacería y que por exigencia del mundo en que vivían había de llevar el nombre de un extraño; indiferente para con aquellos padres que tales sacrificios la imponían; guardando en el fondo de su ser tan solo odio para la sociedad, que, siendo la verdadera causante de sus males, ningún remedio la daba para ellos, vivió los primeros días de su nueva vida fingiendo amor que no sentía, siendo, por el contrario, desprecio sin límites lo que experimentaba hacia aquel hombre que transigía con tal afrenta a condición de verse dueño de títulos y cuantiosos bienes; y allá, en el fondo de su corazón, sin querer, por supuesto, confesarse tal debili-

dad, una angustia infinita y un deseo inmenso de arrojar de sí aquellos convencionalismos que la ahogaban ahora y que tan de su gusto eran antes, para que ya que no la fuera dable correr tras el ausente amado, por lo menos llorarle y rendir culto a su memoria cual a la de un esposo inolvidable.

Al principio nada la extrañaron los extremos de cariño de su marido, pues dada la triste experiencia que de los humanos tenía, sabía bien que todos los sentimientos son susceptibles de fingirse, y que cuanto más fuertes e instantáneos sean, más facilidades hay para esta superchería; pero poco a poco, a medida que el tiempo transcurría, fue admirándose de que en vez de cesar tales demostraciones hasta convertirse en indiferencia o cortesía helada, parecían adquirir mayor fuerza para transformarse en pasión avasalladora.

Una vaga sospecha la asaltó. ¿Estaría aquel hombre enamorado de ella? ¡Imposible! Creer aquello hubiera sido sencillamente pueril. ¿Para qué la servía su experiencia del mundo? ¿Para dejarse engañar como una niña? Y sonreía con sonrisa dolorosamente escéptica, de mujer curtida en las mundanas luchas.

—Sí, sí, se casó conmigo... nada más que por mi dinero. ¡Lo demás, farsa! —Y trataba de penetrarse de aquella idea asiéndose a ella con verdadera saña. Fríos razonamientos la preocupaban. ¿Para qué aquel fingimiento? Jamás gastaba nada de su fortuna, nunca pedía nada. Sin embargo, la certeza seguía y se aferraba a ella.

Un nuevo hecho vino a conturbar su espíritu, haciendo oscilar esa seguridad.

Un día, meses después de su enlace, cuando, recién acabados de almorzar y quejándose ella de dolor de cabeza, mostrábase Ignacio más cariñoso que nunca, entró la Condesa de Puente con cara de pocos amigos, y sentándose o, mejor dicho, desplomándose en una butaca, empezó a lamentarse con lagrimsa voz. «Aquel año era malísimo: los arrendatarios de las fincas de Soria habían venido a pedirla con lágrimas en los ojos les perdonase un trimestre, pues de lo contrario se morirían de hambre; los precios de los trigos habían descendido mucho, la cosecha de uva, escasa...; en fin, un desastre. Pero lo peor (aquí bajó la voz la atribulada señora) era que el joven Conde, su hijo, se entretenía en «tirar de la oreja a Jorge»⁶³, sin olvidar por esto al bello sexo, sino mostrando, por el contrario, el alto concepto que de él tenía en el elegante hotel y el bonito coche con que a una de sus más bellas representantes había obsequiado, contrayendo en tan honestos y laudables recreos gruesas deudas, que, a creer lo que la dama dijo, ascendían a unos diecinueve mil duros, que los amantes padres, siempre dispuestos a cualquier sacrificio por sus hijos, tendrían que pagar. ¡Por eso la Condesa había corrido a desahogar su pecho en su hija, en aquel ángel, su consuelo, su único consuelo, y en su yerno, modelo de todas las virtudes! Si todos los hombres –terminó diciendo, echándole de paso una rociada de incienso– fueran como tú, entonces otro sería el mundo (y sin creerlo ella misma, decía la verdad). Después, con mil mimos y no pocos suspiros, formuló su pretensión. Era cosa delicada..., bien lo sabía ella; pero... se trataba de la honra de su hijo. De su hijo, por quien ella era capaz de todo, hasta de

⁶³ «Tirar de la oreja a Jorge», expresión hoy en desuso utilizada para designar la afición a los juegos de cartas.

pedir limosna; y su voz tomaba inflexiones patéticas. —En fin, como vosotros ahora de recién casados necesitáis gastar poco... por este año, solo por este año... en vez de los ocho mil duros os daría cinco... si no os apura. Ya veis, después de todo, es vuestro hermano. Si no, yo no sé qué vamos a hacer. —Calló, paseando su mirada de uno a otro, pidiendo respuesta. Eulalia fijó sus pupilas en su marido y dudó un instante. ¿A ella qué más la daba? Pepe estaba lejos, muy lejos, con el inmenso mar por medio; ni aun sabía a punto fijo dónde; pero allí estaba su legítimo esposo, aquel a quien la Iglesia y la ley daban derechos sobre ella. No, imposible, no podía permitir que les rebajasen la renta. Aquel era su precio y había que pagárselo; para eso dio su nombre a cambio de oro; había pasado el tiempo de los regateos. Pero antes de que pudiese pronunciar una palabra, se adelantó él. —Sí, ¿por qué no? Estaba dispuesto. ¿Qué les importaban tres mil duros? Luego... para sus hijos; pero por el momento podían pasarse muy bien sin eso. —Los dos le miraron, y luego se miraron entre sí. «Es imbécil» —pensó la suegra, encantada del buen éxito—. «¡Se ha casado conmigo por amor!» —fue la idea que penetró en el cerebro de Eulalia, grabándose en él con letras de fuego, sin que pudiera darse cuenta de si aquella impresión sufrida fue dolorosa o placentera.

Los días sucesivos obraron en ella una lenta transformación.

—¡Se ha casado conmigo por amor!— repetía sin poder arrojar de sí tal creencia, sino, por el contrario, hallándola mezclada en todos sus pensamientos con desesperante pesadez. ¡Ah! ¿Conque aquel hombre que ella había tomado por un ser sin honor, sin corazón, por un malvado, en fin, no era más que

un desdichado que la amaba? ¡Tal vez, quién sabe! Había sido la fuerza misma de su pasión la que le hiciera descender hasta prestarse a tan degradante papel. Porque su vergüenza era de él bien conocida. Estaba cierta. ¿Cómo no saberla, si había sido la comidilla de todo Madrid? ¿Si no hubo nadie en el transcurso de aquellos infaustos días que no hablase de ellos?

Luego en el mundo existía un sentimiento suficientemente fuerte para hacer llegar la abnegación de un ser bueno y noble (empezaba a creer tal a su marido, aunque no en la medida que lo era en realidad) hasta pasar a los ojos de todos por aceptar tan indigno puesto a cambio de la fortuna. ¡Y había seres capaces de tal sentimiento!

Aquella seguridad llevó a cabo una revolución en su alma. Seguía amando con locura al ausente, dispuesta a cualquier sacrificio por su amor; pero aquella pasión era muy otra que la que ella comenzaba a sentir por Ignacio. En medio de aquellas salvajes pasiones desatadas, en el revuelto mar de sus violentos sentimientos, su corazón dolorido, que al principio resistió indómito, aislado por completo, empezaba a flaquear, y sin darse claramente cuenta experimentaba una suave satisfacción al sentirse amada.

Luchó consigo misma algunos días, y por fin halló la fórmula que necesitaba.

Pepe era su esposo. Ignacio sería su hermano.

¿Qué la importaba a ella que la sociedad no sancionase aquellas ideas? ¿Acaso no veía ella violar a diario las leyes sociales por los mismos que las daban? La sociedad la era indiferente. Carecía de sentido moral. ¿Pues entonces?

Desde aquel día su vida varió algo. Mostrábase más cariñosa con su marido, y salvo ligeras crisis en que el llanto se desprendía a mares de sus ojos y los sollozos la ahogaban, crisis que estallaban sin causa alguna y que todos atribuían al delicado estado en que se hallaba, ningún trastorno alteró su aparente dicha. Transcurrieron así los días sin novedad: feliz Ignacio con lo que creía amor de su mujer, reposada ella en aquel que miraba ahora como a hermano, esperando ansiosa el día en que el hijo de su amado naciese.

Faltaba ya poco para ver realizadas sus esperanzas, y más dolorida y cansada que nunca, permanecía echada en la meridiana, con Ignacio a sus pies, cuando un criado entregó una carta a este. Levantose para ir a leerla junto al balcón, cuyas maderas estaban entornadas, y una vez concluida la lectura, guardó la carta en el bolsillo y dirigióse a la puerta. Detúvole la voz de su mujer: —¿De quién es? —De la prima Julia Alcuna. Nos convida a comer hoy en familia —siguió con voz tranquila—; dice, con mucho empeño, que no dejemos de ir. La voy a contestar que no podemos, porque estás un poco mala.

—Hombre, ve tú: no seas tonto.

—Estando tú mala, no.

Insistió; ¿por qué no había de ir? Si no tenía nada. No quería dejarla sola. Si no era más que un rato, y ella tenía una novela nueva para leer. Nada, que sin remedio iría. Se dejó convencer. ¿Qué no haría por complacerla? Salió para contestar; y al quedar Eulalia sola, permaneció breve rato en ese extraño estado de ánimo que consiste en no pensar en nada determinado. Salió de él experimentando violenta conmoción

ante una pregunta que sin poderse explicar formuló su pensamiento. —¿Por qué no me ha enseñado la carta? Luego volvió a caer en indiferente perplejidad. ¿Qué tenía aquel sencillo hecho de particular para producirla tal impresión? Volvió su pensamiento a saltar de unos hechos a otros, fijándose en objetos y en palabras, sin poder, a pesar de sus esfuerzos, detenerse en nada determinado, sino pasando de ideas a ideas sin acabar de definir ninguna, al contrario, dejándolas envueltas en extrañas brumas, corriendo de imagen en imagen con un vértigo próximo a la imbecilidad o a la locura.

Al fin, de aquel penoso trabajo mental surgió la idea clara y concisa. ¡Ah!, necia, mil veces necia. Aquel maldito embarazo había debilitado su inteligencia. ¿Pues no había llegado a creer que su marido la quería? ¡Qué rabia! Haber supuesto a aquel tipo honrado, bueno, noble, un ser superior, en una palabra. ¡Ella que llegaba a considerarle el único entre todos los que conoció, digno de ser su hermano! ¡Su hermano... para apoyarse en él!

¿Sufrir? Ridículo. ¿Llorar? Necio. Si tenía dinero y posición, ¿qué le importaba lo demás? La única vez que en su vida había creído en el bien, la habían engañado miserablemente. Ya no la sucedería más; y reía, reía por no llorar.

Aquella lección cuya amargura no quería confesarse a sí misma, la serviría de enseñanza. En el fondo de todo corazón hay algo de romántico; ella no se contentaría con matarlo; ella haría más, mucho más...: ella extirparía el corazón.

Sin poderse explicar por qué, sentía rabia, una ira insensata que rugía en el fondo de su alma. ¡Si aquel hombre la era in-

diferente! ¡Si ella quería a Pepe! Se han estado riendo de mí, pensó; ya no sucederá más. Desde entonces se aislaría moralmente; no quería otra cosa que las satisfacciones de su orgullo y de su vanidad. Ellas habían bastado para hacer dichosos a sus padres. Ellas le bastarían también... Con toda claridad se ofrecían a su vista los sucesos, ahora que no tenía que juzgarlos por una norma creada por ella, sino por la misma que le había servido para juzgar siempre.

La llegada de aquel primo de los Alcuna, que hasta entonces vivió oculto Dios sabe dónde; la buena acogida que le dispensaron, pobre y todo, a pesar de ser personas que no admitían sino a los que venían precedidos de la fama y acompañados de respetable fortuna; la precipitación de Julia para presentarle en sociedad, el ser ella quien se metió a proponer la boda sin que nadie la llamase, el interés que por él mostró en todo, la frecuencia con que después de su boda les invitó, las múltiples visitas que les hacía, pero sobre todo aquellas profundas y ansiosas miradas que fijaba en Ignacio, sus provocativas sonrisas, el empeño de tenerle a su lado, y aquel retener su mano al hablar, eran pruebas que venían a corroborar su aserto.

La habían traicionado infamemente. Él no era tal primo de la Alcuna, sino su amante; y ella, mujer práctica ante todo, pensó en aquella boda para quitarse la carga de tener que sostenerle.

¡Mejor que mejor! Sería cínica. Fuera necios disimulos: ¿para qué fingir con aquellos ruines seres? Al hijo que naciera, ya le enseñaría lo que era el mundo para que no le engañasen como a ella. Ya no quería a nadie; solo el recuerdo de Pepe guardaría, para correr a sus brazos el día de su regreso.

Como en aquel momento entraran su madre y su marido, bien ajenos por cierto al cambio operado en su espíritu, y se acercasen solícitos a ella, segura de que sus nervios, irritados como estaban, no la dejarían disimular sus sentimientos, les volvió la espalda. –Dejadme dormir. Estoy rendida –dijo con voz que, a pesar de sus esfuerzos, resultó estridente... y cerró los ojos.

¡La autora de sus días y el compañero de su vida!

¡Los dos seres que más debía querer en el mundo!

iii Tenía gracia!!! Al pensarlo plegaba los labios en una sonrisa de doloroso sarcasmo, mientras se detenía bajo sus largas pestañas su última lágrima.

V
LA MUJER DE PUTIFAR

De pésimo humor se levantó aquel día la ilustre Duquesa de Alcuna.

Lo mismo fue penetrar el sol al través de los cristales de las recién abiertas ventanas, iluminando con su áureo rayo la ideal figura, conjunto armónico de mármol, ágata y oro, que sobre las niveas batistas reposaba, que oírse su irritada voz que amonestaba duramente a la doncella francesa que la escuchaba en pie y correctamente vestida de negro con blanquísimo y bordado delantal.

Así que se vio sentada en el lecho, cubierta hasta la cintura por la colcha azul que dibujaba las morbideces de su cuerpo, prestándole el suave encanto de las cosas veladas, tornando sus líneas más bellas aún bajo aquel cendal azul como un jirón de cielo, medio desnudo el busto entre las muselinas y encajes de la camisa que, abierta y arrugada por la pasada noche, resultaba insuficiente velo para tales tesoros, y con la gran bandeja de plata sosteniendo el desayuno al lado, mandó a la

serviente, que, sea dicho de paso, era bastante agraciada, abriese de par en par los cristales y descorriese las cortinas, a fin de dejar paso franco a la brisa primaveral que llegaba henchida con los mil aromas del jardín; y como no creyese bien cumplidas sus órdenes por haber quedado un *store* más corrido que otro, volvió a quejarse amargamente de las criadas en general, y de la suya en particular. ¡Qué poco cuidadosas! ¡Qué manos! ¡Todo mal siempre! ¡Para primores, una rusa que la sirvió en París! ¡Aquella Vasilksa sí que hacía bien las cosas! ¡Si hubiese sabido español...! Luego abrió cuatro o cinco cartas que en la bandeja había, y salvo un convite a comer para la Embajada inglesa, los demás los arrojó a tierra con profundo desprecio. ¡Para cartitas estaba ella! Sin embargo, aquel mal humor no admiró a la francesa, que, paciente, aguantaba a pie firme tales tormentas con la habilidad para sortearlas propia de las mujeres de su país, a trueque de no perder su destino en una de las casas donde más ventajas se disfrutaban en Madrid.

Hacía ya tiempo que el humor de Julia venía siendo bastante malo; pero su costumbre del mundo la hacía disimularlo delante de los extraños, y guardaba toda su hiel para desahogarla en su casa. Examinemos los motivos.

Pues, señor: ella, que nunca había querido a nadie, ni a su padre, ni a su madre, ni a su marido, ni a sus amantes, estaba enamorada. No se crea que su pasión la espantaba desde el punto de vista moral: muy avezada estaba ella a tales atentados para que la importase tan poca cosa. Lo peor del caso era que empezaba a temer no sería su amor correspondido jamás; no ciertamente porque dejase de poner de su parte cuanto la era posible, no porque el objeto de sus ansias diese a entender

claramente que no la quería, sino porque veía con espanto que él no se enteraba y que sus ternezas eran atribuidas al más puro amor fraternal, y sus libertades a inocentes confianzas. La verdad es que el ser en quien con pecaminosas miras fijó sus ojos, a pesar de llevar viviendo una temporada entre ellos, poseía un desconocimiento absoluto del mundo en general, y de aquella sociedad en particular; y como ignorase hasta la existencia de los falseados sentimientos que originan grandes vergüenzas, que rara vez acaban en lo trágico y sí, en cambio, con frecuencia en lo ridículo, no podía darse cuenta de su capricho.

Digámoslo de una vez: el objeto de él era Ignacio.

Efectivamente; desde su llegada a la corte, aquella gastada naturaleza de mujer olfateó en él la savia nueva y vigorosa; en su sangre, la energía sana creada por el puro oxígeno de la montaña y por las salitrosas emanaciones del mar, sangre aún no viciada por el ambiente malsano de las ciudades, sintiendo la necesidad de poseerle, ansiando rejuvenecerse y revivir a su contacto. Parecióle desde luego fácil su empresa, y emprendió su conquista más lenta de lo que fuera de apetecer, por causa de la inocencia del muchacho. Apenas empezada, se presentó ocasión de hacerle contraer aquel ventajoso enlace. Apareció en medio de la obcecación de su capricho la prosaica materialista. Casándole con su prima, no solo le tendría más cerca, sino que siendo ella, como era, rica, evitaría la desagradable y posible eventualidad de cualquier desembolso...

La prontitud con que aceptó la boda (ya sabemos fue motivada por una verdadera pasión) hizo el efecto de un jarro de agua fría arrojado sobre las ilusiones de Julia, que por un mo-

mento le creyó igual a todos los que le rodeaban y habían rodeado siempre; sin embargo, según al transcurrir el tiempo pudo observar el cariño y respeto que a su mujer demostraba, renació su entusiasmo, que acabó por convertirse, a medida que observaba su indiferencia, en insensata ansiedad de verle rendido a sus plantas. No se crea por eso que ella comprendía la verdadera causa; lo indudable era que su sensibilidad, más delicada o más enferma que la de los demás, barruntaba algo de la grandeza de alma de nuestro protagonista, aunque sin llegar a definir en lo que consistía tal grandeza. Empezaba a perder las esperanzas, y no dispuesta a dejarse vencer por primera vez en su vida, preparábase a dar la batalla decisiva, juzgándose el todo por el todo, obedeciendo el ir demorándola a la espera de una ocasión propicia que no acababa de llegar. A estas múltiples causas era debido el endiablado humor de la eximia señora.

Levantose del mullido lecho, vistiose un elegante peinador de rosada muselina, y después de vagar por la alcoba, colose en el *boudoir*, y sin saber cómo, se halló sentada ante la mesita de escribir con la pluma en la mano y una hoja de papel gris —en uno de cuyos extremos campeaban las armas de la muy ilustre casa de Alcuna, cobijadas por el rojo manto de los grandes de España y rematadas por la ducal corona— ante los ojos. Dejó correr la pluma mirando vagamente al papel, y sin enterarse casi de los términos que en elegantes y rasgadas letras quedaban fijos en su tersa superficie.

Al volver a leerlos, terminada la carta, admirose de su contenido. No decía nada de particular. Una sencilla invitación a comer, en términos usuales. Tal era la costumbre de aquel escribir frívolo, en que los conceptos ocultaban, en vez de expresar, los pensamientos.

¡Parecía imposible!

Cuando su cabeza ardía, pasando las ideas por su cerebro con la vertiginosa rapidez de un cinematógrafo, produciéndola un vértigo que amenazaba dar al traste con su firme razón; cuando su corazón latía en el pecho hasta hacerla daño, y las palabras llenas de pasión salían de su garganta, tropezando en la infranqueable barrera de sus labios, había tenido el valor preciso para escribir aquella carta llena de amigable indiferencia. ¡Parecía imposible! Amar con loca pasión exenta de todo espiritual consuelo; no ser amada; vivir en constante contemplación del hombre querido, prodigando todos los tesoros de ternura a otra mujer; sentir en su ser terribles tempestades, en su pecho rugidos de hiena y en sus manos garras de leona ansiosas de matar, y callar y sonreír... ¡Parecía imposible! Y sin embargo no lo era, porque en ella su orgullo y su vanidad estaban sobre todo, sobre el alma, sobre el corazón y hasta por cima de sus vicios.

Leyó la carta, y al ver que, a pesar del estado de sobreexcitación de su ánimo, había conservado su verdadero ser, hasta el punto de que nada extraño, nada anómalo dejase entrever las tempestades que la agitaban, cogió con indiferencia un sobre para encerrarla.

Asaltola una idea. ¡Ah! ¡Sí, sí! ¿Qué duda cabía? Aquellas líneas habían sido una inspiración divina (no hay que echar en olvido que la habían educado bien, muy bien, para que fuese muy devota y tuviera mucha fe). Tal vez la ocasión de su triunfo era llegada.

Llamó al timbre, y dirigiéndose a la doncella que se presentó:

—Pregunte al señor Duque si come alguien aquí hoy ordenó.

Esperó impaciente, palpitándola el corazón con más violencia de la que fuera de creer en tan fría dama.

—Que no come nadie y que agradecerá a la señora que cenén temprano, pues tiene que ir al Ateneo antes del baile— fue la respuesta.

—Diga usted a Braulio que lleve esta carta.

Respiró satisfecha.

—¡Quién sabe! —pensó al recibir media hora más tarde la respuesta de Ignacio aceptando la invitación para sí y excusando a su mujer con la enfermedad que padecía—. Todos los hechos en la vida se realizan en virtud de una serie de casualidades que producen las más extrañas consecuencias. ¡Cuántas veces han fallado aquellos planes cuya realización rodeose de las mayores precauciones y cuyos resultados estaban calculados de antemano, produciéndose en cambio las mismas consecuencias por caminos jamás sospechados! (Aquí ya no pensó en la Providencia. ¡Bah! ¡No tenía la Providencia otra cosa que hacer!)

¿Quién sabe? Eulalia, mala. Su marido, el noble Duque de Alcuna, teniendo que ir al Ateneo, sin duda para contribuir al bien de la Humanidad con alguna sabia y profunda divagación sobre el duelo y las cuestiones de honor. (El honor y el deber eran su fuerte, al menos en lo teórico. Que no lo eran en lo práctico, dirán algunos espíritus encogidos y pusilánimes.

¡Tontería! Aparte de que tan importante punto está aún por dilucidar, hay que tener en cuenta que para los seres realmente superiores la teoría lo es todo, la práctica, nada. ¿Acaso, atareados en dar leyes a la Humanidad, va a quedarles tiempo para acatarlas?) Y ella sola con Ignacio. Tal vez eran aquellas las casualidades que, unidas a la maña que no dejaría de darse, realizarían sus deseos.

Ya tranquila, invirtió el resto del día en hacer su vida acostumbrada. Almorzó de excelente humor, recibió con desusada amabilidad a un pegajoso pariente que acostumbraba a amenizar los postres con latas mayores de lo regular para obtener el apoyo de tan encumbrados e influyentes primos en su pretensión a un destino de doce mil reales, salió luego en descubierto coche, hizo algunas visitas, dio más tarde dos o tres vueltas por la Castellana saludando a diestro y siniestro, y a eso de las seis y cuarto, media hora antes de lo acostumbrado, penetró indolentemente, sentada en el coche, hasta el pie de la monumental escalera de blanco mármol del hotel, palacio o como quiera llamarse, que ya hemos dicho habitaba en una de las mejores calles del barrio de Salamanca.

Así que se vio en su alcoba, y después de iluminarla profusamente dando vuelta a todas las llaves eléctricas que halló a su paso, tocó el timbre, a cuyo llamamiento acudió presurosa la francesa. Dio sus órdenes. Se vestiría con el traje rosa legado la víspera de París. En la cabeza, la corona de rosas venida con él; pero para la comida solo se arreglaría el peinado. Comería de bata. Mientras salió la doncella a obedecer su mandato, pasó al saloncito, y una vez en aquella pieza, llena de un fuerte olor a rosas, empezó a introducir ligeras modificaciones en el orden de los muebles. Por ejemplo: arrastró una

pequeña butaca hasta colocarla a los pies de la meridiana; echó un chal rosa sobre este mueble; quitó la lámpara que a su cabecera estaba sobre una mesilla, colocando en su lugar un gran búcaro lleno de olorosas flores; cerró herméticamente las ventanas, dejando caer sobre ellas las grandes cortinas de seda y encajes; encendió la mecha impregnada de espíritu de vino de un antiguo pebetero que empezó a esparcir enérgico perfume de violeta, y no contenta con esto, fue apagando todas las luces hasta dejar tan solo tres lámparas veladas por pantallas de rosados matices. Después entró en su alcoba, cerró la puerta tras sí, dio orden de que cuando llegase el convidado le hiciesen pasar al despacho, en vez de al salón, como siempre, y empezó prolijamente su *toilette*.

Realmente era grande su arte. Ved con qué magistral habilidad realza las mil perfecciones que la pródiga Naturaleza puso en ella. Mirad, por ejemplo, qué brillo adquieren sus pupilas al contacto de las violáceas ojeras que traza el lápiz, cómo resalta la tersa blancura de su frente junto al carmín que colorea sus mejillas y con violencia tiñe sus labios haciendo brillar el blanquísimo esmalte de sus dientes pequeños e iguales. Da una ligera capa de blanquete al escote, se contempla satisfecha en su fiel amigo el espejo, y sonrío. Ahora vamos con el pelo.

Sus manos juegan con las doradas madejas, cual si hallase un voluptuoso placer en sumergirlas en aquel áureo baño, y a sus impulsos la enorme mata toma caprichosas formas.

No, así no. Así tampoco. Ahora está bien. Digamos la verdad: bien, no; ideal. Nada más artístico puede darse que aquellas seis bandas de rizados cabellos que descienden rodeando

la bella cabeza de un nimbo de fuego y van a acabar sobre la nuca en un grueso moño en que se mezcla el pelo con hilos de perlas sosteniéndose con dos agujas de brillantes.

Hay que confesarlo. Esa mujer tiene el sentimiento estético de lo bello. Coloca con supremo arte, ligeramente ladeada, la corona de pálidas rosas, en que los brillantes figuran las gotas de rocío.

¡Qué bella está!

Se pone en pie. Vístese la bata, cuya negra gasa cae en pliegues que por su elegancia recuerdan las griegas vestiduras de algunas estatuas que yacen en los Museos, y cuya vista nos torna melancólicos haciéndonos soñar con la elegancia de las heteras de la vieja Atenas. Abre una caja, saca de ella pequeña borla llena de polvos de color cobrizo, y espolvorea su cabellera que fulgura herida por las eléctricas bujías. Esa es la luz que faltaba a aquella cabeza para ser la de una diosa.

Vamos ahora al despacho. Ignacio espera.

Sí. Ignacio esperaba, cruzando la estancia en todas direcciones, contemplando cuadros que se sabía de memoria, estudiando fotografías de personas que le tenían sin cuidado, y fijando a cada momento los ojos (donde se leía el deseo de que el tiempo volase) en el soberbio reloj de chimenea. ¡Maldito convite! ¿Para qué lo habría aceptado?

Se hallaba en un estado de ánimo que, si no temiéramos quebrarnos de puro sutiles, calificaríamos de fluctuante entre la melancolía y el mal humor. De melancolía tenía mucho, por-

que sin darse cuenta echaba de menos un amor fuerte matizado de sana alegría, no bastando a su ser perfectamente equilibrado aquella enfermiza ternura de Eulalia, entristeciéndole a cada momento con extemporáneas muestras de cariño, consistentes en echarse a llorar sobre su pecho sin motivo alguno, sentir piedad por cualquier desdicha ajena, recordándola en las peores ocasiones, aguando la alegría de los demás, y otras mil cosas por el estilo que atribuía al delicado estado, pero que así y todo extendían sombrío reflejo de amargura a cuantas cosas la rodeaban. Además, su naturaleza, hecha a la salubre vida del campo, sentía una vaga opresión que él no definía, pero que no por eso dejaba de ejercer perniciosa influencia en su ser moral.

De mal humor, la dosis era aún mayor que de tristeza, y la verdad es que no le faltaban motivos. Pues, señor: sin saber cómo ni por qué, aquel día que su mujer amaneció de relativo buen humor, desde la hora en que él recibió la malhadada carta, pareció ser víctima de un cambio violentísimo; y ella, que empezó la jornada asaz expansiva, fue presa del invencible sueño que la acometía siempre que él entraba en el cuarto, obligándola a volverle la espalda; y si trataba de distraerla con preguntas, a contestar con monosílabos, que pronunciaba en voz tan estridente que le crispaba los nervios. Preocupado con esto pasó el día, llegando la hora en que tuvo que partir sin haber podido obtener cambio alguno favorable.

Aún pensaba en ello cuando entró Julia. Quedó deslumbrado. La había visto muchas veces guapa; tanto, jamás. Experimentó la admiración que sentiría ante una bella obra de arte. La miró con el encanto con que vería el más grandioso

espectáculo de la Naturaleza su alma de artista, como había visto la puesta del sol hundiéndose en el mar desde su casa de Igueldo. Contemplóla como en una grandiosa catedral contemplaría la imagen de una Virgen de sobrenatural hermosura, rodeada de luces y flores al través de una nube de incienso que suavizara sus contornos. Sintió admiración, encanto, entusiasmo, pasión de artista, pero no amor. Ni se le pasó por la cabeza. ¿Amarla? ¡Imposible! La mujer del que cuando más solo se hallaba le recibió como a hermano, era sagrada para él. Podía inspirarle veneración, cariño, respetuosa ternura; pero amor, jamás. Y en tal caso hubiera sido doble infamia. Ella había sido la que, sustituyendo a su madre, arregló aquella boda que él creía base de su dicha. ¡Cuán lejos estaba, desgraciadamente, de la triste realidad!

Entró el Duque, amable y sonriente, pero sin perder aquel empaque de suficiencia que ni aun en la intimidad de la vida le abandonaba. Deslizose la comida lánguida, sin la acostumbrada animación que daba fama a la casa. Ignacio pensaba en su mujer: era cada vez mayor la inquietud que su extraño estado de ánimo le producía. El Duque, mientras comía con buen apetito, repetía mentalmente, para que no se le olvidasen, algunas sentencias llenas de profundidad (aprendidas aquella tarde en una revista italiana) que pensaba *improvisar* en su discurso. En cuanto a ella, sentía insensata ansiedad de que el tiempo volase. Sus mejillas ardían, sus ojos echaban chispas; tenía los nervios en tensión, tirantes como las cuerdas de una guitarra, y su boca se secaba, teniendo que llevarse a cada momento el vaso a los labios. Reía sin motivo, con carcajadas metálicas; no cesaba de dar órdenes en todo el transcurso de la comida, impacientándose por la menor tardanza o descuido en su cumplimiento.

Acabada la cena, partió el Duque. Ignacio quiso seguir su ejemplo, pero impidióselo ella, suplicando:

—No; tú quédate un rato, aunque no sea más que hasta la hora de vestirme.

¿Cómo negarse? Se quedó. Pasaron al severo despacho, y allí, sentados en grandes butacas, habló ella con nerviosa volubilidad de mil cosas diversas, sin obtener más que mediana atención de parte de su interlocutor.

Hacía calor, y por los balcones, abiertos de par en par, entraba tenue brisa. Cerrolos Eulalia, sentándose de nuevo, y volvió a su charla. De pronto dijo: «Tengo frío.» Alzó él los ojos y fijolos con extrañeza en su rostro. Al ver cómo ardía y el extraño brillo de sus pupilas, sintió vaga opresión.

—¿Estás mala? —preguntó.

—No. Solo un poco de frío. Vamos a mi cuarto, estaremos mejor.

Al entrar allí, al encontrarse envuelto en los tenues resplandores de la luz rosada, al aspirar el embalsamado aroma de rosas y violetas que llenaba aquel cuarto, le hirió una vaga sensación voluptuosa. Sentose en la butaca que su hermosa prima arrastrara hasta la cabecera de la *chaise-longue*, y la miró.

¡De veras que estaba guapa! Se había casi cubierto con el chal rosa y apoyado la linda cabeza en un almohadón del mismo color. Con los movimientos para adoptar aquella có-

moda postura, se había desabrochado la bata, resaltando entre las negras gasas uno de sus pechos, macizo, blanco, marmóreo y admirablemente moldeado, que se hinchaba con tenues palpitations en aquel instante. Sus manos largas y blancas, manos de rafaélica madona, caían con dejadez a lo largo de sus piernas, sujetando con su peso las vestiduras que marcaban las incitantes formas de aquel divino cuerpo.

Una inexplicable sensación invadía a nuestro héroe; una ligera sospecha empezaba a acometerle. ¿Estaría aquella mujer enamorada de él? ¡Imposible! Y aunque así fuera, ¿qué hacer? Huir era ridículo, y, además, aunque lo hubiese intentado, carecía de fuerzas. Una dulcísima languidez se apoderaba de él, y su ser moral parecía dormido.

La sirena habló y habló de amor, pero de amor en general; si lo hubiese hecho en particular, sería espantar la presa. Su voz dulcísima, ligeramente velada como una antigua melodía, tomaba armoniosas inflexiones de ternura, en que casi se adivinaban los tenues gemidos del llanto de un amor sin esperanzas, cuyos últimos gorjeos van a morir allá, en la bruma azul de un horizonte de lejanas ilusiones. Después contó una historia. Una historia de amor. «¡Oh, cómo amó aquella mujer! ¡Cómo quiso la desdichada, que se consumió en la llama eterna, viendo pasar a su lado al hombre amado sin que se fijase en ella! ¡Cuánto sufrió!»

Al narrar tan triste historia se había ido incorporando hasta quedar sentada. El desnudo pecho palpitaba y los ojos estaban llenos de lágrimas que titilaban en sus pupilas de reflejos cerúleos. Él escuchaba embelesado, loco de voluptuosidad, sintiendo un desesperado anhelo de estrechar entre sus

brazos a la mujer que debía ser sagrada para él. Le zumbaban los oídos; toda su sangre le subía a la cabeza, cegándole, y su sien palpitaba, produciéndole una impresión de doloroso aturdimiento. De pronto sintió aquel rostro junto al suyo, y aquella ideal cabeza se posó en su hombro. Una voz musical y tenue como el murmullo de la brisa al cruzar por entre los bosquecillos de laureles murmuró a su oído, con palabras armónicas y apagadas como notas de celeste violonchelo: «Ella, la pobre enamorada que sufre y llora, soy yo, que te adoro»; y unos labios ardientes como brasas rozaron su mejilla. Sin darse casi cuenta Ignacio, sus brazos se movieron para cerrarse tras aquel apetitoso cuerpo que se le ofrecía, y sus labios buscaron ansiosos la roja boca para devolver el beso. Hizo su ser moral un violentísimo esfuerzo y se puso en pie. Acababa de ver la rígida figura de su padre, tendido en el ataúd, envuelto en el blanco manto de los calatravos, semejante a la estatua del deber, y la adorada imagen de su madre muriendo en medio del esplendor de un día de sol. Ambas con tristeza le miraban. ¿No hemos dado nuestra vida para hacerte bueno? —parecían preguntar—. ¡Sí, sí! La vida entera para fundir todas sus virtudes y donárselas. ¡Pobres muertos! Allá, junto al trono de Dios —en quien con ardiente fe creía—, habrían gemido de dolor al verle próximo a caer. Su virtud, su honradez, su bondad, ¿iban a deshacerse al primer ataque? ¿No amaba a su mujer? ¿No quería y respetaba a su primo?

Con la pena del pecador creyente, arrepentido y sintiendo la ansiedad de llorar, pensó: «¡Soy un malvado!» ¡Engañar a su mujer, a quien adoraba! ¡Deshonrar al Duque, haciendo objeto de ludibrio a aquel hombre pundonoroso y caballero, fuerte en cuestiones de honor, a quien una mancha en su honra bastaría a matar de dolor y de vergüenza, todo por satisfacer

el instinto brutal de la naturaleza, que nada respeta ni ante nadie se detiene!

Con un esfuerzo que exigía el desarrollo de todo el poder moral que sobre sí mismo ejercía, se dirigió a la salida diciendo con voz angustiada: «Voy por los periódicos; en seguida vuelvo...», seguro de que si se quedaba carecería de fuerzas para vencerse. Cerca ya de la puerta sintió sobre su cuello la ardiente respiración de la hermosa: «¿Me rechazas? ¿Me rechazas?»

Respondió sin volverse, haciendo titánicos esfuerzos para dominarse: «No; sino que tú, comprendiendo la inconveniencia de tal broma, la dejas ya.» La voz de ella tomó inflexiones de apasionada ternura.

—¿Dejarte? ¡Ingrato! ¡Si te adoro...! —Y unos brazos mórvidos, de piel suave como el terciopelo, se enlazaron a su cuello. No pudo resistir más y besó aquel anillo, con un beso que más parecía un mordisco.

Vio ante sí marcarse clara, en la nube de sangre que velaba su vista, la imagen de su mujer llevando en su seno al hijo que había de ser heredero de las virtudes de su padre, a su primo siendo la mofa del mundo, y, en último término, perdiéndose en la bruma de su pensamiento, Dios, mirándole airado, dispuesto a castigar, y ante él, de rodillas, sus padres suplicantes.

Hizo un movimiento de nerviosa violencia, que rompió el anillo, y al verse libre abrió la puerta y escapó, bajando a saltos la escalera, medio loco de deseos, de espanto y de ansiedad, pero triunfante su conciencia.

Cuando quedó sola Eulalia, experimentó un deseo loco de correr tras él, de retenerle, de estrecharle entre sus brazos, y por un momento olvidolo todo. Su nombre, el mundo en que habitaba y lo que a sí misma se debía, y su mano se posó en la puerta con intención de abrirla. Pudo, sin embargo, más en ella el orgullo y el frío cálculo que sus desatadas pasiones, y abriendo el balcón se asomó a él.

Era una noche hermosísima; en el cielo, de un azul intenso, brillaban multitud de estrellas. La luna en su cuarto menguante esparcía una luz argentina que reflejaba en las verdes copas de los árboles haciéndolas blanquear. Una suave brisa traía los perfumados aromas de los próximos jardines. En la calle, casi desierta, solo se veía un portal iluminado; ante él, y sentadas en sillas bajas, tres o cuatro mujeres charlaban, mientras los chicos jugaban medio desnudos en el arroyo. —¿De qué hablarán?— pensó un momento con esa atención con que nos fijamos en cualquier hecho trivial en momentos importantes de la vida. Sintió la trepidación de un tranvía, lo vio pasar radiante de luz, cortando la negra oscuridad de la calle de Serrano, que volvió a quedar silenciosa y sumida en las tinieblas.

Una serie de preguntas acudió a su imaginación.

¿Por qué la habría rechazado? ¿A qué motivo obedecía aquella huida?

Todas las causas más absurdas y vergonzosas pasaron por su mente. Todas menos la verdadera. ¡Parecía imposible! ¡Tan hermosa, tan seductora, tan llena de bellezas!

Y no era porque no le gustase; aquel beso que aún la quemaba los brazos probaba lo contrario.

Volvió a entrar dejando el balcón abierto; iluminó la estancia, y después de dar algunos pasos sin dirección fija, fue a sentarse ante la misma mesa de escribir que despertara aquella mañana sus frustradas esperanzas.

Hizo su pensamiento algunas piruetas volviendo a lo que tanto la preocupaba. De pronto una idea vaga la asaltó. ¿Ignoraría aquel hombre realmente su vergüenza? ¿Estaría enamorado de su mujer? Aquello le pareció tan absurdo, dado su modo de sentir y de pensar, que estuvo a punto de rechazarlo; pero ¿no era ella un alma complicada que se preciaba de comprender las cosas más extrañas? Y como aquella adivinación la halagase, la aceptó.

Según aquel orden de ideas se apoderaba de su mente, disminuía su amor, aumentaba su orgullo, sus instintos de venganza y su despecho se acrecentaban.

¡Qué gran idea se la había ocurrido! De fijo otra inspiración divina. Porque una se hubiera frustrado, ¿iba a dejar de creer en ellas?

Cogió una blanca hoja de papel, y sin molestarse en disimular su letra, escribió: «¡Imbécil!» Puso en aquella palabra su alma entera, con toda su vanidad herida y su vengativo rencor. Siguió luego: «Crees que tu mujer te adora, y no hace más que reírse de ti. Eres el desprecio de todos por tu infame papel de tapadera. Todo el mundo sabe que te casaste por dinero y que tu mujer te la pegó, pues aun antes de casarse estuvo liada con Pepe Arnal. El hijo que va a tener es suyo.»

Cerró la carta y rio, rio con risa nerviosa... donde un buen observador hallase dolor tal vez.

Después tocó el timbre. —Que mañana temprano lleven esta carta —dijo al criado que se presentó a su llamamiento. Y luego añadió: —A Enriqueta que me lleve el vestido al tocador. ¡Ah!, que salga el coche.

Se puso en pie, y como si contestase a un reproche de su conciencia, murmuró: «Él lo ha querido. ¡Hubiera podido ser feliz!» Y entró en su alcoba a concluir la *toilette*.

VI TORMENTAS

Salió del baño sin haber conseguido, a pesar de la ducha fría que, siguiendo la sana costumbre adquirida en la infancia, tomaba a diario, dejar aquel estado nervioso de que por primera vez en su vida era víctima. En apariencia estaba tranquilo y hasta alegre; pero su buen humor no era natural: andaba de un lado a otro sin objeto; comenzaba canciones jamás concluidas, saltando desde las más patéticas a las más alegres; reía sin motivo, y todo su ser era presa de una alarmante sacudida nerviosa.

La cosa no era para menos. Ya su naturaleza, acostumbrada al constante contacto con los elementos, ardía en aquella vida de molicie en que, si bien el cuerpo goza de voluptuosa calma, a semejanza de los orientales, no reposa como en ellos el pensamiento, sino que trabaja febrilmente, no descansando ni en sueños. En que falta el trabajo que fortifica y el opio que embrutece. En esa vida en que no se ven más árboles que los raquíticos de la Castellana, cuyas pobres hojas agonizan cubiertas con el polvo que levantan los coches al pasar, ni más campo que el de los áridos terruños que rodean a Madrid.

Esto, sin embargo, no hubiese bastado a alterar su bien equilibrada naturaleza sin los contratiempos de los días anteriores, y, sobre todo, sin la fuerte conmoción sufrida la noche antes.

Él, que gozaba de un sueño envidiable de niño, apenas había pegado los ojos en toda la noche; y cuando conseguía adormilarse, le asaltaron terribles pesadillas, en que se enlazaban formando estrecha cadena los seres que poblaban su pensamiento.

Soñó que los blancos brazos de Julia le estrechaban amorosamente. En el fondo de la estancia, en un sofá, bajo el retrato de sus padres, lloraba abandonada Eulalia, la angelical esposa, sosteniendo en sus brazos al hijo recién nacido, sobre quien inclinaba su murillesco rostro, bello para su gusto, pero que, cuanto más se fijaba en él, le parecía menos digno de competir con la mitológica belleza de la Alcuna, causándole aguda pena hacer aquella comparación. Experimentaba un doloroso deseo de correr hacia ella; pero los bellos brazos le retenían suavemente. Sin poderse contener, los besaba con unos labios que quemaban, dejando un trazo negro que se iba agrandando, agrandando y enrojeciendo hasta convertirse en fuego que devoraba el cuerpo y se comunicaba a la habitación en que desaparecía, viéndose solo junto a un esqueleto rodeado de llamas. Miraba hacia arriba, y allí divisaba, al través de las densas nubes de humo, a sus amados muertos, a su mujer adorada y a un angelito blanco y rubio, que de rodillas rogaban a Dios por él. El Padre Eterno, con su luenga barba blanca y sus talaes vestiduras, parecía próximo a ceder, cuando en un nubarrón negrísimo apareció Cristo, no indulgente y bondadoso, sino un Cristo tétrico, ceñudo, imponente, vengativo,

vestido con morada túnica y coronado de espinas, como le veía representado en algunas iglesias, con el semblante lívido, ce-trino, agónico, la larga cabellera lacia cayendo a los lados del demacrado rostro, surcado por algunas gotas de sangre que resbalaban sobre su traje dejando repugnantes manchas ne-gruzcas, y en cuyos ojos vidriosos solo brillaba un destello de ira. De las heridas de sus pies y manos brotaban dos chorros de sangre que dejaban tras sí rojas estelas.

El Hombre Dios llegose ante el trono de su Padre, y con voz cavernosa semejante a un trueno, dijo: «Morí una vez por ellos. Para el que peca ya no hay perdón.» Acabadas tan fatídicas palabras, la visión se fue alejando, y sintió que los huesos de la que fue hermosa mujer y ya solo asquerosa podredumbre era, se incrustaban en su carne, causándole un dolor imposible de resistir.

Despertó. Esperó que llegase el día, con la esperanza de que la luz disiparía aquellas dolorosas imágenes. ¡Vana esperanza! Los dolores reales no espantaron los espectros, sino al contrario, añadieron un pesar a otro pesar.

Aquella aspereza incomprensible de su mujer le angustiaba mucho; pero pensar que la merecía, le angustiaba mucho más. ¡Y lo pensaba con su conciencia honrada y su proceder leal! Ante el tribunal de sus rígidas ideas creía que su falta era grande, sin apelar a que su virtud había sido mayor; y entre tales pensamientos, mezclados con las cosas corpóreas que le rodeaban, veía seres e ideas que solo en su imaginación existían. Oía vagos ruidos, extrañas luces dañaban sus pupilas, y su cabeza ardía.

Hizo esfuerzos para serenarse, y en parte lo consiguió. El agua fría acabó (en lo posible) de volverle en caja.

Ya envuelto en su bata, pensó en su mujer y se llenó su alma de ternura. ¡Pobrecita! ¡Cuán ajena estaba de que, mientras ella padecía, había estado a punto de traicionarla! ¡Ahora que le iba a dar un hijo!

Se dirigió a verla, frotándose las manos con esa alegría nerviosa del que acaba de pasar un peligro.

¡Qué ganas tenía de recrear los cansados ojos en su dulce aspecto! Mucho más habiéndola dejado la noche antes con aquel aire de mal humor.

Al ir a franquear el despacho, vio sobre su mesa un sobre y acudió a cogerlo. Fue abriéndole por el camino, y ante la puerta de su mujer se detuvo a leerlo. Primero no se dio cuenta de lo que aquello significaba. Cuando lo comprendió, todas sus energías, todas sus ideas de viril honor, adquiridas en aquella perfecta educación, le dieron fe, valor y fuerza. Fe en la esposa que Dios le deparara. Fuerza, para vencerse a sí mismo. Valor, para aguardar.

Si era mentira, había que matar al malvado que tan infame calumnia levantara. Si por desgracia era cierto, matarla a ella. Pero no lo sería, su corazón le decía que no. A ella se lo preguntaría, y si no quería contestar, su rostro daría la respuesta. Su natural honrado, aquella lealtad a toda prueba, que desde pequeño le habían imbuido, le predisponía a no creer en el mal de los demás; pero al mismo tiempo, una vez seguro, le hacía más terrible. ¡Pobres de los culpables si existían! Los accesos

de ira en aquella naturaleza sana habían de ser terribles, y las consecuencias, más espantables.

Entró resueltamente. Lo primero que vio fue a ella, altiva, desdeñosa, sonriendo con desprecio. Su pelo, sin peinar, la caía por la espalda, y resaltaba más lo abultado de su vientre a causa de la bata celeste que vestía. Al verla, aquello que siempre le inspiró ternura, sintió invencible asco; pero dominándose dijo: «Tengo que hablarte.»

Ella le miró desdeñosamente: «Tú dirás.» ¿Qué querría aquel pillo? Se reía ella de su generosidad. Sí, sí; buena generosidad nos dé Dios.

—Mira lo que he recibido —dijo Ignacio; y la leyó el anónimo, con voz que hizo los imposibles para que fuese tranquila. Después preguntó: —¿Es verdad? ¿Es verdad que me engañas con ese canalla?

Palideció Eulalia. Un tropel de pensamientos sombríos pasó por su cabeza. Entre ellos brilló por un instante uno, como último destello del bien en un ser que pudo ser bueno y dejó de serlo para siempre. ¿Estaría enamorado de ella su marido? ¿Lo ignoraría? ¡Imposible! Aquel hubiera sido el triunfo del bien y la honradez, y ante el decantado tribunal de su conciencia había desterrado aquellas virtudes del mundo, por lo menos de «su mundo».

En todo aquello no había que ver más que una infamia. La carta, tal vez escrita por él, no era sino un ardid para tenerla a merced de su capricho y explotarla. Todo aquel amor era fingido. Había creído tratar con un ser ruin, y hallaba un mal-

vado. No se contentaba con el precio que le pagaban, y quería más. Tal vez iba a exigirlo. Pero contra un ser así, había un arma que casi siempre vencía. Arrostrarle cara a cara y con valor. Eso haría ella, mujer valiente que no había dudado en entregarse al primer hombre que amó, casado y todo. ¡Llamarle canalla! Él sí que lo era. Ahora vería con quién trataba.

Volviose tranquila, en apariencia, revelando su emoción solo en un ligero temblar de los labios; mirele de hito en hito; sonrió desdeñosamente, diciendo con voz helada: «Hombre, ¿de veras? ¡Vaya una noticia!»; y rio, rio con risa irónica.

Una ola de sangre pasó por su vista, cegándole; una violenta sacudida desató sus nervios, y su mano, que jamás pegó a nadie; su mano, que en remotos tiempos, seguramente mejores, hubiese empuñado la vencedora espada o la victoriosa cruz, cayó sobre el rostro de aquella mujer, ser a quien después de su madre amó más en el mundo y que con tan negra ingratitud le pagaba.

Desplomose ella a tierra echando abundante sangre por la nariz, mientras los criados, que a su grito acudieron, sujetaban a Ignacio, que braceaba furiosamente, hinchadas las venas, fuera de sus órbitas los ojos y cubierta de blancos espumarajos la boca, que dejaba escapar por primera vez en su existencia sordas maldiciones y atroces blasfemias.

VII LA SENTENCIA DE PILATOS

Al violentísimo ataque en que sus energías, largo tiempo contenidas por aquella malsana atmósfera, dieron el estallido, sucedió un amodorramiento acompañado de intensa fiebre, que permitió le dejasen solo, bajo la salvaguardia de un criado, en espera de la llegada del médico a quien con loable precipitación habían llamado.

Cuando ya tranquilos respecto al señor penetraron en el cuarto de Eulalia, se hallaba esta inclinada ante la palangana llena de agua fría, donde trataba de detener la hemorragia. Estaba intensamente pálida, los labios blancos, y de su nariz ligeramente hinchada caían algunas gotas de sangre; y, sin embargo, aquella violencia no parecía haber influido de un modo perjudicial en su estado.

Ni en el suelo ni en ninguna parte se veía rastro de la malhadada carta, motivo primero del drama. Una vez contenida la sangre, mandó un recado por conducto de su doncella de

confianza a casa de su madre para que acudiera sin tardanza, despidió a la servidumbre ordenando la trajeran tila, y se sentó en el sofá para meditar y tomar una decisión, que bien la había menester. Ya no le cabía duda de que su marido lo había ignorado todo, hasta aquel maldito día en que de sus mismos labios lo supo. Verdad era que la primera noticia la tuvo por aquel infame anónimo, pero parecía (y ella comenzaba a creerlo así) que sin su respuesta afirmativa él no hubiese dado crédito a nada por muy evidente que fuese. De todo ello se desprendía una consecuencia, que la causó honda amargura: aquel hombre la quería, y ella ¡necia!, pensando ruilmente no creyó en su amor, y lo había destruido.

Luego en el mundo había seres buenos, nobles y honrados, capaces de sentimientos hermosos en que para nada se mezclaban el vil interés ni las pasiones bastardas.

Y su marido era uno de ellos. ¡Necia! ¡Mil veces necia! Ella, que tan necesitada estaba de consuelo.

Tentada estuvo de ir a la alcoba donde yacía Ignacio, arrojarle a sus pies e implorar perdón. Pero ya fuera inútil. Era un hombre de honor, y si bien su bondad hubiera podido hacerle perdonar la falta humildemente confesada, no llegaría su magnanimidad hasta olvidar el grosero insulto. Además, ¿no achacaría su tardío arrepentimiento al miedo? Permaneció perpleja buscando la solución de aquel necio conflicto que una ligereza suya la había creado. Una idea infame parecida a una solución iluminó sus sombríos pensamientos.

¡Estaba loco! ¿Qué duda cabía? ¿Y si no era cierto, por qué no afirmarlo? Todos lo creerían. ¿No tenían el convenci-

miento de que estaba harto de conocer su deshonra? En gracia de Dios era poco sabido. ¿Cómo iban a explicar si no aquel violento estallido después de algunos meses de vivir reposado y en apariencia feliz, estando todo el mundo enterado de que aquellas relaciones acabaron para siempre antes de casarse? Solo un raptó de locura podía dar la clave de aquel enigma a los que no era dado como a ella descender al fondo de su corazón.

Además, nadie le quería, nadie le estimaba, y nadie tendría empeño en salvarle. Le encerrarían, y todo seguiría igual. En justa lógica, era un demente el ser que en aquel mundo buscaba el bien absoluto en vez de contentarse con el relativo. Así ella se vería libre de temor. No era mala, y sentía sacrificar a un hombre honrado; pero la iba en ello el pellejo, y ante tal argumento no digo yo a Ignacio, a toda su familia encerraría.

Entró su madre. ¡Oh! La noble dama sabía siempre ponerse a la altura de las circunstancias. Llegaba en *toilette* de tragedia. El negro traje de luenga cola hacía resaltar más su palidez, demasiado intensa para ser natural; traía el pelo, color ébano, en un artístico desorden que denotaba muy a las claras la huella del peine y las horquillas. En vez del sombrero que siempre usaba, lucía manto, que, sin duda mal sujeto con las prisas, flotaba suelto sobre sus espaldas. Solo faltaba a tan artístico conjunto una tumba a sus pies, un sauce que la cobijara y un viento huracanoso que hiciera flotar el enlutado velo, para completar la semejanza con ciertos cromos que tienen por asunto el final de un melodrama.

Al ver a su hija, abrió los brazos sollozando. —¡Pobre hija mía! ¡Qué desdichada eres! —Eulalia no parecía muy dispuesta

a seguir a su madre por los derroteros del sentimentalismo, sino que, por el contrario, quiso calmarla. —Mamá, por Dios, ¡cómo vienes!

—¿Cómo quieres que esté? —sollozó mirando a su hija con asombro—. Mira, cálmate, y mientras te arreglas en mi cuarto, te lo contaré todo.

Una vez allí, y mientras su madre se peinaba, habló de nuevo. «Mi marido está loco, loco furioso»; y acto seguido contó todo lo que había sucedido aquella mañana. Todo, todo, menos lo que la convino callar. Así narró sin hacer caso de los gestos de espanto de su madre, ni de sus palabras de angustia y horror, cómo entró Ignacio en el cuarto con los ojos brillantes, las mejillas rojas, cubiertos de espuma los labios y erizados los cabellos. Cómo sin más ni más empezó a afirmar que le engañaba con uno que se llamaba Pepe. Ni sabía ella qué Pepe sería.

La madre volvió a contemplarla admirada. Decididamente, tenía mucho que aprender de aquella hija. Terminó su historia explicando cómo quiso él matarla, cómo le sujetaron los criados, y, por último, cómo fue víctima de aquel ataque.

Anunciaron al médico. Era un hombre de unos sesenta y cinco años, bajo, delgado, pelo blanco y barba del mismo color, que le daba un aspecto venerable haciéndole simpático. Lo único de notable que ofrecía su fisonomía, eran los ojos, pequeños y grises, que brillaban con inusitado fulgor al través de los cristales de sus quevedos de oro. No sobresalía por su maravillosa ciencia ni por su vasta instrucción, y, sin embargo, era el médico de todas las casas aristocráticas de Madrid. Para

ello reunía, además de su carácter optimista y alegre, otras varias circunstancias que le favorecían; verbigracia: cuando veía a un enfermo y a su familia empeñados en que era cualquier dolencia especial la que les aquejaba, se guardaba muy bien de llevarles la contraria. No se ofendía si al ver el poco éxito de sus servicios llamaban a otro, ni ponía inconveniente en disminuir sus cuentas cuando por írsele en ellas la mano, cosa que con demasiada frecuencia acaecía, exigían sus clientes una rebaja. Callaba las vergüenzas, y poseía otras mil ventajas análogas. Tal era el galeno llamado a juzgar en la enfermedad más moral que física de nuestro protagonista.

Sin dejar de hablar a su madre, no fuese que con alguna necedad lo echase todo a perder, contó el caso al doctor, callando aún más detalles que a la autora de sus días omitiera, e insistiendo mucho sobre lo de la locura, para que al entrar a ver al enfermo estuviera bien poseído de que en ello estribaba la dolencia.

Al acercarse a la puerta oyeron voces y ruido de lucha. «Es que le ha vuelto a dar el ataque, vamos allá», dijo, y abrió la puerta, entrando la primera. El espectáculo que a su vista se ofreció produjo distinta impresión en los tres nuevos espectadores.

Eulalia respiró al verle otra vez presa de aquellas atroces convulsiones. Así se confirmaría la locura. La ilustre Condesa de Torres Altas, que ya sabemos que aunque llena de valiosos méritos no poseía el privilegiado temple de alma de su hija, sintió una impresión que no dudaríamos en calificar de miedo si no la considerásemos muy por encima de tan vulgar sentimiento. En cuanto al médico, lo vio con la completa indiferencia de las personas de su profesión.

Hay que confesarlo, sin embargo; el espectáculo era dolorosamente angustioso, capaz de oprimir el corazón de aquel que lo tuviera.

Sobre el lecho, encima de las ropas rasgadas y en desorden, estaba echado Ignacio, a quien sujetaban dos criados. Aquel ser, todo bondad, todo cariño, todo ternura, para cuyo perfecto equilibrio dio la Naturaleza todas sus savias y la bondad todos sus consejos; aquel ser sano, robusto y vigoroso, cuyos primeros pasos en la vida guiara un maestro de todas las virtudes y una maestra de todas las ternuras, yacía allí presa de espantosas convulsiones.

Causaba hondo dolor contemplar aquel rostro, si no hermoso, correcto y apacible, fiel espejo siempre de la dulce placidez del alma, espantosamente contraído, amaritado el color, plegada la boca en una sonrisa de doloroso sarcasmo, escuchando entre los borbotones de espuma atroces injurias con las que constantemente se oía mezclado como un estribillo de locura: «¡Me han engañado! ¡Me han engañado!» Y después, modificando el acento y poniendo en las palabras la infinita tristeza de su alma: «¡No es mío! ¡No es mío!», murmuraba; y pasados breves instantes en que parecía iba a sumirse en una calma soporífera, volvían los estremecimientos a agitar su cuerpo.

Al salir, Eulalia interrogó al doctor:

—¿Está loco, verdad?

Meneó el anciano la cabeza en son de duda. ¿Volvería aquella noche...? No estaba seguro... Más bien parecía una perturbación nerviosa..., alguna emoción fuerte...

De buena gana le hubiera pegado. Se apresuró a rectificarle. No. Imposible. ¡Si saltaba a la vista! Además, no había sufrido emoción alguna que lo justificase. Le acompañó hasta la escalera, repitiendo muchas veces lo de la locura, para que se fijase bien en su imaginación y pesara en su fallo.

Partió el hombre de ciencia, prometiendo volver aquella tarde.

Entretanto, la noticia corrió de boca en boca, y a la una todo Madrid lo sabía y lo creía sin titubear. ¿Cómo hallar si no la explicación de los hechos? Cuando averiguaron que la locura se mostró en una escena de celos, rieron, rieron. ¡Cosa más chistosa! ¡Las cosas que pasan en el mundo! Sabiendo que él estaba al tanto de todo...

Solo dos personas conocían la verdad (pues no hace falta decir que Eulalia, en cuanto vio el anónimo, supo de dónde venía el golpe), y ellas, por su mismo interés, no la dirían. Todo Madrid acudió a la casa, y todos, a excepción de la Alcuna, que a eso de las cinco se dejó caer por allí, tropezaron contra el muro de la inviolable consigna. «¡Que nadie, nadie entre! Solo el doctor y la Duquesa», había dicho el portero, y había añadido para sí: «Hasta que le encierren no estoy tranquila.»

A las seis volvió el médico y pasó a ver al enfermo. Era este presa en aquel instante de un acceso de dolor. Pasados los primeros ataques, lloraba sin consuelo, quejándose en hondos suspiros e incoherentes palabras. Al verle formuló en su fuero interno el diagnóstico. No estaba loco. Como le preguntasen ansiosamente su opinión, afirmó que sí, que lo estaba y

debían encerrarle lo antes posible. Adivinaba allí un drama terrible. ¿Para qué oponerse a su natural desenlace? Aquella oposición hubiera podido traer peores consecuencias. ¿A él qué le importaba? Se lavaba las manos. Lo mejor que podía hacer era dejar a los sucesos seguir su curso natural. Ya solo le faltaba las advertencias para que le hicieran sufrir lo menos posible. En Leganés, mucha libertad. Mucho jardín. Comodidades. Pocas visitas. En cuanto a eso, podía estar tranquilo. No le harían ninguna. Nada...; quedaban en que volverían por él a la mañana siguiente. Se fue tranquilo. Su conciencia con poco se contentaba.

Ellas respiraron, y así quedó fallada la condena de aquel ser casi perfecto. ¡La condena del inocente por el culpable! Una infame injusticia del mundo. Una de tantas.

VIII
¡PADRE MÍO! ¿POR QUÉ ME ABANDONAS?

Palabras de Cristo en el Calvario.

Abrió los ojos y miró a su alrededor para ver el sitio en que se hallaba. Era este un vasto jardín de añosos árboles de secular ramaje, cubierto de verdes hojas, al través de las que se filtraba el sol poniente, formando caprichosos dibujos de oro sobre las bien cuidadas calles de arena que entre los simétricos cuadros de verdura que llenaban el parque, corrían; dibujo que a cada momento variaba de forma, merced a los suaves soplos de la brisa cálida y henchida con los perfumes de aquella tarde primaveral. En el fondo del jardín, cortando el purísimo azul del firmamento, se elevaba un gran edificio de ladrillo rojo con tejado de pizarra. La mayoría de sus ventanas, cuya simetría daban a la mole aspecto de colegio u hospital, estaban abiertas de par en par, pero sin dejar ver ni rastro de ser humano. Ante la casa había un pequeño parterre donde, entre los caprichosos arabescos de yerba, crecían bonitas flores ostentando sus brillantes colores, medidas al sol por el aire que las acariciaba con sus suaves besos.

No pudo darse cuenta de dónde estaba ni por qué causa reposaba en aquel rústico banco, ni de las circunstancias que allí le llevaron. Su memoria parecía borrada como si hubiesen arrancado de ella la noción de los hechos pasados. Trató de levantarse y experimentó agudos dolores en todo el cuerpo y un cansancio físico, unido a un abatimiento moral tan espantoso, que tuvo que permanecer sentado. Según el tiempo transcurría, iba como recobrando la idea de los acontecimientos y dibujándose, aunque con borrosos contornos, los sucesos, y cuanto más volvía a la realidad, mayor era su tormento, si bien su debilidad le impedía ser víctima de las violentas conmociones de la víspera. Así fue recordando la escena con la Alcuna, su radiante belleza..., la atmósfera de molicie de que se rodeó aquella infausta noche, el criminal amor que hacia él sintiera, el beso aquel que por su mal la dio y que aún le quemaba los labios, el anónimo, el drama con su mujer, que trajo por consecuencia el derrumbamiento de su dicha, y, por último, su enfermedad.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Dónde se hallaba? Eran preguntas que se hacía y a las que no podía contestar. En cambio, veía más claro en los hechos pasados. Aquella rápida boda la habían hecho con sus ulteriores miras la Alcuna y Eulalia. ¡Qué duda cabía! La una le deseaba, la otra quería ocultar su vergüenza. Aquel anónimo era obra de la enamorada, irritada por el despecho. ¿Por qué no? Buscó una explicación infame, fatal, para cada hecho y cada frase. A ello le impulsaba el desengaño. Al comprenderlo así, volvió con infinito dolor los ojos al recuerdo de sus padres. «¡Padres míos, no me abandonéis!» Sollozó, ocultando la cara entre las manos. Cuando se descubrió vio ante sí una figura, que por un momento pudo suponer creación de su mente alucinada.

Era un anciano de lengua y pobladísima barba, de eucarística blancura. Su rostro, surcado de profundas arrugas, tenía una grave y majestuosa calma, que imponía suave respeto; en él brillaban, con luces semejantes a fuegos fatuos, dos pupilas negras como la lóbrega profundidad de la muerte; tenían algo de la sombría y quemadora claridad de los iluminados, que hace temblar en un escalofrío a aquel en quien se fijan. Alrededor de su cráneo calvo y reluciente, y la frente exceptuada, crecía nívea corona de plateados rizos, revueltos y enmarañados. Cubrían su demacrado cuerpo, donde los huesos querían taladrar la carne, viejísimas vestiduras a medias cubiertas por una raída capa, que después de darle la vuelta a la cintura y pasarle sobre un hombro, aún arrastraba por el suelo en nobles pliegues. De sus manos, largas y huesudas, manos pre-rafaélicas, una sustentaba aquella a modo de talar vestidura, y en la otra apoyaba la abatida frente, cual si el peso insostenible del pensamiento le rindiera. Aquella figura profética, deficiente, apostólica, fluctuando entre dulce y amenazadora, recortándose sobre el fondo dorado de la arena bañada por los últimos rayos del sol, abriantada por el contraste con la sombría verdura del follaje, semejava la imagen escuálida de un patriarca bíblico, arrancada de las tablas de alguno de los maestros italianos del Renacimiento.

Con voz sonora y armoniosa, en que había alguna de las notas solemnes y profundas de los cantos en loor de los difuntos, dijo: «En el mundo todo es falsía y vanidad»; y emprendió de nuevo su camino, con pasos graves, mesurados e iguales, fijos en tierra los ojos para hallar la verdad, ya que no es dable a los mortales remontarse al cielo en su busca. Ignacio le siguió con la vista hasta que se perdió entre los árboles, quedando de él tan solo el ligero rastro que en la arena marcaba su capa.

No tuvo tiempo de dar forma concreta a los pensamientos que a su cerebro acudieron en tropel. Por uno de los senderos avanzaba hacia él una mujer, si mujer puede llamarse aquel ser con facha de vieja cortesana enferma, que solo repugnancia podía inspirar en quien la contemplaba. Alta, escuálida, huesuda, de semblante cetrino, donde había dos ojos mortecinos y apagados, en que ni el más leve signo de inteligencia brillaba; semblante solo animado por la abierta boca, que dejaba ver la negra y mellada dentadura, sonriendo con una risa lujuriosa llena de asqueroso impudor, y por corona de aquella que debió ser en otros tiempos reina del vicio, una espesa mata de cabellos amarillentos y grisosos. Vestía una bata de mugriento percal rojo, que al andar dibujaba los contornos de sus piernas delgadas y largas. Cruzadas sobre el pecho, y sosteniendo un pañuelo que debió ser blanco, traía las manos de curvos dedos y largas uñas negras, manos que más semejaban a las garras de un ave de rapiña. «Hombre —formuló con ronca y aguardentosa voz—: ¿buscas la esposa modelo de honradez, de honestidad y de virtud? Yo soy.» Y dicho esto, separó las manos quitando el pañuelo, y mostró sus rugosos pechos flácidos y exhaustos; después volvió la espalda y se alejó poco a poco, contoneando su cuerpo y haciendo oscilar sus caderas con lúbrico contoneo al ritmo de una indecente canción.

Sin saber por qué, sintió nuestro protagonista que sus ojos se llenaban de lágrimas y que una angustia infinita le ahogaba, experimentando un deseo pueril de ocultarse en el fondo de la tierra. El ruido de unos pasos junto con el de algo que arrastraba, le hizo alzar del suelo las pupilas. Ante sí vio de pie un sacerdote. Su semblante duro, enérgico y de correctas facciones, se esclarecía con los luminosos reflejos de sus negríssimos ojos. Un pelo áspero y ensortijado cubría el sitio donde antes debió estar la corona. Su negra sotana, hecha jirones, se ceñía a su cintura con unas largas disciplinas. Traía

descalzos los pies, y colgando de una larga cuerda, que dejaba arrastrar por el suelo, una custodia rota y abollada.

—¿Por qué lloras, mortal? ¿No tienes fe? Si vienes tras de mí, yo te la daré. No morirás nunca. Soy el profeta de Dios. ¡Ven! ¡Ven! —Y se alejó repitiendo solemnemente: «¡Ven! ¡Ven!»

Ignacio, helado de terror, quiso levantarse, mas vio espantado desfilas por el fondo del jardín la extraña procesión de sus escarnecidas virtudes.

Una idea sombría, cual pájaro protervo, cruzó entre negras nubes por su mente.

—¡¡Estoy en una casa de locos!!

Sí. Estaba en una casa de locos, y estaba allí porque había creído en la virtud, en la honradez, en la bondad, en la lealtad y en la justicia, y aquellas virtudes no eran más que un juego con que la sociedad en que había ido a caer encubría con inicua farsa sus bastardas pasiones. Estaba allí porque había amado a cuantos le rodearon, y ellos no habían hecho más que fingir cariño en espera de la hora en que pudiera mostrar sus odios. Porque tuvo fe en aquel, creyéndole bueno, y el mundo se rio de su candor. Lóbregas imágenes miró ante sus ojos, y entre ellas, rodeada de una nube de fuego, destacose la escena del Calvario que algún ignorado artista labró sobre el viejo retablo de su solariega mansión de Igueldo. En él, pendiente de tosco madero, estaba el mártir del Gólgota. Sobre su rostro cadavérico resbalaban gotas de sangre, y sus marchitos labios pedían agua. Un sayón tendíale en el extremo de su lanza una esponja empapada en vinagre. A sus pies se arremolinaba el pueblo pidiendo la muerte de su Dios. Aquella misma humanidad que crucificó al Mesías le condenaba a él.

¡Pero no! No estaba loco, y haciendo un esfuerzo sobre sí, podría demostrarlo y saldría.

Atroz desaliento te invadió. ¿Para qué? Ninguna misión tenía que cumplir. ¡Nadie le amaba!

Agonizaba la tarde con solemne calma. Solo interrumpía el silencio el débil susurro de las hojas agitadas por la brisa. Algunos pájaros saltaban de rama en rama. Una mariposa blanca vino a posarse cerca de él. Cortó el silencio el melancólico tañido de la esquila del próximo convento llamando a los fieles a la oración de la tarde. Allá, a lo lejos, se alzaba una neblina azul, como el vaho de un enorme monstruo, cernida sobre la gran ciudad, y de tiempo en tiempo traía el viento un débil rumor del tráfico de Madrid. Se oyó al través de la tapia el tintineo de un tranvía que corría hacia la capital, donde los seres seguirían luchando, en terrible batalla, por la satisfacción de sus pasiones.

Él no volvería ya. ¿Para qué? Era un vencido más. Mejor valía vivir allí, dedicado al recuerdo de aquellos padres, que lejos, muy lejos, a orillas del Cantábrico, reposaban, únicos seres que le amaron en el mundo.

Se hincó de rodillas, anegados en lágrimas los ojos, y murmuraron una oración sus labios, mientras las sombras de los árboles que el sol poniente reflejaba se iban agrandando, agrandando, como engendros de una imaginación enferma, hasta tomar monstruosas proporciones.

FIN DE LA NOVELA

NOVELA

EL CASO CLÍNICO



Ilustración de la revista *La esfera* (n.º 710 – 13 de agosto de 1927, pág. 7). El pie de foto original rezaba lo siguiente: «El jefe de los indios Sioux contemplando el retrato de Antonio de Hoyos y Vinent en la última exposición de Federico Bertrán [sic] en Nueva York».

PRÓLOGO⁶⁴

Sr. D. Antonio de Hoyos y Vinent.

Mí querido amigo: Al recibir su novela, y con ella su amable ruego de usted para que le diese mi parecer por escrito, temí, viendo el título, *El caso clínico* que me propusiera usted una consulta médico-literaria. Mas luego, habiendo leído (y por cierto con mucho gusto mío) su interesante obra, comprendí claramente que no la enviaba usted al alienista ni le impulsaba a usted un prurito de inoportuno verismo, pues no encontré en parte alguna pretensiones de apoyar la fábula en pedantescas elucubraciones de psicología normal ni patológica.

Con esto me sentí aliviado de un gran peso, porque muchas veces he pensado, leyendo ensayos médicos sobre la locura de Don Quijote o la neurastenia de Hamlet, sobre la afección ner-

⁶⁴ Edición original: Biblioteca Hispania, Madrid, 1917.

viosa de Ostwaldo (en *Los Espectros*), o la tabes dorsal del *Hijo de Don Juan*, de Echegaray, y sobre otros casos clínicos parecidos, cuán vano empeño es querer aquilatar el diagnóstico de las enfermedades imaginadas por los poetas, que son, por naturaleza, dos veces más imaginarias que los delirios del enfermo imaginario. El médico no puede acertar siempre el diagnóstico de los enfermos que tiene a su vista y examina con cuidado en repetidas ocasiones, y es muy frecuente que no alcance a formar idea clara de las enfermedades descritas por otros, y menos todavía si los documentos son de otra época y por ello se expresan en lenguaje muy literario y usan conceptos que no son técnicos.

Si tan difícil es reconocer el original a través de los cuadros trazados por los médicos que miran a copiar el natural con pretendida fidelidad y propósito científico, es decir, de verdad, ¿cómo se podrá descubrir la efectiva realidad en los casos clínicos literarios contruidos por la imaginación del artista con los datos de la experiencia común y un objeto puramente estético?

El pretenderlo valdría tanto como querer explicar anatómicamente el centauro, la sirena o la esfinge de la mitología clásica, o bien el diablo con cuernos y rabo, los ángeles alados o los querubines con solo cabeza, un collar de plumas y dos alas pequeñas de la iconografía medioeval.

La patología de la literatura, como la zoología de la fábula o la física del anillo de Giges y la lámpara de Aladino, no tienen, ni presumen tener, un valor científico, y sí solo representan elementos de combinaciones artísticas.

Como es sabido, en la literatura de ficción la materia del arte es la vida psicológica humana, y todos los demás elementos que entran en la composición, como el paisaje, los vestidos, los muebles, las herramientas, etc., solo representan un papel en cuanto realzan por contraste, concordancia, armonía o de otra manera el juego de los sentimientos y las ideas de los personajes. También sus cualidades físicas, sus defectos corporales, sus enfermedades, son igualmente accesorios subordinados al sentido moral y humano de la narración; y picarse de verismo en lo accesorio no es en modo alguno necesario para producir una profunda impresión de realidad moral viva y palpitante. Así, hace miles de años que los hombres saborean el naturalismo exquisito de las fábulas esópicas aunque en ellas hablan los animales, lo que es manifiesto disparate zoológico; porque lo que interesa no es la vida mental de los animales, sino la de los hombres que aquellos simbolizan, como el lobo al hombre cruel, el burro al necio, la zorra al astuto, etc. Y es de creer que los progresos recientes y futuros de la psicología comparada no impedirán que se lean con vivísimo placer, por su penetrante verismo, estas mismas fábulas durante muchos miles de años más, mientras vivan sobre la tierra hombres crueles, necios, astutos, etc.

Pero si usted no solicita de mí una consulta médica sobre su «caso clínico», ¿qué opinión o parecer pudiera darle en el prólogo, yo simple médico, que ofrezca interés a los lectores o los prepare para la lectura y comprensión de la obra?

Porque descartada toda idea de consulta, no me atreveré en modo alguno a poner el paño al púlpito y oficiar de crítico, aunque soy de natural criticón e inclinado a formarme de mí mismo, y para mí solo, una opinión sobre las obras literarias que siempre leo con ingenuidad infantil.

Como me divierten mucho las novelas, cuentos, fábulas y apólogos, y en general toda literatura de ficción, he sido, y soy todavía, lector insaciable; y aunque es natural que unos libros, como el de usted, me gusten más que otros y pretenda darme cuenta de por qué unos me gustan y otros no, jamás he pensado en explicar a los demás lo que debe gustarles a ellos, enseñándoles, como el Baedeker a los viajeros cuándo han de admirarse y aplaudir, cuándo les corresponde pasar indiferentes y cuándo están obligados a censurar y aun a indignarse.

Esto muestra claramente que carezco de las dotes de crítico, pues no tengo inclinación natural a imponer mi opinión a los otros; y por otra parte hallo que «de gustos no hay nada escrito», pues, a mi parecer, a nada equivalen los numerosos y robustos volúmenes de estética que andan por el mundo.

Así que solo podría exponer en el prólogo mis impresiones de mero lector, y en este caso me vería reducido a decir que la novela me ha gustado mucho, me ha interesado vivamente y me ha causado una profunda impresión. Es un cuento de miedo (como dicen los niños), y me ha producido tal miedo y horror, que algunas noches ha turbado mi sueño, y aun de día claro (y por algunos días) se me ha impuesto a veces la obsesión del horror trágico de la novela de usted; y oscureciéndose la realidad ambiente han aparecido ante mí con plástico relieve las escenas principales, como la muerte del alienista, en que se adivina una lucha interior paralela, pero más terrible, respecto a la lucha entre la vida y la vida que constituye la agonía fisiológica.

La crueldad del destino troncha bruscamente todas las ilusiones que el doctor alienista había levantado sobre la pura

frente de su hija, y la convierte, con amarga ironía, en un caso clínico, no curioso o interesante (un bonito caso, como suelen decir los médicos), sino horrible y repugnante; doblando de este modo el dolor del padre con la impotencia y vencimiento del médico y con la aversión moral del hombre. Esto me ha causado tal impresión de horror trágico, que cuando volvía a mi imaginación, pasados algunos días de la lectura, necesitaba hacer cierto esfuerzo para apartar de mí la obsesión y me tenía que repetir a mí mismo: ¡Pero si todo ello es una fábula ideada por el autor, mi joven y buen amigo, a quien conozco hace años, que lo ha imaginado con un fin artístico!

De los episodios, algunos muy interesantes y otros de enorme intensidad, pero sobriamente descritos, de tal manera que se elude toda delectación pecaminosa, tal vez producirá mucho efecto en algunos lectores la misa negra organizada por los locos; pero a mí no me ha causado viva impresión, tal vez porque los locos no me horrorizan (como no asustan las calaveras a los alumnos de anatomía), y también porque no me afectan mucho las misas de otros colores. Y esto probará una vez más que las emociones estéticas no dependen solo de la obra artística, sino de la relación que esta pueda tener con el carácter, la educación, la mentalidad y el estado de ánimo del lector o del espectador, y que por tanto será siempre muy difícil escribir de gustos o pretender establecer reglas para el arte y más todavía redactar prólogos para las obras de los amigos cuando no se tiene la vocación ni el talento del crítico.

De usted devotísimo,

LUIS SIMARRO.

I

...y sana de cuerpo y espíritu...

Se detuvo. Por primera vez en la vida, escuchábase hablar y medía las inflexiones de la voz; por primera vez, las palabras, en vez de surgir con la fluidez serena y la convicción apasionada de las de un apóstol, tenían una vaga indecisión, una vacilación que correspondía a la vacilación espiritual, que él solo podía apreciar aún, pues los demás continuaban viéndole al través de los ojos de la fe, escuchándole con los oídos de la confianza absoluta. Y era que aquella maravillosa armonía entre la teoría y la realidad, entre el pensamiento y la acción, súbitamente se había roto al empuje del imposible dolor causado por la sospecha monstruosa que apenas se atrevía a formularse a sí mismo. ¿Iría a convertirse en uno de esos histriones para quienes la ciencia es una mentirosa careta que oculta las miserias de su vida real? La noble serenidad de iluminado, nacida de una perfecta comunión entre el pensamiento y la obra, ¿transformaríase en una inquietud hecha de mentiras y mixtificaciones? ¡Y con quién! Precisamente con

Arturo Jonás, el discípulo favorito, el que era como un hijo para él. ¡Y cuándo! En el momento en que el muchacho, al hacerse hombre, al pensar en crear un hogar, venía a pedirle unir la juventud emprendedora de su vida con la serenidad reflexiva del maestro.

Estaban en el despacho sentados frente a frente, la mesa de escribir colocada entre ambos. Era el tal despacho pieza vasta y fría, con hostilidades de celda monacal, en que, sin embargo, por no sé qué milagro de fe y de pasión, había como un aroma de amor tibio y regalado. Era el estudio del sabio con todas sus nobles arideces; pero era, a un tiempo, el nido del sabio con todas sus rudas ternuras. Las paredes, blancas y lisas, estaban presididas por enorme cruz de ébano, que tendía sus brazos, a la vez trágicos y protectores; amplísimo ventanal, sin cortinas ni visillos, rasgaba un lienzo de pared y regalaba la vista con las misteriosas frondosidades del parque y la gayá magia del jardín en flor; pocos muebles, pero de esos de piel, amplios, cómodos, incitadores al estudio reposado; una gran biblioteca abarrotada de libros de ciencia, no de esos libros nuevos y brillantes, que son como visitas de cumplido, sino volúmenes estropeados por el uso, viejos amigos, compañeros de noches de vigilia y largos crepúsculos de invierno; y, por último, una mesa de estudio, enorme, llena de obras de consulta, de cuadernos de notas y de cuartillas cubiertas de una escritura firme, clara e igual. Y contrastando deliciosamente con la noble severidad del conjunto, algunos retratos de chiquillos, gordinflones, blancos, rubios (los nietos, los vástagos de María del Rosario, la hija casada en Cuba), y un retrato maravilloso de María de las Angustias, la hija menor.

Sin poderlo remediar, el doctor Rodrigo Vázquez contemplaba el retrato de la muchacha con la atención apasionada con que contemplaría el enigma de un caso incierto aún. Sobre el fondo oscuro del lienzo, un fondo a propósito para destacar la luminosidad de la figura, veíase una deliciosa imagen de mujer. Alta, delgada, de proporciones armoniosas, muy Carlota de Werther en la sencillez del negro atavío, manchado solo por la lividez de una rosa blanca; el cabello, color de miel, peinado hacia atrás con una rigidez casi japonesa; los ojos, verdes, luminosos, muy grandes, aunque agazapados, por así decir, en el entornado de los párpados; la nariz, ligeramente carnosa, y la boca, entreabierta, un poco gruesa de labios; chocaban, sin embargo, en ella tres cosas: la blancura —blancura mate y traslúcida, que daba una sensación de frío— un no sé qué de misterioso que flotaba en los ojos y en la frente, las manos, manos de alabastro, maceradas, retorcidas en una involuntaria crispación, y al mismo tiempo rotas, tronchadas, inermes, como esas manos cercenadas de santa medioeval, que de pronto nos escalofrían al hallarlas sobre un altar abandonado.

El doctor Rodrigo Vázquez no se atrevía a leer claro en aquel libro escrito con sangre de sus venas. El misterioso horror de un creyente que de súbito descubriera que su dios era una superchería, se adueñaba de él. ¡No, no! ¡Imposible! La sola sospecha era una infamia, un crimen contra sí y contra el prójimo. Y, sin embargo, su ciencia sonreía irónica del dolor de su pobre corazón. ¿Pero sería posible? La existencia entera de abnegación, de sacrificio, de renunciamento, de nobles virtudes, el bien arrojado en derredor, como se arroja una simiente que tarde o temprano ha de fructificar, la obra admirable de voluntad, de caridad, de ciencia y de amor en

que había empleado toda su vida, ¿iría a avocar en aquella burla cruenta del Destino? Con fijeza casi dolorosa contemplaba a María de las Angustias, y cada vez los rasgos se acusaban más enérgicos, más claros, más netos, y la verdad, la atroz verdad, cobraba claridades de luz meridiana.

Como el silencio se prolongase, Arturo Jonás, que permanecía, después de su súplica, con los ojos bajos, alzó la mirada llena de filial ternura sobre su maestro. ¡Cómo le amaba! ¡Cómo habíase dejado moldear por aquel sabio de espíritu evangélico, en quien la ciencia, a fuerza de bondad, sin dejar de serlo, convertíase en ternura! Doce años junto a él, en la extraña atmósfera del manicomio, mirándole día por día declinar hacia la muerte con esa paz de los viejos patriarcas bíblicos, que sabían que por haber tocado la roca dos veces, no verían la Tierra de Promisión. ¡Pero aún podía hacer mucho; aún, pese a su aspecto venerable, era fuerte y casi joven! Sus ojos, llenos de respeto, estudiábale ahora. Muy delgado, alto, anguloso, la cara demacrada y las manos esqueléticas, había una tal nobleza en la ancha frente de pensador, una clarividencia seguida de tanta comprensión en la mirada, que cautivaba desde el primer instante. La melena de plata y las largas barbas de apóstol, completaban el aspecto solemne del sabio.

Al fin, y como no obtenía respuesta, Arturo se aventuró a formular una pregunta:

—¿Se ha enfadado conmigo, maestro?... —Y luego, vehementemente, temeroso de una repulsa irremediable, comenzó a hablar sin esperar la contestación: —Perdóneme, maestro. Sé que es un atrevimiento, una osadía venir a usted con esta súplica, pero... ¡la quiero, la quiero con toda mi alma!

Había tanto fuego juvenil en la confesión, que el doctor, pese a los misteriosos problemas que le torturaban, no pudo menos de sonreír.

Arturo sorprendió la sonrisa y sintió el tibio regalo de una esperanza que templaba su espíritu, aterido de temor. Entonces exprese más sereno, más reposado:

—Ya sé que no la merezco, maestro; pero le he oído muchas veces que si no tuviésemos más que lo que merecemos, no tendríamos nada en este mundo. Nuestra miseria y debilidad solo la voluntad puede suplirlas, y yo tengo voluntad, mucha voluntad. Usted, maestro, me ha enseñado a amar su obra, a ser fiel a ella, a saber qué cantidad de bienestar y de alegría moral hace nacer en nuestro espíritu el deber cumplido. Sea usted bueno conmigo por completo, y yo sabré hacerme digno de la felicidad, que, como a un dios, le deberé.

Toda su juventud, franca, sana y apasionada, vibraba en el entusiasmo de sus palabras. Sus ojos relucían como brasas; su cara, morena se coloreaba en las mejillas, y los negros cabellos caían sobre la frente.

Rodrigo Vázquez dejábale hablar con una atención dolorida que más iba a la interna batalla que a las palabras de su discípulo. Al fin, el dominio de sí mismo pareció vencer a las inquietas nerviosidades, y hablóle con paternal afecto:

—Te equivocas si crees que dudo en darte a María de las Angustias por falta de fe en ti. No; pero como os quiero infinitamente a ambos, como a ti también te miro como a un hijo (si no lo eres de mi carne lo eres de mi espíritu), quisiera que

fueseis felices. Ya sé que eres digno de la obra que quieres imponerte, ya sé que harás feliz a María; pero el exceso mismo de cariño que os profeso es lo que me hace temer.

A estas palabras sucedió un momento de silencio. Al fin, el doctor Vázquez continuó:

—María es buena, inmensamente buena. Ha sido el consuelo y la alegría de mi vida. Es inteligente; su alma está llena de nobles y levantados pensamientos, y es digna de ser la compañera de un hombre honrado...

Las últimas palabras empañáronse en confusos titubeos. Otra vez la duda le atenazaba, torturábale y robaba a su espíritu la noble serenidad de la fe. Otra vez la palidez de alabastro, el gesto nervioso, galvanizado por una secreta alegría, o roto, fofo, aniquilado por un dolor que corría subterráneo, de María de las Angustias, le inquietaba.

¿Iría a perder con la fe en los demás la fe en sí mismo? ¿Envejecería, y aquella inseguridad espiritual no sería sino senectud? Dominose aún y volvió a hablar:

—Seréis felices, hijo mío. Además de buena, inteligente y enérgica, María de las Angustias es sana de cuerpo y sana de espíritu...

Callose súbitamente. En las sombras que comenzaban a invadir el despacho, en la tenue claridad violeta del atardecer, parecióle ver dos claras esmeraldas que le miraban fijamente con diabólicas fosforescencias de embrujamiento.

II

Bajo la campana de cristal violeta del cielo, la Naturaleza toda tomaba misteriosas tonalidades que le daban la irreal apariencia de esos paisajes crepusculares de algunos pintores enfermos del espíritu. En la luz violada, las hortensias eran raras orfebrerías de amatistas, las rosas blancas tomaban nacarados libores de perla, y las frondas, como en las aguafuertes de Boecklin, tonalidades cárdenas y traslúcidas. Una paz infinita pesaba sobre todas las cosas. Era como el encantado bosque de la Bella Durmiente, como el terrenal Paraíso desde que el ángel cruzara su flamígera tizona ante la puerta.

«El Reposo», la obra maravillosa del doctor Rodrigo Vázquez, tenía de bosque mágico y de bíblico edén. Nadie que sin saber la índole del establecimiento hubiese llamado a sus puertas en una tarde como aquella hubiese sospechado que el recinto, lleno de dulce serenidad y de grato bienestar, era la mansión de todo dolor, sobre cuya puerta pudiera escribirse la trágica inscripción que el Dante colocó sobre la de su Infierno: «¡Deja aquí, mortal, toda esperanza!»

El «Manicomio y Casa de Salud de El Reposo» era una de esas instituciones que solo un gran talento y una gran voluntad puestos al servicio de alto y nobilísimo ideal son capaces de crear y sostener. De familia distinguida (decíaseles descendientes de no sé qué fanático y violento inquisidor toledano), aunque de peculio modestísimo, dedicose Rodrigo desde muy joven con fervor al estudio de la Medicina. La muerte de una madre adorada en misérrimo manicomio provinciano, el espanto de la truculenta agonía que desenvolvióse ante sus ojos como atroz pesadilla, las horas de angustia, de terror y de pena vividas en la tragedia de aquellas salas desnudas y frías donde otros míseros le hacían muecas, reíanse idiotamente o aullaban dolores imaginarios, decidió su vocación. Y pasados los primeros días de anonadamiento, sobrepuesto a la impresión aniquiladora, puso manos a la obra. Por fin, en las cercanías de la ciudad encontró un viejo palacio, testigo cuarenta años antes de fastuosas fiestas y misteriosas aventuras de amor. Era un edificio de vastas proporciones, rodeado de enorme parque casi aislado de la urbe, puesto que solo por la parte del jardín que limitaba la fachada posterior del edificio lindaba con los suburbios miserables de la gran ciudad. Por él decidióse el joven doctor, y después de no pocas luchas y de sacrificar los restos de su patrimonio consiguió su posesión. Planeó grandes mejoras; empezó por algunas obras de higienización y de serenidad (haciendo desaparecer los restos del lujo chillón de otros tiempos y sustituyéndolo con una alegría sana y reposada) y dio comienzo a la lucha. Su sistema era todo dulzura, bondad, alegría. Nada de martirizar a los pobres locos con exigencias que no podían comprender y que solo mecánicamente eran capaces de realizar, con gran perjuicio para su salud misérrima. Darles bienestar, satisfacción interna, apartar de su espíritu las preocupaciones y las inquietudes.

tudes, hacerles cobrar fuerzas y esperar el momento propicio, el momento en que una vacilación de su locura, una oscilación entre la razón y el desequilibrio, le permitiese pesar en la balanza sin violencia, haciéndoles retornar a la verdad. Eran reyes, magnates, santos, sabios... ¿Qué importaba? Aquello no representaba sino fases agudas de las perpetuas ideas que martirizan a los hombres, y no había más que esperar, esperar siempre que la vida mostrara en un momento dado la falsedad de los ensueños, y entonces enseñarles a tener resignación. Esperar, esperar siempre era su sistema.

A los días de luchas sucedieron los de triunfo. El manicomio comenzó a acreditarse, trajéronle enfermos de todas partes; con el éxito moral coincidió el material y, libre ya, rico, seguro del triunfo, pensó en sí mismo y se casó. Fue, como tenía que ser, un amor de toda la vida, un cariño tibio, regalado, dulce, abnegado, que le acompañó por la juventud, le llevó de la mano al través de la edad madura y llegó con él a los límites de la vejez sin una sombra, sin una pena, sin una hora de impaciencia o de amargura. En aquel alma fuerte y sana el amor era lo que tenía que ser: el bálsamo, el consuelo, el apoyo. Así, con su ciencia, su fe y su amor, el doctor Rodrigo Vázquez pudo entregarse en alma y cuerpo a su misión.

«El Reposo» ocupaba una gran área de terreno. En la parte más alta, donde antaño había una glorieta, asentábase la casa del director. Tres de las fachadas miraban hacia la posesión, y solo la cuarta separábase por un muro de los que antes fueron campos de labor y que ahora los avances de la capital había convertido en polvoriento, mísero, sucio y mal afamado arrabal. En el centro del parque elevábase la casa matriz, y luego, desparramados por jardines, huertos y bosquecillos, los

otros edificios, como clínica, enfermería, departamento de locos furiosos y algunos hotelitos para enfermos cuyas familias podían permitirse el lujo de aquellas habitaciones aparte. Pero todo ello era bonito, alegre, pintoresco, sin el menor aspecto de mansión de orates. Las casas eran graneles, soleadas, confortables, evitando todo lo que pudiera inquietar o preocupar; el jardín, bellissimo, poblado de flores, de arbustos, de árboles de sombra; los huertos, frescos, bien cultivados y llenos de frutos sabrosos. La vigilancia era discreta, casi invisible, y solo en muy contados casos se apelaba a la fuerza con los enfermos. Y ellos, los infelices, sobre la mentira de su locura, construían involuntariamente una vida llena de orden y de buen sentido, y eran el rey bondadoso y paternal para su pueblo, el santo lleno de dulzura y comprensión evangélica, el prócer satisfecho de su posición y sus millones o el sabio abnegado y devoto de su ciencia.

En la magia otoñal la tarde terminaba con escenografía de función de magia. No se veía a nadie; solo se oían, lejanas, las canciones de los locos que jugaban en el jardín. De pronto apareció en lo alto de la escalinata del hotel María de las Angustias. Vestida de batista blanca, con una falda formada por dos anchos volantes, el corpiño, muy sencillo, cruzado sobre el pecho, dejando al desnudo el cuello, largo y redondo; la cabeza, descubierta, y colgando en uno de sus brazos por las largas bridas de terciopelo negro, una pamelita de paja de Italia, era y no era igual a su retrato. De cuadro tenía la blancura de nardo o de gardenia, la azulada sombra que cercaba los ojos, la acuosa transparencia de las pupilas verdes. Pero el gesto, que en la tela estaba, digámoslo así, cristalizado, sin dejar su maceración casi dolorosa, adquiriría movilidad vehemente. Así, mientras descendía la escalinata que llevaba al jardín, sonreía,

con esa risa nerviosa sin motivo ni objeto, que es como la reverberación de misteriosa excitación que agita nuestros nervios, y al caminar rompíase súbitamente, por un momento, la prodigiosa euritmia de su figura en un gesto de rabia o de contento, que a ninguna causa exterior obedecía, sino más bien era reflejo de internos estados de espíritu que adquirirían en su imaginación tal plasticidad que sin darse cuenta se traducían en un gesto real.

Sin miedo, como persona avezada a vivir entre los tristes moradores de aquella mansión, avanzó resueltamente jardín adelante. La tarde se adormilaba en la acariciadora tibieza de la puesta del sol. Entre los boscajes que el otoño comenzaba a dorar veíanse los parterres en un triunfo de matices pálidos y de suaves fragancias. María de las Angustias, la nariz dilatada y los labios entreabiertos, respiraba con voluptuosa fruición el perfume de las flores, mientras sus pasos, vacilantes, llevábanla sin rumbo al través de las calles del jardín.

Súbitamente, como en esos cuentos de Perrault en que en medio de inexplorados vergeles, por donde el héroe perdido se aventura, surge féisimo genio o espantable bruja para cortarle el paso, salió una al encuentro de la paseante. Realmente, de mujer la aparición tenía poco o nada. Más que criatura civilizada, parecía aquello un habitante de las cavernas. Delgadísima, cubiertas las míseras carnes secas y ennegrecidas de inmundos harapos; pies, piernas y brazos desnudos; dos ojos como brasas en el rostro demacrado, estriado de manchas y arañazos que apenas acertaba a verse al través de las greñas ásperas, polvorientas y enmarañadas, oprimía entre sus dedos, nudosos como haz de sarmientos, un gato disecado, un animal monstruoso, absurdo, repulsivo, sin ojos y sin dientes, un bi-

charraco inmundo como los que cuelgan de un palo en las fiestas carnavalescas.

La muchacha no pareció aterrorizada por la aparición, sino que, posando la mano sin repugnancia en la revuelta pelambreira, interrogola:

—¿Y Simón, Lázaro y Juan?

La loca encogiose de hombros, como si no hubiera entendido la pregunta, y luego, siguiendo su idea fija, comenzó la historia truculenta que la obsesionaba:

—¡Fue horrible! Era un oso... no, no... un jabalí... tampoco... un gato montés muy grande, muy grande... —Reconcentró la infeliz su pensamiento como si quisiese acordarse, y siguió—: No sé, no sé... algo muy grande, muy negro, muy peludo... Y me cogió, me cogió así y me apretaba, me apretaba hasta ahogarme... ¡Y ahora viene siempre, todos los días, todas las noches! Y por eso mi hijo —y agitaba el repugnante felino— ha nacido así. Yo lo sentía que tenía pelos y orejas en punta y cola... y le sentía nacer, nacer así...

Ni espantada ni inquieta, María de las Angustias la escuchaba. En su atención no había la benevolencia compasiva que lleva a escuchar los desvaríos de un niño enfermo, tampoco la piedad evangélica que busca la verdad en las palabras de los locos. Había tan solo una curiosidad malsana que le llevaba a escrutar el sedimento de realidad de la tragedia y una plasticidad imaginativa que le presentaba los cuadros lúbricos, sangrientos y terroríficos con claridad cinematográfica. ¿Qué espantables ultrajes habría sufrido aquella desdichada para enloquecer así? Y se figuraba la ruda brutalidad de un hombre

semisalvaje poseyendo un cuerpo frágil y quebradizo de adolescente, y, sin quererlo, sentía ella misma el contacto de la piel áspera y peluda y la dureza de los huesos ciclópeos. Dominó, sin embargo, sus morbosos desvaríos, y para alejar a la lunática animola:

—¡Bah! ¡No te importe que sea feo! Es tu hijo, y debes quererlo.

Después apartose lentamente, mientras la otra, acurrucada en el suelo, mecía al bicharraco sobre sus rodillas, y con voz bronca canturreaba:

«Duerme, niño chiquito, que viene el coco
y coge a los niños que duermen poco,
.....»

Seguía la muchacha su camino, cuando a la vuelta de un sendero surgió ante ella un fantasma escuálido, rugoso y amarillento. Tenía la piel tan curtida que, en el intrincado laberinto de pliegues, surcos y bolsas, las facciones se habían borrado por completo, y solo la nariz, ganchuda, enorme y descarnada como el pico de un ave de rapiña, se destacaba victoriosa, mientras dos ojillos de carbunco eran como dos agujeritos abiertos en un viejo pergamino. Era Jesús, el renegado, que ataviado con los restos de las vestiduras talares le acogía con un gesto mitad litúrgico, mitad grotesco. Sacerdote antaño de fe plástica y sensual, atraído luego por los misterios de la magia y el ocultismo, expulsado de la Iglesia, excomulgado y anatematizado bajo la acusación de herejía, había acabado por enloquecer con las prácticas de la nigromancia, en que mezclaba no sé qué sensualismo satánico y satiriaco.

También a ese interrogole la hija del doctor Vázquez:

—¿Y Simón, el mago, y Lázaro el leproso, y Juan?

Eran sus tres preferidos. Simón, un sabio inventor y alquimista que buscaba el «licor de la vida» y la piedra filosofal; Lázaro, un hombre que había sido rico y había triunfado en la feria del mundo; pero que un día, arrastrado por la misteriosa atracción del Oriente con sus magnificencias remotas y sus pecados bíblicos, a Oriente había ido y allí contraído una espantosa dolencia semejante a la lepra, que había acabado por curar, pero que dio al traste con su razón; en cuanto a Juan, el idiota, era un monstruo repulsivo y obsesionante con su gordura fofa y rosada, sus ojos apagados, que solo se encendían con la llama de una rijosidad concentrada y aviesa, sus labios belfos, sus piernas zambas, su corcova y sus largas manos temblorosas. Atacado de una sensualidad aguda, había perseguido mozas y hasta tratado de violar ancianas, hasta que, acusado de un estupro seguido de asesinato, si bien escapó por su idiotéz a la pena, costole ser recluido en un manicomio.

Al oír la pregunta, Jesús, el renegado, hizo una mueca de desdén. Después, con voz engolada, en que quedaba mucho de los cantos sagrados, revelola su secreto:

—¿Esos?... Por ahí andarán tonteando. No saben nada de la vida. ¡Están locos los pobres! Yo tengo la llave del dormitorio... sin embargo; los enfermeros tienen la otra, y hoy, como siempre, les encerrarán... ¡por locos! Pero yo tengo algo para devolverles la razón, algo que va a curar aquí a todos...

—Riose misteriosamente, y luego, con énfasis, anunció—: He hablado anoche con el Gran Cabrón y me ha dicho que lo que

hace falta es resucitar las misas negras. Está muy enfadado con la Humanidad, y por eso la castiga; pero en cuanto celebremos el sacrificio... –Y llevándose un dedo a los labios–: ¡Silencio! Ahora estoy buscando el vientre de una virgen para piedra de altar...

Y se alejó trazando cruces en el aire con la mano izquierda.

María de las Angustias sentose en un banco. El retiro era encantador. A la derecha veíanse los jardines, que subían escalonándose hasta la quinta; frente a ella, de una canastilla de flores, surgía un Cupido de mármol; a la izquierda, el bosquecillo cobraba en el crepúsculo misteriosas profundidades. Lentamente, silenciosamente, en el sortilegio crepuscular surgieron tres figuras, que fueron rodeándola: Simón, Lázaro y Juan.

Simón era un viejecito encogido y apergaminado, con los ojos grises, tan claros, que daban la sensación de la carencia de pupila; tenía los gestos breves y menudos, y la voz, tenue como un soplo. Lázaro conservaba algo de su arrogancia mundana y algo de los gestos envolventes de las personas que han amado mucho; su mirada era inquieta y tornadiza, y su voz inacorde, unas veces acariciadora y otras áspera, gutural, como si en una sed inextinguible se le secase la garganta. En cuanto a Juan, no hacía más que reír, babear y frotarse contra su amiga. Mientras el sabio, muy a menudo, había tomado asiento junto a María y el leproso permanecía en pie, él habíase tirado a sus pies como un perro fiel. Hablaban.

Era el sabio el que tenía la palabra, y el que con misteriosos términos explicaba sus imaginarios descubrimientos:

—Hoy he dado un paso definitivo para encontrar el «licor de la vida». Lo que ni Cagliostro, ni el conde de Saint-Germain, ni Prelatti consiguieron, estoy en vías de obtenerlo yo. La palabra de Abradacabra, escrita en el anillo del rey Salomón, no representa más que la clave de la fórmula algebraica, llave del secreto. Cuando yo descubra la ecuación verdadera...

Lázaro le interrumpió airadamente:

—¿De qué, di, de qué me servirá tu fórmula si la miseria me ha de roer por los siglos de los siglos?

—No te roerá la miseria —anunció, profético, el alquimista—. Con el «licor de la vida», además de la eternidad, tendrás la salud y la fuerza perennes.

María de las Angustias se inclinó hacia el idiota.

—¿Y tú, Juan, qué dices?

Juan rió:

—¡Ju! ¡Ju! ¡Ju!

Ella pasole la mano por la pelambreira en levísima caricia, y díjole afectuosa:

—¿Tú me quieres a mí, verdad?

El imbécil tornó a reír ruidosamente, mientras se frotaba contra sus faldas como un can enfermo:

—¡Ju! ¡Ju! ¡Ju!

Entonces sonó a sus espaldas la grave, serena y ligeramente severa de Arturo Jonás:

—¿Por qué les das cuerda? Mejor es dejarles en su triste reposo.

Con vaga irritación en la voz respondióle ella:

—Son buenos; con su locura no hacen daño a nadie.

Los orates habían huido a la proximidad del intruso con ese terror instintivo que sienten todos por sus médicos y guardianes. Arturo Jonás sentose en el banco junto a su prometida y hablola persuasivo:

—Créeme, María de las Angustias, hay que ser buenos con ellos; pero llevarles el genio así, amigablemente, sin necesidad, más que bien les reporta daño.

Los ojos de la mujer se habían agazapado aún más en el refugio de los párpados casi caídos, y en sus labios había no sé qué dureza. Sabía que el muchacho la quería con una pasión noble y serena, vagamente tocada de misticismo de sacrificio, y como toda persona en cuyo fondo arde una hoguera de sensualidades inconfesables, sintió irrazonado odio por aquellos alambicados sentimientos. Ella hubiese preferido una pasión violenta, un poco brutal y otro poco cruel, una de esas pasiones sin respeto ni ternura que acechan siempre en la sombra como alimañas salvajes, dispuestas a caer sobre su presa.

Junto a su interlocutor, la animación del rostro apagábase por momentos, y las bellas facciones se convertían en una carátula de alabastro rígida y glacial. Arturo adivinó que había hecho mal, y cobarde, como todos los enamorados, cambió de conversación, llevándola al terreno que anhelaba.

—He hablado a tu padre ahora; le he dicho cuánto te quiero y cuánto desearía que nuestras vidas se uniesen para siempre.

Y como ella callase hermética, continuó:

—Desde que empecé a trabajar a su lado, desde que, día por día, recibí sus enseñanzas, todo mi entusiasmo, toda mi esperanza y toda mi ilusión han sido que mi vida sea como un espejo de la suya. Aquí hay una misión maravillosa que cumplir. El día que Dios llame al doctor Rodrigo de Vázquez para darle el premio, ese día su obra caerá en manos extrañas, y aunque al principio siga igual, con el impulso adquirido, poco a poco irá degenerando y cambiando hasta no ser más que una vil parodia. Y esa herencia espiritual somos nosotros los llamados a recogerla.

—¿Y yo qué represento en todo esto? —interrogó la muchacha sin disimular su amargura.

El sintió algo frío que caía sobre su entusiasmo; pero poco a poco su fe le fue reavivando.

—¿Tú?... ¡La misión más bella, más grande, más santa, una misión de caridad, de ternura, de amor! Es formidable, enorme, la obligación que nos imponemos; pesado de llevar el fardo; pero nuestro cariño nos sostendrá, y tal vez llegue un día en que, como tu padre, podamos decir al comparecer ante Dios: «Señor, he cumplido con mi deber.»

María de las Angustias no le escuchaba. Sus ojos, fascinados, contemplaban un espectáculo horrendo y maravilloso, una cosa extraña y alucinante como una pesadilla.

El cielo había ido palideciendo para ensombrecerse luego, y aunque la parte alta de la finca se dibujaba confusamente en la lechosa semipenumbra a que dos o tres rayas cárdenas iluminaban trágicamente, el bosquecillo estaba sumido en las tinieblas. De aquella obscuridad habían ido surgiendo poco a poco unas figuras extrañas, contrahechas, monstruosas y atrabiliarias. Unas eran altas, esqueléticas, desgarradas, de gestos bruscos, inútiles e incoherentes; las otras, bajas, gordas, deformes, como masas de carne, o torpes, blandas, indescriptibles como larvas; unas tenían brazos largos, delgados y retorcidos como astillas; las otras, cortos y anchos como patas de rana; unas estaban coronadas por enmarañadas cabelleras que semejaban malezas; las otras, mondas y blancas como calaveras. Y todas aquellas figuras de calentura habíanse enlazado por las manos y giraban con grandes saltos y raras contorsiones. Mientras, de las espesuras surgían, como de un horrendo juicio final, otras y otras, y después otras aún, que se apiñaban, contemplando con ojos fosforescentes, dilatados de asombro, el espectáculo. Y era una aglomeración inclasificable, una amalgama de cuerpos deformes, cuyas líneas no podían precisarse. Veíanse en el clarooscuro brazos como tentáculos; ojos ardientes de fiebre y pupilas muertas; labios belfos y colgantes; senos exhaustos; cuellos hinchados por fenomenales bocios; orejas puntiagudas como las de las alimañas feroces, y dientes afilados de carnívoro. Un olor a cubil, a bestia feroz, a lobos hambrientos se esparcía por la atmósfera. Y por encima del bosque, redonda, roja, enorme, asomaba una luna que parecía teñida de sangre.

III

A pesar del frío intenso de la noche, blanca de luna, María de las Angustias permanecía acodada al barandal de su balcón. No sentía la glaciencia del cierzo, que atravesaba en mil agujas de hielo el liviano tejido de sus ropas, ni la helada caricia que cortaba su rostro. Estaba en aquellos momentos de fisiológica insensibilidad que hacían de ella un ser aparte, una extraña muñeca indiferente lo mismo a los cambios atmosféricos que al sueño, al hambre o el sufrimiento. También espiritualmente era indiferente a todo: no amaba a su padre, ni a su hermana, ni a sus sobrinos, los rubios chiquillos mofletudos, ni a su novio. De su madre solo conservaba una sensación de repugnancia desdeñosa al recordar el frío viscoso de aquella frente al posar los labios sobre ella, cuando la que le dio el ser yacía muerta, tendida en la caja. Todos los que la rodeaban, todos los que la habían rodeado éranle extraños, y mirábales con hostilidad desconfiada, como a secretos enemigos. En su alma no había ni piedad ni amor, ni simpatía ni ternura. Una inmensa aridez lo invadía todo, atroz sequedad espiritual res-

quebrajaba el terreno baldío, y por las enormes grietas, como en un cataclismo geológico, desaparecían ideas y sentimientos. Toda su vida espiritual vacilaba entre una alegría nerviosa, desordenada, que se deshacía en risas, en gritos, en gestos violentos y en canciones, y una tristeza inmotivada, gris y opresora, que le hacía agonizar de tedio, tristeza plomiza que le sumía en una modorra hosca, haciéndole pasar horas y horas con los ojos fijos en un punto imaginario, los labios crispados y sin otra señal de vida que algún gesto de desesperación esquivado de vez en cuando. Y por encima de todo esto, como un *ananké*, flotaba un anhelo inexplicable, un deseo de no sé qué cosas malsanas que le llevaba a otear ansiosamente desde su balcón las lóbregas callejuelas que enlazaban al Sanatorio con los barrios extremos de la ciudad.

Aquella noche, como tantas otras noches de insomnio, sus ojos, habituados a las tinieblas, distinguían misteriosos bultos que iban y venían sobre el fango por entre las calzadas que separaban las chozas con pretensiones de casas, mientras sus oídos percibían de vez en cuando la aguda nota de un silbido, o las más apagadas de dos voces, o bien un lejano lamento. La atracción atroz de aquel abismo en que su imaginación enferma ponía todas las monstruosidades, todas las aberraciones y todos los crímenes, la fuerte atracción que le arrastraba como un imán, hacía sentir aquella noche más violentamente que nunca. ¡Ah! ¡Cómo desearía salir, perderse en los laberintos misteriosos donde acechaban el pecado, la brutalidad y el crimen!... ¿Y por qué no? ¡Sería tan fácil para ella salir!...

Por tres veces, envuelta en un viejo chal, había acercado a la puerta, y por tres veces había retrocedido cobardemente.

¿Y si la sentían? ¿Y si su padre llegaba a notar algo? ¡Bah!, eran tan estúpidamente candorosos, que atribuirían su salida a cualquier inquietud caritativa, al interés por los pobres locos, al temor de que no estuviesen bien cuidados, a un súbito sobresalto, en fin, a cualquier causa altruista. Y al pensarlo, una sonrisa mala, ferozmente sarcástica, fruncía los labios en una mueca que mostraba los dientes de carnívoro, blancos y afilados.

Lentamente, procurando no hacer ruido, descendió las escaleras, cruzó los pasillos y por la puerta del servicio salió al jardín. Ya en él respiró. No le había oído nadie, y lo que faltaba por hacer era empresa fácil. Con una caricia alejó a «Satán», el enorme mastín, y abriendo sigilosamente la verja lanzose fuera.

Por allí, solo algún farol de aceite que esparcía su amarillenta claridad en derredor, anunciaba la proximidad de la urbe. Por lo demás, las calles, más que tales, eran barrancos llenos de lodo en que la clase proletaria había construido algunas miserables casucas, cuyas paredes sucias y agrietadas amenazaban desmoronarse. Como viviendas de gente trabajadora, estaban ya cerradas ya oscuras. María de las Angustias continuó su marcha. Ahora venía un breve trozo de carretera que iba campo a traviesa, y luego unos inmundos ventorros. En uno de ellos debía haber fiesta, pues se oían músicas y voces. La fugitiva aproximose a él, y al través de las vidrieras, rotas, empañadas, en que algunos cristales habían sido sustituidos por aceitosos papeles, vio un cuadro de Sabat. Algunas mujeres, la mayoría viejas ya, sucias, desgredadas, vestidas de pringosos harapos, danzaban en brazos de sus chulos —hampones de cara de rufián y atavío atrabiliario— a las

notas chillonas de un organillo; otras, tiradas sobre las mesas, bebían vino acompañadas por unos cuantos individuos con dudoso pelaje de caballeros de industria; en un rincón, un curda peroraba ante un círculo de obreros aviesos y borrachines.

La hija del doctor Vázquez sintió el deseo de entrar, de enfangarse, de envilecerse, pero no se atrevió. Con un suspiro prosiguió su éxodo hacia la urbe, que se alzaba en la noche envuelta en un vaho luminoso y estrellada de millares de luces. Empezaban a surgir gentes sospechosas por todas partes. Astrosas vendedoras de amor pululaban por allí ofreciendo a los transeúntes (obrereros rezagados, arrieros, chulos y soldados de la guarnición) su marchita mercancía. Algunas veces formaban grupos y se les oía discutir a gritos o querellarse en lenguaje carcelario. Cruzose con una pareja; él era un mozalbete en atavío azul de mecánico, con gorra japonesa de visera y una bufanda clara al cuello; ella una taifa ya madura, muy repeinada y cargada de peinetas de similor, arropada en un mantón alfombrado. Iban muy juntos, y de vez en cuando se detenían para besarse. Más allá, unos soldados rodeaban a una infeliz martirizándola con brutales caricias. Junto a unas tapias, un hombre y una mujer, tirados en el suelo, permanecían abrazados, mientras ella gemía quedamente.

La muchacha apresuró el pasó. Un hombre, un truhán cualquiera, la detuvo por un brazo. Con voz aguardentosa interrogó:

—¿Has hecho el avío? ¿Cuánto «aviyelas»? ¿Convidas?

María de las Angustias no contestó. Había cerrado los ojos y permanecía inerte, dispuesta a entregarse allí mismo, en medio del camino, sin un grito, sin una protesta. Al ver que no contestaba, el hombre interpretó el silencio por una negativa, y dándole un empujón buscó otra más afortunada. Ella siguió su ruta.

En unas ruinas, unos golfos medio desnudos, comidos de miseria, se calentaban en una hoguera. Eran los tipos clásicos, de achatada y ancha nariz, salientes pómulos y gruesos labios, que mostraban en las muecas canallas los dientes negros de tabaco, de mercurio y de porquería, mientras los ojos de ratón se achicaban de modo inverosímil.

Arribaba a la ciudad; las calles, empedradas ahora de puntiagudos guijarros, se estrechaban hasta la hipérbole, se empinaban en cuevas inverosímiles, trazaban arcos incongruentes, y a la luz menguada de los mecheros de gas tenían sombras inquietadoras. En las esquinas, miserables mujerzuelas paseaban taconeando recio y siseaban a los transeúntes o a voz en grito les hacían tentadoras ofertas de deleites. Sin sentir ni miedo ni fatiga, María de las Angustias continuó andando. En un callejón aún más lúgubre que los otros vio unas puertas de cristal iluminadas, y pegó el rostro a ellas. Era una buñolería; densas nubes de humo llenaban el recinto; un público híbrido de meretrices, de hampones y de mendicantes lo llenaba por completo. En algunas mesas, trotacalles de enharinadas máscaras acompañadas de quevedescas zurcidoras de gustos, departían o se querellaban con organilleros, timadores y maletas. En otras, trágicos pobres tirados sobre el tablero dormitaban. Tenían los primeros la gracia bárbara de algunos dibujos de Goya; los segundos, la torturada delgadez de los

mendigos de Ribera. De improviso, sin saber cómo, surgió una riña. Una de las mujeres levantose con ademán airado, y comenzó a apostrofar a un chulo. Era bajita, y con la cara tan atrozmente manchada de viruelas, que a pesar del disimulo de los rizos y del estucado, se la notaba. Él era un mocetón fornido, cuadrado, de aspecto brutal y avieso. La hembra debía de ser valiente; sin importarla la vigorosa corpulencia de su enemigo le insultaba con saña. Desdeñoso al parecer, aunque un leve temblor de los labios denunciaba la ira contenida a duras penas, la oía él. Al fin no pudo aguantar más, y de un empujón sentola nuevamente en el banco. Como una fiera a quien azuzan, incorporose ella, y rápida le dio una bofetada. Entonces sucedió algo infame, repugnante: el chulo cogiola y, después de zarandearla, arrojola al suelo, y una vez allí har-tose de pisotearla y darla de puntapiés. La mujer alzose toda cubierta de sangre, y él, desdeñoso, mientras los demás acu-dían a auxiliarla, dirigiose a la puerta.

Fue tan rápido, que María de las Angustias no tuvo tiempo de retirarse, y el agresor, al salir, dióse de manos a boca con la espectadora. Contemplola un momento con atención, y luego ordenó:

—¡Andando!

La hija del doctor Vázquez obedeciole mecánicamente, y sin saber la razón comenzó a caminar a su lado; el hombre creyose en el deber de explicarle la escena:

—Es una asquerosa, ¿sabes?, que se cree que los hombres estamos para recreo de su cuerpo serrano que malos mengues se lleven... ¡No ha *apoquinao* una blanca en tres días!...

María de las Angustias ni hablaba ni le escuchaba. No razonaba, no pensaba; era como una bestia sumisa y cobarde que sigue al macho.

Al fin llegaron ante un pasadizo oscuro, húmedo y maloliente. Él ordenó.

—¡Entra!

Como ella por un momento vacilase, dióle el chulo con el puño cerrado en las espaldas:

—¡Entra!

Entonces ella obedeció.

IV

Como una ramera, salía ahora todas las noches a prostituirse por los caminos. Eran unas horas de lujuria, de brutalidad y de miseria; unas horas en que se hundía en el fango, en que vivía en la más inmunda abyección, en que su cuerpo sufría todas las torturas físicas y su alma llegaba al límite de las degradaciones. Poseída, brutalizada, despreciada y maltratada por los jayanes, pasaba de mano en mano, temblando de frío y de un deseo sin fondo, como el tonel de las Danaides. Cuanto más ahondaba en las horripilantes voluptuosidades mayor era el abismo en que caía. Y en el trágico espanto de la noche exaltábase en horas de fiebre, de alucinación y de pesadilla. Después, durante el día, su existencia era la de una sonámbula que cruzase automáticamente las salas del hospital o las calles del jardín. De vez en cuando, en medio de una operación quirúrgica a que asistía como enfermera o en el espanto de una crisis de locura furiosa que presenciaba, la impassibilidad del rostro se rasgaba en sus labios con una sonrisa de voluptuosidad, reflejo de no se sabía qué interiores evocaciones.

Aquella noche, que lo era del mes de diciembre, y harto tempestuosa y fría, deslizábase María de las Angustias por las veredas del jardín camino de la verja de entrada. Espesos y negros nubarrones volaban por el cielo empujados por huracanadas rachas, y de vez en cuando la luna, más trágica entre las masas de nubes, asomábase pálida y glacial.

Presurosa, arrastrada por aquella fuerza que pesaba sobre ella como un sortilegio, la hija del doctor Vázquez ni veía ni sentía nada. De improviso lanzó un grito y se detuvo. Una garra huesuda y viscosa le sujetaba por un brazo; al mismo tiempo, una voz contenida, pero imperativa, ordenaba:

—¡Calla!

María de las Angustias miró a su interlocutor. Jesús, el renegado. Vestía, como siempre, los restos de los talarés avíos, pero en sus ojos brillaba una luz misteriosa, y sobre su frente, como sobre la de los apóstoles, parecía temblar la lengua de fuego del Espíritu Santo. Tras breve pausa volvió a hablar. Su voz era grave, con gravedades sacerdotales:

—¡El gran misterio va a realizarse! He descubierto la palabra mágica, y el mundo va a dejar de penar. La sangre del Cordero se ha secado: la del Macho Cabrío fertilizará los campos de cizaña. El nuevo Sacrificio ahuyentará la paloma y entronizará el cuervo. ¡Ven!

Fatal, como el agua que lleva el río o como el granizo que cae de la nube, la hembra se dejó llevar, y así, de la mano el loco y la poseída, cruzaron el parque y llegaron ante la pequeña capilla que perteneciera antaño a la quinta. Allí Jesús

se detuvo, y lentamente dio siete golpes en la puerta, que giró sobre sus goznes, dejando ver a Juan, el idiota.

—¡Entra! —mandó el guía.

Una vez más ella obedeció, y cruzando el atrio penetraron ambos en el recinto sagrado. El espectáculo tenía de horrible y de grotesco. A la luz de cuatro cirios amarillentos que alumbraban el altar veíase la gran cruz de ébano, que se destacaba habitualmente en el centro. Pero los locos habíanle arrancado y vuelto a colocar del revés, y, en horrendo sacrilegio, veíase, en vez de la dulce imagen del Redentor, atado a sus brazos trágicos, un macho cabrío, que se debatía furiosamente. Dos viejas lunáticas, desgredadas, los ojos fuera de las órbitas, las bocas llenas de baba, desnudas de pies a cabeza, sostenían la piedra de altar cubierta por un paño negro. En su esfuerzo echaban el busto hacia adelante y eran así dos grotescas cariátides de pechos exhaustos que pendían como pellejos vacíos. Doce o catorce locos, postrados de hinojos y medio desnudos, gemían, tiritaban o lloraban quedamente. Y en la semipenumbra no se veía más que pupilas fosforescentes o manos retorcidas en absurdas imploraciones de misericordia que se destacaban de la mancha sombría como amuletos de cera.

Jesús, el renegado, que había desaparecido, dejando a María de las Angustias en medio de la capilla, reapareció en la puerta de la sacristía. Habíase revestido con una capa pluvial de damasco blanco robada a los armarios del culto, sobre la que los locos habían pintado figuras nefandas, sanguinarias y obscenas. Sobre su frente, a la manera de esos cuernecillos con que representan a Moisés, habíase sujetado dos cuernos de cabrón.

Simón, el mago, y Lázaro, el leproso, completamente desnudos, sostenían con una mano las puntas de la capa, mientras con la otra le incensaban.

Comenzó la ceremonia. De espaldas al altar, el sacerdote trazó una gran cruz con la mano izquierda:

—En el nombre de Satanás, señor de las Tinieblas; de Belcebú, su único hijo, y del Espíritu del Mal.

Los locos murmuraron:

—¡Amén!

Entonces el oficiante salmodió una letanía que era como introducción al sacrificio:

— ¡Satanás, señor de las Tinieblas!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El sacerdote:

—¡Satanás, rey de la Lujuria!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El sacerdote:

—¡Satanás, príncipe de las Fornicaciones!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El sacerdote:

—¡Satanás, soberbio entre los soberbios!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El sacerdote:

—¡Satanás, que guardas los tesoros de Aladino en el vientre de la Tierra!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El sacerdote:

—¡Satanás, que haces a los hombres destrozarse como fieras furiosas!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El sacerdote:

—¡Satanás, que serviste el banquete de Nabucodonosor e hiciste que los israelitas encontrasen insulso el maná del desierto!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El sacerdote:

—¡Satanás, que armaste el brazo de Caín!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El sacerdote:

—¡Satanás, que hiciste dormir desnudo a Noé!...

Y los locos:

—¡Maldícenos!

El hierofante postrose un momento en honda genuflexión; después, alzándose, encarose solemnemente con María de las Angustias:

—En el reloj de la Eternidad ha sonado la hora proterva de la redención para los hombres engañados por la mentira del Paracleto. Vas a morir, mujer, porque eres maldita entre todas las mujeres. No te importe; de tu vientre virgen va a surgir la gran verdad. ¡Vas a morir!...

La catecúmena pareció recobrar la noción de las cosas.

—¿Morir yo? ¡Otro día! ¡Otro día!

Él la atajó:

—Vas a morir ahora, porque ahora ha de ser.

Entonces acabó ella de darse cuenta de la realidad; un terror súbito rompió el encanto hecho de curiosidad y concentrada lascivia y trató de huir. Pero los locos se precipitaron, sujetándola fuertemente, mientras Simón, el mago, avanzaba hacia ella con un gran cuchillo en la mano. María de las Angustias se debatía furiosamente, mientras con alaridos de horror gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro!

La voz de Jesús, el renegado, dominó sus gritos:

—No importa que flaquees ahora. Cristo también flaqueó en la cruz. No por eso el sacrificio será estéril. Ya te dije que solo el vientre de una virgen podía salvarnos.

Aquellas palabras fueron como un rayo de luz para la hija del doctor Vázquez. Hizo un gesto tan violento, que logró desligarse de sus verdugos, y encarándose con su juez rio sarcástica:

—¡Ja! ¡Ja! ¡El vientre de una virgen!... ¡Pero si yo no soy una virgen; si todas las noches, oís, todas las noches voy en busca de mi amante! ¡Si esta misma noche me habéis sorprendido cuando iba hacia él!

Como si acabasen de descubrir que sostenían a un leproso entre las manos, los locos soltaron su presa y retrocedieron con un gesto de horror.

El sacerdote se irguió apocalíptico; con voz tonante fulminó:

—¡Atrás, miserable mujerzuela, meretriz inmunda! ¡Tú has nacido en el estercolero y te has prostituido a los viandantes! ¡Tú eres la hija de Eva, que han maldecido los profetas, y no mereces sino cubrir con ceniza tu cabeza y comer deyecciones de perro! ¡Anatema a ti, nieta de Caín!

Los locos se habían arrojado al suelo y gemían:

—¡Anatema! ¡Anatema!

El anatemizador continuó:

—¡Tú eres la que envileció a David, la que apagó la inteligencia de Salomón, la que perdió a Sansón!... ¡Tú eres la bestia comida de sarna y de lujuria!... ¡Anatema a ti, la del vientre mancillado!

Los locos, postrados, repetían:

—¡Anatema! ¡Anatema!

Jesús siguió:

—¡Tú eres el genio de las fornicaciones, la madre del Dolor y de la Mentira! ¡Anatema a ti y a todos los tuyos!

Los locos gemían siempre:

—¡Anatema! ¡Anatema!

María de las Angustias, aprovechando el impulso de asco, consiguió llegar a la puerta. Allí, Juan, el idiota, le cortó el paso. Mimosa, le acarició la cabeza.

—Anda, Juan, pobrecito, tú que me quieres, ábreme, que ya sabes que yo a ti te quiero mucho.

El idiota rio:

—Me has de dar... de dar... ¡un beso!

Ella le ofreció los labios. Entonces sintió el contacto de la boca blanda y húmeda como una babosa, la flacidez del cuerpo fofo que se moldeaba al suyo y la sarmentosa dureza de los dedos que se clavaban en sus carnes. Al fin consiguió liberarse, y echó a correr.

V

Desgarradas y manchadas de barro las ropas, despeinado el cabello, manos y rostro cubiertos de arañazos de que manaba la sangre, María de las Angustias llegó al chalet. El portón estaba entornado, como ella lo dejara, y seguramente nadie había notado su ausencia, mucho más breve aquel día. Descalzose, pues, como hacía siempre, y lentamente comenzó a subir las escaleras, procurando no hacer ruido. En el primer descansillo se detuvo y miró hacia arriba. Súbito sobresalto sacudió sus nervios; en su cuarto había luz. Trató de coordinar sus recuerdos, dispersos por las atroces peripecias de la noche. ¿La habrían descubierto? ¿Habría llegado su imprudencia hasta olvidarse de apagar la luz? Como de la habitación no venía ruido ninguno, esto era lo más verosímil, y aunque inquieta, siguió subiendo. Ya ante la puerta tuvo una nueva sorpresa: estaba entreabierta. Sin embargo, no se sentía rumor ninguno, y resueltamente empujola y entró. Quedose yerta, petrificada, los desnudos pies clavados en el suelo. ¡El doctor Rodrigo Vázquez estaba allí!

Sentado en una silla, inmóvil, la frente entre las manos, tenía la apariencia de un muñeco de cera. Al sentirla entrar púsose violentamente en pie y quedaron ambos frente a frente. Pero aquella no era la energía magnífica del doctor Rodrigo Vázquez, su nobleza serena llena de autoridad, aquello no era más que un gesto, una cosa violenta y como superpuesta. En el fondo sentíasele roto, deshecho, acabado, vencido por una flojedad espiritual, como si súbitamente se hubiese distendido los resortes de la voluntad y no fuese más que un pelele sin huesos ni nervios, galvanizado por un capricho macabro. Estaba muy pálido, tan pálido, que en la inmovilidad el rostro parecía una mascarilla de cera; sus ojos estaban turbios, apagados, y la nariz había adelgazado como la de los cadáveres.

Después de un momento de silencio, el doctor interrogó con voz sombría:

—¿De dónde vienes?

María de las Angustias no sentía ni vergüenza, ni dolor, ni arrepentimiento. Tan solo una ira sorda contra el intruso que se atrevía a violar su secreto rugía en su alma, con rugidos que eran deseos de muerte, sordas maldiciones, anhelos de violencias innobles. Logrando dominarse, disimuló:

—Me dolía mucho la cabeza, no podía dormir y salí a dar una vuelta por el jardín.

—¡Mientes! —formuló airado él.

No protestó ni trató de disculparse. Permaneció quieta, desdeñosa.

En el alma del sabio parecía librarse una batalla. Poco a poco, la indignación dejaba paso a un dolor mucho más humano, que hacía revivir los trazos del rostro. Al fin, con voz temblorosa, de emoción, comenzó a hablar:

—¡María de las Angustias, hija mía, ten piedad de mí! ¡Si vieras las horas atroces que he pasado! ¡Si supieras, hija mía, lo que te quiero! Tú has sido mi mayor alegría, la ilusión de mi vida, mi esperanza... ¡Y lo sé todo, todo!

No vio ella en aquellas palabras ni el hondo dolor, ni el afecto apasionado, ni la ternura, que no se atrevía a esperar ya... Vio tan solo que sabían, que la habían vigilado, que alguien había buceado en el horrendo misterio de su vida sexual. Con ira desdeñosa formuló:

—¡Me habéis espiado! ¡Qué bonito, qué noble, qué digno de ti!

—No, María, hija de mi alma, no te he espiado. Ha sido mi cariño y la ciencia los que me han puesto sobre alerta, ha sido mi cariño de padre el que me llevó a temer por ti, mi ciencia de neurópata la que me puso sobre la pista de un caso clínico, la que me dijo que eras una enferma... Y, sin embargo, no creía; hasta que una noche, al sentirme mal y acudir a ti, hallé tu cuarto vacío, y entonces, la verdad, toda la atroz verdad se me mostró con claridad meridiana. ¡Tú, mi hija querida; tú, la preferida de mi corazón; tú, la que eligiera para seguir mi obra, eres un caso clínico! Porque no eres una malvada —prosiguió el anciano con hondo desgarramiento de la voz—, ¡eres una enferma, hija mía, una pobre enferma!

Dejose caer nuevamente en una silla, y ocultó el rostro entre las manos, mientras María de las Angustias se erguía ante él y con feroz sarcasmo reía:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Un caso clínico! ¡Y tienes el valor de venir a reprocharme tu obra! ¡Yo qué culpa tengo! Sois vosotros, o mejor, tú, tú solo el que me has hecho así. ¡Tú, con tu egoísmo ciego, feroz, disfrazado de altruismo; tú, que has querido vivir en la paz y el bienestar borrando el remordimiento del pasado y el temor del porvenir!... Y ahora, ¿qué quieres que le haga yo?... ¡Soy así, y no puedo cambiar!...

—Dios nos ha dado el albedrío para dominarnos. La ciencia nos ampara...

Echose a reír de nuevo cínicamente.

—¡Y vivir en un lento martirio para que los demás triunféis en vuestro egoísmo, y pasar las noches en vela consumiéndose en un fuego maldito que nos roerá las entrañas, y agonizar siempre de deseo, y consumirse de ansiedad para que flote la estúpida vanidad de los otros!... O ponerse en cura. ¡Ja! ¡Ja! ¡En cura! Ser un caso más en esta ridícula farsa de sanatorio, en que tus locos, tus pobrecitos locos, tan buenos, tan tranquilos, andan a estas horas por el jardín, dicen misas negras y pretenden asesinar a las gentes... Tu obra no es nada. ¡Tu obra es una farsa ridícula y cruel! No; no seré yo la que caiga en el lazo. Mañana me voy. A los demás les dices... ¡Bah! ¡Ya encontrarás un pretexto con que dejar a salvo tu honra! Aquí se queda todo, hasta tu nombre, que no quiero para nada, y yo seré yo, seré un ser miserable, abyecto, inmundo; un ser del que huirán las personas honradas haciendo la señal de la cruz;

pero *seré yo*. Viviré como quiera y donde quiera, y ya que tu ciencia y tus virtudes han hecho de mí una bestia insaciable, viviré como una bestia.

El doctor Rodrigo Vázquez cayó de rodillas ante su hija:

—¡María de las Angustias, hija, hijita mía, no hables así! ¡Ten compasión de mí; piensa que tú eres todo para mi vida que acaba, todo para una nueva vida que empieza! Piensa que no soy yo solo, piensa que hay aún alguien que te ama, piensa en Arturo Jonás.

María de las Angustias se exaltó. La antipatía salvaje que ardía en su alma contra su prometido; la antipatía, que más que un sentimiento moral era una repugnancia física, desbordose en un torrente de palabras:

—¡Le odio, me entiendes, le odio! ¡Arturo Jonás! ¡Nunca, sabes, nunca sería su mujer! ¡Le odio, le desprecio, me repugna; preferiría a Lázaro, el leproso, o a Juan, el idiota!

El doctor se arrastraba de rodillas e imploraba:

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

Habló aún ella, cruel, definitiva, inexorable:

—¡No te canses; no unas la bajeza al resto de miserias! ¡Todo ha acabado! Entonces, Rodrigo Vázquez se puso en pie, rígido, severo; su brazo se tendió para maldecir; sus labios se abrieron; un temblor violento sacudió su cuerpo; los ojos vidriáronse; la boca se torció en una mueca, y rodó por tierra sin sentido.

VI

Como creyera escuchar un débil gemido, Arturo Jonás alzose de la butaca en que velaba, y aproximose al lecho donde el doctor Rodrigo Vázquez agonizaba hacía tres días. Tres días, con sus noches, llevaba el muchacho allí compartiendo sus angustias entre la agonía del hombre bueno, noble, leal, que le sirviera de padre, y el misterioso drama cuya clave le faltaba. Porque, pese a su fe ciega, absoluta, Arturo adivinaba en el fondo de los raros sucesos algo anómalo, oculto a su comprensión por una venda que no acababa de caer de sus ojos.

Sus ojos ahora escrutaban ansiosamente el rostro del moribundo. Demacrado, inmóvil, cerúleo en el marco de cabellos de plata, solo los ojos vivían. Era inútil que médicos y amigos afirmaran que había perdido el uso de las facultades; él conocía mejor que nadie al maestro, y sabía que vivía. Aquellos ojos no habían muerto; en ellos temblaba un dolor tan punzante, una tal angustia, tan maceradora tristeza, que no podía ser

mueca de la enfermedad, sino que forzosamente era reflejo de una gran pena intensa. Precisamente en aquella mirada había adivinado Arturo el drama ignorado. A decir verdad, no era solo en aquellos ojos donde leyera una página borrosa, sino también en la misteriosa actitud de María de las Angustias.

Fría, hermética, sin una lágrima ni un gesto de pena, había permanecido los tres días junto al lecho del enfermo, como antes permanecía junto a los pobres de la clínica. Y al llegar la noche retirábase a su habitación para reaparecer de madrugada, siempre glacial, inabordable. Arturo Jonás no sabía qué hacer con ella. Había procurado consolarla con palabras llenas de afectuosa ternura; pero *sentía* que sus razones caían en su espíritu como gotas de agua en un cristal, resbalando sin dejar huella. Al fin optó por el silencio, y permanecían frente a frente, en una extraña guardia.

Hacía un rato que María de las Angustias, sin una palabra, sin un ademán de adiós, había partido. Sobre la alcoba pesaba un silencio luctuoso, solo interrumpido por el leve jaderar del moribundo. Misteriosas sombras de dolor, de locura y de muerte parecían poblar el cuarto. En los muros, blancos y fríos de celda conventual, un Nazareno abría sus brazos trágicos sobre los gruesos maderos de ébano. Sobre una mesita, frascos con medicamentos que esparcían violento olor; junto a ellos, en un vaso de porcelana, ardía una lamparilla. A su temblorosa claridad la figura del doctor Rodrigo Vázquez tenía estremecedoras apariencias de muñeco de cera. El rostro, enjuto, anguloso, surcado de hondas arrugas, permanecía inmóvil, sin que ni el más leve estremecimiento lo agitara. Los labios, entreabiertos, se amorataban en el marfil de la faz, y la nariz afilábase hasta hacerse casi transparente. Bajo las ropas del lecho

el cuerpo destacábase sarmentoso, con una rigidez tal que evocaba ciertas estatuas yacentes de un arte primitivo. Toda la vida, pues, parecía refugiada en los ojos. ¡Ah, el punzante, el angustioso, el tremendo dolor de aquellos ojos moribundos! El alma, más fuerte que la ataxia del organismo, a que está ligada, gritaba en ellos su dolor, aullaba el espanto de la tortura inverosímil. Era una mirada aquella... No puede expresarse con el léxico común todo el sufrimiento, todo el martirio, todo el anhelo que vivía en las pupilas trágicas.

Arturo Jonás, ante ellas, sentía alzarse terrorífica la interrogación que tantas veces rechazara como una infamia cobarde. En la clarividencia de aquellas horas de interminable espera el misterio llegaba a transparentarse de tal modo, que *sentía* que bastaba un esfuerzo para *saber*. Y por encima de todo, del drama ignorado, del silencioso padecer del maestro, de un misterio raro que parecía envolver a los pobres dementes ahora, sentía que flotaba una imagen única, una imagen que era como esos mitos de los viejos libros sagrados o esos «misterios» de la religión católica, porque era todo y nada: María de las Angustias.

¿Qué secreta conexión establecía entre la hemiplejía que atacara al doctor y la misteriosa fuerza magnética que había en su hija? ¿Qué nexo, entre el hermetismo de esta y aquella vida interna de adivinación y lúcida fantasmagoría que sin saber *sabía* que se desarrollaba en el obscuro caos espiritual de los locos? ¿Qué tenía que ver la muerte del sabio con la inabordabilidad de su hija, con la clarividencia de Simón, el mago, y con el recato de la noche? Y era en vano que rechazara sus pensamientos por descabellados y absurdos, y no menos en vano que se acusase de desleal y malvado; la idea,

fija como un moscón pesado, obsesionante, volvía siempre a zumbar en su cerebro.

Para ahuyentarla alzóse de la silla que ocupaba junto al lecho y fue al balcón. En el cielo azul zafiro brillaba, dorada, rojiza, una luna nefasta. A lo lejos, teatral, la ciudad acusaba enérgicamente sus perfiles y veíanse destacarse puntiagudas las torres de los campanarios sobre el fondo heráldico manchado de lises de plata. El parque, inmenso, sombrío, tendíase a sus pies rodeado de altas tapias, y más allá, lúgubres y temerosos, los suburbios de la capital. Por primera vez en su vida serena y fría, de sabio que no ve sino lo que tiene que ver, diose cuenta del pulular de gentes sospechosas, del ir y venir de tipos ambiguos; con curiosidad creciente contempló la fauna del hampa, observó sus movimientos, las masas confusas, los acoplamientos imprevistos... Por encadenamiento de ideas, la vida de fuera parecióle que invadía el jardín de «El Reposo» y que todas aquellas cosas malsanas y calenturientas se asentaban allí. Y por absurdo fenómeno anímico, asoció, sin quererlo, a las imágenes lúbricas o groseras, la nobilísima de María de las Angustias, la repulsiva a Sara, la estrafalaria de Simón.

Súbitamente se creyó oír débil quejido que venía del lecho del doctor, y corrió a él. A la vacilante claridad de la lamparilla vio que el rostro se descomponía, que la carátula de cera fundíase en crispaciones de sufrimiento, mientras el sudor perlaba la frente. Entonces, entre fatigoso jadear, oyó que el enfermo gemía:

—¡María de las Angustias! ¡María de las Angustias!

Arturo alzóse rápidamente para correr a buscarla; pero el doctor, vencida para morir la parálisis, hizo con una mano ademán de detenerle:

—¡Escucha!

Entonces Arturo Jonás sintió miedo. Comprendió que *iba a saber*, que el velo se rasgaría ante sus ojos, y cayó de rodillas junto al lecho del maestro agonizante.

Con voz apenas perceptible, con voz que era como un soplo de ultratumba, habló este:

—Arturo, hijo mío, me muero; pero antes quiero que sepas la verdad, ¡la atroz verdad!...

Calló otra vez, oprimido por estertores agónicos.

A lo lejos, en la paz religiosa de la noche, se oyeron gritos confusos:

Un perro, agorero, aulló.

El doctor Vázquez fue diciendo su cruel quebranto:

—Hay verdades atroces, hijo mío; verdades tan impías, tan terribles, que hacen vacilar nuestra fe y tambalearse nuestras creencias, y de cuyo espanto solo podemos librarnos abrazándonos muy fuerte, muy fuerte, con toda nuestra alma, a la pesada cruz que Dios nos ha dado para redimirnos.

Hubo otra pausa, en que volvieron a escucharse los lúgubres aullidos del can y los gritos estridentes que desgarraban la nocturna serenidad.

Cada vez más débil la voz, Rodrigo Vázquez continuó:

—Toda mi vida ha sido un continuo esfuerzo hacia la perfección; toda mi existencia la he empleado en hacer el bien. No he tenido más que un sueño, un sueño de redención y de amor. Después de mi muerte (ni aun la muerte me asustaba en la tranquilidad del deber cumplido), mi esperanza y mi ilusión era que tú y María de las Angustias prosiguieseis mi obra... Y cuando la hora sonaba ya...

La voz se rompía, se hacía intermitente, como un hilo de agua que se extingue. La luz de la inteligencia que brillaba en los ojos se apagaba. Al razonar, sucedía, entre estertores, jadeos y gemidos, un balbucear incoherente:

—...María de las Angustias... las noches... los locos... caso clínico... la muerte... yo, yo... culpable... inmundicia... horror...

E irguiéndose, los ojos dilatados de espanto, las manos crispadas sobre las ropas, gritó con voz ronca:

—¡María de las Angustias! ¡María de las Angustias!

Arturo se precipitó al pasillo:

—¡Sor Filomena! ¡Cayetano! ¡Ramón! ¡El doctor se muere!

Y sin esperar la llegada de los enfermeros, corrió en busca de la muchacha.

Ante la puerta de su cuarto se detuvo. Por encima de la angustia de aquellos momentos, dominando el dolor de la muerte del maestro que con él hiciera las veces de padre, sobresalía una idea fija. ¿Iría a saber? ¿Estaría tras de aquella puerta la clave? Llamó primero débilmente, luego más fuerte:

—¡María de las Angustias!

Nada. Empujó la puerta, que no opuso resistencia, y entró. La luz ardía, y a su resplandor amarillento, el cuarto mostrábase, frío, hostil, impersonal, como esas habitaciones de tránsito en que nadie vive su verdadera vida. La cama, intacta. ¡En su cuarto no estaba! Buscó en el comedor, en el salón, en la terraza... ¡nada!

Entonces salió al jardín; tornó a llamar:

—¡María de las Angustias! ¡María de las Angustias!

Nada tampoco. Oteó en la obscuridad. Nuevamente llegaron a él gritos lejanos, cantos extraños... Decidido a encontrarla, aventurose por las calles de arbustos.

Una luz de plata envolvía todas las cosas y prendía silfos de los cálices de las flores y bañaba geniecillos en las gotas de rocío.

Caminaba a la ventura, nervioso, angustiado, y de vez en cuando se detenía para llamar:

—¡María de las Angustias! ¡María de las Angustias!

¡Todo inútil! Si en un momento dado creía ver una sombra deslizarse entre los árboles, al tratar de aproximarse la sombra brincaba y desaparecía, huyendo como esos alucinantes personajes que viven en los bosques de pesadilla.

Al dar la vuelta al laberinto vio una hoguera que brillaba a lo lejos, y oyó voces que salmodiaban cosas incomprensibles.

Eran voces agudas, estridentes, que gritaban raros conjuros e imprecaciones bíblicas:

—¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡La Bestia ha muerto! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Hemos matado a la Bestia!

¿Estaría allí?

Según se aproximaba, las llamaradas se hacían más intensas, los gritos más agudos. ¡Los locos! Ni por un segundo pensó Arturo Jonás en cómo podían haber salido, ni cómo sin que los enfermeros se diesen cuenta podían estar en el jardín. Todo, aun lo más absurdo, lo más inverosímil, parecíale cosa fácil y hacedera. Lo único que se le ocurrió con certeza inquebrantable es que María estaba allí.

Los gritos redoblaban:

—¡La Bestia ha muerto! ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡La ramera hija de Gomorra ha muerto! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Entonces Arturo sobrecogiose de espanto y echó a correr hacia el bosquecillo de donde salían los gritos.

Estos hacíanse imponentes.

—¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡La Bestia inmunda, comida de miseria y de lujuria, ha muerto!

Y las voces aullaban:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Ocultándose entre los árboles llegó cerca del lugar que ocupaban los dementes, y tuvo que detenerse, agarrándose a las ramas de un árbol, para no caer.

Era algo espantable, un cuadro de aquelarre, una evocación diabólica, una pesadilla obsesionante y grotesca, algo que hacía vacilar la razón. En torno de la hoguera, medio apagada, bailaban una danza calenturienta los miserables huéspedes de la mansión del dolor, mientras cantaban siempre:

—¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡La Bestia inmunda, la ramera sarnosa, la meretriz roída de lepra, ha muerto! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

De vez en cuando deteníanse, y la voz de Simón, el mago, entonaba litúrgica:

—¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡El Demonio de las Fornicaciones ha descendido a los Infiernos!

Y todos chillaban a coro:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Unos, fofos, inarticulados como muñecos de trapo; otros, rígidos, violentos como juguetes mecánicos; algunos, torpes como niños en la cuna; los más, ágiles como monos. Había cojos que daban grandes saltos grotescos; jorobados como ridículos simios que hacían muecas obscenas, y ciegos que con

grandes gestos inútiles azotaban el vacío, mientras sus ojos de bruñido jaspe lloraban purulentos. Había manos anchas, torpes y viscosas como patas de palmípedo; brazos desarticulados; piernas larguísimas; muñones asquerosos; caras flacas, espiritualizadas como las de los hidalgos del Greco por la llama que ardía en las pupilas, y caras redondas, fofas, tumefactas, comidas de costras; miradas aviesas, crueles, en que se asomaba el alma del marqués de Sade, de Gilles de Rais y de la Brinvilliers, y caras de estúpida beatitud que debían tener en su genealogía al Bobo de Coria. Y todos aquellos monstruos, las bestias humanas, los ex hombres, las larvas insexuales, los fetos y los cadáveres, danzaban, entonando siempre:

—¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡La Bestia ha muerto!

En uno de los vaivenes quebrose el círculo, y Arturo Jonás sintió erizársele el cabello y un sudor helado correrle por la frente. ¡Sobre la hoguera, medio apagada, yacía el cadáver de María de las Angustias! Toda desnuda, desgarrada, ensangrentada, mancillada por todos los ultrajes, carbonizada a trozos; conservaba, sin embargo, una belleza maravillosa que la hacía parecer uno de esos viejos ex votos que ardieron en las hogueras de la Santa Inquisición.

Y en torno del cuerpo los locos danzaban siempre.

El hierofante salmodiaba:

—¡La Bestia de inmundicia y de pecado ha muerto!

Y el coro:

—¡Hosanna! ¡Hosanna!

RELATOS



Antonio de Hoyos y Vinent en su despacho del palacio de la calle Marqués de Riscal (1914).

UNA HORA DE AMOR⁶⁵

I

*Donde la Sacerdotisa de Venus empieza a creer
en la despoblación del Bosque Sagrado*

¡Tan!... ¡tan!... ¡tan!... El reloj de la cercana iglesia de Santa Cruz desgranó las campanadas de la tercera hora, que, entre el gemir del viento y el gotear del agua, sonaron lúgubres, fatídicas, agoreras.

Llovía a mares. Ni por la calle Mayor, ni por la cercana plaza, transitaba nadie; solo en la esquina de la calle del Factor, brillaba, mortecino, el farol de un sereno. De tarde en tarde, el vigilante nocturno cambiaba de sitio, y entonces la lucecita corría, temblorosa, con inquietante apariencia de fuego fatuo.

⁶⁵ Includido originalmente en: *El pecado y la noche*. Madrid, Renacimiento, 1913.

Estrella sintió ganas de llorar. ¡Las tres de la mañana y no se había estrenado aún! ¡Y era el tercer día que regresaba con las manos vacías! ¡Y ama Dolores ya le había advertido que aquello no podía seguir; que su casa no era ningún asilo, sino excelso templo del Amor –a dos pesetas hora–; que no estaba para alimentar pánfilas, ni imágenes mandadas recoger; en una palabra: que aquello no podía continuar! Ahora, parada bajo los soportales, sentía inmenso desaliento, mientras miraba con aire estúpido caer la lluvia, y evocaba la alegre facilidad de los primeros días de galantería, sobre todo antes de su ida al Hospital. Entonces, no había sino mimos y halagos: ¡hasta bata de seda tuvo! Mientras que ahora no quedaba, de tanta belleza, más que escaseces, palabras agrias y malos tratos. En su sensibilidad enteramente animal, solo apta para el dolor físico, más que las humillaciones y que el sentimiento de su abyección, dolíanla los quebrantos materiales. Ama Dolores había llegado hasta amenazarla, si las cosas seguían así, con echarla a la calle. La idea de perder de vista la mancebía, con su olor a almizcle, que disimulaba mal el hedor de miseria y podredumbre, su lujo de relumbrón, digno a sus ojos de los alcázares de Solimán, el Magnífico, y, sobre todo, aquel tener la comida segura, sin necesidad de preocuparse de buscarla con el trabajo, le aterraba. ¡Recomenzar la vida! Levantarse al amanecer para salir cargada como una bestia a ganar el pan con el sudor de su frente; pasar hambre, frío, sueño... ¡no, y mil veces no! Prefería la vida de animal de amor, acariciada unas veces, maltratada otras, brutalizada las más; pero, al fin y al cabo, sin necesidad de violentar su voluntad.

Su verdadero nombre no era Estrella. Aquel fue el apodo de guerra conque la bautizó ama Manola, cuando, después de cerrado el trato entre la Celestina y Juan Ramón, su hermano

de ella, quedó definitivamente adscrita como vestal del Amor en aquel templo de la calle de Tudescos, su primera estancia en el calvario de la liviandad. Respondía la moza al feo, malsonante y nada poético nombre de Robustiana. Su vida había sido una de esas oscuras y tristes vidas, que empiezan en un chamizo, entre gemidos y maldiciones, y acaban en la cárcel o en el hospital. De origen campesino, fue en su casa primero burro de carga, luego lecho de concupiscencia, por donde, entre vahos de alcohol y estallidos de bestialidad, pasaron padre y hermanos; al fin, objeto de rapacidad. Ya en la villa y corte, llegaron los días buenos de tocados abracadabrantes y comidas pantagruélicas; tras ellos, como obligado cortejo, la miseria, la enfermedad y la vejez.

Sobre su fondo puebluno, estúpido, rapaz, temeroso y áspero, la vida canalla de la urbe populosa puso un barniz de procacidad y de descoco.

En otros tiempos, si no guapa, a lo menos tuvo la frescura de las manzanas maduras; después de su ida al hospital, de aquella belleza no quedó nada. Si bien en su cuerpo la gallardía no era, como en Maritornes, contrapeso de la fealdad del resto, pues ni contaba los siete palmos, ni la carga de las espaldas hacía mirar al suelo, sino al contrario, podía decirse alta y derecha; en cambio, como la asturiana, era ancha de cara, llena de cogote, y sino *tuerta de un ojo y del otro no muy sana*, faltábale poco, pues de los pasados males quedáronle ambos asaz turbios y pitañosos.

Se había, pues, detenido en la esquina de la calle de San Miguel. Tiritando de frío e intentando defenderse de él, apretando el raído mantón sobre los pechos, que pendían como

dos odres vacíos, apoyose en una de las columnas que sostienen los soportales, decidida a no moverse hasta encontrar algo. A la menguada luz de los reverberos de gas, destacábase toda la miseria de su figura lamentable. Los cabellos ralos, pegados por la lluvia, brillaban, grasientos, como los de acuática alimaña; en el rostro lívido, desposeído de pintura y afeites por la humedad, los ojos turbios, sin cejas ni pestañas, miraban asustados; el mantón, empapado en agua, ceñíase a las ruinosas formas del cuerpo, moldeando una figura contrahecha de mujer, como esos lienzos mojados en que los escultores envuelven a las estatuas a medio hacer; la falda de percal, llena de agua, pegábase a sus piernas.

Tenía los pies ateridos dentro de los zapatos encharcados, y sentía frío, un frío intenso que le subía a lo largo de las espaldas. Pero no se iría, no se iría por nada del mundo. Había recorrido ya los barrios bajos, los lugares sospechosos, llenos de ladrones y borrachos, expuesta a groserías y malos tratos, y ahora aventurábase por las calles céntricas, desafiando las iras de los policías. ¡Qué le importaba! El caso era no volver así, sola y con las manos vacías, a la presencia de ama Dolores.

Inmóvil, los ojos fijos en el suelo, miraba caer las gotas de agua que, al chocar en los charcos, rompían el quieto cristal en grandes círculos temblorosos. En el reloj sonó el cuarto de las cuatro.

Pasos...

II

*En que hace su aparición un caballero, a quien personas
duchas en letras tomarían, quizás, por el de la
Triste Figura*

En dirección a la de Bailén, bajaba la calle Mayor un hombre. Si Estrella fuese mujer leída (una de esas hetairas que posan de artistas, hacen versos y se saben a Zorrilla —afinidades nominales— de memoria), hubiera tenido un movimiento de asombro al comprobar el gran parecido de aquel buen burgués con el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Pero Estrella era una bestia, ni aun sabía leer, y no estableció con-comitancias.

El individuo era alto, anguloso, tan pobre en carnes como rico en osamenta; sus piernas abríanse a modo de gigantesco compás, y sus brazos fingían aspas de molino. Enjuto de rostro, ancho de frente, prominente de mandíbula y terroso de color; sus labios, bajo los chinescos bigotes amarillentos, dibujábanse delgados y blanquecinos, y sus ojos, entre las cejas hirsutas, brillaban con matiz indefinido. Tenía el cabello escaso y cano, tirando a blanco. Un pantalón a cuadros, un gabán café con leche, de tan deficientes proporciones, que hacía pensar en la imposibilidad de encerrar aquel esqueleto en él. Y un pequeño sombrero hongo, ladeado sobre el lado izquierdo y muy echado a la cara, completaban su figura.

La pecadora murmuró, sin esperanza de éxito:

—¡Spch!, ¡spch!, buen mozo.

El no pareció haberla oído, y entonces ella repitió:

—Moreno, buen mozo, ¿vienes?

El hombre se detuvo a cuatro pasos de la prójima, y ella entonces apresurose a acercarse al desconocido cliente que le deparaba la fortuna. Buscó en su repertorio de cortesana callejera la más acariciadora de sus expresiones, y mostrando en una sonrisa la dentadura mellada y verdosa, musitó insinuante:

—¡Anda, moreno, buen mozo, que te voy a dar más gusto!...

El hombre flaco permaneció impertérrito. De sus labios exangües no salió ni una palabra. La tentadora redobló sus esfuerzos:

—¡Anda, bonito, saleroso! ¡Pa mí que nos vamos a dar la gran noche! ¿Quieres?... Anda.

Igual silencio; solo entre las pestañas grises lució un momento una llamita azulada de alcohol, algo así como los gases que se desprenden en la noche de los cuerpos en estado de podredumbre.

Pero la vendedora de amor no vio nada. El mutismo de su conquista comenzaba a inquietarla. ¿Sería un mudo? ¿Un extranjero? ¿Un policía que se fingía cliente? Estrella habíase cogido de su brazo, y con el cuerpo entero ceñíase a él, tratando de encender el fuego del deseo. Sus vestiduras mojadas adheríanse a las mojadas vestiduras del silencioso individuo, y con voz que, pese a sus esfuerzos para que pareciese dulce, sonó bronca, redobló las ofertas:

—¡Verás! ¡Verás cómo lo vas a pasar! ¡En la vida te has echado a la cara una mujer como yo!

E insensiblemente tiraba de él, que, sin oponer resistencia, se dejaba llevar. Cruzaron la plaza del Conde de Aranda, la calle del Sacramento, y llegaron a la del Conde:

—Aquí es.

Y Estrella empujó a su amado dentro de un sucio y lóbrego portalillo. Luego alzó la cortina de percal de la sala en que, tiradas sobre los desvencijados divanes, dormitaban pesadamente tres o cuatro hembras más, pintarrajeadas y rotas, como abandonadas marionetas, y asomó la cabeza. Se oyó la voz áspera de ama Dolores:

—¡Grandísima cerda! ¿Te parece que?...

Pero al ver al cliente, su mal humor se dulcificó como por ensalmo, y melosamente trató de arreglar su pifia:

—¡*Josús* me valga! ¡Tú! Usted disimule; pero estaba con *cuidao*. ¡Con la nohecita perra que hace, esta alhaja andando por ahí! ¡Porque es una perla, caballero, una perlita de coral! ¡Se da una maña!...

Estrella descolgó una llave y, seguida de su compañero, encaramose por estrecha escalerilla de altos y crujientes peldaños de madera.

III

Que cuenta cómo hace su aparición el divino marqués de Sade

Después de cruzar la sala, pieza vulgar de mancebía pobre, con muebles de reps, cromos chillones en las paredes y cortinas de percal rameado tapando puertas y ventanas, penetraron en la alcoba y Estrella encendió la luz.

El cuarto era frío y triste; las paredes, enyesadas, hallábanse cubiertas de letreros indecentes y pinturas obscenas. Una cama de hierro pintada de negro, tapada por blanca colcha de percal, florida de azul, la ocupaba casi del todo; el resto del ajuar componíanlo un lavabo de latón, sin agua, y una silla, sobre la que descansaba la palmatoria con una vela.

Estrella aproximose a su adorador, y echándole los brazos al cuello le besó en la boca:

—¿Quién te va a querer a ti, saleroso?

A la menguada claridad le examinó. Parecía así, despojado del gabán, aún más flaco y huesudo. Los escasos cabellos, erizados sobre el cráneo color pergamino, partíanse, formando dos cuernecillos diabólicos; entreabríase la boca, negra y cavernosa; los ojos, hundidos en grandes círculos de arrugas, fosforecían con los extraños reflejos de las llamas de azufre, y en el centro del rostro consumido, la nariz inmensa, larguísima, penduliforme, aparecía lívida, teñida solamente en la punta de tenue pincelada de carmín.

Estrella, por primera vez sintió vaga sensación de temor. ¡Bah! ¡Qué más daba aquel u otro!...

—Échate —ordenó él.

La prójima comenzó a desnudarse.

—No hace falta; así estás bien —apresuró el viejo.

Las manos le temblaban y la voz surgía de la garganta ronca, opaca, con extrañas discordancias.

Ella, indiferente, obedeció con pasividad de bestia. Tan solo desabrochó los botones de la blusa, dejando en libertad los senos, que pendían flácidos, gelatinosos.

El sátiro había saltado junto a ella. Sus manos, unas manos frías, húmedas, de largos dedos, curvos, huesudos, que tenían cierta semejanza con las garras de un ave de rapiña, la palpaban febriles, estrujaban sus pobres carnes, maceradas por el amor, la pellizcaban cruelmente; la boca mordía su cuello, sus senos, sus labios, con ansia furiosa. Al principio, Estrella, llevada de la costumbre, trató de reír; pero pronto la risa huyó de sus labios, y un hondo miedo enseñoreose de ella.

Él dejola un momento en reposo, e irguiendo el busto junto a ella, interrogó ansioso:

—¿Me dejas, di, me dejas?

Las palabras sonaban rotas, destempladas, chirriantes, con algo de rugidos de bestia en celo. La cara estaba toda roja, congestionada, filigranada de venas negras; los ojos hinchados, inyectados de sangre, parecían próximos a salirse de las órbitas.

Temblorosa, presa de loca pavora, la infeliz musitó con voz débil:

—¿Qué? ¿Qué quiere? ¡Déjeme ya, por Dios!

Con un timbre extraño, destemplado, en que había gritos contenidos, brutalidades que trepidaban apenas enfrenadas por un resto de voluntad, propuso él:

—Aquí... un cortecito... en el pecho... nada ¡un poco de sangre!

—¡No! ¡No, por Dios! —clamó la prójima, próxima a prorrumper en gritos de socorro.

—¡Qué te importa! ¡No te haré daño! Un cortecito, uno nada más... Te daré lo que quieras... cinco duros... diez...

Balbuceaba en un paroxismo de lujuria:

—¡No, no! —resistiose Estrella.

—¡Quince!... ¡Veinte duros! ¡Lo que quieras!

¡Veinte duros! ¡Sus deudas con ama Dolores saldadas! ¡Unos días de tranquilidad! Y al fin y al cabo, ¿qué importaba? Un rasguño. Si le hacía daño, pediría socorro. ¡Bah! ¡Más dolía una paliza! Desfalleciendo de terror, pero galvanizada por la codicia, murmuró:

—Bueno. Pero a ver el dinero.

De un brinco púsose él de pie y corrió a su ropa. De los profundos bolsillos extrajo un billete de cien pesetas y un cor-taplumas.

La sacerdotisa le vio acercarse a ella espeluznante y grotesco, con su figura de Quijote, sus brazos de aspas y sus largas piernas cubiertas de pelos erizados. Cogió el billete que le tendía, guardole en una media y cerró los ojos.

Sentíale ahora a su lado jadear fatigosamente; después, la sensación de las manos glaciales, que manipulaban con uno de sus senos, y al fin un dolor agudo. Lanzó un grito y, alzando los párpados, fijó sus pupilas en el sitio donde experimentaba el dolor. Del pecho flácido, y por pequeña herida, manaba la sangre en abundancia. Estrella, aterrorizada, quiso levantarse, llamar; pero el monstruo, precipitándose sobre ella, impidióle todo movimiento. Forcejearon; en la lucha, la luz rodó por tierra. Prosiguieron la batalla en las tinieblas. Ella le sentía jadear, profiriendo sonidos guturales, inarticulados. Al fin, en un momento en que flaquearon sus fuerzas, la boca del vampiro adheriose a la herida y comenzó a chupar la sangre. La vendedora de amor sentía que la sangre manaba en purpúreo surtidor, en chorros, en ríos, en cataratas; que la boca, húmeda y desdentada, le sorbía la vida, y, en un esfuerzo supremo, librose del monstruo, saltó al suelo, abrió la puerta, y descendiendo, presa de invencible pánico, las escaleras, se precipitó a la calle, e inconsciente, semidesnuda, corrió, corrió hasta caer al suelo, rendida de cansancio.

LA CIUDAD DE ONÁN⁶⁶

Como no podía dormir, Narciso dio una vuelta más en el lecho, y al fin, exasperado ya, se incorporó encendiendo la luz. Decidióse a mirar el reloj; en sus insomnios, harto frecuentes, aquel era el gesto *definitivo*. Cuando había perdido ya toda esperanza de dormir, resolvíase a saber la hora, cosa que, mientras tenía aún la menor probabilidad de conciliar el sueño, vedábale un supersticioso temor a que tal sencillo hecho trazara la línea-meta en sus inútiles afanes de descansar, por más que a veces dormirse le daba también miedo en un oscuro pánico, por las pesadillas horribles, grotescas, voluptuosas o triviales que poblaban la noche.

Toda su vida hallábase llena de mil pueriles aprensiones, de mil absurdas supersticiones que la complicaban y hacían penosa y aun premiosa a veces; toda ella era demasiado atormentada y demasiado trepidante, subía con excesiva facilidad

⁶⁶ Includo originalmente en: *Las ciudades malditas*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1922.

con solo oprimir ciertos resortes sexuales a cumbres de alegría nerviosa para desplomarse casi instantáneamente en negros abismos de tedio, pereza y desesperación, cuando no en vendavales de ira tan violentos como efímeros.

Desde muy niño, extraños fantasmas habían entrado en sus noches por las puertas del sueño y envueltos en sus sudarios ido a sentarse a la cabecera de la cama y cogido su mano entre las suyas glaciales. Pero esos fantasmas no eran ni Don Carnaval, ni la señora Muerte, ni ningún ser puramente revestido de honor, sino unos seres lúbricos cuya presencia provocaba una sensación intensa de angustia que no excluía una misteriosa delección, un escalofrío que tenía de dolor y de placer, esa repugnancia que repele y atrae. Había en sus fantasmas familiares un no sé qué de viscoso y envolvente, llevábanle a lomos de sus corceles, que en lo trágico evocaban los del Apocalipsis, a audacias temerarias, y otros eran como un soplo helado que le empujaba hacia un rincón oscuro y le atenazaban allí inmovilizándole. A veces evocaba el más allá, resuelto, sostenido por el deseo que era como una espada flamígera ante la que nada ni nadie podía resistir, y otras temblaba como un niño ante cualquier trapo puesto a secar, que ondulaba el viento; algunas caminaba en las sombras nocturnas por barrios extraviados de dudosa o francamente mala fama, sin más armas que su lujuria, en acecho de cuerdas de una lubricidad caricaturesca y dolorosa, y otras temblaba a solas en su despacho por leve ruido sospechoso.

Decididamente no podía dormirse ahora. Pensamientos varios, confusos y atropellados atirantaban sus nervios en un esfuerzo de incomodidad extraordinaria; al querer dormir absolutamente le martirizaban con la voluntad de hacer el

vacío en su cerebro, y los pensamientos acorralados volvían simplificados hasta no constituir más que un sonsonete monótono, el zumbar de un insecto entre cristales, gotear de agua en un charco o soplar del viento. Instintivamente repetía una y otra vez un verso idiota que no sabía dónde había aprendido y mucho menos por qué volvía con su monorritmo a martirizarle ahora.

Jóvenes que estáis bailando,
al Infierno vais brincando.

¡Bah! Tomaría uno o dos sellos de sulfonal y caería en el sueño como en un pozo, *precisamente*, como en uno de esos pozos en que en sueños caemos *irremediabilmente*. Justamente por eso mismo, un momento volvió a temer la inconsciencia del sueño que para él se poblaba de engendros absurdos, pero el terror al insomnio pudo más que nada y tomó la droga. Luego, seguro ya de dormir, instalose decidido a saborear la voluptuosidad de pensar. Era aquella una de las más quintaesenciadas y también de las más morbosas deleciones a que se entregaba. Iba poco a poco deslizándose en ella y era en aquel terreno donde la ambición daba casi siempre la batalla a la sensualidad. Partía de un hecho real, de un detalle vulgar, de una esperanza, y de improviso sus deseos hacíanse plásticos, tomaban calor de vida, se escalonaban e iban realizándose hasta apoteosis triunfales en que, cegado ya, volvían las cosas a una rara vaguedad de luces, de ruidos, de aromas, y acababa por, inconscientemente, repetir su propio nombre muchas veces, como una síntesis del triunfo.

Ahora mismo, en el silencio profundo de la madrugada, en la oquedad en que los ruidos tomaban insospechados valores,

su existencia mediocre empezaba a esfumarse, a colorearse con vagos reflejos de victorias presentidas. Su casa triste, de un bienestar gris que se iba evaporando, desviando hacia la pobreza su casa burguesa de la que él había desterrado la grave nobleza de los muebles *isabelinos* grandes, pesados y señoriles que daban una sensación de cosa sólida, estable, para introducir magnificencias que quedaban inacabadas por falta de dinero y esteticismos que querían ser notas exquisitas de luz, de línea y de color y que por la mediocritud monetaria paraban en afeminados afectamentos, revivía días de esplendor; sus amigos, aquellas gentes de aluvión, sin ley ni fuero, que, desterradas las viejas amistades de siempre, leales, buenas, pero adocenadas, vulgares, llenaban su vida de ruidos y luces fugitivas, tan mentirosas y efímeras que no bastaban a encubrir concupiscencias, malas pasiones, miserias y ruindades; su madre misma que, feliz antaño en la paz de su burguesa condición, llevaba ahora, una existencia fatigosa de anhelos irrealizables, en la que se le adivinaba jadeante en un esfuerzo casi físico, lodos y todo, cobraba una plenitud magnífica. Ideas informes aún, le torturaron; esquivó dos o tres gestos confusos sin realización plena y como la angustia aumentaba y el lecho parecíale lleno de puntas de alfileres, pensó en levantarse.

No supo si lo había hecho o no, pero, inexplicablemente, se encontró andando sobre un fondo inconsistente, blando, algodónoso, un fondo de nieve o barro que cedía a la presión de sus pies y le daba la angustiosa impresión de esas trágicas superficies de arena o lodo que tragan en su abismo a los que caminan por los desiertos o las dunas. El fondo por el que marchaban era vacío y hondo; la única comparación que hallaba era la de una pantalla cinematográfica, virgen aún de toda proyección. Adivinando, presintiendo un peligro quiso

correr; entonces tuvo la abominable sensación de que no podía, de que sus piernas se hacían de plomo, de que un peso invencible le encadenaba al suelo. La angustia subía de pronto; los pies pegados a la tierra requerían un esfuerzo enorme para despegarse y las rodillas no funcionaban. En aquel momento todo se iluminó como la batería de un teatro, o la sábana bajo el aparato de proyecciones. Como si encerrado en oscuro recinto, de improviso las puertas se hubiesen abierto, hallose en la noche, una noche clara y fría pero *inmóvil*, una noche muerta, *vacía*. Viose andando por una extraña ciudad en que, sin que nada fuese francamente obscuro todo tenía una rara y misteriosa sexualidad. Las calles desiertas y *absolutamente* silenciosas, se retorcían y acababan, tras formar un laberinto, por cerrarse súbitamente en el ángulo de dos edificios; las casas eran herméticas, unas extraordinarias casas con redondas ventanas negras y sin puertas; temerosos abismos, negros pozos, abríanse a su paso y en el cielo la luna, como un rostro siniestro y burlón, se asomaba por encima de los tejados. Y cosa inquietante aquellas casas tenían, no sé por qué, concomitancias con los viejos monumentos fálicos, con evocaciones de sexos monstruosos. Por momentos eran rúas prostibularias en que se abrían siniestros burdeles; por momentos más bien pasadizos entre templos ofrendados a divinidades lúbricas y voraces; pero siempre eran callejones sin salida cuya angustia y horror estribaba en aquella barrera infranqueable que cerraba el paso, mientras los pozos que se abrían tras él vedaban el retroceso. Poco a poco, el fondo blanco y negro, poblábase de larvas que se deslizaban silenciosas y abominables; cuerpos blanduzcos, fetos casi informes, prolongábanse en larguísimos cuellos en los que oscilaban cabezas hinchadas que se abrían en un enorme bostezo de hambre; seres híbridos de una inse Xuación repulsiva, acoplábanse en monstruosos ayuntamien-

tos; mujeres inmundas, blandas viejas, repulsivas, se abrían en un sexo gigantesco, glotón; hombrecillos enanos, ostentaban atributos de una monstruosidad elefantiaca; seres flácidos, casi informes, enclenques, encanijados, torcidos, con piernas y brazos de una gelatinosa temblonería de pulpos, ostentaban cabezas tremendas en que se abría un solo ojo redondo y turbio y una boca de ventosa, ansiosamente tendida, mientras que multitud de sexos se erguían odiosos entre sus manos que se multiplicaban; mujerotas bobinas, que eran como montones de carnes blanduzcas, en descomposición, estrechaban contra ellas, en contorsiones lúbricas, a niños de un raquitismo de cretinos, mientras viejos encorvados de una asquerosa decrepitud de lujuria amenazaban a pobres chiquillas núbiles; arañas peludas caían sobre mujeres desnudas, mientras que otras mujeres se retorcían bajo la caricia de gigantescas babosas, de colosales lombrices o de sapos de una frialdad de muerte. Y mezclado con aquel horror llegaba a él otro horror, el horror de la podredumbre. Cadáveres en descomposición eran pasto de los gusanos, y eran estos tantos, que los muertos acababan por animarse con una vida misteriosa. Y no solo se animaban, sino que se ponían en pie, se buscaban y se ayuntaban por todas partes. Y el espacio cada vez era menor y los monstruos más horrendos.

Ahora se desgarraban, se abrían, y era el misterio escalofriante de las entrañas, la vida que pululaba allí, la repulsión sin igual de los fetos, el terrible espectáculo de la vida.

Prensado contra el muro, no pudiendo ir más allá empostrábase en la pared. Cedió esta blandamente y pudo huir. Corrió un rato y al fin sintió que sus pasos se hacían más lentos y difíciles. Caminaba ahora por una superficie elástica y pega-

josa. Todo era negro; negro el cielo muy bajo, negro el suelo que poco a poco se cubría de agua, de un agua espesa y adherente, un barro líquido, frío y denso, que casi no le dejaba seguir andando. Pero a todas aquellas negruras había sucedido la luz, una luz yerta, blanca, opaca; y en aquella luz vio el agua poblarse de monstruos; eran seres primitivos casi sin forma aún, larvas prehistóricas de una glotonería horrenda, en que solo vivían los instintos primitivos del hambre y el deseo. ¡Porque aquellos informes bicharracos sin ojos, sin pies, sin manos, se ayuntaban también en los más espantables coitos, se retorcían, se acoplaban! Una fuerza superior a él le empujaba siempre hacia adelante y el agua subía, subía lenta, constante, le llegaba a las rodillas, a los muslos... Sentía una angustia infinita en que, sin embargo, había una inexplicable voluptuosidad. Uno de los monstruos, una babosa blanca, purulenta, cuyos ojos eran como dos cabezas de alfiler y cuyo hocico concluía en punta, avanzaba hacia él deslizándose en un estirar y encoger de sus anillos. Y el agua seguía ascendiendo. Experimentó una impresión de horror supremo, una náusea invencible, una agonía de asco y de deleite, algo que era arcada y espasmo.

Se despertó. En el cuarto lleno de sol matinal la voz de su madre le interpelaba:

—¡Por Dios, hijo, otra vez! ¡Te vas a matar así!

LA ÚLTIMA ENCARNACIÓN DE HERMAFRODITA⁶⁷

—Mi historia —aseguró el marqués de Campiña, mientras, después de limpiar nerviosamente los cristales de sus lentes, trataba en vano de echarse al colete un vaso de aquel abominable vino de Arganda, que con el pretexto de que era *de la tierra*, hacía servir Paca Campanada a sus invitados, sin perjuicio de realizar con él un milagro parecido al de las bodas de Caná, sin más que el sencillo método de añadirle agua— es fuertecita, una historia que tiene que ver con el Adonis canalla, ese Adonis anfibio que allá en nuestra bendita tierra arranca a desgarro gracioso de nuestras menestralas, comentarios más bien sarcásticos, y a los chulillos callejeros palabras incongruentes en que ellos hallan oscuras concomitancias con el pecado que decidió al Dios de Israel a enviar el fuego del cielo. No sé si debo...

⁶⁷ Includido originalmente en: *Las ciudades malditas*, Biblioteca Hispania, Madrid, 1922.

Todos sabían que debía (no solo dinero) sino acabar la historia comenzada. El banquete pantagruélico, pero de una ordinariez desafiadora del paladar de un carretero, los manjares abundantemente cargados de especias y el vinillo áspero y azulado que se agarraba a la garganta y hacía toser, predisponían a las más audaces y arriesgadas narraciones. Sin contar con que los comensales de la Campanada no pertenecían precisamente a la congregación de San Estanislao de Koska.

Paca Campanada no se privaba de cosa alguna y así, no contenta con decorar su alcoba como la de Margarita de Borgoña (en el supuesto de que la princesa tuviese las paredes ricamente enyesadas y las adornara con media docena de panderetas, unos retratos viejos y unos juguetes de cotillón asaz polvorientos y tronados, a más de un Velázquez, de una falsedad solo comparable a la de los Goyas del comedor), daba unos banquetes cuyo menú parecía organizado por Baltasar de Alcázar. Verdad que había empezado por poner su comedor de una manera adecuada. Era *el comedor de un mesón del siglo XVII español...* y por lo viejo, sucio y miserable bien podía serlo en realidad. Paca había guardado para decorarlo un respeto religioso —digámoslo así— a la propiedad. Las paredes si no eran de yeso lo parecían: la mesa de roble imitaba tan bien el pino que cualquiera se confundiría, las sillas hallábanse desparejadas sin perjuicio de ser cojas y estar muchas desfondadas (aquel día como el número de invitados sobrepasaba al de los asientos habíanse improvisado dos con sendos cajones cubiertos de almohadones de cretona) y la vajilla servía para que los comensales exóticos pensarán que la loza de Talavera, además de ordinaria, estaba desportillada. En cambio los manjares habían sido suculentos... aunque indigestos; primero unas sopas de ajo, luego un cocido suntuoso, seguido de unos callos

que picaban como demonios y para completar el banquete un gazpacho.

Los infelices que habían devorado aquello eran, a más de Paca y sus inseparables Gregorito, Alsina y Julito Calabrés, madame Sehó, una dama americana, multimillonaria, a quien atribuían no sé qué nefandos contubernios con un loro —que no conseguía aventajarla ni en edad ni en charlatanería, ni en pesadez—, pero a quien se perdonaba todo en gracia a sus fiestas admirables, su cocinero fantástico y sus amantes de un confort moderno muy *Sandow*; la Princesa Musidora Mussidaff a quien los bolcheviques habían dejado desnuda, aunque dada su corpulencia era un verdadero *tour de force*, José Gaitas, un argentino viejo, maligno y burlón, podrido de dinero y el marqués de Campiña, muy buen chico, muy infantil pese a sus cuarenta, siempre aturdido, siempre sofocado, siempre color tomate limpiándose los lentes y el sudor, haciendo gestos de horror, tendiendo los brazos al crepúsculo y contando cosas barrocas. Era él, quien aprovechando la modorra en que los comistrajos de Paca sumían a los invitados, disponíase a lanzar a la voracidad de Julito y Alsina —demasiado entrenados de *Los Gabrieles* y casa de *la Concha* para dejarse vencer por un guisote más o menos— una de aquellas historias que le encantaban y que narraba con delección morbosa.

—La aventura —insistió Campiña decidido a cautivar a su público— es *risqué*, yo les digo a ustedes algo un poco Lorrain, algo del Narciso canalla...

Madame Sehó hizo un gesto púdico como si hablasen de violarla de sobremesa.

—¡Oh, marqués, por Dios, por Dios, no, no!

Pero todas apresuráronse a hacerla comprender que el pudor, como los paraguas, además de su mediocridad que lo hacía indigno de gentes *esprit*, era artículo que se dejaba en el guardarropa. Entonces con un gesto que le envidiaría Santa María Egipciaca, cedió:

—Bueno, por mí...

Campaña no necesitó que le autorizasen dos veces.

—Ya saben ustedes que adoro flanear por los barrios sospechosos, por los lugares equívocos. Hay una voluptuosidad en olfatear (la palabra es vulgar pero muy gráfica) en los sitios donde el vicio, no el vicio pulido y elegante que a fuerza de serlo deja su calidad de verdadero vicio para trocarse en negocio, un negocio más o menos disimulado pero negocio al fin y al cabo, sino el otro vicio, el miserable, el hediondo, el repulsivo, el verdadero en fin. Los sitios donde ciertas mujeres se reúnen con sus chulos después de la *faena*, las tabernas sórdidas y los siniestros albergues nocturnos, los bistrós donde los ladrones y los asesinos se reúnen con sus *mômes* y donde al anuncio de la policía se hace un frío súbito, me atraen en indecible fuerza. No sé por qué me parece que se vive más realmente, que la capa convencional es menos espesa y, aunque aún hay algunas mentiras, se odia de verdad, no por esas razones morales y alambicadas que los hombres civilizados densifican cada vez más, sino por incompatibilidad, por no *cabere* juntos, en que el deseo se disfraza lo menos posible de amor y, en fin, en que se mata sin más leyes que las de una rudimentaria justicia.

Julito rio:

—«Primera parte del elogio del asesinato...» El día menos pensado te asesinan en medio de esas correrías.

Protestó con vehemencia:

—¡Pobres, si son *un amor, un verdadero amor!*

Rio Paca:

—¡Unos corderillos!

No admitió Campiña la ironía.

—¡Un amor! Generosos, leales, *muy naturaleza* y con una idea exacta del honor y la justicia...

Los demás se impacientaban: la Sehó, antes reacia, era la primera en desear ahora:

—Siga, siga...

El marqués reanudó:

—Pues bueno, hace unas tardes salí de casa de Lewison, mi sastre de la plaza Vendôme *afolado*... Llevaba unos días locos; los dichosos *farniseuxes* me traían de cabeza... los trapos ¿comprenden?... Un *faible*... Bueno, pues Lewison tenía un gabán... que era un amor y me pedía mil francos... ¡Horrible truco! ¡Mil francos un gabán!... Y para olvidar, para *evaporarme*, tomé el metro y me planté en la plaza de Italia. Eran

las siete ya y los obreros y empleados habían salido del trabajo; los más pacíficos estaban refugiados en sus casas y los otros en las tiendas de bebidas. Hacía un frío húmedo y pegajoso: una neblina muy densa envolvía todas las cosas y, en su guateado gris, que en el cielo, muy bajo, era opalino, los reverberos de gas destacábanse en manchas anaranjadas y los transeúntes aparecían y desaparecían como fantasmas.

«Fui sin rumbo de un lado para otro en busca de esa cosa misteriosa y escalofriante que se llama la *aventura*. El suelo cubierto de fino barro, blando y pegajoso, daba la impresión de pisar sobre un acolchado y la niebla me envolvía empapando mis ropas. Nada determinado lograba aprisionar mi intención y así seguía el inseguro ir y venir de unas cuantas mujeres que se esforzaban en vano en solicitar la atención de los transeúntes. Ninguna sin embargo me chocaba por especial motivo y ambulaba incierto en la llovizna cuando sentí que *ya estaba* allí.

«A pocos pasos ante mí caminaba una mujerona alta, gorda, con enormes ubres de vaca y exiguas caderas, la cara pintarrajeada de rojo y blanco como la de un *clown*, y los ojos grises y pequeños. Era grotesca y odiosa. Me había puesto a seguirla involuntariamente, y dábame bien cuenta de ello; sí; su carátula redonda y mofletuda en que la nariz era un pellizco rojo, embadurnada de albayalde y bermellón era una faz de payaso que al sonreír y mostrar en la dentadura una negra mella evocaba decididamente una careta de las que no nos gusta encontrarnos de noche.

«Sus idas y venidas eran al parecer sin rumbo ni objeto, pero, en realidad, apasionadamente acechadoras. En un prin-

cipio creí que era a mí a quien buscaba, pero pronto vi que no, que mi presencia le era indiferente, es más, que no reparaba en ella, absorta por algo que, en su cara de bestia feroz, leí no era la comida sino el deseo. Sus manejos me inspiraron primero atención, luego curiosidad, al fin fervoroso interés. Púsememe a seguirla y ni aún pareció notarlo; dio algunas vueltas por la plaza, entró y salió en dos o tres tabernas, asomose a unos callejones sombríos... Su atención estaba sobre alerta y ponía en sus gestos, pesados y lentos de paquidermo, no sé qué extraña nerviosidad, no sé qué sobresaltada inquietud que la obligaba a moverse casi con soltura, con una movilidad de pájaro... visto por un cristal de enorme potencia aumentativa.

«Buscaba a su chulo, *a su hombre*, de ello no me quedaba duda. Su atención puesta en avizorar de lejos cualquier sospechosa silueta de *maquereaux*, la ansiedad con que los seguía denotaba a las claras lo que esperaba allí. Debía hallarse en una hora de pasión o celos por cuanto no tenía interés ninguno por los posibles clientes y en cambio su inquietud o su afán eran tan grandes que instintivamente seguía a cualquier sospechoso personaje de gorra y bufanda. Un momento su duda pareció hacerse realidad y resuelta apresuró el paso tras un desconocido que rápido metiose en un callejón sin salida.

«A mi vez fui tras ella arrastrado por los afanes de mi curiosidad. Vile entrar a él en una taberna de rojas cortinas y segundos después a ella franquear también la puerta. Perplejo me detuve allí y curioseé al través de las cortinas granas en que la luz del interior fingía no sé qué misterioso incendio.

Densa humareda lo llenaba todo y *hacía fondo* a las figuras de un pintoresco convencional, *muy ilustraciones* de «Maison

Philibert». Apoyados en el mostrador de zinc, tras el que se veía la corpulencia de animal forzado del amo, cuya cabeza muy pequeña, pelado al rape y cuyo rostro de color violeta desaparecía en un cuello cuadrado de toro, varios bebedores de absenta saboreaban el brebaje teniendo a sus *poules* entre las piernas. Ellos eran enormes, cuadrados, rudos con rudeza elegante de felinos, ellas picaras, menudas y malignas, como verdaderas zorras. Tenía seca la garganta y una ansiedad que me oprimía el pecho robaba mi voluntad mientras observaba, cuando un vozarrón masculino, fuerte y entero murmuró a mi oído mientras que sentí a alguien que se rozaba conmigo blandamente.

—¿Qué?, ¿le gusta la gorda Niní?

«Volvime rápido para afrontar a mi interlocutor. Era un mozo muy grande, muy fuerte, alto, fornido, cuadrado de hombros, cuadrado de cuello, con enormes manazas callosas y enormes mostachos rubios.

Creí primero en una agresión; pero no, bien mirado el rostro era casi simpático, en las cejas azules había algo de ingenuo y de infantil y bajo el bigotazo enorme la boca era breve y redonda y los dientes que asomaban entre los labios rojos, blancos y muy menudos. ¡Pero si hasta era demasiado dulzón, con algo de pegajoso, de escurridizo! Le interrogué con la mirada. Entonces ruborizándose, porque lo más curioso es que la cara angulosa, tallada a hachazos tenía la delicadeza de la de una señorita, murmuró:

—Perdóneme... lo decía porque la gorda Niní es una vaca que no entiende el oficio... Tengo yo otra... si quisiera usted venir conmigo.

«Claro que mi primera idea fue la de una encerrona. El tío aquel había visto a un señorito elegante rondar por aquellos barrios y había pensado que podía *hacerle cantar*. «¡Una contrata que me ha salido, como diría Pepito Almansa!» pensé. Pero la sonrisa del que se me brindaba como Virgilio o como Ariadna si lo prefieren ustedes así, era tan humilde, tan llena de complacencia y servilidad que casi en el acto modifiqué mi juicio. ¿Por qué pensar mal? Tal vez era un pobre chico que se ganaba unos francos así.

Julito interrumpió:

—¡Bah! la tan acreditada aventura de *chantage*...

Pero Campiña denegó:

—No; algo mejor... Ahora verán...

Bebió un sorbo de vino como bebería la cicuta y prosiguió:

—El desconocido aguardaba afanoso mi respuesta. Me había hablado casi al oído y le sentía muy cerca de mi pecho, mientras sus ojos claros y azules expresaban ansiedad. ¡Pobre diablo! Tal vez no había comido y yo era su última esperanza...

Paca rio cínica:

—¡Oh, caridad cristiana!

—No —rio Campiña— todo no era caridad cristiana. Curiosidad, una curiosidad malsana, invencible me impelía a ir tras

de él. Y como me interrogara temeroso «¿Quiere usted venir?», dije «¡Vamos!». Emprendimos la marcha por un laberinto de oscuros callejones. Cuanto más lúgubres y solitarios se hacían los lugares, más se aumentaba mi temor de una celada. El desconocido marchaba ante mí con pasos firmes, rudos, resueltos... y silenciosos. A mis ojos mostrábanse las espaldas de Hércules y el cuello formidable. Ante la casa más negra, más sombría, más inquietadora se detuvo. El portal era un pasadizo que abocaba a un patio negro y fétido; de él arrancaba una escalera con altos peldaños de madera y paredes de yeso ennegrecidas por la humedad y la porquería. Lanzose por ella; vacilé un momento pero al fin me decidí. ¿Qué hacer ya? Si mostraba temor y retrocedía me asesinarían sin que nadie lo pudiese evitar, si sus intenciones no eran malas, mi temor tal vez le sugiriese una idea que en aquel momento se hallaba muy lejos de él. Lo mejor era seguir hasta el fin. El tal fin debía de hallarse a una altura aproximada a la del faro de Alejandría por cuanto subíamos, subíamos y no acabábamos de llegar nunca. En el piso cuarto se detuvo, sacó un llavín del bolsillo y abrió una puerta numerada.

—Pase usted.

«¡Cosa más rara! Aquello no tenía aspecto de prostíbulo ni tampoco de cueva de ladrones. Respirábase una atmósfera polar que olía a cocina, a cerrado, a zahumerio y a colonia barata, y como él hubiese encendido la luz eléctrica me hallé en una salita abuhardillada pero puesta con ese presuntuoso primor que se ve en algunas porterías y en algunas casas de costureras pobres. Todo estaba muy limpio; las paredes enyesadas, el piso de ladrillo rojo fregado y reluciente. Cromos recortados de las ilustraciones —damas muy 1898 con mangas

de farol, talles inverosímiles, peinados muy huecos, sombrillas y abanicos de encaje— adornaban las paredes, sujetos con obleas de colores; polícromas cadenetas de papel sostenían un cestillo de flores artificiales en que se ocultaba la bombilla eléctrica, más flores artificiales surgían de dos floreros de barro baratos, sobre la cómoda dando guardia de honor a unas figuras de escayola policromada y la mesa central y dos butacas aparecían cubiertas por sendos mantelillos de encaje de gancho adornado de lazos de seda rosa iguales a los de las cortinas de la ventana.

«Mi introductor me miraba satisfecho. Al fin murmuró pidiendo un elogio.

—¿Verdad que está muy bien?

«Por decir algo, cada vez más desconcertado, murmuré: «Muy bien... ya lo creo». Sonrió con orgullosa satisfacción como si fuera el autor de tantas maravillas, el Luis de Baviera de aquel Monsalvato de arrabal parisién. «¡Y limpio! ¡Se pueden comer sopas en el suelo!» Aunque decidido a no hacer la prueba, asentí para acabar: «Ya lo creo... ¡Limpísimo!» Trajinó un momento por allí, y al fin volvióse a mí: «Ahora paciencia. Cinco minutos y la sorpresa.» Y acto seguido sin recabar mi autorización salió apagando la luz.

«Sentí miedo; todos mis temores mal dormidos despertaron. ¡Ahora! Había llegado el momento crítico; me había dejado coger como un ratoncillo en la trampa. Iban a surgir él y su cómplice, a caer sobre mí, a asesinar me sin defensa posible. A tientas fui a la puerta ¡cerrada! ¡Al balcón cerrado también!

«Me resigné a esperar los acontecimientos, claro que en actitud defensiva. Pero pasaba el tiempo y no sucedía nada. ¡Cosa más rara! Para tratarse de unos ladrones, había que confesar que se comportaban de un modo extraordinario conmigo. En cambio, en el cuarto contiguo oíase ir y venir, abrir y cerrar los cajones, y lo que es más extraordinario, chapotear de agua. ¿Qué tremebundo suplicio me estarían preparando? Hubo una pausa; luego oí pasos que se aproximaban a la puerta y alguien que andaba en la cerradura. ¡Ahora! ¡El momento crítico!

Encendióse la luz y ahogué un grito de asombro. Ante mi tenía el tipo más estrafalario que jamás un artista enfermo de hibridismo pudo soñar, el más desatentado mamarracho que el hermafroditismo plebeyo y chabacano del Carnaval fue capaz de producir. Goya, Rops, Gavarny, no podían inventar nada más odioso ni más lamentable; era un cómico que movía a la ira, un ridículo que hacía llorar. El gigante habíase revestido, una camisa femenina llena de encajes y lazos azules, que dejaba al desnudo los bíceps de luchador de feria, y lo que era más repulsivo, el tórax enorme cubierto de espeso vello. Ostentaba también unas medias de seda roja y unos zapatos de raso encarnado que evocaba las piernas atacadas de elefantiasis de las mujeres forzudas de los circos baratos. Para completar la transformación, cubría su cabeza con una peluca dorada y habíase embadurnado las mejillas de colorete. Y era atroz, créanme ustedes, atroz, justificador de todas las plebeyas antipatías, de todas las bárbaras explosiones callejeras de odio, aquel mocetón con la frágil camisa femenina y la peluca de ninfa y la cara pintada junto al bigote de granadero.

Hubo exclamaciones de pasmo:

—¡Qué barbaridad!

—¡Qué horror!

—¡Qué abominación!

—¡Debía ser *drôle*!

Campiña siguió:

—Pues no he acabado; con mil dengues y monerías de chiquilla coqueta, andando a pasitos cortos y dando brinquitos, aproximose a mí. Con voz atiplada suspiró: —¡Oh! ¡Llámame Niní!...

Antes de que se pudiese dar cuenta, me planté en la puerta y eché a correr escaleras abajo, como una mujer de Loth... que no quisiera convertirse en estatua de sal. Ya en la calle desierta, seguí corriendo, corriendo. Ante el escaparate de una pastelería, vi a una mujerota gorda y bigotuda que permanecía en éxtasis ante unos pasteles. Me arrojé en sus brazos:

—¡Oh, Niní, Niní!...

NOCHE DE CHINA
(ATKINSON)⁶⁸

¿«Noche de China»?

Sonsoles Javier acababa de despojarse de su amplia pelliza le piel de mono y aparecía casi desnuda, en liviano atavío de crespón negro que resaltaba la albura gardenia de la piel, al aire por todas partes bajo el iris fabuloso de las perlas. Un conjunto *muy nuevo*, muy audaz, algo indescriptible; un compuesto de nacaradas palideces, profundos, negros y toques rojos; algo que se destacaba sobre la frente casi prerrafaélica en la fuga del peinado japonés, y los ojos de almendra. Un violento aroma al perfume elegante, la inquietadora «Noche de China», lo llenaba todo.

—¿«Noche de China»? —volvió a interrogar el conde de Medina la Vieja con su voz profunda, prolongada en misteriosas oquedades.

⁶⁸ Incluido originalmente en *Aromas de nardo indiano que mata y ovonia que enloquece*, Librería y editorial Madrid, Madrid, 1927.

Sonsoles rio casi agresiva de puro desgarrada:

—Sí, «Noche de China». ¿Es que también, conde *À Rebours*, se distrae usted combinando perfumes?

El señor Heliogábalo protesto:

—No, no De ninguna manera. Des Esseintes parece ridículo, su perversidad, de puro afectada deja de serlo y se hace cursi, teatral y, en lo que inocentona, pueril. De puro cerebral, parece el juego de un niño mal educado. Es oropel, relumbrón para la galería.

La Javier le miró burlona:

—¡El *señor Heliogábalo* moraliza! Reniega del decadentismo. Hay que ser *sport*, muy *golf* y muy *cook-tail*, los olores no significan nada.

Claudio Hernández de las Torres, conde de Medina la Vieja sonrió con una de aquellas heladas sonrisas de cadáver que hacían calofriarse a las gentes. Tenía una rara apostura cadavérica, un chic macabro que realzaba con una elegancia marchita, una elegancia de retrato mediocre olvidado. Su cara lívida era larga, angulosa y demacrada, sus ojos, perdidos en el fondo de enormes ojeras violeta, grises, borrosos, mortecinos, sus labios, delgados y pálidos mostraban los dientes descarnados y amarillos y sus cabellos eran lacios y de color de lino. En los dedos largos, esqueléticos, fríos y escurridizos, se enroscaban, como en los del Monsieur de Phocas lorrainiano, las más absurdas gemas, y su accionar era lento, matizado de un no sé qué de untuoso, de envolvente. Con pausado hablar observó:

—Lo del héroe de Huysmans es un absurdo; pero ¿qué duda cabe de que los olores tienen un poder de sugestión, mejor, de evocación sobre nosotros? Yo sé decirles a ustedes que para mí los perfumes, los olores, hablando con propiedad, plasman en imágenes de una realidad tan perfecta que, sin quererlos vuelvo a vivir los minutos *aquellos*.

Y ante la atención que ya sentía cautiva, se dejó arrastrar. Si no fuera porque van ustedes a decir que estoy muy *demodé*, muy Lorrain, que les cuento otra *historie de masques* les diría la rara aventura de un carnaval en Londres que esa «Noche de China» sugiere en mi memoria.

¡Lorrain! El nombre del novelista tuvo para Claudio también un tan fuerte poder de evocación, que, sin poderlo remediar, volvió a sonreír. Realmente aquella reunión parecía una página cruel, mordaz, lamentable, sangrienta y dolorosa del gran escritor; una página de *L'École des vieilles femmes* o de *Fards et Poisons*. Sobre las tonalidades grises del espeso tapiz que cubría el suelo; sobre los grises más densos del damasco que tapizaba los muros y caía sobre las ventanas dejando entrever las cortinas de crespón *muslo de ninfa*; a la de las pantallas apenas rosas; entre los biombos de Coromandel, cómodas de marquetería del siglo XVIII, pasteles de La Tour y porcelanas de Sèvres, yacían (palabra casi mortuoria, pero de implacable precisión) unas cuantas gentes de un contrahecho audaz y angustioso. Mujeres condenadas a ser siempre guapas y siempre jóvenes; guapas y jóvenes a los cuarenta, a los cincuenta, a los setenta, a los ochenta; condenadas a los desnudos audaces, a las modas arbitrarias, al *flirt*, al *tango*, a los *cook-tails* y a los Kedives; que porque no supieron sino gozar y ser bellas de jóvenes, vieron repetirse en ellas la fábula

de la cigarra y tuvieron que seguir siendo bellas y gozando; que como no tenían familia ni amigos, tenían que tener amantes, amantes que las engañaban, las robaban y aun llegaban a maltratarlas; amantes que ostentaban con insultante egoísmo su plenitud de animales jóvenes, glotones, perezosos y voluptuosos, al lado de su decrepitud embadurnada de afeites que se escondía tras los gestos que querían ser rotundos y dejaban entrever una laxitud infinita, triunfaban en la luz discreta, propicia. Hombres de atavíos tocados de una elegancia un poco inquietadora –crespones, joyeles de arte, *boutonières* absurdas–, hombres de edad indefinible en su gracia rasurada de falsos *gigolos*, de gestos fugitivos, imprecisos, *demasiado tanagras*, hablaban vagamente de arte y de filosofía o se galvanizaban de improviso con la evocación de feroces lujurias.

Claudio Hernández de las Torres sentíase dueño de su auditorio, y así, a los primeros ruegos, cedió:

—¡El carnaval de Londres!... No pueden ustedes figurarse nada más escalofriante, más canallescamente turbio y sombrío, muy tristemente híbrido y opaco, que el carnaval de Londres... Claro que no me refiero –prosiguió con su voz llena de oquedades y sus gestos lentos y cansados– al carnaval aristocrático; ese es el mismo en todas partes; son los que viven en un perpetuo carnaval que se disfrazan un día de gentes que se divierten; me refiero al otro, al callejero, al de arrabal, lleno de máscaras de un hermafroditismo repugnante y de sombras que se pierden en las encrucijadas; pero, en fin, voy a mi historia...

Le escuchaban ahora ansiosos, interesados, seguros de algo atroz. Reanudó con su mueca de cadáver:

—Era el último día de carnaval, hacía mucho frío y una niebla densa y espesa envolvía la ciudad. Había comido en casa de Julito, en aquella *garçonnière* de la *Grosvenor-street*, colgada de paños de terciopelo violeta con borlas de oro como la cámara de un Borgia que fuese Papa y asesino.

Había sido una comida de enmascarados silenciosos, una cosa absurda, y, sin embargo, opresora, turbadora quizá.

Después había habido *drogas*. Julito, con aquella su frívola dignidad, me animaba siempre: «¡A ver si te mueres pronto! Tengo preparado para ti un artículo necrológico admirable, una necrología única... Si tardas, se pasará de moda... Te juró que vale la pena de morirse... Solo Wilde y la Bonpard han tenido una prensa así...»

Ya en la calle, no sé cómo mis pasos me llevaron hacia el *Whitechapel*. La niebla era tan densa que daba la impresión asfixiadora de andar entre algodones. Siluetas confusas flotaban como condensaciones de la niebla que fingían siniestros monjes encapuchados, torturados penitentes de alto capirote, *pierrots* grotescos, innobles bebés, mujeronas con ademanes de marimacho y soldados de adamada apostura. De vez en cuando la luz de un reverbero de gas caía sobre los pingajos y era una nota verde rabioso, azul añil o rojo sangre.

De improviso un olor conocido me hizo estremecer. «¡Noche de China!»... Sí. Era el aroma inconfundible, el aroma a sándalo, a ámbar, a flores marchitas y, ¿por qué no decirlo?, un sutil olor a podredumbre, algo muy vago, muy tenue; pero que yo percibía con toda claridad.

Miré, buscando de dónde podría venir, y entonces vi, caminando a algunos pasos delante de mí, un chino, un auténtico chino. ¿Caminando? No; hallábase ante la puerta iluminada de un pequeño pabellón, una puerta de papel miniado como un farol chinesco, y se inclinaba ante mí con mil reverencias y zalameos, invitándome a entrar, cosa rara, mientras la niebla impenetrable borraba todo lo demás, allí se disipaba, y a la luz amarillenta veía yo al chino con sus pantalones de seda azul, su blusa negra y su cara de cera cubierta de innumerables arrugas, entre las que relucían los ojillos negros, menudos y brillantes como los de las ratas.

Entré y sentí la sorpresa de encontrarme en una *casa de té*, una casa toda colgada de flores y de farolillos de papel, en que una muñequilla, vestida de peregrinas sedas estampadas de dragones como una Hija del Cielo, como una princesa de la dinastía de los Ming, una *poupée* de ojos oblicuos y boca breve, me brindaba con la delicia de sus gestos menudos unas esterillas, unos cojines de cuero y una pipa.

Por un momento, uno solo, me pareció que las flores eran de papel y la muñeca una prostituta vieja y repintada; pero inmediatamente volví a vivir la prodigiosa «Noche de China».

Humo. Súbitamente, cuando una laxitud divina me invadía, el humo poblose de reflejos. Una danza de espadas, de puñales... Hojas azules que lanzaban chispas, que se entrechocaban... Rostros... ¿Eran chinos de cansadas facciones, hombres de Oriente?... Una pausa de lucidez... Los rostros de los hijos del Celeste Imperio me parecían rostros canallas, maculados por todos los vicios y todas las fatigas; caras de *apaches*, pálidas, surcadas de hondas arrugas, esas carátulas de

goma que venden en los bulevares. Y las gorras de grandes viseras, los pañuelos rojos que rodeaban los cuellos completaban la ilusión siniestra.

La danza de las espadas, de los alfanjes o de los puñales —¿qué era aquello que lanzaba un chisporroteo azul, como si de su cruce y entrechocar surgiesen fuegos fatuos?— proseguía en la niebla, que se iba densando. Mejor que niebla parecía humo, un humo denso y perfumado. Nada faltaba al horror de aquella danza, ni aun siquiera el tragigrotesco espanto de las máscaras horribles y abrumadoras de la liturgia tibetiana. Pero lo más extraño, lo peregrino, era que las máscaras aparecían siempre entre los tapabocas de colorines y las gorras achuladas. Las aceradas hojas rozaban carnes; pero mi torpeza era tal, que, cuando trataba de moverme, me daba la impresión de que mi fatiga se me incrustaba en los brazos y las piernas como si fuesen cortantes ligaduras. Al fin no pude más, y, como en las pesadillas en que caemos al fondo de un abismo, me dejé resbalar inerte en aquel sopor.

.....

A la mañana siguiente —concluyó el *señor Heliogábalo*— los *policemen* me recogieron atado, casi desnudo, tirado en el fondo de un horrible callejón sin salida.

.....

Durante un mes bordeé la locura, la muerte.



Hoyos junto a la bailarina Tórtola Valencia, en el *boudoir* de esta última (1936).

TEATRO



Escena de *La plataforma de la risa* aparecida en la edición de *La Farsa*, 1936.

LA PLATAFORMA DE LA RISA
Comedia en tres actos



Escenas de *La plataforma de la risa* aparecidas en la edición de *La Farsa*, 1936.

REPARTO⁶⁹

PERSONAJES

ACTORES

<i>Doña Tránsito</i>	Loreto Prado
<i>Adriana del Tintoreto</i>	Luisa Rodrigo
<i>Socorrito</i>	Carmen L. Solís
<i>Olvido</i>	Carmen Losada
<i>Viuda de Ventisquero</i>	Luisa Melchor
<i>Marquesa de San Serenín</i>	Amalia Anchorena
<i>Juliana</i>	Aurora G. Aguilera
<i>Ella</i>	Pilar Pomés
<i>Rosa</i>	Mari del Río
<i>Aurora</i>	Antoñita Gaona
<i>Pepa</i>	Zulema Albertino
<i>Clara</i>	Angelina Torné
<i>La Chiquita</i>	Conchita Torné
<i>Don Ramón</i>	Enrique Chicote
<i>Policía 1.º</i>	José Lucio
<i>Don Rosendo Rosón</i>	José Lucio
<i>Boy</i>	Enrique Quijano
<i>Fabián</i>	Fausto Cornejo
<i>Caballero</i>	Rodolfo Recober
<i>Policía 2.º</i>	Antonio Martínez
<i>Rebelde 1.º</i>	José Sampietro
<i>Rebelde 2.º</i>	José Delgado
<i>Amigo</i>	Antonio Fornis
<i>Él</i>	Clemente Pareja

Una modistilla, tanguistas, artesanas con pretensiones de señoritas; unas señoritas con pretensiones desenfadadas, camare-ros, chicos y bailarines.

⁶⁹ Estrenada en el Teatro Cómico de Madrid el día 11 de enero de 1936, y publicada originalmente en: *La Farsa*, 445: 28 de marzo de 1936. (Fotos: Contreras y Vilaseca. Ilustraciones: Antonio Merlo).

DEDICATORIA

Para los geniales artistas,
gloria de la escena española,
Loreto y Chicote.
Con admiración y gratitud

EL AUTOR

DESCRIPCIÓN DE LOS PERSONAJES

OLVIDO (dama de cincuenta años, guapetona aún, pero destrozada por las penas y las fatigas. Trajes de casa sencillos, pero elegantes; gestos cansados, sonrisa triste).

SOCORRO (hija de la anterior, veintidós a veinticuatro años. Elegante, graciosa, turbulenta; pero a veces con una gran melancolía en la sonrisa).

DOÑA TRÁNSITO (sesenta y ocho a setenta años; una vieja llena de movilidad, parlanchina, extremosa, incapaz de estar quieta ni callada).

ADRIA DEL TINTORETO (cocotte pintoresca, guapa, llamativa descarada, extravagante y sentimental).

LA MARQUESA DE SAN SERENÍN (dama en plena decadencia pero con aire y buen ver aún, anticuada con modas 1890).

VIUDA DEL VENTISQUERO (ruidosa, escandalosa, alborotadora, entrometida. Vieja con pretensiones de joven, pintada, oxigenada, ataviada de galas marchitas en un llamativo quiero y no puedo).

JULIANA (criada ya madura, más tonta que un cogedor).

BOY (pollo pera, pero de esos con un aire ambiguo de chulitos de mujeres, jugadores de ventaja o buscadores de negocios inconfesables).

DON RAMÓN (caballero maduro, muy bien conservado, sereno de gesto y de palabra).

FABIÁN (hijo del anterior, muchacho apuesto, serio con el mismo aire reflexivo y sereno de su padre).

KUZ-KUZ (el chulo de la viuda de Ventisquero, grandullón, torpe, soñoliento y mal vestido).

DON FACUNDO (caballero de gran prestancia, novio de Adria).

DON ROSENDO (viejo raro, la cabeza monda y los gestos con algo de giratorios en su manía de, al explicarse, hacer girar las manos como si diese vueltas a una esfera).

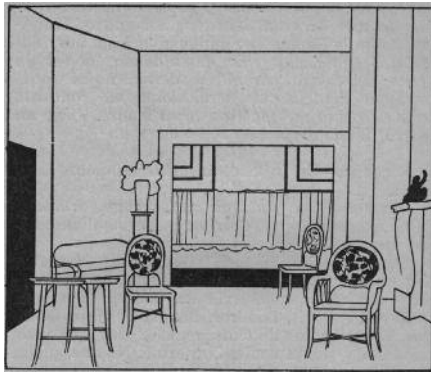


Ilustración aparecida en la edición de La Farsa, pág. 9.

ACTO PRIMERO

La decoración representa el salón de una villa *at colonia* en los alrededores de Madrid. Muy modestos, pero de buen gusto, los muebles, entre los que se destaca algún vestigio o resto de pasados esplendores. Grabados, retratos de familia, de los que sobresale el de un general isabelino de gran uniforme.

ESCENA I

OLVIDO y SOCORRO.

(Olvido, mujer madura lindando con la vejez, de buen ver, aunque conserva restos de una gran belleza y una distinción naturales extraordinarias, pone orden a cartas, y papeles que va sacando de una carpeta. Socorro, Socorrito, Corrito, como la llaman sus amigos; su hija, muy bonita, elegante, más chic, desenfadada, tal vez un poco demasiado varonil, moderna, hojea folletos, que maneja con nerviosidad que contrasta con el reposo melancólico de su madre. Tiene un perro Bobby,⁷⁰ a sus pies).

⁷⁰ Este perro extraordinario recibirá a lo largo de la obra otros nombres como Derby o Dear.

SOCORRO.—Es injusto, injusto. La pobre mujer...

OLVIDO.—(Con dulzura suavemente irónica). ¡Qué exagerada eres, Corrito! Si no me diese miedo verte metida en esas andanzas...

SOCORRO.—Pero mamá. ¡Qué cosas tienes!... No puedes reprocharme nada, nada, nada. Tenemos que dejar aquella vida..., pues se deja y en paz. Adiós París, Londres, Deauville, viajes bonitos, campeonatos de tenis, regatas. Hay que vivir modesta y sobriamente. Conforme. Ni una queja, no dirás, me quedo tan fresca.

OLVIDO.—Demasiado... tal vez. Hay maneras y maneras de conformarse. Alegrementemente, con un poquillo de inconsciencia; gravemente, reconcentrándonos con plena posesión de nuestra voluntad. Y no hay nada más difícil que guiarse a sí mismo. Por eso, nenita, hay veces que me inquietas.

SOCORRO.—(Ríe) Vamos, mamá salada, que tú lo que querías es una muñequita chiquina que para que mire a un sitio y se esté quieta en casa del fotógrafo se le dice: «Mira, mira aquí. Va a salir un pajarito».

OLVIDO.—Tampoco, nena. Pero estás tan reconcentrada en ti misma, tan, sola...

SOCORRO.—En primer lugar, tengo a mi mamaíta salada (*La besa y abraza con estrépito*); luego, a mi Bobby (*Hace mimos al perro*); en fin, a Boy, el camarada divertido que no te diré que es el adorno que tú sueñas para tu Corrito...

OLVIDO.—Yo no sueño nada... Lo único que quisiese...

SOCORRO.—Mi bien, eso yo lo sé; pero no me digas tú... De gran familia, con un poco, muy poco, pero grandes esperanzas para cuando tía Calvario Feudo de los Bengalíes, la pobre cojita, estire la pata, buena figura, ni inteligente ni culta.

OLVIDO.—Qué cosas tienes... Nadie te ha dicho...

SOCORRO.—Nadie. Eres demasiado inteligente, demasiado buena, y me quieres demasiado; pero no niegues que en el fondo, muy en el fondo de tu corazón, lo sofaste.

OLVIDO.—Jamás ni una palabra.

SOCORRO —Ni una. Cuando dejamos el palacio de la calle de San Lorenzo para venir aquí, me hablaste: «Espero, me dijiste, que esto sea cosa pasajera; que el pleito de Alnazfarrache acabemos por ganarlo; pero tampoco hemos de hacernos ilusiones. En el mejor de los casos hay para un año; luego otros dos para reponernos. Es preciso que te hagas cargo, que seas modesta y fuerte; modesta para hacer frente a las cosas, fuerte para no tomarlas puerilmente en aire de novela cursi y discurrir echarte un novio que no sea de tu clase, pero que tal vez de buena fe se alucine con pamplinas sentimentales, cuando no sea un aventurero que se conforme con la ilusión.» Y fue al pie de la letra. Vi muy poca gente, y eso las nuestras, de tarde en tarde, claro está, puesto que una prima que vive en las afueras y no tiene automóvil es una prima lejana. El único Boy, y ese por comunidad de pensar en muchas cosas...

OLVIDO.—Boy no piensa en nada.

SOCORRO.—(*Torciendo la boca como si recapitulase*). En nada...; tal vez sea demasiado decir. En poco. No ha inventado cosa de provecho (*Aparte*), ni sin él. Por no inventar, ni el agua tibia. Pero sabe captar las bellas ideas de los otros platónicamente.

OLVIDO.—(*Con acento de duda*). ¿Platónicamente?...

SOCORRO.—Platónicamente... como si le hubiese (*Irónica*). entendido.

OLVIDO.—Te confieso que las ideas no me gustan en el fonógrafo.

SOCORRO.—Boy poco tiene que ganar.

OLVIDO.—Ni que perder.

SOCORRO.—Son ricos.

OLVIDO.—Qué sé yo... Bien sabe Dios que aunque prima Ricarda se portó mal con nosotras, no la deseo castigo ninguno; pero... Cuando la tragedia de tu pobre padre fue la primera en hacer valer *sus derechos*... No sé... Cosas, mu-

chas cosas, casi todo lo que quedaba; la dehesa de Ávila, el pazo gallego, los naranjales de Valencia... Aun quise salvar Alnazfarache y, sobre todo, el palacio, que al fin y al cabo era la residencia de la familia y... tenía que ser tuyo. Me rebajé a pedir; pero no solo fue inexorable, sino que se mostró glacial, displicente, hasta sañuda. Tu padre había sido un loco; yo una necia por quererle. Una mujer no tiene derecho a querer a su marido... si es pobre. Me faltaban fuerzas; no sabía sino querer, sufrir y perdonar. Se mantuvo glacial, implacable, y me asusté. Estaba sola; un pleito era largo y caro; teníamos muy poco dinero; pero no hubo avenencia posible; el plan quedó en suspenso...

SOCORRO.—Boy siguió viniendo...

OLVIDO.—El único. Llegué a creeros enamorados...

SOCORRO.—Soñaba el ciego que veía... (*Se acerca a ella con cariño, le coge la cabeza entre las manos, la mima y besuquea*). ¡Qué cosas tienes, mamita!... ¿Casarme? ¿Para qué? Si nadie piensa en semejante cosa... Boy y yo somos buenos camaradas... y nada más. ¿Conformes?

OLVIDO.—Tampoco. (*Parece detenerse a pensar un momento*). ¿Camaradas? Me asusta la palabra.

SOCORRO.—Te asusta la significación que la han querido dar. Pero, en el fondo, la idea es... ¡tan bella! Pero si ante Cristo también somos todos hermanos.

OLVIDO.—Porque somos hijos de Dios.

SOCORRO.—Porque en las horas de dicha tenemos el deber de compartirla con los hermanos; en las de pena, el derecho a que las compartan con nosotros.

(Asuma Juliana, una criada muy ordinaria, de pueblo, que aún no ha sacudido el polvo de la dehesa, a pesar de los años).

ESCENA II

Dichos. JULIANA.

JULIANA.—¿Da su permiso?

OLVIDO.—¿Qué pasa?

SOCORRO.—¿El señorito Boy?

JULIANA.—Pues nada, que está ahí afuera, al lado de la verja, una señora muy rara... Una que anda vestida yo no sé si como un apóstol de esos que salían en el pueblo en la cena haciendo el paso... Dice que les toca a ustedes, y estaba ahí toca que te toca el timbre; pero yo, como me dijo usted que me anduviese con pies de plomo, me hacía la desentendida y estaba calzada de latas por el aquel de los judíos que no me movía. En fin, voy y va me dice que quiere verlas y que se llama, se llama, doña Tránsito Remirón de Orden.

OLVIDO.—Pero mujer, está usted loca... Mire que dejarla a la intemperie. Si se le pasea a usted el alma por el cuerpo.

JULIANA.—Ella es la que no hace más que pasear con un aire de intemperancia.

OLVIDO.—Vaya, vaya corriendo y que pase. *(Sale la criada)*.

SOCORRO.—¡Tía Tránsito! Si ella había de ser a la fuerza la que diera con nosotras, si tía Tránsito nació jugando a frío, frío, caliente, caliente. La verdad, me alegro.

OLVIDO.—Pues mira, yo también. Es buena y nos quiere; no tiene más defecto que las toilettes. No le diré que matadora porque es... toda la cuadrilla. *(Se abre la puerta y Juliana se echa a un lado, dejando paso a una señora vieja, vestida de un modo muy raro, con todo enlutado con cosas buenas, pero usadas con veinte años de retraso, a que ella ha impreso el sello de su gusto (malo, por supuesto), convirtiendo la toilette en algo así como en la de la dueña Dolorida del Quijote)*.

JULIANA.—La señorita, de Remirón de la Orden. *(Vase)*.

ESCENA III

Dichos y DOÑA TRÁNSITO.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Entrando y abrazando estrepitosamente a las dos y luego dejándose caer en una butaca*). Vengo... volada, volada. ¡Qué gentes, qué incultura, qué falta de educación! Ya no respetan ni a una señora.

OLVIDO.—Pero tía...

SOCORRO.—(*Precipitándose a ella también*). ¡Tía Tránsito!

DOÑA TRÁNSITO.—(*Sin hacer caso*). ¡Ay! ¡Qué gentes, qué vulgaridad, qué chabacanería! Lo que digo. Ya no se respeta a nadie. ¡Si el tío general levantase la cabeza! Aquel era un caballero en toda la barba.

SOCORRO.—(*Con sordina*). Como en los retratos.

DOÑA TRÁNSITO.—Ya no hay caballeros. Antes un caballero se cuadraba ante una señora y la hablaba con los pies juntos. Era otra cosa. ¡Hasta para faltarla al respeto se le pedía permiso!... Pero ahora, ahora, ¡no hay señoras!

OLVIDO.—Pero tía, por Dios, ¿qué te ha pasado? No creo que sea porque esa pobre criada ha hecho la burra...

DOÑA TRÁNSITO.—Ha hecho su obligación. No ha sido ella, que no se ha salido de su sitio, sino en el tranvía.

SOCORRO.—¿Te has caído?

DOÑA TRÁNSITO.—Los que se han caído han sido ellos.

OLVIDO.—¿Ellos?

DOÑA TRÁNSITO.—Sí, ellos; seis o siete señoritos de esos que dicen deportivos que iban en la plataforma sin chaqueta, no sé si por gusto o por economía, y que cuando me subí se ríen y empiezan la gran juerga... Codazos, risitas, miradas...; que si estaba al pelo para la *Plataforma de la Risa*, que si me iban a convidar...; debe ser algún sitio de esos de pecado que ponen ahora en el dichoso Madrid en cada esquina y que hacen que una señora vaya mirando de reajo como si fuese bizca... Que si cuando subiese... que si iba a rodar.

SOCORRO.—¿Y tú?

DOÑA TRÁNSITO.—Pues voy y me quedo mirándoles. ¡Grososeros! ¡Salvajes! ¡Malcriados! ¿Os reís de mi traje? Pues mirarlo, mirarlo bien. Un luto igual al de la Emperatriz Eugenia. ¡¡De Worth!! ¿Del sombrero?... ¡Pues de Virot! Puede que vuestras madres, después de fregar veinte años, no se pongan uno así.

OLVIDO.—¿Y ellos?

DOÑA TRÁNSITO.—¿Ellos? Se quedaron parados, y uno me dio la razón. «¡Seguro!» Pero los otros venga a reír y reír. Yo, ya quemada, dije: «¡Si estuviese el general!»

SOCORRO.—¿Y ellos?

DOÑA TRÁNSITO.—Mano de santo. Lo mismo fue oírlo y se bajaron todos.

SOCORRO.—Nada, que el pobre tío general, como el Cid, ganaba las batallas después de muerto.

OLVIDO.—Luego dirán que no ganaba una.

SOCORRO.—Eso era en vida.

OLVIDO.—En fin, dejemos esas historias, que bien de tiempo hace que no nos vemos.

DOÑA TRÁNSITO.—Casi dos años.

OLVIDO.—Pues ya ves si tendremos qué contar.

DOÑA TRÁNSITO.—(*En tono de broma con cariñoso reproche*). ¡Dos años! Y a mí nada, ni una palabra. Voy, y el portón cerrado. Pregunto: «La señora condesa vendió el palacio y se fue...» ¡Qué zozobra, qué apuro, qué inquietud! Mira que haber tenido el valor de no decirme nada.

OLVIDO.—Precisamente porque sabía lo que lo ibas a sentir. Aquello... casi, casi lo mirabas más como tuyo.

DOÑA TRÁNSITO.—Los viejos somos como los gatos: le tomamos cariño a las casas.

SOCORRO.—Por Dios..., ¿vieja?

DOÑA TRÁNSITO.—Vieja, pero vieja, descaradamente vieja. Si tú crees que porque una se compone se hace ilusiones.

No, hija, no; por no hacérmelas, ni siquiera la de engañar a los demás. Todos, cuando la ven a una, dicen: «¡Ay! Mira la loca esa con cuatro colorines que se salvaron en el Arca de Noé.» Pero mira, son cosas que tengo de la pobre tía Clara Fortún de los Hidalgos, de tía María Pedrisco y de mamá; son buenas, muy buenas, sedas de esas que se tienen de pie y suenan como una caja de música. Dinero no tengo para comprar otros, y así estoy bien. ¿Pasada de moda? ¡Mejor! Ande yo caliente...

SOCORRO.—Te sobra razón. Has hablado con ideología modernísima. Los tiempos de los prejuicios pasaron...

DOÑA TRÁNSITO.—Está preciosa la chica, Olvido. ¿Y ahora piensas?

OLVIDO.—Te contaré todo. El palacio está en pleito con prima Ricarda; pero costaba un dineral vivir allí, y como tenemos muy poco, decidí cortar por lo sano. Entonces hice unos cambalaches y me quedé en el hotelito este en la colonia. Pequeño, modestito, un poquito de jardín, un huertecillo.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Y de gente?

OLVIDO.—Ya no veo a nadie. Los ignoro. Alambrada por medio (porque ni siquiera hay verja), un buen señor con una hija y un hijo. Creo que es un republicanote de los antiguos; el hijo, un abogado, según parece, conocido y de mucho porvenir. Por lo demás, sola.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Y no has sido para llamarme!

OLVIDO.—¿Para qué, para fastidiar, con penas que no podías remediar?

DOÑA TRÁNSITO.—Las penas entre dos tocan a menos.

SOCORRO.—(*Mira el reloj*). Mira, voy a vestirme, porque va a venir ese con el auto para ir al club. Me visto en un abrir y cerrar de ojos y vuelvo. (*Besa a doña Tránsito, hace un leve saludo a su madre y sale*).

ESCENA IV

OLVIDO, DOÑA TRÁNSITO.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Ese?

OLVIDO.—Boy Feudo de los Bengalíes.

DOÑA TRÁNSITO.—¿El primito? ¿El hijo de la tarasca de Ricarda? ¡Valiente pez! No te acuerdas que tuvo no sé qué lío por cosa de los estupefacientes, que dijeron si estaba o no estaba complicado. ¿Y en ese es en el que has pensado?

OLVIDO.—No he pensado en nadie. Estoy tan cansada, tan vencida. La idea de irme dejando sola para siempre a mi pobre nena es lo que me mata. Pobre, con muy poquito, solterona, sin posición...

DOÑA TRÁNSITO.—Fea...

OLVIDO.—(*Sublevándose en su amor maternal*). ¡Fea no, que es bien bonita!

DOÑA TRÁNSITO.—La fealdad es vinculación. Hay tres cosas que caracterizan la clase: Fealdad, pobreza y amor filial. Si falta una ya no se es solterona. Y decías...

OLVIDO.—Boy no me parece un ideal, pero, mira, es de la clase; ha de llevar el título de Feudo de los Bengalíes; ¿dinero? Algo tendrá, más desde luego, que Gorrito. Él no es mal chico...

DOÑA TRÁNSITO.—Él es un canalla, un botarate, un sinvergüenza. Los padres no tienen más que trampas...

OLVIDO.—¿Pero sabes algo determinado...? Aparte de la antipatía.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Pues claro que sí!

OLVIDO.—¿Y quién te dijo?

DOÑA TRÁNSITO.—La portera.

OLVIDO.—(*Ríe melancólicamente*). Criatura... ¡Qué cosas tienes! La portera.

DOÑA TRÁNSITO.—No lo tomes a broma ni te rías. Cuando quieras saber la verdad de una cosa pregúntaselo al portero o al sereno. Son los precursores.

OLVIDO.—(*Con extrañeza*). ¿Los precursores?

DOÑA TRÁNSITO.—Sí, señora, los precursores. Cuando no había periódicos ellos eran los que traían y llevaban noticias, muchas, varias, confusas. Las dueñas, las azafatas, las damas de compañía eran las que las recopilaban.

OLVIDO.—(*Cediendo a su curiosidad sobresaltada*). ¿Y qué te dijo... la portera?

DOÑA TRÁNSITO.—Me dijo... ¡horrores! Aquello es la casa de Tócame Roque. No se paga una cuenta. Camila se compró unas zapatillas, y para cobrarlas subió tantas veces la escalera, que el día que logró cobrar no le llegó para un aparato ortopédico. Se vive al día, debiendo por la mañana lo que se va a gastar por la tarde...

OLVIDO.—Pero en eso Boy...

DOÑA TRÁNSITO.—Peor, cien veces peor. Ese no tiene cuentas porque se las paga o se las pagan, vaya usted a saber. Anda en líos raros, confusos, embrollados; recibe tipos extraños, entra y sale con gentes desconocidas. Mira, es lo que me decía la señora Gervasia: «A mí no me da miedo un criminal cuando lo es como Dios manda. ¿Que ese mató a la señora del tercero? ¡Bueno! Se da parte. ¿Que aquel falsificó un cheque...? ¡Calma! Se le denuncia. A mí los que me dan miedo son esos otros, los que encierran a su señora en la fresquera y se van a las cuarenta horas, y cuando vuelven, claro, ¡fiambre!»

OLVIDO.—Ya te he dicho que a mí tal boda no me encantaba; ahora, que una madre no tiene derecho...

DOÑA TRÁNSITO.—Pero ¿será posible que con lo bonita que es Corrito, y no yendo desnuda, no le salga un partido...?

OLVIDO.—Como salir... Mira, sin ir más lejos, aquí mismo le salió un galán.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Aquí?

OLVIDO.—Sí; el hijo del vecino ese que tiene el jardín separado por unas alambradas: guapo chico y con buena facha...

DOÑA TRÁNSITO.—¿Y te opusiste?

OLVIDO.—Naturalmente. El padre es un republicanote; no son de nuestra clase.

DOÑA TRÁNSITO.—¿El hijo?

OLVIDO.—No; creo que es bastante persona. Trabajador; ha hecho una carrera lucida...

DOÑA TRÁNSITO.—¿Entonces?

OLVIDO.—Pero mujer, ven aquí. ¿Qué quieres que yo le haga, si no es de la clase?

DOÑA TRÁNSITO.—¡Pataplum! Ya salió aquello. ¡Ay, qué equivocada estás! Y lo peor es que eres contumaz. Vamos a ver (*Se acerca a ella y baja la voz*); pero ¿ya no te acuerdas, Olvido? Las veces que viniste a mi casa a contar penas, a llorar. Era tan bueno, tan guapo, tan inteligente, y... ¡le querías! Y hay que confesar que Román valía la pena, y que valía nos dio la prueba en cómo supo portarse. Luchó todo lo que pudo; luego, ni una queja, ni un reproche.

OLVIDO.—(*Con tristeza*). ¡Si vieses cuántas veces he pensado en ello... luego! Pero ya sabes que papá y mamá no quisieron. Sobre todo papá se cegaba. Una Gutiérrez de la Rivera y Ponzano de Turégano casarse con un abogadillo pasante de un jefe revolucionario que apenas se llamaba Juan, ¡nunca!, ¡nunca!

DOÑA TRÁNSITO.—Y surgió tu primo.

OLVIDO.—Era apuesto, elegante, señor...

DOÑA TRÁNSITO.—Sí, ya sé que a ti tampoco te pareció moco de pavo.

OLVIDO.—¡Qué sé yo lo que me pareció! Era muy niña. Después...

DOÑA TRÁNSITO.—¿Después?

OLVIDO.—(*Permanece un momento silenciosa y luego se acerca aún más*). Luego el Calvario..., muchas, muchas veces; en las horas de tristeza, que por desgracia son las más, pensé con un poco de tristeza y un poco de remordimiento en él. (*Cambiando la conversación tras enjugarse furtivamente los ojos*). A todo esto no me has dicho cómo diste con la guarida.

DOÑA TRÁNSITO.—Que el mundo es un pañuelo y se encuentra uno siempre. Ya iba perdiendo la esperanza de echaros la vista encima, cuando... donde menos se piensa, salta la liebre. ¿Te acuerdas tú de aquella chica de Talavera que tuvisteis de criada que lo rompía todo? Una guapa, muy fina, esbelta...

OLVIDO.—La verdad, no caigo. Pasaron tantas por casa; eran unos días tan turbulentos...

DOÑA TRÁNSITO.—De esta no puedes haberte olvidado; verás..., te vas a acordar ahora. ¿Recuerdas que una chica que servía en tu casa, como un día se nos entrase por un balcón un gato que parecía rabioso y quiso acometer a Corrito, que tenía cinco años y no alzaba un palmo del suelo, se echó por medio y el gato la mordió?

OLVIDO.—Sí, me parece recordar ahora. Era una pobre chica agradecida. En su casa hubo un drama de esos de los pueblos; hasta los periódicos hablaron de él. Y claro, la servidumbre, sus compañeros, soñaron con que la pusiesen de patitas en la calle. Envidia; los ricos se envidian un auto, una joya, un lujo, una toilette; los pobres, un pedazo de pan. Luego creo que se fue por ahí, qué sé yo; le tiraba el lujo, era muy loca, bastante bruta, buenaza... ¿Y esa?

DOÑA TRÁNSITO.—Pues entre las limosnas que recibimos para el enderezamiento de las chicas descarriadas, recibimos... ¡mil pesetas! Nos metimos en averiguaciones, y resulta que es una tal Adria del Tintoreto, la Venus de nácar.

Hija, nos quedamos pasmados. Una pájara pinta dando los miles para una obra así. No cabía duda: el Señor la había tocado. Luego supimos que el único que la tocaba era el señor don Rigoletto Casquillo, el vaquero, el del trust del carbón. Había que dar las gracias. La mismísima Discordia que hubiese tirado su manzana en la Junta no hubiese sembrado más confusión. Ninguna quería ir. Dar las gracias de oficio, escribir, enviar, a alguien... Me planté. Cuando la señora hacía eso, por algo sería. Si no creyese, se gastaría las mil en cintajos y plumas. Tenía que ser persona decente, y si no lo era, si era una de esas tiotas que enseñan las piernas y le guiñan un ojo a los hombres que pasan, peor. A mí no iba a contagiarme. Si me pongo a guiñar, un ojo, se creen que tengo un tic nervioso. Total, que me fui allí con el voto de la Junta.

OLVIDO.—¿Y...?

DOÑA TRÁNSITO.—Y llegó... ¡jella!... Me reconoció en seguida. Hija, qué alegría le entró y qué extremos hizo. Parecía un perrito de esos que encuentran al amo que han perdido. Una exageración.

OLVIDO.—¿Guapa?

DOÑA TRÁNSITO.—(*Mueve la cabeza vacilante y sin un convencimiento ni afirmativo ni negativo, habla dudando*). Guapa..., sí..., qué sé yo...; te diré... (*Resolviéndose*). Guapa, lo que entiende por guapa una persona decente, no. Más bien graciosa..., picante..., desvergonzada. Mira: guapa, con prestancia, una de esas mujeres que saben andar, desfilar muy tiesas, no. Es una mujer desbaratada, que ondula, hace zig-zag, se sienta doblada y se levanta con una sacudida. Luego, vestida... No quieras saber; así de chino o de indio, o qué sé yo qué, uno de esos trajes que dicen usan ahora los hombres. Sedas de colorines, bordados... ¡Ay!, si el general levantase la cabeza, cualquier día se ponía así.

OLVIDO.—(Con ironía, sin querer). Más vale... ¿Y la casa?

DOÑA TRÁNSITO.—¡Calla, hija, calla! Un lujo asiático: Eso sí, aquello no huele a casa decente.

OLVIDO.—¿Cómo huele una casa decente? ¿Mal?

DOÑA TRÁNSITO.—No, no lo tomes a broma. Una casa decente huele... a casa decente. Es un olor... Puede haber esencias, colonia; pero no sé qué decirte, también oler a hogar, a abundancia, a cocina rica, a casa vivida, y allí huele... ¡qué sé yo! A rosas, a ámbar, como los cajones de la abuela, a incienso...

OLVIDO.—Pero puesta...

DOÑA TRÁNSITO.—Con una riqueza que asusta. Tiradas por el suelo, pieles que ya las quisiese más de una marquesa para gabán; cuadros, porcelanas, unas muñecas preciosas, juguetes como si fuese una chiquilla. Eso sí, ni un mueble cómodo, ni dónde sentarse. Por todas partes unos divanes blandos, llenos de almohadones. No, no; esos no son muebles de mujer honrada. Dime tú lo que hace una señora en esos divanes.

OLVIDO.—Déjate de investigaciones.

DOÑA TRÁNSITO.—Yo sé que me senté, y para sacarme de allí, entre ella y la criada se vieron negras.

OLVIDO.—¡Pobre mujer! Me alegro la haya ido bien. Ella es buena.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Ella?... ¡Buenísima! Y no sabes lo que os quiere. Al verme se puso como loca y me dijo mil incongruencias. Que tú eras una santa, lo que se dice una santa. ¿Corrito? ¡Un ángel!, y bonita, y graciosa, y simpática. Vamos, que vosotras, para ella, sois una exageración. Tiene puesta su ilusión en verte y ver a Corrito. Quería venir.

OLVIDO.—No, no. Mejor que no venga. Pobre mujer. Te aseguro que la estimo bien; pero prefiero... (Se abre la puerta y aparece Juliana).

ESCENA V

Dichos y JULIANA.

JULIANA.—Que ha parao ahí agarrá a la verja una que dicen doña Adriana la del Tintorero...

DOÑA TRÁNSITO.—Mujer! ¡Qué explicaderas tiene usted! Doña Adria del Tintoreto.

JULIANA.—Eso, eso. La doña Aduana de los tintoreros.

OLVIDO.—¡Qué fastidio!

DOÑA TRÁNSITO.—Mira: salgo y os libro de la visita. Cuatro palabras...

OLVIDO.—No, déjala. Pobrecilla; hay que tener en cuenta la buena fe y la buena voluntad con que lo hace. Si la fe salva siempre, la buena voluntad salva muchas veces. (*A Juliana*). Dígala que tenga la bondad de pasar.

ESCENA VI

Primero OLVIDO y DOÑA TRÁNSITO; luego ADRIA.

(Entra una mujer, más que guapa, graciosa, muy exagerada y llamativa, nerviosa, inquieta, vestida de colorines chic, pero demasiado sensacional. Entra vacilante, humilde y doblada como el catecúmeno de un culto desconocido. Se dirige a Olvido y tiene un ademán de arrodillarse, que ella contiene).

OLVIDO.—Buenas tardes, Adela; pase usted y siéntese.

ADRIA.—(*Exagerando los aspavientos devotos*). Santas y buenas nos dé Dios. El Señor la bendiga, la Virgen Santísima les guarde.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Cansada de las jaculatorias devotas*). ¡Amén! Bueno, mujer, siéntese, ya que la señora condesa da su permiso.

ADRIA.—La señora condesa es una santa, y no ha nacido quien merezca besar el suelo que pisa. De rodillas, de rodillas delante de ella es como había que estar. (*Hace ademán de arrodillarse*).

DOÑA TRÁNSITO.—(*Conteniéndola*). Vamos, criatura, no se ponga pesada.

OLVIDO.—Vaya, Adela, crea usted que yo también la aprecio y me alegro de verla. Vamos, siéntese y cuente cómo le ha ido. Cuando se fue de casa...

ADRIA.—Pero qué alegría, qué alegría más grandísima. Si no puedo creer a mis ojos... ¡La señora! Si es que talmente no hay otra; si cuando Dios la hizo rompió el molde. Pues ¿y la señora Socorrito?... ¡Un ángel! Yo es que rabiaba por verla. Todavía me acuerdo cuando una servidora estaba lo que se dice baldada, que un día digo al médico que va y dice: A ver la niña, que es mejor que no ande por aquí, no sea que resulte una infección, y va la Socorrito y dice: Eso sí que no, que está la pobrecita sola sin su madre y hay que mirar por ella talmente como una madre... Muchísimas horas llevo yo de plantón frente al hotel para verla pasar como si fuese la procesión del patrono. Pobrecita, me pensaba yo viéndola, hasta que un día...

OLVIDO.—¿Un día?

ADRIA.—Un día va y llega, y un desatino de chófer, por el aquel de que había dejado el automóvil en un sitio que no era su sitio, rompe a decir que si aquí que si allá... Me vuelvo e iba a decirle lo que es educación, cuando va y sale un señorito muy bien plantao que en dos palabra lo pone en su sitio. Si no es por eso, me iba oír...

OLVIDO.—Bueno; vamos a ver, cuéntenos qué tal le fue por el mundo, qué ha sido de usted desde que la perdimos de vista. Y eso que si tanto nos quería, bien podía habernos visto...

ADRIA.—¿Y cómo, cómo, cómo? Si es que entre las señoras y yo había tantas miles de leguas... como entre el sol y la tierra.

DOÑA TRÁNSITO.—Lo que ha aprendido, esta mujer. ¡Hasta astronomía!

OLVIDO.—Vamos, no la azores. (*Con bondad a la otra*). Cuento usted. Lo que no comprendo es si nos quería tanto, por qué se largó así...

ADRIA.—No me largué. Fue el aquel de salir...

OLVIDO.—Y no volver. Si me da la señora permiso... Una tía...

ADRIA.—Sí, señora, sí; fue una tía la que me llevó.

OLVIDO.—¿Una tía?

ADRIA.—Una hermana de mi madre que vino por el aquel de ver si echaba las muelas.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Ah! La tía Cleto.

ADRIA.—Sí, señora; la misma.

OLVIDO.—¿Y las echó?

ADRIA.—Echó seis duros que la cobró uno en la glorieta de Atocha por ponerla un fuelle que cada vez que iba a mascar salía aire y sonaba.

OLVIDO.—¿Y su tía?

ADRIA.—Todo fueron desgracias; quiso coger un tranvía, y fue el tranvía el que la cogió a ella. Nada, que estuvo un mes coja y no estuvo más... porque la cortaron la pierna... Total, que cuando la tía se fue al pueblo, me dio fatiga, un no sé qué venir y me puse a servir.

OLVIDO.—Pero qué poco seso tiene usted en la cabeza; cabe... íbamos a dejarla tirada.

ADRIA.—Si sabido me tengo lo buenísimas que son; pero me daba reparo.

DOÑA TRÁNSITO.—Total, te pusiste a servir y...

ADRIA.—Primero entré con una señora que no lo era, pero lo parecía. Mucho respeto y mucho ringorrango y más tocada que un piano. Luego con otra que lo era, pero no lo parecía.

Decente, pero más sonada que un piano de manubrio.

DOÑA TRÁNSITO.—Todo cosa de música.

OLVIDO.—¿Y luego?

ADRIA.—Luego entré en casa de un señor solo.

DOÑA TRÁNSITO.—Malo.

ADRIA.—(*Extrañada, interpretando mal las palabras*). ¡Qué había de ser malo! ¡Buenísimo!

DOÑA TRÁNSITO.—Lo que quiero decir es que ahí está el peligro.

ADRIA.—No. El señor era muy mirado, rico, generoso, siempre la mesa puesta... Venían muchos amigos graciosos y juerguistas que estaban bebiendo y bromeando hasta la madrugada.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Ahí, ahí! Ahí está el peligro.

ADRIA.—No, señora... En la calle.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Extrañada*). ¿En la calle?

OLVIDO.—(*Ídem*). ¿En la calle?

ADRIA.—Sí, señora; el peligro estaba en la calle. Un camión...

OLVIDO.—¿Un camión?

DOÑA TRÁNSITO.—¿Otro atropello?

ADRIA.—Quia, un *chauffeur* muy chulo que se llamaba Camilo, y un día, con el pretexto de darnos un paseo en el camión, me llevó a su casa.

OLVIDO.—¡Qué disparate!

DOÑA TRÁNSITO.—Parece mentira. En fin, acabe usted de contar sus andanzas.

ADRIA.—Pues éramos muy felices, porque él, lo que es a honrao...

OLVIDO.—¿Y por qué no se casaban?

ADRIA.—Ya hablaba él de casorio; pero con el aquel de irlo dejando, que para mañana, que pasao, que el otro...

DOÑA TRÁNSITO.—Sí, sí, anda con bromas; un buen día te despiertas en el infierno.

ADRIA.—Si era el aquel de que para el casorio había que prepararse, que hacerse ropa y cosas de esas *pa* andar por casa. Porque es sabido, hay cosas que una mujer honrada no le enseña a su marido.

DOÑA TRÁNSITO.—Ni a nadie.

ADRIA.—Claro que es un decir; pero un marido es un marido, y por el aquel del respeto...

OLVIDO.—Bueno, bueno, mujer; no teorice y siga...

ADRIA.—Pues un día mi novio había ido a Valencia con un camión, y como estaba sola y se me había chamuscado el lomo, voy y me digo... ¿Y si nos fuésemos al cine? Allí me planté, entro, y de pronto empiezo a oír gritos. A lo primero me creí que había fuego, pero no corría nadie; luego que era película de mucho miedo. Cerré los ojos y oigo una voz: «Ay! Chiquilla, mi negraza, bonita, gitanaza», y me arreaba besos y abrazos. Abrí los ojos para ver quién era el individuo. Yo no lo conocía; o era equivocación o estaba loco; pero como miraba la gente y no era cosa de llamar la atención, me callé. Y él erre que erre. Anda, chulita, salada, anda... Salimos a la calle sin que yo estuviese muy conforme, allí va y me empuja. Y yo quisiese que ustedes me dijese que hace una mujer a quien empujan en la calle.

DOÑA TRÁNSITO.—Caerse.

ADRIA.—No me caí, pero me fui con él. Luego, como no era cosa de volver a casa, con él me quedé. Y fue cosa de fantasía. Desde el día siguiente llovieron los regalos. Que si vestidos, que si ropa blanca, que si joyas... Luego París y Londres y Venecia.

OLVIDO.—Pero ¿quién era?

ADRIA.—Se explicó. Se llamaba don Fernando. Era fabricante de jabones y se ocupaba de todo, porque para un fabricante de jabón es muy fácil que le escurran las cosas entre las manos. Bueno, formal, honrado... Y me quiere un porción. Me ha puesto un hotel, precioso sin más condición que sepa tenerme. Algo me aburro, claro está; pero estoy contenta y, gracias a mí, a los viejos en el pueblo no les falta nada.

OLVIDO.—Vaya, mujer, me alegro de todo bueno que la pasa, y ya sabe que si me necesita...

ADRIA.—¿Socorrito?

DOÑA TRÁNSITO.—Otro día la verá. Hoy la señora condesa tiene que hacer. (*Se ponen en pie y, dando la mano humildemente y deshaciéndose en saludos, sale Adria*).

ESCENA VII

OLVIDO, DOÑA TRÁNSITO y luego SOCORRITO.

OLVIDO.—¡Pobre mujer!

DOÑA TRÁNSITO.—Buena. Lástima que no haga más que ofender a Dios.

OLVIDO.—Él es bueno... Y te aseguro que creo que lo hace inconscientemente. Para pecar hace falta la voluntad.

DOÑA TRÁNSITO.—Sí..., qué sé yo... También meterse los dedos en la nariz hay quien lo hace sin querer, y está feo...

OLVIDO.—Vaya, me alegro haberla visto. ¡Pobrecilla! Socorrito la quería mucho, y como era una nena cuando estuvo mala, jugaba a las mamás. En fin, se acabó. ¿Quieres que te enseñe la casa? (*Las dos se ponen en pie. Al ir a salir entra Socorrito, muy sencilla y elegante; tras ella Derby, el perro*).

SOCORRO.—(*Extrañada*). ¿Os vais?

OLVIDO.—Voy a enseñar la casa a la tía Tránsito... ¿Y tú?

SOCORRO.—Espero a Boy para ir al club, al campeonato de golf.

OLVIDO.—No vuelvas tarde. El otro día eran las diez y tú sin venir... (*Salen*).

ESCENA VIII

SOCORRO sola; luego BOY.

SOCORRO.—(*Acariciando al perro*). Dear, pobrecito mío. ¿Quién te quiere?... Ahora, a estar quietito, que los autos son unos bichos muy malos... (*Se oye un automóvil que para a la puerta*). Ya está ahí Boy. (*Aparece el muchacho en la puerta*). ¡Boy!

BOY.—No me riñas si vengo con retraso...

SOCORRO.—Como siempre. (*Al perro*). ¡Pobrecito! ¡Rico! ¿Qué sería de tu amita sin tí?...

BOY.—Mira, deja al chucho en paz. No empecemos...

SOCORRO.—¡Pobrecito! Es lo mejor que conozco.

BOY.—Es como todos...; hace porquerías. Los chuchos no hacen sino complicar la vida.

SOCORRO.—¡Y tú eres el que te las echas de anarquista! Son hermanos inferiores. Fermín Salvoechea no quería que se comiese carne porque no tenemos derecho a sacrificar a los hermanos inferiores.

BOY.—Como San Francisco: «¡Hermano cocodrilo, hermana foca...», como quien dice hermano Calcañores o hermana Rosenda al politicastro agriado y malo o a la solterona envidiosa y tacaña.

SOCORRO.—Bueno, no cambies de conversación... Como siempre, tarde.

BOY.—Y lo peor es que tengo que irme. Son veinte minutos, un cuarto de hora, a dejar en un hotel aquí al lado unos paquetes. No es cosa de ir con ellos.

SOCORRO.—Siempre estás con paquetes.

BOY.—Cosa de los camaradas. Justamente hoy tengo que hablarles, cosas trascendentales que pueden cambiar la faz de España.

SOCORRO.—No me fío. Tú y tus amigos veis las cosas de un modo tan turbio, tan feo, tan agrio y tan amargo. Yo siento la rebeldía de otro modo: con más fervor, con más fe y entusiasmo; la veo como un sacrificio en aras de la humanidad...

BOY.—Literatura.

SOCORRO.—¿Por qué hablas así? Yo sueño algo más bello, más grande, más noble. Que el hombre que trabaja, al acabar la faena encuentre un refugio de paz y amor. Que la mujer que pare con dolor puede criar y enseñar a sus hijos.

BOY.—¡Monsergas! Ya te lo explicará el camarada Galileo luego. Le cité para presentártelo en el jardín ese nuevo, en *La plataforma de la risa*.

SOCORRO.—Llamaremos la atención.

BOY.—Al contrario. Nada más discreto que los sitios donde hay mucha gente. Además ya sabes la teoría de Oscar Wilde: «El solo hecho de llamar la atención afirma la superioridad de una persona.»

SOCORRO.—¿Wilde? ¡Vaya un padre de la Iglesia!

BOY.—Fue un gran hombre.

SOCORRO.—Regular. Para ciertas cosas, el triunfo es la única justificación. Hacer y decir tantas cosas inútiles no es más que dar que hablar.

BOY.—Perdón. Vuelvo a argumentar con Wilde: «No me importa que hablen de mí; lo malo será el día en que no se ocupe nadie.» Bueno, me voy; dentro de un cuarto de hora... (*Sale seguido del perro, que sale brincando y ladrando alegremente*).

ESCENA IX

SOCORRO; sale luego FABIÁN.

SOCORRO.—¡Dear! ¡Dear! Aquí, ¡pobrecito! Ven aquí. (*Inquieta y nerviosa va de un lado a otro y se asoma a la puerta del jardín*). ¡Dear! (*Se oye la puesta en marcha de un motor*). ¡Boy! No seas tonto y trae a mi perro...

LA VOZ LEJANA DE BOY.—No seas pelma. Ya aparecerá.

SOCORRO.—¡Dear! ¡Dear! (*Se oye el auto que arranca; Socorro, redoblando su afán*). ¡Dear! ¡Chiquito! (*Con desaliento*). ¡Pumba! Como el otro día. Ahora toda la tarde sin aparecer. (*Llama*). ¡Dear! ¡Ven, pobrecito! (*En la puerta aparece Fabián con el perro en brazos*).

ESCENA X

SOCORRO y FABIÁN.

FABIÁN.—(*Es un muchacho guapo, bien plantado, vestido correctamente, sin exagerar ni la seriedad ni la elegancia*). No se apure usted. Ya tiene el pícaro Dear aquí. El bicho es muy deportivo; se vuelve loco en cuanto ve un auto.

SOCORRO.—(*Con transportes*). ¡Dear! ¡Monino! Vaya un susto que me has dado. ¡Bribón!, ¡canalla!, ¡chulito! (*Le besa con mil extremos de cariño. Luego, volviéndose al muchacho*). Gracias y perdón. Les tomamos un cariño...

FABIÁN.—(*Sonriendo con benévola ironía*). Lo comprendo. Son nuestros verdaderos amigos. Si nos ven alegres, se ponen tan contentos como chiquillos a jugar a retozar; si tristes, graves y atentos, igual que si fuesen personas llenas de filosofía.

SOCORRO.—Yo a Dear lo adoro. Nunca se ha separado de mí y a su manera me acompaña... Después de mamá, no tengo más que a él.

FABIÁN.—Creía.

SOCORRO.—¿Creía?

FABIÁN.—Qué sé yo. No quisiese pecar de indiscreto; pero creí que había alguien que la interesaba.

SOCORRO.—¿Alguien? ¡Ah!, como no sea el tontaina de Boy.

FABIÁN.—Pensé...

SOCORRO.—Pensó mal... Boy es un camarada. Coincidimos...

FABIÁN.—En la manera de pensar.

SOCORRO.—Yo pienso; él... dice que piensa.

FABIÁN.—No parece que tenga mucha fe en su amigo.

SOCORRO.—Ninguna.

FABIÁN.—Entonces por qué juega a creer, a querer, a estimar...

SOCORRO.—Boy es un gznápiro. Egoísta, frívolo, inconsciente, insustancial. Ya ha visto usted que no ha sido para volver a traerme a Derby. Los que no saben comprender nuestras pequeña debilidades no son capaces de comprender nuestros grandes dolores. Cómo quiere usted que crea en él.

FABIÁN.—¿En qué cree usted entonces?

SOCORRO.—En nada.

FABIÁN.—Es muy triste vivir así. Hay que creer, creer en algo, en Dios, en los demás, en sí mismo. Si no creemos no tenemos esperanza, nos hacemos duros, fríos, crueles. La fe engendra la esperanza y de la esperanza nace la caridad.

SOCORRO.—¡Cualquiera que nos oiga! Hemos acabado hablando de filosofía. Y yo, tonta de mí... No es la primera vez que le veo.

FABIÁN.—Claro que no; nos hemos visto... varias, pero una nena bonita no tiene el deber de recordar...

SOCORRO.—Pues se equivoca usted. Como quien no quiere la cosa me acaba de llamar frívola, y, sin embargo, me acuerdo bien.

FABIÁN.—¿Posible?

SOCORRO.—En primer lugar tiene usted algo del... del... Caballero del Cisne.

FABIÁN.—(*Riendo*). ¡Caramba!

SOCORRO.—No lo tome a guasa. En la vida incorporamos los seres a personajes fantásticos, a momentos, paisajes, actitudes y hasta músicas. Y el primer día...

FABIÁN.—¿El primer día?...

SOCORRO.—Mamá, rendida de la mudanza, con un dolor de cabeza atroz, se había ido a dormir. Yo leía aquí, cuando de pronto oí un chirrido desagradabilísimo.

FABIÁN.—Mi violín. Gracias...

SOCORRO.—(*Sin azorarse*). No, no; escuche usted. Un chirrido desagradabilísimo. Abrí la puerta indignada para mandar callar y me detuve: en el jardín de al lado un muchacho pá-

lido, acabado de templar el violín, se ponía a tocar Lohengrin. Tocaba bien, con mucho estilo...

FABIÁN.—¡Gracias!

SOCORRO.—¡Ojo!, que no es coba. Acabó sin que me atreviese a interrumpirle. Hubo una pausa; y cuando me iba ya volvió a tocar. Ahora era la Serenata de Tosselli. Pero aunque un poco emocionada por la música me dejaba ganar, oí toser a mamá. Dije en voz alta: «Haga el favor, hay una enferma», y me metí, cerrando.

FABIÁN.—(*Confuso*). Ignoraba... Perdón...; fue casual.

SOCORRO.—Lo sé; y además fue correctísimo. El segundo encuentro fue..., qué sé yo..., por culpa de esa absurda chiquillería del barrio, que me manchó el vestido; me enfadé, surgieron las madres y como por ensalmo apareció usted, que tomó mi defensa. La tercera...

FABIÁN.—¿La tercera?

SOCORRO.—Hace pocos días, una cuestión idiota con un chófer grosero y galante que alternaba las injurias con los pipopos. No hice caso y me metí dentro, pero usted, salido de no sé dónde, tomó mi partida.

FABIÁN.—No faltaba más sino que una señorita fuera a estar a merced del primer fresco... Pero no sé cómo se dio cuenta.

SOCORRO.—Muy sencillo: al entrar miré, le vi a usted y pensé: ahí está mi caballero.

FABIÁN.—(*Ríe*). Tiene gracia. En fin, si lo permite usted y su madre, pasaré otro día a saludarlas. Hoy está vestida para salir y tendrá prisa.

SOCORRO.—¿Prisa?

FABIÁN.—Vendrá... Boy.

SOCORRO.—Supongo.

FABIÁN.—Para correr caminos

SOCORRO.—Ni eso, para ir a un... cabaret nuevo: *la Plataforma de la Risa*.

FABIÁN.—¿La divierte? Es peligroso, lleno de... gentuza.

SOCORRO.—Como divertirme..., no. Voy un poco por ayudar... Los camaradas quedaron con Boy en que les llevaría unas cartas...

FABIÁN.—(*Súbitamente serio se queda mirándola de un modo escrutador. Luego habla grave y sereno*). Pero usted..., usted ¿cree en... eso?

SOCORRO.—No hable usted en ese tono, me turba y confunde. Yo misma no sé lo que creo... Creo en la necesidad de darles vida espiritual y material, de enseñar al que no sabe, de dar de comer al hambriento...

FABIÁN.—(*Con acento severo y triste*). Yo también creo en ello. Mi padre, que fue siempre muy bueno, que vivió el ensueño de la República francesa: «Libertad, Igualdad, Fraternidad», también soñó, pero ellos... No, no puedo creer en unos señoritos vagos, vanos, sin sustancia que, sencillamente, porque en la sociedad actual no hallaron satisfacción de sus deseos, sus vicios, sus caprichos, sueñan con cambiarla. El sacerdocio, sea de una fe social o religión, es algo más alto, más grande, más bello: es abnegación y sacrificio... En fin, me voy... Charlaremos. (*Suena una bocina de «auto»*). Ya está ahí su *flirt*. (*Sale*).

ESCENA XI

SOCORRO sola, luego OLVIDO.

SOCORRO.—(*Acaricia a Dear, se arregla el traje y llama*). ¡Mamá!

OLVIDO.—(*Entrando*). ¿Todavía? Creí te habías ido.

SOCORRO.—¿Tía Tránsito?

OLVIDO.—Se fue. Tan fantástica y pintoresca. Ahora la tiene tomada con los cabarets y se ríe uno. Hay que oírla. Dice que aunque le fuese la vida no ponía los pies en uno. Solo por sacar un alma del Purgatorio... (*Suena una voz: ¡Socorro! ¡Corrito! acompañada de bocinazos*).

SOCORRO.—Nada; ese, tan fino como siempre, podía haber venido él. (*Besa a su madre y va hacia la puerta*).

OLVIDO.—Que no vengas tarde.

SOCORRO.—Descuida. ¡Lo que es hoy! (*Sale*).

ESCENA XII

OLVIDO, luego JULIANA.

OLVIDO.—¡Pobrecilla!

JULIANA.—(*Asomándose*). ¿Da su permiso?

OLVIDO.—Qué hay.

JULIANA.—El vecino, don Ramón Escuder, que desea verla.

OLVIDO.—(*Resignada*). Que pase.

DON RAMÓN.—(*Entra un caballero apuesto, maduro, pero fuerte, ágil, joven aún, vestido correctamente. Se inclina ante la dama*).
Sabrá perdonar...

OLVIDO.—(*Con leve inclinación de cabeza*). Está en su casa, siéntese...; ahora usted dirá...

DON RAMÓN.—Me disculpará el allanamiento de morada. Son pequeñas chinchorrerías de vecindad que no quisiese por nada del mundo que le causasen la más mínima molestia...

OLVIDO.—Ninguna; por el contrario, le agradezco el trabajo que se ha tomado... (*Desde el comienzo de la escena ella le observa con atenta inquietud, que va creciendo por momentos*).

DON RAMÓN.—(*Que por su parte la contempla con una curiosidad levísimamente timbrada de ironía*). No es molestia. Verá usted; desde que habitan este hotelito (de algún modo hemos de llamar, aunque el constructor los bautizara con hipérbole habrá que aceptar su nomenclatura, a los cuchitriles en que nos hemos refugiado) ha pensado usted en la conveniencia, y hasta creo que en la necesidad, de levantar una tapia que separe su jardín del mío.

OLVIDO.—(*Un poco turbada e inquieta, sin dejar de mirarle*). Me pareció siempre más cómodo para ustedes y nosotros: Cada uno en su casa...

DON RAMÓN.—Conforme, aunque la aplicación una parezca un poco..., un poco excesiva.

OLVIDO.—Ustedes tienen gallinas, conejos, bichos, y si corren peligro...

DON RAMÓN.—(*Ríe*). No creo que, el pobre Dear ofrezca grandes riesgos; pero en todo caso...

OLVIDO.—Es más seguro. Un perro es un perro, y quien quita la ocasión...

DON RAMÓN.—¡Pobre Dear! Me parece que le calumnias usted. De todos modos, aunque un día trinque una gallina o un conejo...

OLVIDO.—Claro que no sería un tesoro, pero...

DON RAMÓN.—Pero... Hay un pero y es adverso. Entre lo mejorcito que tiene su parque (también los cocheros de bomberos se llaman parques) están los árboles frutales, y caen... precisamente donde el mío había de levantarse, y temo, yo sí que con razón, salgan perjudicados.

OLVIDO.—(*Vacilante*). Sí..., pero. (*Le mira cada vez con más insistencia*).

DON RAMÓN.—(*Redoblando el leve tono de ironía*). Ahora, si hay otro motivo...

OLVIDO.—(*Parece resolverse de pronto y cambia de improviso de conversación*). Me parece reconocerlo a usted.

DON RAMÓN.—(*Sin dejar el tonillo de ironía*). No tendría nada de particular, más que...

OLVIDO.—¿Más qué...?

DON RAMÓN.—Que has tardado tanto.

OLVIDO.—(*Con exaltación*). ¡Ramón!

DON RAMÓN.—¡Olvido!

OLVIDO.—(*Con exaltación creciente*). Es atroz, atroz... Encontrarnos así, ya todo perdido, borrado, al otro lado de la vida...

DON RAMÓN.—(*Con seriedad triste*). Atroz, no... ¿Por qué?...
Lógico y humano.

OLVIDO.—Ya sé, el mundo es grande, se alzan montañas y se
ciegan abismos, hay temblores de tierra, diluvios, cataclis-
mos y... ¡Vuelve uno a encontrarse!

DON RAMÓN.—No exageres, no seas novelera como siempre,
no busques comparaciones enfáticas. Di que el mundo es
como un parque de atracciones, en que los hombres alza-
ron tingladillos, abrieron zanjas, crearon obstáculos. Un
día lo quitan todo y queda... el llano.

OLVIDO.—¿Eres feliz?

DON RAMÓN.—¡Qué sé yo! Soñé con una misión que cumplí,
y vi luego lo desmesurado de mi ambición de hacer felices
a los hombres. Claro que hay muchas cosas maravillosas
que realizar; pero es labor de siglos. Nosotros no podemos
sino ir desbrozando el terreno para preparar la siembra,
los más felices sembrar ellos. Recoger el fruto no lo verá
nadie.

OLVIDO.—¿Entonces?

DON RAMÓN.—Tengo a mi hijo; es bueno, inteligente, re-
suelto... ¿Y tú, eres feliz?

OLVIDO.—(*Patética*). ¿Yo?... ¿yo?... ¡Cómo he de ser feliz!
Para mí la vida ha sido la bancarrota de todo lo que amé,
todo en lo que creí. Desengaños, penas, traiciones, sar-
casmo, no tengo nada más que a Socorrito. Ella es mi vida,
mi ilusión, mi esperanza y... ¡no sé!

DON RAMÓN.—¿No sabes?

OLVIDO.—No sé, no. Se hará mujer, pasará un hombre, lo que-
rrá, se irá con él... y no poder saber qué piensa, qué siente.

DON RAMÓN.—¿Boy...?

OLVIDO.—¿Boy?... A veces desconfío, temo...

DON RAMÓN.—Si ella no le quiere locamente oponte.

OLVIDO.—Oponte... ¡Es, tan fácil de decir! Pero Socorrito es
pobre, no tiene uno de esos nombres que deslumbran... Él
es de su clase, y... ¿cómo encontrar?

DON RAMÓN.—¿Su clase? Ya estamos con aquello, y no has escarmentado. Todo el dolor de la vida, todas las crueldades del Destino, todas las amarguras y tristezas pasaron por ti sin dejar huella. ¡Su clase! Qué importa, qué más da una filiación política: República o monarquía, aristocracia o pueblo; si es bueno, honrado, inteligente y tiene salud y voluntad; un hombre y una mujer que se quieran, que sean resueltos, audaces, trabajadores, que luchen apoyándose y sosteniéndose serán de la clase donde quieran llegar.

OLVIDO.—Sí... Tal vez, pero las gentes...

DON RAMÓN.—¿Mira, has visto ese absurdo juego que ponen en los festejos populares que se llama *La plataforma de la risa*? Bueno, pues es una plataforma redonda que da vueltas, primero despacio, muy despacio, luego más aprisa, en fin, muy de prisa. Siempre hay papanatas que se suben. Apenas anda empiezan a caer, a rodar y acaban saliendo disparados, cuanto más habilidosos mejor resisten, pero acaban por salir disparados. También de su habilidad depende hacer o no el ridículo en la caída. Alguna vez surge uno, o bien una pareja, que saben elegir el sitio, no aturdirse, guardar el equilibrio; el público les mira, primero con ironía burlona esperando el batacazo, luego, según pasa el tiempo sin que se caigan, con curiosidad conmisericordiosa, en fin, con despechada hostilidad. Pues en la vida pasa algo así; es preciso saber escoger nuestro sitio, luego guardar el equilibrio.

OLVIDO.—Quizás tengas razón. ¡Pero es tan triste pensar que en la vida no podemos tener una hora de paz, de confiada alegría, de descanso en la confianza que nos inspiran los otros!

DON RAMÓN.—Es que las mujeres españolas carecéis de voluntad. Sois tan buenas, tan dulces, tan débiles, que habéis nacido para madres o para enamoradas; sabéis sentir, perdonar y consolar; no dirigir ni prevenir. En la vida... (*Entra Juliana precipitadamente*).

ESCENA XIII

Dichos. JULIANA.

JULIANA.—(*Sofocada y jadeante*). ¡Don Ramón! ¡Don Ramón!
Que viene la chica, la Petra, que le llaman al teléfono, que
vaya corriendo.

OLVIDO.—(*Asustada*). ¿Qué, qué es?...

DON RAMÓN.—(*Extrañado*). ¿Al teléfono? ¿Urgente? ¿De
dónde? ¿Quién?

JULIANA.—*De la Plataforma de la Risa...*

TELÓN

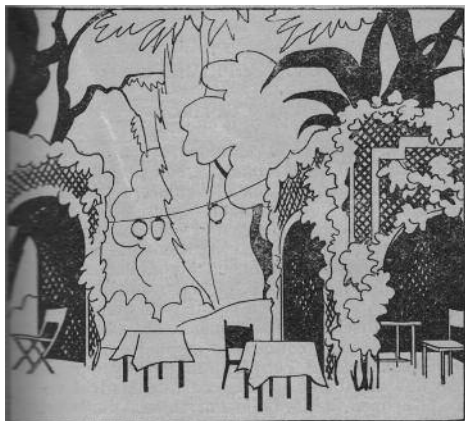


Ilustración aparecida en la edición de *La Farsa*, pág. 45.

ACTO SEGUNDO

Un cabaret primaveral de esos en moda ahora, improvisados en un gran solar, con pretensiones de jardín. En escena, cenadores, mesas a la izquierda, al lado de una pista que no se ve; al fondo, unas diversiones populares (se supone que la *plataforma de la risa*, que da nombre al *dancing*), dependencias en uno de cuyos departamentos que queda cerca y a la vista del público está el teléfono. Circulan camareros de *smoking* dando los últimos toques. A ratos suena una orquesta que toca *fox-trots*, la «Carioca», tangos. Entran algunas gentes, aun pocas, pues son las seis y no comienza hasta las seis y media.

ESCENA PRIMERA

VIUDA y CAMARERO.

VIUDA.—(*Una vieja repintada, recompuesta, vestida muy mal, pero llamativa, con pretensiones de joven. Encarándose con el camarero y hablando siempre con concentración agresiva*). ¡Camarero!... ¡Camarero! Yo soy una señora... en toda la extensión de la palabra. ¡Ay!, en qué trances se ve una dama por ser buena y complaciente... Ya lo sabe usted, ca-

marero. La mesa aquella junto a la pista. Porque vengo a bailar y no quiero causar un desaguisado en los demás... *(El camarero inclina sin gran convicción dispuesto a marcharse. Deteniéndole)*. Porque, aunque hay que guardar las distancias, porque en este Madrid no se respeta nada, bailo, bailo muy bien... Sabe usted, en el extranjero se baila en todas partes, y he vivido mucho aunque joven..., he corrido mundo: París, Londres, Roma, Barcelona, Coruña..., mucho mundo para mis treinta y tres años. *(El camarero la mira extrañado)*. Treinta y tres...

CAMARERO 1.º—*(Con un gesto irónico de asombro)*. Sí, señora, sí...

VIUDA.—Ya sé que no los represento. Nadie, nadie quiere creer que tengo treinta y tres.

CAMARERO 1.º—¡Lo creo!

VIUDA.—*(Interpretando las cosas como quiere)*. Usted sí lo cree porque es un muchacho fino, pero sin ir más lejos, ayer me porfiaba un cobrador de tranvía que eran treinta.

CAMARERO 1.º—Sería el billete.

VIUDA.—Años, años.

CAMARERO 1.º—Si no manda nada.

VIUDA.—Nada... ¡Ah!, si viene el pelmazo ese de ayer que venía conmigo, ya lo sabe. No le sirva nada de comer.

CAMARERO 1.º—Sí, gaseosa, como todos los días.

VIUDA.—Está lleno de aire, de pretensiones, si una le dejara... Le digo a usted, camarero, que es triste, triste, que una señora que se ha criado en pañales, con harina lacteada y polvos Calber se vea así luchando con los hombres. *(El camarero se aleja, dejándola con la palabra en la boca. Al pasar un compañero le da un codazo)*.

CAMARERO 2.º—Vamos, que te has dado un verde... Qué te decía la abuela.

CAMARERO 1.º—Cosas de años... Que uno ayer la echaba menos.

CAMARERO 2.º—De presidio. *(Ríen)*.

ESCENA II

ELLA y ÉL.

(Entran un pollo lleno de pretensiones de elegancia, aunque en realidad, con esa pinta vagamente achulada de los puntos de baile, cogido del brazo de una chiquilla guapa con facha de modistilla. Muy acaramelados, cohibida ella, cobista él).

ELLA.—Ya ves cómo no andaba yo descaminada. Es un sitio de postín, de gentes de la aristocracia... y cuesta un dineral.

ÉL.—Decía el anuncio: consumición, dos pesetas.

ELLA.—Pues ya lo has visto, tres.

ÉL.—Con derechos al guardarropa.

ELLA.—Lo que es en este tiempo como no dejes los pantalones.

ÉL.—¡Bah! Por un día...

ELLA.—Y sesenta del tranvía... No sé si llega.

ÉL.—¿El tranvía? ¡Nunca!

ELLA.—Sí, échalo a broma. No sé si tendré bastante. ¿Tú tienes?

ÉL.—Un dolor en los pies que no me va a dejar bailar.

ELLA.—Si por algo no quería yo venir... Más vale ahorrar para cuando nos casemos para poner la casa.

ÉL.—En una boda la mujer no pone nada.

ELLA.—La ropa.

ÉL.—*Pa la falta que hace... (Han entrado algunas mujeres y chicas. Suena música y se supone que van y vienen a bailar. Aparece Adria del Tintoreto con un señor de aspecto serio y respetable, de gran empaque de autoridad, ante el que se inclina todo el mundo, y van a sentarse a un cenador).*

ESCENA III

Dichos. ADRIA y CABALLERO.

ADRIA.—(*Se sienta dejándose caer, se cruza de piernas, del bolso de mano saca una petaca de oro y enciende un cigarro, echa una bocanada de humo*). ¡Catapumba! ¡Ya está! Querías venir a un cabaret elegante, pues arrea, hijo, que mañana es tarde.

CABALLERO.—¡Qué cosas tienes! Elegante..., elegante... No te diré que sea una cosa muy allá. No sé luego, pero ahora...

ADRIA.—¿Ahora?... Una birria, chico, una birria... Las del habilitado del segundo, la chica de la portera y media docena de desgraciás de esas que llaman morenos a los hombres, aunque sean rubios, y los tiran de la manga, aunque vayan sin chaqueta. Y ellos..., unos pollos de esos que por no trabajar son capaces de no comer, y tos bailando ahí a los sones de la murga esa.

CABALLERO.—Los «Turuloff».

ADRIA.—¡Los... naranjas de la China! Al que sopla el trombón le vi el otro día con una manga de riego... ¡y se había atrancado!

CABALLERO.—Creí que te gustaban los sitios bien.

ADRIA.—Me gusta..., me gusta... ¡el conejo con tomate!... Mira, como gustarme, me gusta estar contigo, que eres bueno, y decente, y caballero... Lo demás, no me fío del *high life*...

CABALLERO.—Pues bien le distes dinero a las señoras para no sé qué.

ADRIA.—(*Poniéndose seria*). Sí, eso sí... Mira, aunque ando desconchá de explicaderas, te diré... Es el aquel con que lo decente de verdad me gusta. Que yo sea esto, y lo otro, y lo de más allá no quita... Lo bueno es bueno pa todos, y teniéndolo se debe ayudar al que no tie de qué.

CABALLERO.—(*Enternecido la coge una mano*). ¡Chiquilla! Mi...

ADRIA.—(*Le da un papirotazo en la mano*). ¡Quieto! A ver si te vas a aprovechar aquí. Y luego van y dicen las honrás que te trajistes un tambor... (*Se acerca a ellos un camarero*).

CAMARERO.—Y desean los señores.

CABALLERO.—Tú dirás, nena. Lo que quieras. ¿Champagne, whisky?

ADRIA.—Quieto de ahí, hombre. Como siempre andas por esos mundos de Dios tienes el tiempo trastocao. Mira que champagne a esta hora. Ni que tuviera flato.

CABALLERO.—(*Ríe*). ¿Whisky?

ADRIA.—Amos..., si sabe a chinchas aliñás.

CABALLERO.—¿Té?

ADRIA.—¡Que estoy mu buena y no me duele la tripa! Yo tomaría una ensalada de tomate y vino con limón.

CABALLERO.—(*Al camarero*). Ya oye. Tomate y un cap de Rioja. (*Vase. A ella*). De puro salvaje resultas chic. Tomate. Conocí en Niza la princesa Charleusky, que no comía más que un tomate al día y todo el agua caliente que quisiera para adelgazar... (*Entran en escena Fabián y un amigo*).

ESCENA IV

Dichos, FABIÁN, AMIGO.

AMIGO.—Bueno, aquí al borde de la pista hay mesa. Así vemos mejor a las chicas, aunque no creo que haya ninguna que sea cosa mayor.

FABIÁN.—Cosa mayor, sí. De cuarenta para arriba...

AMIGO.—¡Paciencia! De todas formas... (*Va a sentarse*).

FABIÁN.—No; ya te dije que venía a ver una cosa, y no quiero exhibirme. Vamos a aquel cenador de los sarmientos y las vides.

AMIGO.—Así la ilusión será completa: el desierto con camellos y todo. (*Se sientan en el cenador. Entran dos inspectores de policía que hacen papel de clientes, pero desentendidamente miran de un lado a otro. Luego se pasan como si buscaran sitio y hablan en sordina, parándose de vez en cuando*).

ESCENA V

Dichos. POLICÍAS.

POLICÍA 1.º—No, pues los pájaros no han llegado.

POLICÍA 2.º—Conque no vengan.

POLICÍA 1.º—Vendrán.

POLICÍA 2.º—¡Vaya usted a saber! A lo mejor les han dejado in albis.

POLICÍA 1.º—No creo. Les ha costado mucho trabajo, y como saben que les van pisando los talones. Necesitan gente de nombre, una casa respetable que esté a cubierto de sospechas, algo seguro...

POLICÍA 2.º—¿Seguro?... Lo que es el tontaina ese.

POLICÍA 1.º—No hay mejor caja de caudales que un tonto.

POLICÍA 2.º—Él no te diré.

POLICÍA 1.º—Ella es una chiquilla.

POLICÍA 2.º—No te diré por ellos, pero los otros son extremistas peligrosos.

POLICÍA 1.º—Peligrosos, sí, pero extremistas. Mira, siempre han querido los canallas taparse con las ideas, porque saben que merecen más respeto...

ADRIA.—(*Al caballero*). Esos dos son policías.

CABALLERO.—(*La mira extrañado*). Tú qué sabes.

ADRIA.—Sé.

CABALLERO.—Cómo.

ADRIA.—Sabiedo. Es el aquel de una historia... Si cuando yo te decía que en el mundo también había gente la mar de decentes... El más bajo, Sanz, es el de allá, del pueblo de la Orden, de donde soy yo, y también la doña Tránsito, esa señora que te dije tan buenísima..., lo que es que ella es de la aristocracia.

CABALLERO.—¡Caramba!

ADRIA.—Como si no. Ella no le tose a nadie.

CABALLERO.—(*Bromeando*). Cuando está acatarrada.

ADRIA.—Ni eso... Mira, no me tires rentois o no te cuento.

CABALLERO.—Cuenta, cuenta.

ADRIA.—Pues la doña Tránsito andaba por allí, más buena que el pan, sin importarla si se reían o no, porque ella en lo de ser buena le da quince y raya...

CABALLERO.—Sigue.

ADRIA.—Pues el Sanz tenía una nena que era talmente una lombriz escabechá. Y va y un día se pone mu malita con el aquel de las viruelas. El alcalde, que era un Herodes, dice que por el aquel de la sanidad no se arrime nadie; el médico venía del pueblo de al lado, pues el de allí se había muerto de un miserere, y, claro, nadie quería. Y la madre venga a llorar y llorar. Y va la doña Tránsito y se planta allí, y se pone a cuidar a la chica después de tenérselas tiesas con el alcalde y todos. Pues de allí no se apartó hasta que la nena estaba bien. Es lo que ella decía: si revienta Dios me lo tendrá en cuenta, y pa los que van a quedarse... (*Siguen hablando. Habla la pareja de novios*).

ÉL.—Ahora echaremos un «fox». Como tocan la «Carioca» y no la bailas...

ELLA.—Me da no sé qué.

ÉL.—(*Malhumorado*). Calambres.

ELLA.—Reparo.

ÉL.—No será por el gentío.

ELLA.—Precisamente por eso. Cuando hay mucha gente...

ÉL.—Pisan, y eso disimula más.

POLICÍA 1.º—Esa es la Adria del Tintoreto.

POLICÍA 2.º—Vaya mote.

POLICÍA 1.º—Se lo puso un pintor que la descubrió en bruto, como los brillantes. Se empeñó que tenía algo de la *Aurora del Tintoreto*, y la bautizó.

POLICÍA 2.º—Es guapa... Mira, guapa, no... Qué picante, va pidiendo guerra... Es una de esas mujeres que la ves y dices «Es una tía»... Luego te fijas y te va gustando, y acaba por levantar de cascos al mismísimo San Pedro con su gracia, su brusquedad, su descaro, su simpatía, qué sé yo qué... Pues ahora como si no. No se te vaya a ocurrir ponerte marchoso, que con este poco cabe.

POLICÍA 1.º—¡Cochino oficio! No cabe el aquel del corazón.

POLICÍA 2.º—Di que sí, que cabe. Lo que es que hay que ir con mucho tiento para saber la verdad y la mentira, para distinguir lo que es una farsa de lo que es un dolor verdadero. ¡Porque el dolor es respetable siempre!

POLICÍA 1.º—Claro que sí. Pero mira que para saber cuando la vieja que está tirada en el arroyo muerta de frío y de hambre si es verdad o solo empina el codo.

POLICÍA 2.º—A veces, si empina el codo su dolor es mayor aún. Créete que para ser buen policía hace falta pupila, olfato y... corazón.

FABIÁN.—No debe haber más puertas que por donde llegamos nosotros; que vemos desde aquí. Así que es imposible que entre nadie sin que nos demos cuenta. (*Siguen hablando*).

ADRIA.—¿Pero a quién demonios esperas? ¿Misterios? Eres divino; me traes a un descampado, las Batuecas, como quien dice, y andas con mil tapujos, como si fuese cosa masonica. Solo te faltó vendarme los ojos.

POLICÍA 1.º—Te confieso que la misión de hoy no me gusta. Pero quien manda, manda. Y donde hay patrón no manda marinerito.

POLICÍA 2.º—¿Peligros?... ¿Tiros?

POLICÍA 1.º—¡Bah! Eso no importaría. La vi no es una cosa muy alta. ¿Tiros?... Se defiende uno, y si le matan no tiene tiempo de darse cuenta.

POLICÍA 2.º—¿Entonces?

POLICÍA 1.º—Es una cosa tan delicada, que hay que andarse con pies de plomo, y sobre todo evitar el escándalo.

POLICÍA 2.º—Puede que no vengan.

POLICÍA 1.º—Seguro. Cuando vinimos ahí estaba el Arévalo, con sus pelos de rebelde, y casi en la puerta Cazorro, con su tripa y su facha de oficinista.

POLICÍA 2.º—Podríamos haberles detenido.

POLICÍA 1.º—¿Qué poco discurre! Lo que es tú no llegas... ni tomando el «Metro». No ves que ellos no tienen nada, que hay que esperar a que venga el marquesito, que como viene del Guadarrama trae la nieve.

POLICÍA 2.º—¿Y crees?

POLICÍA 1.º—Seguro. (*Rápidamente apoya mano en el brazo del otro y tira de él*). ¡Calla! Si hasta las paredes oyen.

POLICÍA 2.º—Aquí no hay paredes.

POLICÍA 1.º—Hay emparrados, que es peor... ¿Sabes quién estaba ahí? El chico de don Ramón, el que fue subsecretario.

POLICÍA 2.º—¿Y tiene que ver?

POLICÍA 1.º—Nada; al contrario, vale mucho, y va camino de ser un gran abogado, pero cuanta menos gente sepa. Vamos hacia allá. (*Se dirigen a la puerta*).

FABIÁN.—(*Nervioso, impaciente, exaltado*). Espera un momento, vengo. (*Sale, en el jardín interroga a un camarero*). ¿El teléfono?

CAMARERO.—Allí, en la dependencia aquella.

FABIÁN.—(*Casi corriendo al aparato y llama*). Sí, sí; yo, diga al señor que llamo... de la Plataforma de la Risa... No se meta usted en lo que no le importa. Vaya... (*Espera con*

muestras de gran impaciencia, pateando en el suelo y mirando a todos lados ansiosamente. Al fin habla). ¡Papá!... ¡Papá!... ¿Eres tú?... Es preciso que vengas, que vengas ahora mismo, a escape... No, no puede ser ir yo, no basta en casa, aquí, aquí, en seguida... Papá, por lo que más quieras, por mí ven... No, papá no. Nunca, nunca te pido nada, nunca te pedí, ni te apuré, ni te disgusté; pero ahora ven, urge... (*Escucha*). No, no es cuestión de dinero... No, tampoco bronca... Más, mucho más, me va la vida... ¡Gracias! Ven en seguida, toma un «taxi», ven... (*Cuelga el aparato y vuelve a su cenador. En el momento entran en el parque Socorrito y Boy*).

ESCENA VI

Dichos. SOCORRO, BOY.

SOCORRO.—(*Desfilando entre la expectación indiscreta seguida de Boy*). Vulgar. Un coral con pretensiones.

BOY.—Lo que es hoy lo encuentras todo mal.

ADRIA.—Lo que suponía. Ya está ahí.

CABALLERO.—¿Quién?

ADRIA.—Nada, gentes...

FABIÁN.—¡Con que dé tiempo!

AMIGO.—¿A qué?

FABIÁN.—A nada. ¡Calla!

LA VIUDA.—Cómo no. La aristocracia. Si está todo perdido.

Luego dicen que una. Pues soy una señora muy señora, más señora que la emperatriz de la China. Fritz, ¿me oyes, me oyes?... No mires a aquella rubia gorda. Es una tía hambrona incapaz de gastarse cinco duros con un hombre... ¡Fritz! Acuérdate lo que hice por ti, que cuando te encontré llevabas un trapo atrás y otro alante, y esos apollillados. (*Él devora y calla*). Fritz, ¡hambroón! No te dará vergüenza. ¡Ay!, este hombre come como un sabañón. Ayer

cuatro setenta y cinco de bocadillos... ¡Ay!... Fritz, no mires a la tía aquella; mira que como soy una señora me planto ahí y le pongo un ojo a la funerala.

SOCORRO.—(*Llega al cenador seguida de Boy y se deja caer*).
¡Calor! Y además te confieso que cansadísima.

BOY.—¿Qué quieres beber?

SOCORRO.—Cualquier cosa.

BOY.—¿Whisky and soda?

SOCORRO.—Bueno. (*El camarero se va*).

BOY.—Te encuentro como triste, aburrida.

SOCORRO.—Defraudada.

BOY.—(*Con extrañeza*). ¿Defraudada?... ¿Por qué?

SOCORRO.—Porque la tan decantada alegría, el chic, el cosmopolitismo, todo es un mito.

BOY.—(*Extrañado*). ¿Un mito?... Supongo que no creerías que ibas a encontrar aquí un cabaret de novela de... hace veinte años.

SOCORRO.—No creí sería un cabaret de novela; pero... Esto es feo, sucio, triste...

BOY.—Pobre, miserable, un refugio del hampa...

SOCORRO.—No, no; la pobreza es otra cosa más sana, más alegre, más cordial. La canalla también es otra cosa... más pintoresca. Esto es... un quiero y no puedo; una cosa llena de pretensiones donde la gente que no tiene dinero, que son feos, vulgares, morales, juegan a que van al cabaret.

BOY.—Algún sacrificio hay que hacer por la idea.

SOCORRO.—No profanes. ¡La idea! La idea podrá ser o no equivocada, podrá ser una maravilla o una infamia, pero esto no, esto no... Es imposible que en la idea todo se reduzca a miseria y ventaja, que los apóstoles de ella sean hombres que vivan a salto de mata, sin ilusión, sin sentido de la justicia, sin espíritu de sacrificio. No, no. En la idea hay más, hay talentos excelsos que organizan, que hacen el holocausto de sus placeres, su bienestar, su comodidad,

sus gustos y pasiones; en la idea hay mujeres que son madres de todos, madres de la humanidad, que la alimentan a sus pechos y viven en una renunciación absoluta de todo lo que no sea amor o sacrificio, mujeres para quienes cada hombre es un Cristo que sube al Calvario y junto a quien hay que ir para restañar la sangre de sus heridas y limpiar el sudor de su frente. Las gentes que te rodean, los pocos que vi hasta ahora, no. Son fríos, vengativos, calculadores, están llenos de hiel. Para ellos la idea es un pretexto, no un faro.

BOY.—(*Que todo el tiempo mira inquieto a un lado y otro, tomándolo casi a broma*). Yo entonces...

SOCORRO.—Tú eres egoísta, perezoso, sibarita... ¿Tú un camarada?... Ni un camarada ni el hermano que dijera Jesús. Eres... eres... un niño bien, no un proletario, ni un caballero, ni un señor... Tienes los defectos de todos, las virtudes de ninguno.

BOY.—(*Frívolamente, sin tristeza ni rebeldía*). Entonces..., ¿ya no me quieres?

SOCORRO.—Ni te quise nunca... así. Te quiero... bien..., como un compañero de aventuras..

BOY.—(*En son de broma*). Entonces renuncias a mi mano.

SOCORRO.—Ni aspire a ello nunca. (*Entra el camarero y sirve el whisky pedido. Luego vase*).

BOY.—Lo siento por los infelices camaradas que vendrán a buscar las cartas, los papeles. En fin, saldré y les diré que no pueden...

SOCORRO.—¿Por qué? ¡Pobres gentes! Déjalos y no les des explicaciones.

BOY.—Ahí están.

ESCENA VII

Dichos, LOS DOS REBELDES.

(Suena la música. Se oye la plataforma de la risa, carcajadas, gritos, gran algarabía. Aparecen viniendo de la puerta dos tipos: un señor decente, de treinta y cinco o cuarenta años, y el otro con el pergeño clásico de bohemio o anarquista, muy mal vestido, raído y sucio, desastrado, con greñas revueltas y mal afeitado. Van hablando entre sí).

REBELDE 1.º—¡Ojo!... No sé por qué no estoy tranquilo.

Cuando andaba rondando por ahí me pareció ver a Sanz, y con ese ya sabes que no hay bromas; además, parece que se huele la droga a un kilómetro.

REBELDE 2.º—Como está esa ahí no hay cuidado. Lo que es de ella no sospecharán.

REBELDE 1.º—Fíate... La poli ahora hila más delgado.

REBELDE 2.º—No tanto. Ella es la coartada.

REBELDE 1.º—No te fíes... A Boy le conocen y puede habérsela traído engañada. A las mujeres se les engaña o con el amor o con la ilusión de hacer grandes cosas. El espejuelo de servir a la idea...

REBELDE 2.º—Mira no me amueles con la dichosa idea. Déjaselo a los ilusos que quieren sacrificarse por la cochina humanidad. Yo lo que quiero es comer todos los días y no un cocido los años bisiestos. ¡Guarra vida! Unos pasando miserias y todos estos pintas gastando dinero en hacer creer que se divierten.

REBELDE 1.º—Calma. Ya sabes que como ahora salga bien unos miles no nos los quita nadie. *(Se van acercando al cenador).*

ADRIA.—*(Que sobre alerta todo el tiempo les ha visto llegar y no los ha quitado la vista de encima, al pasar ellos ha oído alguna palabra suelta, se encara de improviso con su compañero).* Prométeme una cosa.

CABALLERO.—(*Sorprendido*). ¿Qué? ... ¿Un traje? ¿Un mueble? ¿Una joya?

ADRIA.—(*Nerviosa, impaciente, exasperada*).. No, no, no... Otra cosa... Prométemelo, anda... Promete que harás lo que te diga, lo que te mande, sea lo que sea...

CABALLERO.—Pero es...

ADRIA.—Pronto, pronto..., júramelo. Si me quieres como dices, si me estimas, si no quieres que me muera de pena, de rabia, de vergüenza, promete, prométemelo por... ¡lo que más quieras!

CABALLERO.—Por ti.

ADRIA.—Por mí; bueno, por mí; pero... promete.

CABALLERO.—Prometido. (*Ella se levanta, se acerca a la puerta y espía*).

FABIÁN.—(*Que no pierde detalle de lo que sucede en el cenador ocupado por Socorro y los otros*). ¡Ya está!

EL AMIGO.—Pero ¿qué... aventura? ... Parece que estás chalao.

ESCENA VIII

Dichos, DOÑA TRÁNSITO

DOÑA TRÁNSITO.—(*Entra desolada, descompuesta, temblorosa; da el billete y se precipita dentro*). ¡Jesús! ¡Jesús! Dios me perdona de pisar un sitio así. (*Pisa a uno que habla con el portero*).

EL PELMAZO.—¡Caramba!

DOÑA TRÁNSITO.—Usted dispense. (*Sigue su camino*).

EL PORTERO.—¿Qué desea?... ¿Qué busca usted?

DOÑA TRÁNSITO.—(*Impaciente*). ¡Un cuerno!

EL PELMAZO.—Ya decía yo.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Sigue presurosa y desconcertada de un lado a otro. Al pasar por un grupo de muchachos se ríen con algazara; se para y les lanza una mirada furiosa*). ¿Qué?

UN POLLO.—¡Anda! Tu novia del tranvía.

OTRO.—La del general.

OTRO.—Una cocotte nueva.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Furiosa*). El demonio.

EL PRIMERO.—Si no se despinta.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Sigue cada vez más azorada. Al pasar por donde está Adria y el caballero ella la detiene cogiéndola por el brazo*). ¡Ay! (*Reconociendo a Adria*). Gracias a Dios que encuentro una persona decente... ¡Tú, tú! Pero ¿qué haces aquí?

ADRIA.—Nada, vine aquí a tomar el... té con este... este... este... caballero.

CABALLERO.—(*Que se ha puesto de pie*). Señora...

DOÑA TRÁNSITO.—(*Con una reverencia de corte*). Caballero..., beso a usted la mano.

ADRIA.—Pero usted, usted, doña Tránsito, aquí...

DOÑA TRÁNSITO.—(*Enloquecida por el terror*). Vengo... vengo... Tú eres buena y honrada y tú tienes corazón y alma y dignidad y no permitirás un crimen... Estoy loca, loca. Me meto en el jardín de don Ramón a hablar a la criada, que sabes la tomó en la sociedad, y va y me dice: «¡Ay! Si parece cosa de broma. Llaman a don Ramón con mucha prisa y van y dicen que es de La plataforma de la risa. Hoy todos andan en cosas de reír, que ya le oí a la señorita de al lao y a ese que le dicen el Boy que se iban allí.»

CABALLERO.—Señora, tranquilícese... Esté segura que aquí nos tiene a sus órdenes para... todo. ¿Quiere calmarse? ¿Beber un poco de agua?

DOÑA TRÁNSITO.—No quiero nada, nada... ¡Salvarla!... Adria, Adria, tú tienes corazón, tú la quieres... Corrito... ¡Socorrito!

ADRIA.—Allí está. Calma, no pasará nada.

DOÑA TRÁNSITO.—Vamos.

CABALLERO.—Si quieren que vaya...

ADRIA.—No, no. Tú quieto aquí... Luego... Sabes que antes me dejo matar.

CABALLERO.—(Con seguridad). Ya lo sé. (Doña Tránsito va hacia el cenador. Adria la sigue).

BOY.—(Poniéndose de pie y saliendo al encuentro de los recién llegados se los presenta a Socorro). Socorro... ¿Persistes?... Dos camaradas... Cardona, presidente de la casa sindical de Alpuente... Garabito, un gran escritor, director de «Mentiras Sociales», autor de un libro: «El mito de los cisnes.»

REBELDE 1.º—Es un placer y un honor ofrecerle mis respetos. (Durante toda la escena los dos exageran las fórmulas y ademanes mundanos, dando la impresión de cómicos muy malos).

REBELDE 2.º—Gran honra para mí. Boy me había hablado de su peregrino talento; ya tendré el gusto de ofrecerle mi libro.

SOCORRO.—(En todo el tiempo que dura la conversación, Socorro parece inquieta, desconfiada, defraudada, como si esperara otra cosa y aquellos tipos no la convencieran). Yo también me alegro de conocer a unos... unos (Vacila y al fin se resuelve), camaradas tan inteligentes. Me habló Boy de ustedes, y aunque a decir verdad el sitio no es muy propio para hablar de las luchas, de las tristezas, del hambre, de la rebeldía, espero que más despacio...

BOY.—(Interrumpiendo impaciente). Bueno...: estos señores (Vacila), estos camaradas aceptan el aplazamiento, y como a las siete se reúne el Comité para examinar la correspondencia, ahora me limitaré a darles el paquete. (Saca un paquete como de cartas y va a entregarlo a Cardona; en aquel momento se presentan en la puerta del quiosco los policías, que sacan del bolsillo sendas pistolas).

POLICÍA 1.º—¡Alto! No hace falta ni moverse ni protestar. A ver el paquete.

BOY.—(*Insolente, pero lívido de miedo*). ¿Con qué derecho? (*Los policías alzan la solapa y enseñan la insignia*).

SOCORRO.—(*Muy pálida, mira a todas partes aterrada*). Yo..., nosotros.

POLICÍA 2.º—Un poco de calma y de silencio. Que hablen estos señores.

POLICÍA 1.º—(*Que ha puesto la mano sobre el paquete*). ¿Qué es esto?

REBELDE 1.º—Como me voy a Alpuente esta noche.

POLICÍA 1.º—(*Hace un signo negativo*). Lo dudo.

REBELDE 1.º—(*Sin darse por aludido*). Como me voy a Alpuente esta noche, aquí, el señor, que es hijo de la «marquesa» de San Serenín, donde sirvo de «escribiente» (*Exagerando la servilidad en los subrayados*), me pidió le llevase un encargo a su tío el «barón de Parlider», y vine a recogerlo...

REBELDE 2.º—Yo, al saber que el señor venía, como trabajamos juntos en la gran editorial Malcampo, conociendo el gran talento de la señorita, hija de la «condesa viuda de...», prometedora de marqués... (*Señala a Boy*).

SOCORRO.—(*Tiene un gesto de rebeldía*). Por todo esto... (*Aunque sigue la música y la algazara y la mayoría no se han dado cuenta de los acontecimientos, hay dos o tres papanatas que se han acercado a la puerta, entre ellos la Viuda de Ventisquero y Kuz Kuz, que devora un bocadillo*).

LA VIUDA.—¿Ves?... ¿Ves?... Luego dirán de nosotros. ¡La aristocracia, la aristocracia, que está perdida! De fijo unos que después de hincharse no quieren pagar la consumición. Y una, ¡pobre de mí!, paga, y como si fuese poco, aun tiene que pagarle el pienso al animal este. (*Reparando que devora un bocadillo*). ¡Fritz...: sinvergüenza, hambrón! ¡Que te estás comiendo la cena de la criada que había yo guardado envuelta en la «Hoja de Parrá»!... ¡Ay, Dios mío! ¡Que una señora se vea así!... La criada sin comer esta noche. Claro, así no paran en casa.

BOY.—(*Con aplomo*). Sí, como el tío nos mandó la receta y distraída se la llevó la señorita, que es mi prometida...

SOCORRO.—¿Yo?... ¡Mentira!

BOY.—(*Sin azorarse, sino con un gesto de desdén irónico*). Decidimos recogerlo hoy, y en vez de por correo, como de más confianza, enviarlo por conducto del señor.

POLICÍA 1.º—Pues este... medicamento es sencillamente cocaína, y como su tenencia y encuentro constituye gravísimo delito, me veo en el caso de detenerles y rogarles me acompañen a la Comisaría... Allí explicarán la razón de tenerla en su poder y el objeto a que está destinada.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Que llega seguida de Adria y se abre paso precipitadamente, tropezando con la Viuda*). ¡Señora!

LA VIUDA.—(*Indignada*). ¡Haga el favor de no faltar!... ¡Señora!... ¡Señora! ¡Pues me gusta la tía esta... ¿En qué posada hemos comido juntos?

DOÑA TRÁNSITO.—(*Sin hacer caso, atropellando a todo el mundo*). ¡Corrito!

SOCORRO.—¡Tía Tránsito! (*Expectación. Los rufianes tuercen el gesto, pero siguen defendiéndose*).

REBELDE 1.º—Yo no sé lo que puede ser... A mí me pidieron que llevase a La Orden un encargo, y es gente a cuya familia debía favores; llevarles esos polvos al pueblo...

DOÑA TRÁNSITO.—¿A mi pueblo? ¿A La Orden unos polvos?... Como no sean para matar chinchas.

REBELDE 2.º—Por mi parte, como esta señorita me llenó siempre de atenciones, al verla sacar el paquete del bolso...

SOCORRO.—¡Mentira, mentira, mentira! (*Llora. El aventurero de las gafas intenta deslizar un paquete en el bolso de Socorro. El policía le detiene, poniéndole la mano encima*).

UNO DEL PUEBLO.—Así debe ser. Que le detengan como a cualquier hijo de vecino.

OTRO.—Aluego un pobre se come una castaña y dicen que es delito, y hay que ver lo que han tragao. De fijo hasta champán.

OTRO.—Hay que ver el vicio de la aristocracia.

POLICÍA 1.º—Lo siento. Para bien de todos les ruego que no muevan escándalo. No tengo más remedio que detenerles.

BOY.—Por mí, ¡plin!

REBELDE 1.º—¿Detener?... ¿A quién?

POLICÍA 1.º—A todos.

SOCORRO.—¡Pero a mí no, a mí no! ¿Qué he hecho?

POLICÍA 2.º—Allí se aclarará.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Empujando a todos y poniéndose frente a Sanz*). Ella no. Por ella respondo.

POLICÍA 2.º—Usted, con qué autoridad...

DOÑA TRÁNSITO.—(*Que ha reconocido al policía, sin contestar, encarándose con el primero*). ¡Ella no! Ella es mi sobrina, soy la señorita de Remirón de la Orden, una muchacha decente...

BOY.—(*Bajo*). Remirada me parecía a mí.

POLICÍA 2.º—La orden es detener sin contempORIZACIONES. No sé si inocente o no, pero ella andaba en estos trotes, y hasta en su bolso...

ADRIA.—(*Resuelta y audaz*). ¡Mentira!... Son estos, estos que la han traído para que sirviese de tapadera. Usted sabe que es verdad lo que digo. No soy más que una mujerzuela, pero ahora sabe que digo la verdad. Tiene que escapárseme por los ojos, su clara, alumbran... Yo no quisiese chivarme, pero usted sabe que es este. (*Señalando a Boy*). Esos dos tíos son dos sinvergüenzas; pero este es el peor, el peor. Es un pinta incapaz de trabajar; no quiere más que dinero y venga de donde venga. Está bien.

POLICÍA 1.º—(*Con benevolencia*). Sí la creo, pero... no hay remedio. Hace falta ir a la Comisaría. Allí todo se pondrá en limpio y la señorita quedará en libertad. (*Extremado la amabilidad*). Si tiene mucho interés puede ir con ella.

UNO DEL PÚBLICO.—¿Ven ustedes? Cuánta consideración y cuánta pamplina porque son burgueses.

LA VIUDA.—De la aristocracia. Yo conozco a toda la aristocracia. Mi tía la vizcondesa del Palomar...

OTRO DEL PÚBLICO.—De la aristocracia tenía que ser para que la guardasen tantas consideraciones. Acabarán por irse sin pagar.

OTRO.—¡Suerte que tienen!

LA VIUDA.—Que hay muchísima politicada y una desigualdad que irrita. Yo me compré un sostén...

OTRO.—(*En sordina*). Sería de la vejez.

LA VIUDA.—Un sostén rosa, y porque me fui sin pagarlo me desnudaron en el Prado.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Llena de dignidad*). No quiero discutir. Soy una Remirón, pero se trata de mi sobrina y de una niña.

POLICÍA 1.º—Ya he tenido el honor de reconocerla, y sabe que puede mandar a un servidor; pero la obligación... No la pasará nada.

ADRIA.—Su madre... Lo sabrá su madre.

POLICÍA 1.º—Comprenderán...

DOÑA TRÁNSITO.—No comprenderá... ¡No comprenderá! (*Se queda mirándole fijamente a los ojos*). Es la deshonra, el desprestigio, la vergüenza... Y para ella será... peor, peor que si la viera comida de viruelas.

POLICÍA 1.º—(*Baja los ojos*). El deber es lo primero. Usted sabe mi gratitud y mi devoción, pero comprenderá... Haría falta una persona de solvencia moral... (*Suena el silbato de la Plataforma de la Risa y se aclara mucho el grupo*).

ADRIA.—(*Fulgurando alegría*). ¿Una persona de solvencia moral?... Esperen... Fernando... (*Va a salir precipitadamente cuando llega Fabián, que estuvo yendo y viniendo a la puerta de la calle oteando impaciente el camino*).

FABIÁN.—(*Que entra apuradísimo, habiendo oído las últimas palabras, se encara con el policía*). Usted me conoce, ¿verdad?

POLICÍA 1.º—Sí, señor.

BOY.—(*En sordina*). Este tipo faltaba. Éramos pocos y...

REBELDE 1.º—La culpa me la tengo yo por mezclarme con niños góticos.

REBELDE 2.º—A ver qué falta nos hacía este fregado...

FABIÁN.—Si ustedes creen que mi garantía es suficiente.

POLICÍA 1.º—(*Habla con más sequedad y menos sumisión que con Adria*). Qué duda cabría en cualquier caso; pero es cosa delicadísima. Ya sabe usted que precisamente estos días ha habido como una lluvia de estupefacientes en los cabarets y bares elegantes; se sospecha de gentes, no le diré a usted de grandes nombres, pero sí que alternan con lo mejor, y las órdenes son severísimas.

FABIÁN.—(*Apurado*). Pero yo...

POLICÍA 1.º—Claro que me honro conociéndole como una gran esperanza del foro español; pero... desgraciadamente, no basta. (*A Socorrito que llora en silencio*). No se apure usted, señorita, ya ve que tiene buenos amigos y que todos estamos en la mejor voluntad.

SOCORRO.—(*Alzando el rostro bañado en llanto*). ¡Tía Tránsito!... ¡Adria!... ¡Fabián!... ¡Gracias!... ¡Dios os bendiga!

BOY.—Que les parta un rayo.

FABIÁN.—Si me diesen ustedes permiso para hablar por teléfono y esperasen cinco minutos.

POLICÍA 1.º—Pero... (*Doña Tránsito le fulmina con una mirada*). Bueno: estamos faltando un poco a la letra, pero tomaré sobre mí haber escuchado más al espíritu.

FABIÁN.—(*Va a salir. En ese momento aparece en la puerta del parque don Ramón. Fabián corre a él*). ¡Papá, papá! ¡Gracias a Dios! Me moría de angustia... Ven, ven, es ahí en el cenador donde se ve la gente... Socorrito... Sálvala... El miserable de su primo Boy la ha metido en un asunto feo sin saber nada.

DON RAMÓN.—Pero ¿y no sabía...?

FABIÁN.—¡Nada! ¡Nada!... Ven, es preciso..., ¡preciso! Me va todo, papá, todo: la honra, la vida...

DON RAMÓN.—Y yo qué papel...

FABIÁN.—Todo, papá. Tú eres, tú eres omnipotente, grande, poderoso...

DON RAMÓN.—(*Sin poder resistir la ironía*). Principio y fin de todas las cosas. No me recites el Credo.

FABIÁN.—Es que ahora... lo eres para mí. Eres todo, papá de mi alma, todo. El destino de los demás está en tu mano.

DON RAMÓN.—Vamos allá, chiquito. Veremos. Tú quieres que yo sea como Dios, que le piden infinidad de cosas absurdas y cuando no las hace dicen que se ha equivocado. (*Llegan junto al cenador*).

DOÑA TRÁNSITO.—(*Cruzando las manos; en los ojos, un fulgor de esperanza*). ¡Ramón!

DON RAMÓN.—Señores, buenas tardes. Sanz, cuánto bueno por aquí. Doña Tránsito...

POLICÍA 1.º—Muy buenas tardes, don Ramón. Siempre a sus órdenes.

POLICÍA 2.º—Servidor.

DON RAMÓN.—Aquí vengo..., mire usted, con franqueza, a tratar de arreglar un daño que puede ser... irreparable.

POLICÍA 1.º—Usted dirá, que bien sabe que estamos para servirle.

DON RAMÓN.—En la epidemia de venenos, o mejor dicho, en la plaga de gentuza que ha caído, esta temporada pretendiendo vivir del vicio o de la tontería de los demás, a ustedes les ha tocado trincar unos... (*Le mira con el rabillo del ojo y hace un gesto de desdén*). que no creo que sean muy terribles.

FABIÁN.—Unos pobres diablos.

ADRIA.—Con mucha hambre y poca vergüenza.

BOY.—(*En sordina*). ¡Maldita sea!

DON RAMÓN.—Y cuando han caído ha ido a ser cuando una pobre niña estaba con ellos, una chiquilla sin culpa ninguna.

POLICÍA 1.º—Ninguna. Cuando estábamos aquí uno quiso deslizar un papel con la droga en el bolso.

BOY.—(*En sordina*). ¡Animal!

DON RAMÓN.—Usted mismo reconoce que está limpia de culpa. ¿Qué bien va a reputar llevarla entre unos vulgares ladrones...?

REBELDE 1.º—(*En sordina*). Nos ha amolao.

DON RAMÓN.—Entre unos vulgares ladrones a la Jefatura.

POLICÍA 1.º—El deber, don Ramón, el deber. Entendido que allí dirá la verdad y la soltarán en seguida...

DON RAMÓN.—¿Y el escándalo? ¿Y los periódicos?

POLICÍA 1.º—Si se les aborda honradamente callan.

DON RAMÓN.—Verdad, pero... la calumnia e un venticello.

POLICÍA 2.º—(*Con buena voluntad*). No le falta el aquel de lo justo, don Ramón... Claro que el deber.

POLICÍA 1.º—La obligación, cruel y todo a veces, es la obligación.

DON RAMÓN.—Vamos a ver: ¿ustedes tienen confianza en mí?

POLICÍA 2.º—¡Claro!

POLICÍA 1.º—¡Qué cosas pregunta!

DON RAMÓN.—Bueno, pues una proposición. Mi hijo y yo nos vamos con ustedes a la Jefatura, y si el jefe no está conforme yo le doy mi palabra de caballero que voy a buscar a esta señorita y vuelvo con ella. Ustedes llevan a estos detenidos, y ella, acompañada de..., de su tía, la señorita de Remirón de la Orden, se va con su madre. Habrán hecho una buena obra; a mí, aceptando de improviso su papel, un gran favor.

POLICÍA 1.º—(*Hace un gesto de indecisión y mira al otro, que más inconsciente afirma. Al fin vence la duda*). Bueno: como usted lo quiere se hará. Por esta puerta de atrás, para no llamar la atención, saldremos con estos fulanos y con los compañeros que hay fuera camino de la Jefatura. Usted y su hijo se vienen detrás en su coche, y la señorita...

DON RAMÓN.—(*A Fabián*). ¿Estás contento, hijo mío?

FABIÁN.—¡Gracias!

DON RAMÓN.—Yo también he sufrido mucho, hijo mío, porque solo sufriendo se aprende a comprender y perdonar.

POLICÍA 1.º—Entonces, cuando quieran.

POLICÍA 2.º—(*A los presos*). En marcha y cuidadito... (*Acaricia el revólver. Encarándose con los camaradas*). Y música... Que el truco ese dé vueltas, y cuanta más bulla, mejor. (*Salen unos por detrás, sin más atención que la de los camareros. Adria y Socorro cruzan la escena entre mediana expectación. Adria, al pasar por el cenador donde está su amigo, se para*).

ADRIA.—(*Al caballero*). Tú espera; voy a acompañar a estas señoras al coche, porque aquí hay mucha gentuza y no saben respetar... Y vuelvo, vuelvo pronto.

CABALLERO.—(*Con afectada deferencia*). Muy bien... No te preocupes. Que el coche las lleve y si quieres tú acompáñalas. Si necesitas algo... Ya sabes la misión que tienes que cumplir... (*Doña Tránsito y Socorrillo siguen. Adria las acompaña. Algunas gentes ociosas se dan con el codo y murmuran; otros se limitan a mirar. La Viuda, a gritos, como siempre, se encara con Fritz*).

LA VIUDA.—¿Ves?... ¿Ves?... ¡La aristocracia! Porque la di un mamporro a la portera, que se metió donde no la llamaban: que si había puesto o no puesto mi pelo y mi dentadura al sereno para que se ventilaran durante la noche, tuve un juicio de faltas y me costó cinco duros. Pues esta ya verás tú... ¡ni las gracias!

ADRIA.—(*Que ha oído, se contiene a duras penas*). ¡Ay, qué tía cochina! Ya puede darle gracias a Dios que tengo (*Enfática*). una misión, que si no me arremangaba y la peluca de la tía esa, que no la habrá pagao, pues... ¡de estropajo! (*Socorro camina, la cabeza doblada y se le saltan las lágrimas*).

DOÑA TRÁNSITO.—No llores tú, sol, que no hay nada en el mundo, como no sea tu madre, que merezca hacerte llorar. ¡Qué tíos ladrones más cochinos! ¡No llores tú, nenita, lucero, sol!

SOCORRO.—(*Esforzándose por sonreír*). Si no lloro, tía, si voy tranquila... contigo.

DOÑA TRÁNSITO.—Y puedes..., conmigo y con esta, que es una señora.

ADRIA.—Más tranquila que con la Guardia civil, que antes de dejar que la ofendan me hacen picadillo a mí.

SOCORRO.—(*Con cariño*). Si sois muy buenas, pero si vieséis qué rato paso. (*Llora*).

DOÑA TRÁNSITO.—No llores; aquí no, aquí no. Aquí se ríen, se ríen del sufrimiento de los otros, aquí se ríen cuando los demás se dan un batacazo o se hacen daño. No hay más que tenerse firme. Porque no tienen corazón, sabes, no tienen corazón, y no gozan sino del daño de los otros y no saben reír más que cuando lloran los demás. (*El «chauffeur» se ha acercado gorra en mano y salen*).

TELÓN



Ilustración aparecida en la edición de *La Farsa*, pág. 75

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto.

(Olvido, sentada con aire de profundo abatimiento, tiene a Bobby al lado y lo acaricia. Doña Tránsito, que se ha improvisado pintoresca toilette matinal, la habla en tono optimista. Son las doce de la mañana).

ESCENA PRIMERA

OLVIDO, DOÑA TRÁNSITO

OLVIDO.—*(Con desaliento)*. ¡Se acabó!

DOÑA TRÁNSITO.—Qué extremosa eres. Falta que sea verdad lo que supones.

OLVIDO.—Lo es. Tú lo sabes mejor que yo. La prueba la tienes en que estás aquí. Yo no sé, no sé... Me falta la clave, pero estoy segura de que lo sucedido lo has presenciado tú.

DOÑA TRÁNSITO.—*(Intentando echarlo a broma)*. Justo. Allí fui montada en la escoba y me colé por una chimenea.

OLVIDO.—Tú asististe a ello, tú lo desenlazaste.

DOÑA TRÁNSITO.—*(Vendiéndose)*. Lo desenlazó Dios.

OLVIDO.—Ves, ves, ¿cómo fue?

DOÑA TRÁNSITO.—*(Recogiendo velas)*. ¡Justo!... Vamos, no seas niña, cuando yo te digo...

OLVIDO.—Eres muy buena, darías algo por apartar de mí una pena, pero se te ve en los ojos, en el gesto, en el tono. Estás como cohibida. A fuerza de voluntad sostenida por el cariño...

DOÑA TRÁNSITO.—Mira, haz el favor de no ponerte sentimental. Luego decís que es una cursi porque se planta un traje de alivio, malva, con golpes morados... Pues, hija, peor son esos alifafes sentimentales. He venido... por lo mismo que ayer. Tenía que ver a Adria...

OLVIDO.—Que es muy buena, muy decente, muy delicada...

DOÑA TRÁNSITO.—¡Atiza!

OLVIDO.—No lo metas a barato. Mejor que nadie sabes que es verdad. Lo que hizo ayer... Porque tú al fin y al cabo eres una señora, eres de la familia; pero ella, una pobre mujer de la vida, lo que hizo...

DOÑA TRÁNSITO.—(*Fingiendo inocencia*). ¿Lo que hizo ayer?

OLVIDO.—Lo sabes mejor que yo. Creéis que porque una tiene mundo, se calla y aparenta creer, no sabe. Pero, Tránsito, por Dios, te figuras que una madre, por despreocupada e indiferente que parezca, va a vivir un solo minuto sin estar pendiente del vivir de su hijo. Un personaje de Galdós decía irónicamente que los hijos son una enfermedad de nueve meses y una convalecencia de toda la vida. Verdad, pero en sentido más grave; son una enfermedad de nueve meses y luego una convalecencia de toda la vida hecha como todas las convalecencias: de alegrías inefables y de hondas tristezas, de bienestar y de zozobra, de reposo en la alegría e inquietud ante el enigma.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Baja la cabeza, pero queriendo quitar gravedad a las cosas y echarlo a broma*). Exageras...

OLVIDO.—¿Exagerar? Cuando yo, inquieta con ese presentimiento que tenemos las madres, vi a Corrito llegar contigo en vez de con Boy, me escamé; luego las vi cuchichear, hablar mucho y, en fin, entrar la chica sola. Su silencio sobre

tu compañía me asustó más. Estaba triste, preocupada; no habló apenas en la mesa, ella que es la alegría en persona, y, por fin..., la noche. Y no he pegado los ojos. La sentía rebullir, suspirar, llorar... Estas casuchas de serie son la caja de música de que hablamos ayer. Me levanté tres veces y fui a su cuarto. En la puerta me detuve... ¿Para qué? Y siguió la noche atroz. Luego, esta mañana a las diez, la oí hablar con el vecino en el jardín.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Con el vecino?

OLVIDO.—El muchacho ese hijo de Escuder.

DOÑA TRÁNSITO.—Parece buen chico...

OLVIDO.—Lo es. Recto, serio, trabajador.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Con leve ironía*). De sabios es cambiar de opinión.

OLVIDO.—No creas... Es que... nos ignoramos. El mundo nos separa con su cristal frío, frío, deformador y no sabemos nada. Un día un lance cualquiera rompe el cristal y comenzamos a conocernos.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Y esta mañana...?

OLVIDO.—Hablaban los dos. Corrito decía: «Dentro de diez minutos... Voy a tranquilizar a mamá. El Club de Campo. Luego, si tardo, ya sabes lo que hay que telefonar.» Él, muy serio y muy seguro: «Descuida. No tardarás. Papá lo ha dicho. Solo una formalidad. Además, vendrá doña Tránsito...» Y Corrito: «Eso me tranquiliza; es muy buena.»

DOÑA TRÁNSITO.—(*Emocionada*). ¡Ángel de Dios! (*Luego se reporta y vuelve a disimular*). Ya ves. Poniéndose en lo peor, y suponiendo no sean figuraciones tuyas...

OLVIDO.—Lo triste, lo malo, lo peligroso es... el día siguiente. En el drama o la tragedia, mientras dura, la tensión nerviosa nos sostiene. La hora trágica es siempre magnífica; lo triste es el cortejo interminable de las que vienen después. Estamos solos y somos pobres...

DOÑA TRÁNSITO.—No exageres.

OLVIDO.—Pobres. Ahora no hay sino irnos a Asarte, al viejo caserón con honores de palacio, y vivir allí pobres y olvidados. Roto hasta el ensueño de la boda, en que los restos de los grandes nombres y las grandes fortunas se fundirían...

DOÑA TRÁNSITO.—(*Vivamente*). Tú siempre con tus sueños de grandeza. Que si el nombre, que si la raza... Pues lo que es en eso no has perdido nada. Dicen que al pollito no tiene el diablo por donde desecharle. Que bebía, andaba con mujerotas y, lo que es todavía peor, tomaba esas porquerías que toman ahora para no pensar en nada...

OLVIDO.—Malo no lo creo. Desde niño era delicaducho.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Delicaducho? ¡Un monstruo! Acuérdate: su madre era patrona del convento de Santa Pelmudiva, que estaba junto a su casa solariega de Fuenlabrada, y, claro, tenían entrada. Había una reliquia admirable de la Santa: una tibia que estaba en un relicario precioso con topacios, y un día... desapareció. La madre abadesa se volvió loca buscando. Al fin encontró la tibia, la cogió..., y ¡se quedó fría! Fría al ver que le habían arrancado las piedras del relicario. (*Entra Juliana*).

ESCENA II

Dichos y JULIANA.

OLVIDO.—(*Sobresaltada*). ¿Qué pasa?

DOÑA TRÁNSITO.—(*Disimulando su alarma*). ¿Sucedo algo?

JULIANA.—Una señorona muy bien puesta que pregunta.

OLVIDO.—¿Quién es? ¿No ha dado nombre? La dije a usted mil veces...

JULIANA.—La marquesa de San Serenín... de la Buena, Buena Vida.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Está usted cantando coplas?

OLVIDO.—¿Tía Ricarda?... ¡Qué raro!... ¡Que pase! (*A doña Tránsito*). Me asusto. ¿Qué traerá esa pájara de mal agüero?

DOÑA TRÁNSITO.—No te preocupes. Aquí me quedo. La sentará como un tiro. Pero... el que da primero da dos veces.

ESCENA III

OLVIDO, DOÑA TRÁNSITO, MARQUESA DE SAN SERENÍN.

OLVIDO.—(*Poniéndose en pie y saliendo a su encuentro*). ¡Tía Ricarda! ¡Qué sorpresa! Lo que menos me esperaba era verte por aquí.

MARQUESA.—(*Viste de negro con mantilla, lo que las señoras usaban hace cuarenta años, y de bandas que llamaban de trapillo*). Pues cuando te diga te sorprenderá más. No vengo a nada desagradable.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Aparte*). Me choca. Así y todo no las tengo conmigo...

OLVIDO.—Tú siempre eres bienvenida

MARQUESA.—No se trata del pleito. Ese, gánelo quien lo gane, no puede influir. Somos damas y parientes cercanas y esos dimes y diretes son cosas de hombres. En fin, ya te digo no se trata de eso, ahora es cuestión de los chicos.

OLVIDO.—(*Sobresaltada*). ¿Los chicos?

MARQUESA.—(*Riendo forzosamente*). No te alarmes... Niñerías... Casi juegos de criaturas.

OLVIDO.—¿Juegos?

MARQUESA.—(*Con convicción querida*). Juegos... Como son primos y Boy es un niño...

DOÑA TRÁNSITO.—(*Irónica, en sordina*). ¡Pobrecito!

MARQUESA.—(*Mirándola altivamente de arriba abajo*). ¿Decía usted?

DOÑA TRÁNSITO.—Nada... Que sí, que niños...

OLVIDO.—(*Inquieta*). Sigue, mujer...

MARQUESA.—Pues nada, que jugando, jugando...

OLVIDO.—(*Alarmada*). ¿Pasó algo?

MARQUESA.—Nada, mujer... ¿Qué había de ser?... Son cristianos, decentes y bien educados... Además, nunca han estado solos, sino rodeados de gente...

DOÑA TRÁNSITO.—(*En sordina*). Menos mal... Eso me tranquiliza.

OLVIDO.—¿Entonces?

MARQUESA.—Boy es un niño, un niño.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Pobrecito!

MARQUESA.—(*Sin darse por entendida*). Voy a mandarle a Londres a acabar de educarse...

DOÑA TRÁNSITO.—¿Pero había empezado?

MARQUESA.—(*Fulminándola una mirada pulverizadora*). ¿Cómo?

DOÑA TRÁNSITO.—(*Con aire inocente*). ¿Que si había empezado en Londres?

MARQUESA.—(*Siempre con escama*). Como anduvo tan delicaducho. (*Encarándose con Olvido*). Pues jugando..., ¡cosas de chicos!..., creo llegó a cambiar promesas con Socorrito... Yo, mientras creí que se querían, me callé... El amor es lo primero... Luego supe que él estaba loco por una de las Echigarrieta, y claro...

DOÑA TRÁNSITO.—¿El de las líneas de aviación?

MARQUESA.—Justo. Y por eso me ha parecido más honrado, tratándose de la familia, hablar claro.

OLVIDO.—Corrito no está. Cuando venga...

MARQUESA.—No lo sentirá nada.

DOÑA TRÁNSITO.—Nada.

MARQUESA.—Yo me dije...: las cosas de familia ventiladas en casa.

OLVIDO.—Bien hecho. Descuida que se lo diré Corrito.

MARQUESA.—(*Levantándose*). Pues nada; con eso... (*Amable*). Tienes una casa monísima.

OLVIDO.—Pequeña.

MARQUESA.—Sobra... En los tiempos que corren un palacio es un agobio... (*Besos y despedidas. Sale*).

ESCENA IV

OLVIDO y DON ROSENDO.

DOÑA TRÁNSITO.—Esta mujer tiene sangre de horchata.

OLVIDO.—Desagradable la escena.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Desagradable? ¿Por qué? Porque un sinvergüenza ha encontrado a una infeliz que se deje engañar y una... desaprensiva canta victoria. No, hija, no; como si cantase misa. No se le hace caso y en paz.

OLVIDO.—¿Y Corrito?

DOÑA TRÁNSITO.—Corrito encontrará un hombre honrado, que lo merece.

OLVIDO.—Sí, pero te confieso que es una ilusión más que se va. El gran nombre, la raza.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Turururu! Ya salió aquello. Qué nombre, ni qué raza, ni qué ocho cuartos. Ninguno somos sino lo que Dios nos hizo y nos hicimos nosotros mismos. Entre el botarate de Boy con sus títulos y la pobreza con un hombre honrado que sepa luchar, vale más ser pobre... (*Se abre la puerta y entra Juliana*).

JULIANA.—Don Rosendo Rosón, procurador.

OLVIDO.—¡Jesús! Otra desgracia. En ausencia de Soldecampo, el gran abogado, es el que lleva el pleito de la casa con tía Ricarda. Ya decía yo que a algo venía ella... (*A la criada*). Que pase.

DOÑA TRÁNSITO.—Yo me salgo al jardín con Derby. Si algo me necesitas. (*Sale, cruzándose con un señor viejo, meticuloso, con facha de hipócrita*).

ESCENA V

OLVIDO y DON ROSENDO.

OLVIDO.—Dichosos los ojos que le ven, don Rosendo. Cuánto tiempo, y... las vueltas que da el mundo.

DON ROSENDO.—(*Viejo raro, la cabeza monda y los gestos con algo de giratorios en su manía de, al explicarse, hacer girar las manos como si diese vueltas a una esfera*). Todo da vueltas, gira, es una ley... una ley, digámoslo así, cósmica.

OLVIDO.—(*Sonriendo, decidida a ser amable*). Y el tiempo pasa y no vuelve.

DON ROSENDO.—Vuelve; los que no volvemos somos nosotros, pero el tiempo... Hay una teoría alemana (gran país Alemania, único para investigaciones científicas) que sostiene que la vida del mundo camina siempre de Oriente a Occidente. Así es; todo gira: gira la tierra en derredor del sol... y la luna en derredor de la tierra. Es así, todo gira: el que hoy está arriba, mañana está abajo, y el que abajo, arriba; el sano, enfermo, y el enfermo, sano. Lo mismo en todo, con la posición, el dinero, con todo, todo pasa igual...

OLVIDO.—(*Bromeando*). Dígamelo usted a mí que me tocó bajar.

DON ROSENDO.—La tocó a usted bajar como mañana puede tocarla subir.

OLVIDO.—Es más difícil.

DON ROSENDO.—Nada difícil en el mundo.

OLVIDO.—Conforme; pero me reconocerá usted, querido amigo, que es más fácil bajar que subir.

DON ROSENDO.—No.

OLVIDO.—(*Sonriendo como ante una patochada*). ¿Usted cree? Debe ser muy optimista.

DON ROSENDO.—Lo creo. Y la prueba es...

OLVIDO.—¿Es qué?

DON ROSENDO.—¡Es que ahora la toca subir!

OLVIDO.—¿Subir?

DON ROSENDO.—Subir. Porque ha de saber usted... (*Mira a todas partes como si buscarse una puerta abierta, y, al fin, con muchos visajes, estornuda*). ¡Me constipé! Si ya lo decía yo. Todo por quitarme la franela ayer. Y es que todo da vueltas. A un día de verano sucede uno de invierno. A una hora de sol, una de neblina. ¿Y el relente? ¿Qué me dice usted del relente?

OLVIDO.—(*Impaciente*). ¿Yo?... Sí, es peligroso...

DON ROSENDO.—¿Peligroso?... ¡Mortal de necesidad!... Va usted por la calle tan tranquilo, se le olvida abrochar el gabán, y, de pronto, de un callejón sale un aire, y... ¡no lo cuenta!... En fin, dejemos estas breves digresiones y volvamos al grano. Pues es el caso que por ausencia de Soldecampo me he encargado yo de los asuntos. Me llaman ayer...; no quiera usted saber qué corrientes de aire, qué puertas, más puertas, por donde sin pedir permiso entra una pulmonía... ¡Y qué ventanas! Unas ventanas por donde se mete un catarro en un decir Jesús. (*Estornuda*).

OLVIDO.—¡Jesús!

DON ROSENDO.—¿No lo dije? Así cogí yo el constipado. Pero basta de digresiones, que estará usted impaciente. Pues me llaman... Va... y voy... y me encuentro con Rondilla, que me dice que el dichoso pleito ese de la mejora de la casa y las fincas de Corralillo ha sido fallado... (*Pausa*).

OLVIDO.—(*Con aire resignado, interpretándolo como prueba de discreción*). En contrario. Ya me lo suponía yo.

DON ROSENDO.—No podía ser otra cosa; la justicia más elemental...

OLVIDO.—(*Mirándole un poco extrañada*). ¡Paciencia!

DON ROSENDO.—Es lo que yo me digo... ¡Paciencia! Quién les mete a ellos en esos belenes.

OLVIDO.—Si se salieron con la suya.

DON ROSENDO.—Sí, señora; con la suya, con lo que era ley de Dios: con quedarse sin el palacio y las fincas.

OLVIDO.—Pero...

DON ROSENDO.—Pero... ¡claro que se alegra usted! No le diré que sea un Potosí lo que se le entra por las puertas, pero su buen millón de pesetas no se lo quita a usted nadie.

OLVIDO.—(*Que se ha erguido crispadas las manos*). Pero... entonces..., entonces... ¿hemos ganado?

DON ROSENDO.—Claro que hemos ganado.

OLVIDO.—(*Con un ademán de cordialidad*). Ganado, ganado, y he de agradecerles...

DON ROSENDO.—Nada. La ley, señora mía, la ley. En fin, he cumplido mi misión y ahora me voy a la cama, a la cama, a sudar el catarro, que son muy traidores.

OLVIDO.—Pero ¿coche? ¿Tiene usted coche?

DON ROSENDO.—Qué coche... Si estuviese bien, el de San Francisco, que es muy sano; como estoy fatal, el tranvía, el tranvía, que es confortable, único para los catarros.

OLVIDO.—Gracias, y dígame...

DON ROSENDO.—Nada, nada. Ya la citaremos para echar unas firmitas. (*Va hacia la puerta y se supone que se cruza en la escalera con doña Tránsito y Adria*).

LA VOZ DE ADRIA.—¡Me gusta! Podía usted empujar a su padre... Sí..., sí... ¡Casual! Y el pellizco casual también. ¡Miren el tío carcamal, que las mata callando!... ¿Que fue sin querer? ¡Pues yo también arreo sin querer cada bofetada que tiembla el misterio! (*Entran Adria y doña Tránsito, Adria roja, muy sofocada*).

ESCENA VI

OLVIDO, DOÑA TRÁNSITO y ADRIA.

OLVIDO.—Adria, mujer, repórtate. Es un viejo respetable.

ADRIA.—¿Respetable? Me río yo de los viejos respetables que se caen encima de las señoras con todo su respeto como podían caerse con el paraguas.

DOÑA TRÁNSITO.—¿Qué cosas se te ocurren, pobre señor!

ADRIA.—Como sobre usted no se ha caído...

DOÑA TRÁNSITO.—Soy ya vieja para los tropezones.

ADRIA.—Pues conmigo que se ande con ojo.

OLVIDO.—Calla, que es una buena persona. Traía una buena noticia... ¡Hemos ganado el pleito!

DOÑA TRÁNSITO.—¡Si hay Dios!... No podía ser de otro modo. Pero... ¡qué alegría!

OLVIDO.—Mucha..., si no fuera.

ADRIA.—Pues yo traigo una noticia mejor... Lo de Corrito se arregló todo.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Haciendo mil gestos y visajes rarísimos, que la otra no entiende*). Mujer, no seas indiscreta.

ADRIA.—¿Qué indiscreta! Una madre tiene derecho a saberlo todo, todo: lo bueno, lo malo, lo bonito, lo feo. Unas cosas para alegrarse y ponerse muy contenta; otras para llorar con una y que sus lágrimas refresquen el corazón reseco de pena.

OLVIDO.—Tiene razón Adela... Dices que Socorrito...

ADRIA.—Dentro de veinte minutos está aquí, que el señor ese, que es un santo, el primer caballero del mundo, lo ha arreglado todo. Que era un lío muy feo, y muy malo, y muy sucio; que hay gentes que tienen el alma negra...

DOÑA TRÁNSITO.—(*Exasperada al no lograr que se calle la otra*). Eres... indiscretísima. Estás metiendo la pata. La señora condesa no sabía nada.

ADRIA.—(*Mira a las dos aterrada*). ¡Ay, Dios mío lo que he hecho! Pero en el aquel de la alegría. Como las gentes ordinarias somos así y no sabemos entre nosotros callarnos las cosas. Ya sé que en la *ristocracia* son muy reservaos, que si no tienen qué comer se echan un candao a la boca, y si se están muriendo sonrén como si les cantasen coplas; pero ya sabe la señorita que con nosotros es el aquel del natural. Nos lo decimos todo, lo mismo que duela un callo que nos haya tocado una batería en la rifa.

OLVIDO.—Hacen bien; es... la fraternidad que mandaba Cristo.

DOÑA TRÁNSITO.—Pero, mujer...

ADRIA.—(*Muy azorada, deseando escapar*). Y ahora me voy.

OLVIDO.—¿Que te vas? Pero por qué, criatura, por qué.

ADRIA.—Que tengo... tengo... tengo.

DOÑA TRÁNSITO.—Dilo y no seas ridícula. ¿Vale la pena de criar fama de descaradota para eso?

OLVIDO.—Algo malo.

ADRIA.—(*Llena de orgullo*). ¿Malo? Que no lo ha criado Dios mejor bajo los cielos.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Ave María Purísima!

OLVIDO.—Pero ¿qué?... ¿Quién?

ADRIA.—Pues el aquel de que... Ya lo sabe... la señora.. Yo tenía un... pro... ami..., un protector muy buenísimo que me quería una porción grande. Y venga obsequiarme, y regalarme, y traerme, y llevarme... Luego va y me dice: «Mira, Adria, que te voy a hacer un regalo.» Primero me creí que era un atomóvil o un collar, algo que me apetecía... Luego empieza a pedirme papeles, y caí. Era una casa lo que me iba a regalar, que bien sabía él que yo tenía ganas. (*Olvido escucha silenciosa sin gestos aprobadores ni desaprobadores. Doña Tránsito ríe*). Pues va ayer... Él se había portado como un... rey. Ni preguntar ni tomar cuentas... Coge el coche y aquí te espero. Y si pasa algo a ti o a esa

señorita me llamas. Y cuando yo volví al cochino jardín ese, toda sofocada y temblando porque a la Socorrito la miro como cosa mía (*Balbuceando*), a la señorita Socorro, me lleva a comer y me dice: «Adria, que tú no estás hecha para estos belenes, que tú eres honrada y buena y te debías casar.»

DOÑA TRÁNSITO.—Claro.

ADRIA.—Yo, claro es, me río. Y él va y me dice: «Mira, yo estoy muy solo y te quiero mucho; tú creo que me quieres y que serás siempre buena...» Y, total: que todo estaba arreglado para el casorio.

DOÑA TRÁNSITO.—Todo acaba bien. Ya puedes ser buena para merecer tantos bienes.

OLVIDO.—Serás buena, estoy segura. Tú tienes buen fondo, y si él es un hombre...

ADRIA.—Un hombre, y un caballero, y ¡un rey! En jamás de los jamases se dio persona más entera, más cabal, más... Y me quiere, me quiere con toda su alma; me quiere y hará de mí una mujer buena y decente y de provecho... Y le querré, le querré; le quiero ya, porque a mí no me ha querido nadie, ni hermanos, ni novios, ni padres. (*Se echa a llorar*).

OLVIDO.—Vamos, mujer, no seas criatura. Si todo ha sido para bien.

DOÑA TRÁNSITO.—Es lo que yo digo. Ahora a ser buena y honrada y a no dejar mal a Dios. (*Sigue llorando*).

OLVIDO.—Anda, ven, vamos a mi cuarto; te lavas y tomas un poco de agua y así te vas tranquila. (*Se ponen en pie y salen en el momento en que llegan Corrito y Fabián*).

ESCENA VII
SOCORRO y FABIÁN.

(Primero se oyen voces en la escalerilla que da al jardín, luego entran ellos).

FABIÁN.—No está tu madre. Me alegro. Así me ahorro una mentira triste, fea, ridícula. Una mentira que empequeñece porque parece cosa de vanidad. El golf, el tenis... Bueno, para ellos, para los que juegan, para esos a quienes desde niños les enseñaron a ver en ello una distracción y un descanso; pero ¿para mí? Si yo no soy de ellos, si yo soy un pobre hombre que tiene que enfrentarse con la vida, que luchar y trabajar para ser feliz, que no tengo derecho... ¡ni a querer!

SOCORRO.—*(Volviéndose a él exasperada)*. ¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Quién te ha dicho esa mentira? A querer tenemos derecho todos, porque querer es lo único bueno que hay en el mundo, porque querer es el calor, la luz, la alegría de nuestra vida. *(Los dos quedan un minuto en silencio)*.

FABIÁN.—Me voy.

SOCORRO.—¿Por qué?

FABIÁN.—Porque no quiero mentir. Porque quiero ser yo, vivir mi vida, pensar, querer, sentir, sufrir.

SOCORRO.—¿Dónde vas?

FABIÁN.—¡Qué sé yo! Lejos... Cuanto más lejos mejor.

SOCORRO.—¿Por qué?

FABIÁN.—*(Vacila un momento y al fin no puede más)*. ¡Porque te quiero! *(Se dirige a la puerta)*.

SOCORRO.—Y yo a ti.

FABIÁN.—*(Acercándose a ella)*. ¿Pero no comprendes que no puede ser? ¿No comprendes que no puedo darte nada de lo que deseas, de aquello que te enseñaron a desear? Rico, aún... Probablemente mi vida sería una lucha para igualarme, una batalla en que llevaría la de perder... Pero

¡pobre! No te haces cargo que el salto para ti sería muy cruel. No sería yo el que tendría que colocarme, serías tú la que tendrías que esforzarte en cambiar de rango. No, no, Socorrito; me voy para no volver. Si volviese algún día sería rico y vencedor, y entonces aún sería más imposible. No querría mirarte nunca como una cautiva, no de mi corazón, sino de mi fuerza o mi riqueza. (*Da un paso hacia la puerta*).

SOCORRO.—¡Fabián! ¡Te quiero! ¡Te quiero con toda mi alma! Todo me es igual: fortuna, nombre, amigos...

FABIÁN.—No, nena, no. Eso lo dices ahora en un momento de exaltación; luego vendría el cortejo interminable de horas feas, grises, monótonas y me echarías en cara. No, imposible. (*Va a la puerta*). Adiós, Socorro, vida mía, adiós. Te quiero y te quise, y tú serás el único y el último amor de mi vida. (*Sale mientras Socorrito se desploma llorando, en el sofá*).

ESCENA VIII

SOCORRO, luego OLVIDO y DOÑA TRÁNSITO.

SOCORRO.—(*Caída en el sofá llora*). ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

OLVIDO.—¡Hija! ¡Hijita de mi vida! ¿Qué te pasa a ti, gloria de tu madre?

SOCORRO.—(*Gimiendo siempre*). ¡Ay! ¡Mamá, mamita de mi alma!

OLVIDO.—Pero ¿qué te pasa a ti, sol, encanto, lucecita de mi vida?

SOCORRO.—¡Ay! ¡Mamita mía, que soy muy desgraciada!

DOÑA TRÁNSITO.—Cálmate, esas penas no son cosa mayor si sabemos llevarlas con dignidad.

SOCORRO.—¡Ay! ¡Dios de mi alma, qué penal!

OLVIDO.—(*Mirando a las otras dos con sobresalto*). Pero... ¿qué es esto? ¿Qué pasa?

DOÑA TRÁNSITO.—Cosas..., cosas de que los que vivimos en temor de Dios no tenemos que sufrir.

OLVIDO.—(*Sublevándose*). ¿En temor de Dios?... A Dios no hay que temerle. Hay que amarle.

DOÑA TRÁNSITO.—Cosas socialistas.

OLVIDO.—No, uno; cosas... del vivir, del amar, del sufrir.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Como Socorro sigue llorando, puede en ella más el cariño que el empaque y se arrodilla junto a ella*). ¡Nena! Nenita, a mí sí me vas a contar...

OLVIDO.—(*A doña Tránsito*). Tiemblo. Vaya usted a saber qué habrá sucedido.

DOÑA TRÁNSITO.—Nada. Cuanto más parece que pasa, menos. Mira, las cosas del sentimiento son como las tormentas. Muy negras, muy negras, rayos, relámpagos, truenos, y si rompe a llorar... se acabó.

OLVIDO.—(*A su hija*). Pero es que... ¿le quieres? (*Socorro alza la cabeza*). ¿A Boy?

SOCORRO.—(*Con gesto de repulsa*). ¡Qué horror!

OLVIDO.—¿Entonces? (*Socorro calla*).

DOÑA TRÁNSITO.—(*Con un gesto, liándose la manta a la cabeza, aparta a Olvido y se arrodilla junto a la nena*). Nena, pobrecita mía, habla tú y verás... Ahí quieta, guapa princesita, rosita de la Virgen, palomita del Niño Jesús, dímelo a mí.

SOCORRO.—(*Débilmente*). ¡Tía Tránsito!

DOÑA TRÁNSITO.—Pues claro, mi vida, tía Tránsito, la tía, la que sabía cuidar al botoncito de rosa...

SOCORRO.—Soy muy desgraciada.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Qué habías de ser tú, mi vida!... Vamos, cuenta a esta vieja loca, a esta tía rara, que no ha querido nunca, pero que entiende de penitas del corazón cuando llora la niña.

SOCORRO.—Sufro mucho.

DOÑA TRÁNSITO.—Vamos, chiquita, serrana, no me seas pamplinera. ¿Por qué sufres tú?

SOCORRO.—Porque le quiero.

DOÑA TRÁNSITO.—Pero ¿a quién, mi gloria?... ¿Quién es el ladrón que ha robado ese corazoncito, el primer guapo que vino a buscar a la nena?

SOCORRO.—Él.

DOÑA TRÁNSITO.—(*Sin mostrar extrañeza*). Vamos... Desahoga ese corazoncito... Si yo no soy como las demás, si yo, como no entiendo nada, lo entiendo todo, si lo comprendo todo... (*Socorro sigue silenciosa, dando pruebas de vacilación*). Vamos, chiquilla, mira que a mí se me dice todo... Mira, yo soy una rara, una ridícula, un carcamal de que se ríe la gente, pero he sufrido lo mío y sé comprender y perdonar. ¡Nena! ¡Nenita! Cuéntamelo todo.

SOCORRO.—Le quiero.

DOÑA TRÁNSITO.—Pero ¿a quién, mi cielo, a quién? A Boy.

SOCORRO.—¡Qué espanto! ¡Jamás, jamás!

DOÑA TRÁNSITO.—¿A quién entonces?

SOCORRO.—(*En voz baja*). A Fabián.

DOÑA TRÁNSITO.—¡Ajajá!... Pues no es para tanto. Él es bueno, honrado, y si os queréis...

SOCORRO.—(*En sordina*). Mamá...

DOÑA TRÁNSITO.—Si tu madre no quiere más que a ti en el mundo, y lo que quiere es verte feliz.

SOCORRO.—No me dejará nunca.

ESCENA IX

Dichas y JULIANA.

JULIANA.—Que está ahí don Ramón..., que le urge ver a la señora.

OLVIDO.—Pero...

JULIANA.—Que ha de ser... Que si no, no se va.

OLVIDO.—(*Con aire resignado*). Que pase.

ESCENA X

Dichas menos JULIANA, luego DON RAMÓN.

DOÑA TRÁNSITO.—Hija..., tu casa es un burriburri... Aquí no se para un minuto. Me voy allá dentro para no tropezarme con Ramón.

SOCORRO.—Me voy con tía Tránsito. Aquí no tengo nada que hacer. *(Salen las dos)*.

DON RAMÓN.—*(Aparece en la puerta)*. ¿Das tu permiso?

OLVIDO.—Qué remedio.

DON RAMÓN.—Vengo, vengo... oficialmente. Tengo el honor de pedir la mano de su hija Socorro para mi hijo Fabián.

OLVIDO.—*(Parece vacilar)*. Pero...

DON RAMÓN.—Fabián es bueno, honrado, trabajador... No es que hable su padre, pero es... inteligente. Luchará, se hará un porvenir para sí y para la familia que cree...

OLVIDO.—*(Parece vacilar)*. Pero...

DON RAMÓN.—Pero... No hay pero. No hables ¿Que Socorro es pobre? Igual da. Ellos sabrán crearse su vida. La pobreza...

OLVIDO.—Socorro no es pobre.

DON RAMÓN.—*(Desconcertado)*. ¿No es pobre?... Ya, sí; tenéis un pasar decoroso que basta para ti.

OLVIDO.—No. Socorro es rica. Hoy hemos ganado el pleito...

DON RAMÓN.—*(Deponiendo su actitud entre jovial y optimista)*. Entonces... no hay nada que decir. Adiós.

OLVIDO.—¡Ramón!

DON RAMÓN.—*(Se detiene)*. ¿Decías?

OLVIDO.—Decía que... ¡no te vayas por segunda vez, no destroces dos vidas como destrozaste las nuestras! Socorro y Fabián se quieren. Yo, pobre de mí, veo alzarse los viejos

fantasmas de la clase, del linaje, del valor social, que tiran de mí. Y tu orgullo quiere dejar que me arrastren. ¡No, Ramón, no, por Dios!

DON RAMÓN.—Y ¿por qué? Los chicos se quieren.

OLVIDO.—Tú mismo lo has dicho; no la quiere rica.

DON RAMÓN.—Calla. ¿Por qué hablar de ello? ¿Qué necesidad tiene de saberlo? Déjale que edifique su vida con fe en su fuerza, con fe en sí mismo, y luego...

OLVIDO.—Pero...

DON RAMÓN.—Pero... déjales que sean felices, sin que, como al pobre rey Midas, se les vuelva oro cuanto toquen... Yo también soy rico, pero para qué decírselo. Que batallen, forcejeen, luchen... Ya te dije una vez que la vida es como ese absurdo armatoste que llaman la plataforma de la risa. Pues créeme, el cariño y la mutua fe es lo único que puede sostenemos en la plataforma de la risa.

OLVIDO.—Temo aún...

DON RAMÓN.—No temas, no repitas el experimento desdichado que nos hizo desgraciados a los dos.

OLVIDO.—Pero... ¿la quiere? (*Se abre la puerta violentamente y aparece Socorro seguida de doña Tránsito*).

ESCENA XI

Dichos, SOCORRO, DOÑA TRÁNSITO, ADRIA.

SOCORRO.—¡Le quiero!

OLVIDO.—(*Cogiéndola en sus brazos*). Nena, nenita mía: ¿le quieres? Yo lo único que deseo ya es verte feliz.

SOCORRO.—Contigo y con él. (*Entra Fabián*).

ESCENA XII
Dichos y FABIÁN.

FABIÁN.—¡Papá! Yo...

DON RAMÓN.—Fabián, ven acá. La condesa Olvido te concede la mano de su hija, que tuve el honor de pedir para ti.

FABIÁN.—¡Socorrito!

SOCORRO.—¡Fabián!

OLVIDO.—¡Que seáis felices!

DON RAMÓN.—Y no bajéis de la plataforma hasta que esté quieta.

TELÓN

ESCRITOS POLÍTICOS
(1935-1938)
*EL SINDICALISTA, TIEMPOS NUEVOS,
SOLIDARIDAD OBRERA, CNT*



Retrato de Hoyos y Vinent que acompañaba sus artículos en *Solidaridad obrera* (1938)

EL PORQUÉ DE MI SINDICALISMO⁷¹

Enfrentando audaz y resueltamente los grandes problemas sociales que agitan el mundo con el bagaje de experiencia que me da el haber vivido siempre en muchos y muy varios medios, pero, sobre todo, con el *alma a flor de piel*, sintiendo, debajo del convencional valor que unos y otros quieren darle, el verdadero de las palabras *camarada* y hermano (este último lo han deshonrado al emplearlo para negar un pedazo de pan a los hambrientos: «Perdone, hermano, que no llevo suelto.») que significan dignidad en la ayuda, solidaridad, cooperación para el esfuerzo, examiné las posibles fórmulas de solución para una serena transformación en momento actual.

⁷¹ *El sindicalista*, 1: 28 de septiembre de 1935, págs. 1 y 2.

Los cambios y reconstrucción de los pueblos no surgen por arte de *encantamiento*; las modificaciones no son mutaciones escénicas. Creo sinceramente que se van incubando en el espíritu de las sociedades humanas, madurando, perfeccionándose hasta que, *en su hora*, surgen a la superficie.

El *socialismo*, y su plenitud el *comunismo*, son cosa norteña. Requieren condiciones incubadoras, como ciertas plantas y especies animales. Necesitan para florecer violenta, exuberantemente, de un clima moral y material más frío propicio a las concepciones cerebrales, adormecer de los deseos y pasiones engendradoras en los pueblos meridionales de las rebeldías. La rebeldía para la conquista de un bienestar natural familiar, deportivo, naturista, es más fácil y sobre todo más del Norte. La cerebral, la que tiene por meta una abstracción –poder, autoridad, respeto, pleitesía– es, en cambio, violentamente refractaria de la masa.

Sin embargo el viejo socialismo del patriarca Pablo Iglesias, circunscrito al mejoramiento de un enorme sector social con calma y tiempo hubiese llegado a la modificación radical de la sociedad española.

La *aristocracia* (entonces aún no estaba cristalizada, enfriada y endurecida por una burguesía de aluvión) se asustaba, hacía aspavientos, pero, en el fondo, no odiaba, *comprendía*, hallaba muchas ideas que le eran familiares. Los políticos pretendían hacer de Pablo Iglesias el coco, pero los otros, aceptando la infalibilidad de los tópicos, *sentían y comprendían*, aunque eran incapaces de llegar a plenitud de convicción.

El *anarquismo*, muy bello, inexpugnable a toda claudicación, muy limpio en una noble utopía de liberación humana, al aceptar la violencia como un medio espantaba a los cobardes y los pusilánimes.

Sin embargo, en la esencia misma de la vida española, en las páginas de la Historia está la organización social recia, humana y... humanamente perfecta.

Claro que hay que salvar la distancia entre tiempos y costumbres, pese a ello en las vetustas organizaciones castellanas están íntegras las soluciones. Muchas cosas que han aparecido en las organizaciones modernísimas –cooperación, sindicación, confederación– constituyen la médula de las nuevas sociedades.

Sonando modificaciones transformadoras sociales, echando un vistazo a nuestra Historia, hallé las soluciones que van brindándose a los grandes problemas nacionales de una perfecta modernidad y un alto sentido social.

Claro que lo primero que se precisa es la solidaridad humana; asentada esta, no solo material, sino espiritual, las cosas son más fáciles. Respecto al problema regionalista, su solución es una cooperación perfecta en la confederación. Exige esto algunos sacrificios, más que en cosas trascendentales en codicias, vanidades y concupiscencias. En la vieja España cada región guardaba su personalidad, sus usos, sus costumbres, su peculiar visión en los casos y sobre todo el orgullo de su voluntad; pero en cuanto se precisaba para el bien de una de las partes integrantes existía una perfecta unanimidad.

El predominio en dirección y organización de los municipios, que se ha dejado, si no extinguirse, sí debilitarse mucho, quedó demostrado cuando la caída de la monarquía.

En cuanto a la cuestión obrera, *la única* realmente trascendental que existe en el mundo hoy día, es indudable que lo que más se acerca a su solución es el Sindicalismo. Aparte de que en la violencia de una revolución absolutamente niveladora se perderían muchos descubrimientos, bienes y conquistas de la humanidad, sin que la nivelación fuese sino transitoria, ya que las desigualdades humanas establecieran categorías –sociales, políticas, artísticas– no llegaría al mejoramiento del vivir común.

Se precisa una cooperación, una compenetración perfecta, que los bienes de unos redunden en utilidad de todos, que tras la previa e imprescindible labor educadora todo esté al alcance de todos los que sepan alcanzarlo. Pero, además, que mientras se realiza el ideal todos puedan vivir como seres humanos. Para ello, como el individualismo no está al alcance de la mayoría, la sindicación; para que tal constituya una defensa el reconocimiento de la personalidad sindical. Por lo tanto en la idea sindical está la solución.

Ángel Pestaña, que ha luchado mucho, ha sufrido mucho, ha pasado por persecuciones e injusticias, es capaz de comprender; por eso al publicar mi primer libro que se refería a estas materias «Posibilidad de un matiz sindical en el estado español» a él acudí en demanda de un prólogo, con sincera admiración por el luchador injerto en hombre que piensa y siente.

EL ALTO VALOR DE LA PERSONALIDAD HUMANA⁷²

En todas las religiones se precisa fe, fe que se concentra en la idea creadora origen de todo lo demás. En la religión de la Humanidad, que ha sustituido viejos mitos (encarnaciones de nuestros deseos, nuestros anhelos y nuestras esperanzas, fuentes de energía para quienes no sabían hallarla en sí mismos), esta fe tiene que concentrarse en nosotros.

Las leyes de la especie han de ser necesariamente fundamentales; lo primero es el pleno conocimiento de la persona-

⁷² *Tiempos Nuevos*, II, 6, 1 de octubre 1935, págs. 202-203. El texto aparecía precedido de la siguiente nota:

«El excelente escritor don Antonio de Hoyos y Vinent, temperamento inquieto, que siente hacia nuestro movimiento de lucha grandes simpatías, nos remite este artículo.

»Es Hoyos y Vinent una de las plumas mejor templadas de la literatura española contemporánea, novelista de altos vuelos y propugnador entusiasta de una transformación radical del vivir basada en la más estricta justicia social. Herida su sensibilidad por la flecha irónica de un reportaje de nuestro compañero J. Toryho, publicado en *Tierra y libertad*, brinda a *Tiempos nuevos* su desinteresada colaboración como prueba de su verdadero afecto a nuestro movimiento anarquista —anarquista y animador de sindicatos—, esperanza de la revolución social española.»

lidad humana, de sus derechos, de sus deberes consigo misma y con lo demás; de aquí ha de emanar la posesión íntegra de las fuerzas que radican en nosotros: inteligencia, instinto y voluntad.

En todas las creencias el sacerdote que delinque por cobardía, vicio o concupiscencia hace más daño que todos los enemigos juntos; si tal sucede con creencias que se dicen emanadas de un ser supremo, imagínese lo que será cuando el poder nace en nosotros mismos, radica en nuestro cerebro y nuestro corazón.

Antes de seguir hablando, como no quiero pecar ni de mixtificador ni de hipócrita, voy a presentarme. No soy un trabajador manual (trabajo mucho con mis escritos y mis estudios, que no solo la razón, sino la gran satisfacción de mi vida han llegado a ser); no pasé, pues, por las fatigas crueles del hambre, el frío y el sueño; pero, en cambio, sordo, mi defecto físico me colocó en un punto de inferioridad respecto a los demás; me enseñó desconfianzas, amarguras, desengaños, el silencio, el aislamiento y la soledad. Por eso me siento lleno de férvida simpatía y camaradería: cordial por cuantos forcejean, con las circunstancias, pensando que *quien renuncia a la lucha renuncia a la vida*. Y ni el más pobre, ni el más desesperanzado, ni el más miserable debe renunciar, y no renunciará si piensa que en su voluntad está la palabra mágica que puede abrirle las puertas de todos los paraísos.

Todo esto, el exordio que podría parecer literatura, era preciso para llegar a observaciones, al parecer triviales, en el fondo de importancia vital. Diariamente se habla de la *solidaridad humana*, de la *dignidad humana*, la *fraternidad humana*...

y, sin embargo, frente a la afirmación de la humana supremacía nos encontramos con que la mayoría ignora el valor de esas palabras y si lo conoce, por pequeños egoísmos, minúsculas vanidades, tal vez por cobardía se desentiende de ellas.

El gran pecado de la aristocracia en *España* (en otros pueblos fueron más materiales, sucios y feos) fue algo abstracto, un pecado de orgullo, primero, de vanidad, después, que se transmitió a la burguesía sucesora, agravado por algunos nuevos, de codicia, gula, lujuria, egoísmo animal. Dominante, orgullosa, fanática, pero sobria y casta, su aberración fue el lujo, la magnificencia, en contraste con la miseria de las gentes. No fueron duros ni crueles; muchas veces tuvieron impulsos de real solidaridad humana *individualizada*, pero no comprendían ni la fraternidad que predicara Cristo, en quien decían creer, ni la explícita solidaridad humana, sino un movimiento bueno que venía de arriba abajo. Egoístas, en su altivez, no comprendían ni compartían el dolor.

La burguesía que la sustituyó, burguesía adornada de títulos y honores, fue mucho peor. Aquella a modo de comprensión lejana, como la que manifestamos frente a una colmena mientras es inofensiva, desapareció. Para la burguesía plutocrática una colmena era... miel.

Subsistió con la nueva clase dirigente el error humillante. No nació una real democracia, sino una nueva burguesía que se afanaba, fuera como fuera, a empujones, a codazos, por alcanzar puestos que en su vanidad se les antojaban preeminentes. Es decir, heredaban, empeorada, la idiosincrasia negadora de todo posible acercamiento. Pero comprensión, espíritu de ayuda, cordialidad, eso no.

Lo asombroso, lo que turba e inquieta, es la facilidad del pueblo para adaptarse a ello, la prontitud para la venta por un plato de lentejas (claro que aquí es simbólico y significa cualquier pequeña comodidad o ventaja) de sus *derechos humanos*.

Existían oficios de ínfimo trabajo que encerraban una apostasía; lacayos que no hacían nada, pero habían de dar altura determinada y doblar el espinazo, haciendo a la vez un interno vacío, ya que no podían leer, pensar, amar... Había secretarios que al servicio de gentes que escribían unas cuantas cartas al año tenían que permanecer horas y horas en un despacho; damas de compañía, *carabinas* que aunque su misión era vigilar, se reducía a devorar pastas mientras la señorita hacía lo que le daba la gana; hombres que debían cuidar las jaurías... cuando ya casi nadie las tenía. Y todos ellos ejercían en realidad un solo oficio: humillarse para magnificar a quien en inteligencia, cultura, sentimiento, allá se las llevaba con ellos.

No; para que el hombre llegue a la plenitud en la posesión de sus derechos, lo primero es que tenga el alto sentido de la dignidad humana. No hace falta que sea violento, ni cruel, ni feroz; basta con que sea digno.

Entonces, cuando sus palabras encierren la idea de su derecho y su actitud grave, serena y digna, dé la impresión de su razón, dé la plena posesión de la idea de dignidad humana, ganará una gran batalla.

POSIBILIDAD SINDICAL⁷³

Pasaron ya las elecciones y, por tanto, no se podrán tachar estas líneas de minadoras de un frente del que se dice depender la libertad de muchos camaradas presos (yo creo que no, pues cualquier Gobierno que venga estará en el deber de devolver a sus hogares a esos hombres como, sea, el que sea [sic] vendrá a mantener un orden) y se pueda hablar claro y fuerte.

Creo en el Sindicalismo de recia raigambre española. No creo en las clases. La concepción de *clase* es cosa elástica que se modifica y trasforma todos los días.

Rota la idea del derecho divino y, de resultas, la de grandes preeminencias hereditarias adjuntas al nombre —mayorazgos, señoríos, patronatos— no queda, en realidad, sino una causa diferencial: la riqueza. Pero sucede que lo que se entiende por

⁷³ *El sindicalista*, 24: 14 de marzo de 1936, pág. 2.

capitalismo cada día es más impersonal. Fuera de los latifundios o enormes propiedades rústicas casi toda la riqueza está en manos de Sociedades Anónimas, cuyos accionistas cambian constantemente.

Es decir, por lo mismo que la riqueza está más diluida y su propiedad más fluctuante es muy difícil personalizar la representación de un poder contra quien va la revolución.

De aquí que, en el mismo momento que la revolución fuese *íntegramente* vencedora comenzaría a incubarse una nueva plutocracia, como sucedió con la República.

¿Qué remedio? Pues sinceramente, honradamente, de hombre, y en español diré que veo uno: el sindicalismo.

¿El sindicalismo?... Sí; pero no así como así, sin más ni más, no como un peón de la lucha de clases, no como fuerza destructora, sino como fuerza constructora. El Sindicalismo, precedido de un íntegro reconocimiento de la personalidad sindical, debe ser una organización, más que obrera, organización que, con su confederación, su cooperación, su sindicación sea un elemento de equilibrio en la humanidad; pero, al mismo tiempo, controle las posibilidades de las fuerzas puestas en marcha para no arruinar la prosperidad nacional (hay que tener en cuenta que España no es Rusia con sus enormes riquezas naturales —por la producción de plomo es capaz de alterar el mercado mundial—, petróleo, maderas, cereales) sino en haciéndola más poderosa, acrecentándola, poner su disfrute al alcance de todos.

Es una tontería formidable hacer de *Sindicalismo*, sinónimo de pistolero, como lo es hacer de *Monarquía*, sinónimo de Corte. Ni abordar pistola en mano a un individuo y exigirle la entrega de cuanto lleva encima es sindicalismo, ni pasearse por unos salones, las mujeres con una cola muy larga y una corona muy grande los hombres con uniformes de relumbrón llenos de cruces y bandas, es monarquía; lo otro... la idea sindical, es cooperación.

Claro que, igual que aventureros y maleantes se proclaman anarquistas (mito pseudoreligioso) o aficionados a la C.N.T. para cubrir sus fechorías, otros se declaran monárquicos como pretexto para satisfacer egoísmos y vanidades. Pero ambas cosas en abstracto son fórmula de vida. Lo que sucede es que el Sindicalismo tiene un sentido altamente humano.

La idea de clases es un mito como el del vellocino de oro guardado por el dragón en la mitología griega. Existe una fuerza o poder, el dinero que varía de dueño, fluctúa, tiene oscilaciones como las mareas, como las resacas y muy rara vez enormes inundaciones o diluvios. Y aun en este caso quedan leyes naturales que, aunque se modifiquen las cosas, acaban por volverlas a su estado natural, como para la humanidad hay leyes de la especie que implican solidaridad, cooperación y comunidad o sindicación en el esfuerzo. Por eso el Sindicalismo es humano y perennemente actual.

PALABRAS DE UN ESPECTRO

«¡ME HAN MATADO!»⁷⁴

Salgo a la calle temprano; no soy buen madrugador, pero mi labor cotidiana en «nuestro» SINDICALISTA lo exige. En estos momentos de lucha, en que tantas cosas vitales nos jugamos todos, en que hay que ganar y luego equilibrar, ordenar, reconstruir las delicias de la vida cotidiana, para todos los que pensamos y sentimos, vemos le grandeza de la vida y padecemos con los dolores y peligros de la vida de los camaradas del frente, pasan, no a segundo término, sino a un plano lejanísimo.

Salgo, pues, a la calle, camino del periódico; pasan junto a mí dos señoras y se quedan mirándome con sobresaltada sorpresa; como no son jóvenes y yo no soy ni general, ni personaje político, ni torero, ni actor famoso, opto por creer en cualquier juicio adverso, y, como son mujeres, sigo mi camino. Al llegar a la esquina, vuelvo con disimulo la cabeza y veo que

⁷⁴ *El sindicalista*, 24: 14 de marzo de 1936, pág. 2.

me llaman. Acudo respetuoso, y ellas me reciben efusivas. Como para entenderse conmigo hay que escribir, tira una de ellas de lápiz y me dice con temeroso asombro, entre serenado y dubitativo:

—Pero, ¿es usted...?

Absolutamente ajeno a lo que pudiesen decir, creí en una vieja amistad familiar olvidada:

—Sí, señora; yo mismo: Hoyos y Vinent...

—Pero, ¿no le han matado a usted los rojos? La radio Sevilla...

Lo comprendo todo:

—Señora: agradezco el interés de usted. Siento defraudar el buen deseo de la radio Sevilla; no sé si alguna vez sus amigos le darán esa satisfacción, pero los camaradas y compañeros no creo. Hace bastantes años, milito en el Partido Sindicalista, y, en estos momentos, puse por entero a su servicio mi entusiasmo y mi trabajo.

Sigo mi ruta. Al entrar en el «Metro», una taquillera muy guapa da pruebas de simpatía al ver que, aunque difunto, no llevo sábana y viajo en «Metro». En el tren, dos camaradas me felicitan, indignados de la desaprensión de los facciosos, y me aconsejan represalias. ¡Hombre, no es para tanto! Cerca ya de la redacción, en el edificio de nuestras milicias, un gran poeta, que es del Partido, me abraza en broma, y, ya en el periódico, los camaradas también bromea.

No, ahora en serio: siento el desengaño de quienes, creyendo perjudicarnos, lanzan bulos. En esta revolución, como en todas, habrá habido desgracias, atropellos, alguna injusticia, pero de ahí a creer que vamos a devorarnos los unos a los otros, va un abismo. He vivido estos últimos meses en Madrid, he ido por todas partes y sé que, contarme, me han contado muchas cosas, he contemplado alborotadoras niñerías, pero no he visto ni una sola maldad, ni una sola infamia, ni una sola injusticia; en cambio, vi muchos rasgos de bondad, de ternura, de emoción y de simpatía. El aspecto de la ciudad no se ha alterado, la simpatía cordial, un poco ruidosa, madrileñísima, ha subsistido; tal vez un velo grave de tristeza, al pensar en los camaradas del frente, un entusiasmo ruidoso ante un desfile, bromas de cordial camaradería al acabar la jornada de lucha o de trabajo.

Ya lo sabe la radio Sevilla. Aquí luchamos por la Paz, la Justicia y la Libertad, formando un frente de entusiastas españoles. Así, el único mal que me hizo ella fue impedirme escribir el artículo de hoy. Y... eso salen ganando los lectores.

INCOMPRENSIÓN⁷⁵

En esta lucha lamentable, absurda guerra civil provocada por la incomprensión, la torpeza, el egoísmo y la estupidez de las derechas disfrazadas de fascismo (en España, el fascismo es una formidable mixtificación, no una teoría política ni una fórmula social, sino SOLO el encubridor de la pretensión de dominio, la supremacía de los unos, siempre los peores, los que no hacen nada ni sirven para nada, exigiendo a los luchadores, los trabajadores, los vencidos por la vida, una rotunda abdicación, doblar el espinazo ante una aristocracia improvisada a fuerza de bajezas, besar el anillo a obispos rapaces e improvisados y cuadrarse frente a militares alcoholizados e ignorantes), se da, sobre todo, un formidable espíritu de incomprensión, una incomprensión torpe y cerril que no quiere ver las realidades, que confunde lastimosamente en un único anatema a todos los partidos obreros que luchan por el triunfo de la justicia social.

⁷⁵ CNT, 28 de septiembre de 1936. Págs. 18-20.

No ha llegado aún la hora de discutir el contenido político y social, cabe establecer diferencias. Todos unidos y todos acordes en un solo pensamiento: el de la victoria rotunda y absoluta; pero podemos, eso sí, afirmar nuestra personalidad pronta a la abnegación y el sacrificio, pero sentando nuestra ruda estirpe y nuestra voluntad españolísima, pregonando muy alto que nuestra visión y nuestro anhelo son los que mejor encajan en la idiosincrasia de nuestro pueblo que, por estirpe, por carácter, manera y procedimientos, la más acorde es la Confederación.

Hace muchos años, cuando el genio de Pablo Iglesias supo hacer suyo el apotegma de que la unión hace la fuerza, dio, con ello, la fórmula perfecta del triunfo, y el Partido Socialista se hizo grande y fuerte.

Repito que, pese a todo, la Confederación, por su contenido espiritual, social y sentimental, era la agrupación más apta a encauzar el movimiento proletario español.

En el transcurso de muchos años, desde el noventa y tantos hasta el 919, hubo tiempo en las clases directoras de comprender la idea y de abarcar el contenido social de la transformación por la que todos los pueblos habrían de pasar, cada uno según sus particulares condiciones. Después de la Revolución rusa, esta inminencia de transformación se hizo más patente. Pero los directores de la vida española, cerrados, como siempre, a todo lo que fuese abnegación o sacrificio, no solo se aferraron a las viejas fórmulas, no solo no quisieron entender, sino que hicieron víctimas de su vesania, de su egolatría, a todas las agrupaciones obreras, muy en especial a la CNT, que fue para ellos a modo de Apocalipsis, digna de sanguinaria guerra.

En todos los años transcurridos en lo que va de siglo, hasta llegar a los actuales momentos, ningún hombre político quiso o pudo comprender el enorme contenido político y social de la Confederación Nacional del Trabajo. Unos, por un motivo; otros, por otro, en vez de tener en cuenta sus aspiraciones, estudiando la fórmula de adaptación a las posibilidades políticas (sin necesidad de una revolución cruenta, nos hubiésemos anticipado a Rusia en la solución de los problemas obreros españoles), se dedicaron a exterminar las organizaciones: unos, violenta y sanguinariamente, como el feroz Martínez Anido, en Barcelona; otros, melosamente, escudándose en sus simpatías por el proletariado, como Dato.

Las clases que mejor debieron sentir y comprender la idea confederal, se declararon sus enemigas implacables y soñaron con que, algo que era alma y sangre del pueblo español, podía eliminarse con los fusiles.

Hace años, bastantes ya, publiqué un librito, *Posibilidad de un matiz sindical en el Estado español*. De las gentes entre quienes convivía, nadie, pero nadie, quiso comprender, y me lo reprocharon y aun represaliaron estúpidamente. Sin embargo, un político, de los pocos interesantes que hubo en la Monarquía, Antonio Maura, soñó con algo que tenía vagas concomitancias con la base de tales ideas. Su proyecto de «Administración local», su reconocimiento de la personalidad municipal y otras mil cosas... Una creencia religiosa, violenta, que no era la de los viejos soberanos de Castilla, que las tenían frente al pontificado, sino que estaba tocada de absurdo clericalismo, estropeaba su iniciativa y, aun así todo, fue tal la oposición, que se hundieron sus proyectos estrepitosamente.

Para que la transformación de la vida nacional, obedeciendo a las viejas normas nacionales tuviese lugar, lo primero era el reconocimiento de la personalidad sindical, y ello repugnaba a los que no admitían más personalidad jurídica y social que la suya.

Así, entre egoísmos feroces, torpezas garrafales y, sobre todo, una incomprensión absoluta, se llegó a la actual hecatombe, de la que, con el triunfo, ha de salir otra España, la auténtica, la verdadera, justa y fuerte, con la rotunda afirmación del humano derecho a la vida.

MODOS Y MANERAS MODALIDADES BÉLICAS DE MADRID⁷⁶

La guerra, que se va a ganar, que es forzoso, imprescindible ganar, que, aunque es una contienda civil, resulta internacional para los que en ella se juegan las normas supremas: Justicia y Libertad, de su ideario, como nos hartamos todos de pregonar, no se hace solo en los frentes, sino que los gestos heroicos que impulsan y deciden en las luchas se incuban en retaguardia.

Para los que escribimos, y con fe e ilusión trabajamos por la Idea, hay una misión útil, modesta tal vez, pero fructífera, misión que podría compararse a la de una persona que en plena noche nos alumbrase con una cerilla a subir la escalera sumida en tinieblas, o a la del que nos tiende la mano para cruzar un riachuelo.

⁷⁶ *El sindicalista*, 134: 12 de noviembre de 1936, pág. 4.

La literatura no es solo los gestos magníficos, heroicos, enfáticos y teatrales: tiene mucho de esclarecimiento que ilumina veredas y mucho de moral sostén. Existen infinidad de detalles, que, en la tensión de las grandes luchas, pasan inadvertidos, pero en el mosaico que son nuestras vidas tiene un valor de conjunto, no espectacular, pero imprescindible para sostener el total.

Alguna de estas pequeñeces, que no merecen cada una por sí un artículo, voy a alumbrar ahora.

EL RUIDO DE LOS DISPAROS

No oigo, y por lo tanto, la cuestión ruido debe serme indiferente. Pero, afortunadamente, no tengo un alma de cántaro, como vulgarmente se dice, y, en primer lugar, asisto a estos históricos acontecimientos tendida la atención como un arco; no oigo, pero siento, y fuera de la trepidación, que lo mismo puede proceder de un camión o «auto» que pasa, veo los ojos, los ojos que a veces huían a un punto vago y lejano, y me dicen...

Me dicen, me dicen muchas tonterías. Que suena el cañón, que inquieta y sobresalta, que el ruido... Pero, señores míos, técnicamente lo más probable es que no tenga importancia o la tenga mediocre. Una batería enemiga que las fuerzas leales no hayan conseguido desmontar aún, cualquier lance o peripécia de la guerra...

Además, he de confesar mi sorpresa ante aspavientos y lamentaciones por el ruido que «no deja parar». ¡Si Madrid fue siempre la ciudad más ruidosa del mundo! Aquí se ha pasado

la gente la vida lamentándose del ruido infernal que había, sin que eso fuese obstáculo a contribuir por todos los medios humanos a aumentarlo. Desde los juerguistas, que no se divertirían si no armaban un estrépito infernal, hasta las monjitas y los frailes, que, apenas amanecía, se dedicaban a fastidiar al vecindario con sus campanitas, pasando por los niños, que, infelices sin un tambor o una trompeta o las dos cosas, todos nos dedicábamos con fruición a meter ruido.

Un poco de calma, de paciencia y de serenidad, y pensar en la lucha en que hay dolor, privaciones y habrá gloria.

LA OSCURIDAD

Ya sé que no es plato de gusto que la urbe esté a oscuras. Pero la culpa no es nuestra, sino del enemigo, que se dedica a bombardear una ciudad abierta con la ayuda de sus aviones. Siempre que las pájaros siniestros volaron sobre una ciudad en tiempos de guerra, la ciudad se sumió en las tinieblas como en su mejor defensa.

El Gobierno de la República ha combatido el peligro con medidas, no solo eficaces, sino discretísimas, medidas que la población no ha secundado con la prontitud y radicalismo que fuese de desear. Y ante posibles peligros, se ha llegado a decretar, desde determinadas horas, la oscuridad.

Pero yo, que soy trasnochador por oficio y gusto, quiero, en estos momentos supremos, ser leal. Tenerse que retirar a casa a horas tempranas no es ninguna tragedia. Se trabaja, se lee, se duerme, cosas más útiles que rodar por ahí en busca de diversiones problemáticas, más, mucho más, en estos momentos, en que la vida tiene un objeto.

LA BUENA MESA

¿Pero es que la buena mesa existía realmente? Yo creo que eran muy pocas, que podían contarse con los dedos, las casas donde se comió bien, pero «bien» de verdad. Alguna familia anticuada o solterón rico; alguna entretenida, que mataba espléndidamente el hambre a su familia; una noche de banquete, alguna cena... Por lo demás, en casas ricas se comía poco y mal: en casas elegantes se estaba a régimen, y no se comía; en las de clase media se mataba el hambre; y el pueblo, pobre, comía mal.

¿Qué significan, pues, unos días de sacrificio, de sobriedad discreta, de austeridad serena y noble?

No; seamos todos dignos de la hora en que vivimos y pensemos que la vida comenzará mañana..., siempre que sepamos ser recios, sencillos, enérgicos y abnegados.

MODOS Y MANERAS EL ANARQUISMO⁷⁷

Entre los elementos que, siendo viejísimos y españolísimos, han surgido a plena luz, con heroísmo abnegado y al mismo tiempo con pleno sentido de la responsabilidad, está el anarquismo (F.A.I.).

Ángel Pestaña en su discurso hacía constar la aparición en la palestra de la vida española de tal elemento, hasta ahora inédito como factor de gobierno.

Pese a todos los necios anatemas, a todas las largas y vacuas disertaciones que está uno harto de leer y aun a las malignas interpretaciones de hechos y sucesos, confieso que tuve del anarquismo una idea casi, mejor sin casi, mística.

⁷⁷ *El sindicalista*, 165: 16 de diciembre de 1936, pág. 4.

No en bastante contacto con sus organizaciones y sus hombres, pero empapado en la lectura de los que podríamos llamar sus apóstoles –Kropotkine, Malatesta, Bakunin y el dulce, inteligentísimo, bueno y abnegado Salvoechea– miré el anarquismo siempre como un místico sueño redentor de justicia e infinita solidaridad humana; un sueño de redención del dolor por una auténtica fraternidad. Había, como casi hace veinte siglos quería aquel tierno y candoroso anarquista que se llamó Jesús de Nazaret, alzado contra la autocracia feroz, implacable, perdida en su orgullo y su rapacidad todo instinto de humanidad, que ayudar al que sufría persecución de justiciar, que dar de comer al hambriento, posada al peregrino, compartir la vida con quien lo hubiese menester, como realizaron los modernos apóstoles del credo, una enorme, una acogedora fraternidad, no una cosa fría y burocrática, un fichero en que cada uno sea un número, todos el mismo: cero.

Las ideas que tengo de la doctrina, más que en el estudio profundo de un adepto, las he adquirido en esos mil lances y matices que ofrece la vida al que camina por ella con el corazón a flor de piel.

Muy niño, en las estancias en cortijos andaluces, donde todo era un encanto de lujo y bienestar, en campos de ensueño bajo la maravilla de un cielo azul, en que, como en un libro de cuentos o una opereta, todo era bonito, gracioso, limpio, frágil, oía (oía yo entonces) contar, como cuentos de miedo, las andanzas de la «Mano Negra», en que, como en las narraciones infantiles, las víctimas eran inocentes corderillos; los asaltantes, ogros feroces.

Un día, una mujer que me quería mucho y a quien yo profesaba ternura casi filial, como yo, con la ponderativa propensión de todos los chicos, comentara tales historias, me dijo:

—Pobres; tú no lo puedes saber, pero hay mucha hambre y mucha miseria.

Desde entonces, en sobreguardia instintivamente, el espíritu alumbrado por la débil luz de tales palabras, observé y vi. Como por escotillón desaparecieron los parterres floridos y los corderillos lazados de azul y rosa, y quedó el dantesco cuadro de las gañanías, la miseria de los chozos, el cruel trabajo de los campos al sol, cruel, no por el trabajo en sí, noble como todo trabajo, sino porque, como la mitológica cuesta de Sísifo, no se acaba nunca.

Muchos, muchos años después, leí a Fermín Salvoechea y comencé a comprender.

En orden cronológico surge en mi recuerdo el cielo anarquista barcelonés. Chico aún, por más que ya en estado de darme cuenta, recuerdo dos cosas: aquellos hombres daban su vida en aras de algo que, equivocados o no, creían justicia, y la otra justicia, la implacable y feroz del horrendo castillo de Montjuic, baldón de la admirable Barcelona.

Hasta aquí, la idea de la justicia estaba aún sin [...] ⁷⁸ claramente. Pero ya en edad de enterarme clara y rotundamente

⁷⁸ Palabra ilegible en el original.

de las cosas, asistí al drama Ferrer, en que no se castigaba a un hombre sino a la idea que él había sabido plasmar y animar en su Escuela Moderna.

Luego le he visto en grandes autocracias donde el anarquismo derribó poderes que parecían incommovibles, siendo en pago perseguido y acorralado por las nuevas formas traídas con su ayuda y me detuve perplejo volviendo a la idea de un místico ensueño de redención humana.

MODOS Y MANERAS
¡UNIDAD!⁷⁹

¡Unidad! He ahí el secreto de la victoria. Es preciso ganar, ganar por encima de todo; y, para ganar, no basta la idea, que enuncié muchas veces ya, de que *una revolución, desde el momento que está en marcha, está ganada*. Se precisa el hecho tangible del triunfo, sin ambigüedades ni vacilaciones, del triunfo, no solo moral, sino material.

Traer una revolución sin que lleve consigo ventajas sociales y económicas, sino todos los inconvenientes del desorden y la destrucción, sin apartar, en cambio, los bienes de la transformación, sería incoherente, absurdo, equivocado, y los hombres perdonan mejor una infamia que una equivocación.

Pare ganar la revolución, *nuestra* revolución, es condición imprescindible la unidad, la unidad perfecta, indiscutible, indisoluble.

⁷⁹ *El sindicalista*, 568: 7 de diciembre de 1937, pág. 1.

¡Unidad!

Ya que para la labor negativa (destrucción) todos estuvieron unidos, es preciso que lo estén también para la otra (afirmación), reconstructora de la nueva sociedad. Es requisito indispensable la unidad, la coincidencia perfecta en unas cuantas ideas fundamentales, sin pretender ningún sector el dominio, mucho menos la absorción de los otros sectores, menos aún su ambición (con exceso más grave esto último), si se trata de novatos que quieren borrar viejas modalidades sociales con siglos de existencia.

El dolor, la desesperación de los unidos al trabajo sin esperanza de liberación; los que leen, sobre la puerta de la mina o de la fábrica, la sentencia que leyó Dante sobre la del Infierno: «Déjate, hombre, aquí toda esperanza», es sagrada. Pero para remediarlo se requiere una previa exégesis.

Nosotros no somos un pueblo norteño, aterido de frío, pleno de agua y nieve, amodorrado con letargo, meses y meses, mortal bajo la lluvia y las nevadas, sino que tenemos sol, luz, alegría, y nuestro ideal no puede ser defendernos del frío, comer, vegetar largos lapsos de tiempo bajo el barro... Queremos la... vida. Alegría, goce, placer, espectáculos, vinos, mujeres, músicas, frutos y flores.

Además, aquí la aristocracia era unas pobres gentes, bastante cursis, que se conformaban con salir en las crónicas de *Monte Cristo*, de *Mascarilla*, de *Kasabal*, de *Gil de Escalante* y hasta (¡es el colmo!) del *Abate Faria*. Ni poseían predios enormes, sino unas tierras (casi siempre hipotecadas), ni siervos, ni siquiera el famoso Derecho de Pernada sobre las esposas y las hijas de sus labradores. Todo se redujo a una feria de vanidades.

España es España, y nuestra revolución ha de ser *nuestra*, sin injertos ni mixtificaciones. Federalismo, sindicalismo, bienes comunales, municipalidades, cofradías, cooperativas, corporaciones... Así ha de ser, *tiene que ser* para que todos ayudemos espontáneamente. Ni absurdos comunismos ni dictaduras; *nuestra* revolución, al modo español, como la consagraron Padilla, Bravo y Maldonado, ¡española!!

Por eso es preciso que caminemos todos acordes, unidos, unánimes en el pensamiento y el gesto, porque el secreto del triunfo está en la palabra suprema... *¡unidad!*

ÁNGEL PESTAÑA
UN GRAN DOLOR PARA TODOS; UNA DESGRACIA PARA
ESPAÑA ENTERA⁸⁰

Así, sin convencionalismos, sin ditirambos, para todos, para España entera, es, en estos momentos más aún, una desgracia nacional la desaparición de Ángel Pestaña.

Forjado su temple en la fragua de la rebeldía, en esa fragua admirable forjadora de energías que es Barcelona; depurado en el crisol de sufrimientos y persecuciones, moldeada su personalidad por la sabiduría de la experiencia, era indiscutiblemente una de las grandes, de las mayores figuras que han surgido en primer plano con nuestra revolución; una figura a que se volvían todos los ojos y se tendían las manos, como a la suprema esperanza de reconstrucción.

⁸⁰ *El sindicalista*, 572: 11 de diciembre de 1937, pág. 1.

Porque Pestaña, después de muchos años de lucha, de una vida accidentada de persecuciones, trabajos y fatigas, conservaba vivo el fuego de la fe que galvaniza; la luz de la esperanza que guía. Era español, infinitamente español; quería una España grande, pero justa y libre, interpretadas justicia y libertad, no como convencionales tópicos, sino como realidades absolutas. Anarquista, tenía una maravillosa comprensión humana; sindicalista, una serena idea reconstructiva. Convivía el sindicalismo, que fue la ilusión a que en los días de lucha barcelonesa lo dio todo, con una organización política y económica dentro de una religión de humanidad. Y fundó el PARTIDO SINDICALISTA, españolísimo en su visión de la existencia social, con sus derivados sentimentales y económicos.

Ángel era bueno, muy bueno, con alto sentimiento de la solidaridad humana y con un gran corazón. Es un hermano lo que perdemos los que le queríamos como a tal, y para quienes tal fue.

Hoy, la emoción me embarga, y no puedo evocar anécdotas fraternas de él, como haré otro día; hoy solo me cabe decir que el mejor homenaje póstumo, el mayor, el que a él le hubiera agradado por encima de todo, es... recoger y proseguir su obra.

EL HERMANO MUERTO⁸¹

En el primer momento, transido de pena, no cupo sino lo que hice: lanzar un plañido de angustia por la desaparición del hermano, partida sin regreso, que nos suma en dolor irreparable, no solo a cuantos militábamos en su Partido; a cuantos, día por día, colaborábamos en su labor, sino España entera, a la España magnífica, gloriosa y sufrida, que se debate para su epopeya libertadora; la España de la gran revolución que soñó él, justa y serena, sin víctimas ni verdugos, querella de solventa [sic].

Para Ángel Pestaña la Anarquía fue Jordán purificador que le enseñó el sufrimiento atroz de los desheredados; luego la vida le dio serenidad y comprensión.

⁸¹ *El sindicalista*, 573: 13 de diciembre de 1937, pág. 1.

Ahora estas líneas no tienen nada de políticas, ni de partidistas; son a modo de epitafio sobre la tumba, una de las pocas tumbas que guardan a alguien que me fue querido y venerado en vida.

Conocí a Pestaña hace muchos años, en Barcelona. Eran los tiempos turbulentos en qua una represión absurda creía que con extremar la crueldad podía apagar el gemir de las víctimas y el rugir de los rebeldes. Tiempos fastos o nefastos, míreseles de donde se les mire, ya que en ellos están los gérmenes del movimiento transformador.

Estaba yo en una librería, allá por el año 1920, y con la petulancia de mis veintitantos años (muy cerca de los treinta), hablando de un librito mío, «La trayectoria de las revoluciones», exponía teorías audaces, en cuyo fondo palpitaba una sola verdad: el sentido de la solidaridad humana.

El librero me escuchaba con una ironía amable, mientras (probablemente) media la venta posible del libro, y a mis audacias denegaba suavemente. Entonces, un señor, alto, pálido, delgado, de aire correctísimo, que se hallaba allí, intervino:

—¿Quiere usted dejarme leer el libro?

Asentí, obligado y encantado.

—Con muchísimo gusto. Tanto más cuanto el librero no quería ni verlo...

Fuese el señor llevándose mis cuartillas, y el mercader me interrogó:

—¿Sabe usted quién es?

Y a un gesto evasivo me informó:

—Ángel Pestaña.

¡Ángel Pestaña! En mi vida de burguesito, hecho a tópicos e ideas manidas, pero en el fondo rebelde, descontento, asqueado de injusticias y tropelías, el nombre sonaba magnífico, como el de un... ¡rebelde!, ¡un apóstol que se alzaba contra infamias y atropellos!

Me llamó dos días después y me dio el libro con unas palabras amables pero vacilantes. Desde entonces fue para mí la encarnación en aquella vida, que miraba lejana materialmente, pero muy cerca de mi espíritu, de aquella vida cuya clave era para mí algo así como la manzana del árbol de *la ciencia del bien y del mal*.

Traté luego a Ángel Pestaña con mayor intimidad. Para mí sus palabras no tenían el valor que para cualquier oyente. Por lo mismo que careciendo de oído había de escribírmelas, no eran vibraciones que se perdían en el aire, sino lecciones plenas de nobles sentencias. Y aquellas sentencias no tenían la virulencia que les preatribuían; eran sentencias que, unas, derramaban generosidad evangélica, dignas del Mesías de Nazaret, un Mesías más humilde y más humano que entendía del padecer y el perdonar; otras, una melancólica ciencia de la vida, hecha de experiencia, de altísimo sentido humano y... de optimismo.

Un día, habiendo escrito un librito, «Posibilidad de un matiz sindical en el Estado español», pensé en él y a él acudí en demanda de un prólogo que le diese valor y autoridad. Lo hizo, colmando mis ilusiones. Esto era en 1932.

Luego... luego, la convivencia; la traída del Partido Sindicalista aquí; Cubero, Caminero, Alejandro, Adalia, Valentín de los Mozos, Vidal y Planas, Valentín de Pedro, Martín Civera, Acebal, EL SINDICALISTA, gran cotidiano, las luchas... Y ahora que llegábamos, que el Sindicalismo es una gran fuerza capaz de regular la balanza, la muerte, cruel, que nos roba al amigo, al jefe y, sobre todo, al hermano leal, justo y bueno.

LOS VALORES MATERIALES Y MORALES DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA⁸²

Voy a hablar de la aristocracia, aunque suene a cosa audaz y, aún, un poco fuera de lugar. Pero voy a hablar de un modo absolutamente objetivo, sin odios, sin rencores (motivo me falta para ello) y sin pasmada admiración devota, que, hablando honradamente, no siento.

Y voy a tratar del tema, arduo para mí, porque ante la próxima e inevitable reconstrucción de nuestra España, cada uno debe aportar la experiencia de aquello que conoce bien. Como no he de ser tan ridículo que para justificar mis ideas pretenda improvisar una genealogía y una historia libertarias y pretenda que viví siempre en un mundo alumbrado por un rojo sol de justicia social, prefiero, lisa y llanamente, aportar al acerbo común mi experiencia.

⁸² *Solidaridad Obrera* n.º 1811, 16 de febrero de 1938, pág. 3.

No voy a lanzar el aserto, falso además, de que todos fueron unos miserables; menos que constituyeran una orden de caballería digna de la «Tabla Redonda»; su pecado no fue, en realidad, ni caballería ni santurronería, más bien necedad y frivolidad.

Yo soy aquel que, allá por el 22,⁸³ al publicar un libro titulado «Actuación de la aristocracia antes de la Revolución, en la Revolución y después de ella», al firmar un poco arbitrariamente, con nombre que no usé nunca, expliqué el hacerlo así como garantía de conocimiento de lo que iba a tratar, como prueba de que no repetiría la suerte de aquel bohemio que en el fondo de sórdida tasca escribía... «Los amores del gran mundo». Pues bien, en este artículo podría repetir la suerte si no fuese a incurrir en redundancia. Voy a hablar de lo que conozco, y voy a hablar honradamente.

Toda entidad humana posee dos órdenes de valores: los morales y los materiales.

Ambos los poseía la aristocracia rusa, pongo como ejemplo. Tenía el heredado prestigio de muchos siglos de mando, de conquistas y de derrotas (que, aunque parezca paradójico, también llevan un prestigio anexo); tenía, además, la plena conciencia de su fuerza, que entrañaba derechos, más o menos discutibles, pero existentes –derechos de señorío, de dominio, de castigo, de posesión y, casi, casi, de vida y muerte–, derechos que no eran una entelequia, sino realidad absoluta.

⁸³ Hoyos debe referirse a 1932, ya que el libro en cuestión apareció en 1931.

En cambio, a la rotunda efectividad de la aristocracia rusa, podía solo oponer, la española, una ilusión bastante relativa, por cierto.

Abolidos mayorazgos, censos y otras formas vinculatorias de bienes, así como señoríos, dominios, capellanías, la aristocracia española no tenía... ni dinero. Poder y dinero habían ido a parar a la Iglesia, que, con interesada condescendencia, aunque aumentando sus reservas a diario, cedía condescendiente las migajas precisas para sostener la ficción imprescindible a su dominio indirecto, pero férreo.

Otra diferencia, además, harto notable, ha de tenerse en cuenta para juzgar las cosas a derechas. En el Imperio ruso, entre Aristocracia y Pueblo, existía un hondo barranco, un abismo sin fondo; el vacío tenebroso separaba uno de otro sector; en España había, rellenando el vacío, una clase media o burguesía, que iba desde la plutocracia, burocracia, comercio, industria, hasta los empleados del tranvía, camareros, revisores de tren y aun, aun, servidores de casa grande. ¿Pero qué digo? ¡Si en nuestra tierra, no ya esclavos ni siervos, pero ni tan siquiera verdaderos servidores hubo! En el rico y contundente léxico castellano, a los sirvientes se les llamaba criados, derivado filológico que quiere decir «criado en la casa», casi familiares; y a las viejas servidoras «ama de llaves», con vaga pleitesía, casi respetuosa a su dignidad semipalatina.

La mitad del antagonismo determinante de la Revolución rusa (asiática en esencia y maneras) lo determinó una cuestión de clases; en la española, un desnivel «absoluto, irremediable», económico.

Porque, a decir verdad, la nobleza aquí fue tan idiota, tan fatua y torpe, que lo sacrificó todo a una mera apariencia, de la que se aprovechó, repito, el clero, rapaz y acaparador, para alzarse con el Santo y la limosna (nunca mejor aplicada la frase corriente).

En esta terrible hecatombe, preludio de la transformación social, los sectores aristocráticos pasaron por dolores y tristezas, cosa inevitable en cualquier revuelta social; como todo humano sufrimiento, la solidaridad humana nos lo hace respetable; pero esto no quita para enjuiciar serenamente las cosas. En la francesa, los vencidos tuvieron gestos elegantes; en la rusa y la española o no abundaron tales gentes, o no se sabe aún, nos falta la perspectiva, los hubo que murieron defendiendo una idea, y esos son, como todo el que muere por un ideal, dignos de respeto; otros se fueron...

La nobleza española mostrose, a decir verdad, siempre, en el transcurso de siglos, audaz y levantisca, romántica y popular (la verdadera nobleza, claro es) y sobre todo, hasta ahora, mostrose española... por encima de todo, española.

Ahí están buen número de próceres que ostentaban viejos títulos de la heráldica castellana, aragonesa y vasca, que en la guerra de las Comunidades se pusieron de parte de los comuneros, que mandaban Bravo, Padilla y Maldonado, frente a la intromisión extranjera que aportaba el Emperador, pretendiendo mediatizar las finanzas y cargar con los famosos «doblonces de a dos», la mejor moneda europea por aquel entonces. Más tarde, después de la agonía de Carlos II «el Hechizado», siniestra en su horror sabático, la nobleza no supo redimirse

con una rotunda afirmación de españolismo. Se dividió entre dos Casas extranjeras, los Austrias y los Borbones.

Hubo después un rey españolísimo, Carlos III, y con él la nobleza fue española. Ahí están para atestiguarlo los viejos palacios, únicos, de Herrera aquí, de española arquitectura.

Española, españolísima mostrose la nobleza en la invasión napoleónica, pues que si hubo afrancesados más fue por política, por seguir a Fernando VII, galán, taimado, histrión, siniestro, pero en el fondo muy español de espíritu e idiosincrasia, que por convicción.

En fin, española con el monarca saboyano que trajera Prim, soberano impopular a quien la aristocracia hizo imposible la vida, haciéndole el vacío en derredor, y provocando cien peripecias de un españolismo de pandereta, como la manifestación de las peinetas y las mantillas, que nos cuenta el Padre Luis Coloma en «Pequeñeces», disuelta por el ministro de un modo un poquillo chabacano y pintoresco.

Quiebra, lo que se llama quiebra, la hizo el espíritu español en los días aciagos de don Alfonso XIII, el rey de Deauville, el entronizador del polo, ese juego ridículo en que el soberano en mangas de camisa corría sobre un penco persiguiendo una pelota.

Pero es que en esos tiempos la aristocracia española no era tal ya, sino un híbrido conglomerado de ambiciones y vanas pretensiones.

En el prólogo de mi primera novela (16 años tenía yo, 1909), en que ponía a la aristocracia en que vivía como digan dueñas, Emilia Pardo Bazán, define: «Así, pues, lo malo y bueno que de la sociedad se escriba, deberá aplicarse a cuantas clases sociales se mezclan en su terreno de aluvión... En España el mal social, que no consiste en vicios mayores que los de otras partes, sino en debilidades, anemias y parálisis profunda, es mal que nos coge todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies...».

Y justamente este mal que no asustaba a la Pardo Bazán, hace veintiocho años es el que ha corroído los cimientos de la vida española y ha desmoronado una nacionalidad entera, que es justamente la que estamos llamados a reconstruir. La aristocracia, ya no era tal, sino un conglomerado de «parvenus» enriquecidos, de arribistas, de intrigantes y gentes entrometidas gracias al dinero, sin conciencia sin delicadeza, y sin espíritu humano.

En el equilibrio de la sociedad española, la aristocracia era uno de los factores; no supo desempeñar su misión; y su torpeza, encabezada por la idiotez de un rey, peor cien veces que «el Hechizado», precipitó la catástrofe. Pudo y debió ser española, serena, popular, democrática y segura de sí; oponerse a las intromisiones de los advenedizos, a las rapacidades de los avechuchos de presa, generosa, abnegada e inteligente, y... no fue nada. Fue un conglomerado de «snobs», ambiciosos, codiciosos y descontentos.

He ahí su tragedia.

MODOS Y MANERAS
LA UNIÓN CREA LA FUERZA
(LEYENDO A PEDRO KROPOTKINE)⁸⁴

No solo la unión, la mutua comprensión. La cohesión en el impulso, la solidaridad, en una palabra, es lo que crea la fuerza, lo que tonifica el esfuerzo y lo hace fructífero y útil.

Pensaba yo estos días, ante las rencillas de los partidos populares, en la perenne tendencia española, no solo al individualismo a toda convivencia o cooperación, sino en una inclinación lamentable a ciertas hostilidades que nos dividieron siempre, entregándonos indefensos al adversario y ahorrándole el trabajo de poner en práctica el viejo aforismo «Divide y vencerás». Cuestiones teológicas, dinásticas, políticas y sociales, he ahí nuestra Historia.

Tal vez iba, una vez más, a preconizar la necesidad de, sin renunciar a las características del credo de cada uno, aceptar

⁸⁴ *El sindicalista*, 648: 11 de marzo de 1938, pág. 2.

las viejas fórmulas confederales, de tan hondas raíces, tan recio tronco y tan múltiples ramificaciones: de inclinarse ante lo que ya está, lo que tan fuerte historial posee, sin perjuicio para luego laborar por las modificaciones que pareciesen pertinentes: iba, sobre todo, a repudiar cuanto significase división o rencilla, cuando viene a mis manos, en mis incesantes estudios y lecturas, un libro de Pedro Koprotkine, *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*.

No hace falta, pues, para el sostén y esclarecimiento de mi causa recurrir a los ejemplos de actualidad; no se precisa evocar la frase de Inglaterra de *que todas ciudades extranjeras no valen la vida de un solo marinero inglés*; ni otros muchos dichos que constituyen el florilegio del patriotismo. Al hombre, cumbre de las especies naturales, le brindan otros seres infinitamente inferiores ejemplo o pautas a seguir. Los irracionales ofrecen al Señor de la creación, con una lección aprovechable, su ejemplo.

Dos premisas sienta el autor ruso en su obra: una, la disconformidad con Darwin en cuanto el sabio pretende demostrar, o demuestra imperfectamente, que es una ley de la naturaleza la lucha de todo animal contra sus congéneres y del hombre contra los demás hombres, por los medios de existencia; la segunda, que, en cambio de tal pugna, existe *una ley de apoyo mutuo*.

Hállase la obra, maravillosamente interesante, plagada de ejemplos bellísimos, como el que brindó Eckermann a Goethe de los dos implumes *reyezuelos*, que, escapados del nido, fueron hallados días después en otro de *cuellirrojos*, que les alimentaban al mismo tiempo que a sus crías. Yo, sin ser un sabio, jus-

tamente hablando de la solidaridad en estas mismas columnas de EL SINDICALISTA, ponía hace mucho tiempo ejemplos más vulgares, de los que con frecuencia se leen en los periódicos, para resaltar la crueldad antinatural de bombardeos y sitios por hambre de que podían ser víctimas los niños. Y ni este es lugar, ni disponemos de espacio para disertaciones naturales; ni aunque el hecho tenga ejemplaridad, encaja en la índole y finalidad del artículo.

Algún caso hay, sí, entre los aducidos por el ruso, de solidaridad para la vida, de unidad para la defensa y del apoyo mutuo, y aún de asociación, para la caza y la lucha, que podría ofrecerse como ejemplo *político*.

Así, cuando sobre una bandada de pajarillos se cierne, dominante, un ave de rapiña y se precipita sobre ellos, no huye: sin saberse cómo, ni de dónde, surgen más y más y más; la cercan, la acorralan, la atacan, hasta que no solo suelta la presa y renuncia a la caza, sino que huye de ellos.

Esta solidaridad individual ha de constituir el ideal de un pueblo, sobre todo si quiere llegar a ser grande y poderoso. Tal sucede, insisto, con Inglaterra, con Alemania, con Rusia: tal sucedió con Polonia, para quien fue el camino de la liberación y de la redención.

La perfección estribaría en que todos los españoles todos, absolutamente todos, pensásemos acordes, o, a lo menos, adaptables en el sentir, que apenas una planta extranjera hollase nuestra tierra, nos alzásemos como un solo hombre, arrojando al intruso y proclamando nuestro derecho y nuestra voluntad de ser como queramos. Pero, si esto resulta imposible, es pre-

ciso que no haya guerra entre sectores afines, que vayamos todos acordes, a una: que aceptemos lo que noble, generosa y patrióticamente ofrece, un día y otro, la C.N.T.: la unidad de voluntad y de acción, la solidaridad de ideal y la cooperación en el esfuerzo.

MODOS Y MANERAS TONTERÍAS⁸⁵

Bueno, vamos a dejar por un día el tono un poquillo enfático de los comentarios de política o sociología y vanos a planear a ras de tierra.

Porque, es el caso que, querámoslo o no, la lucha atroz en que nos vemos enfrascados no es sino la mitad de la batalla a ganar. Por sabido tenemos que puede ganarse una guerra y perderse la paz que la remate; y aquí es preciso ganar la guerra y ganar la paz; es decir, después del dominio material, el dominio espiritual, representado en el destierro, en la anulación, en la esterilización de todas las miserias y pequeñeces dañinas obstructoras o saboteadoras de la prosperidad de España que, por su Historia, riqueza, fertilidad, clima, situación geográfica, y no menos por el valor, la generosidad y resistencia de sus hijos, no solo debía haber triunfado, sino que tenía pleno derecho a ello.

⁸⁵ *El sindicalista*, 727: 8 de junio de 1938, pág. 2.

Iba a titular este artículo, parodiando cierta farsa teatral que se hizo famosa, «Toninadas», pero, decidido a prescindir de toda frivolidad, a anatematizar inconsciencias y ligerezas en todo cuento se refiere a nuestra España, nuestra, de todos los españoles que la aman y sienten de verdad, que abominan de injerencias extrañas de ningún género, que la queremos libre, fuerte, grande y temida, renuncio a oportunismos literarios y uso para titular estas líneas una palabra rotunda, bárbaramente española: «Tonterías».

Un día y otro y otro las noticias absurdas, lances ridículos, necedades, incongruencias y vaciedades que acontecen aquí, en Barcelona, en Valencia, que así, en vez de escenario de una tragedia se creerían de una cómica astracana de salón.

O ridículos, por no decir indecentes, estrenos en los teatros, o historias ambiguas y barrocas, o raras noticias de modas y costumbres.

En uno de los periódicos mejores y más difundidos, muy inteligente, bien escrito y orientado, leo (claro que acompañado, dada la índole e ideología de la publicación, correspondiente con la justa y severa anatema que la idiotez merece y que los redactores de la noticia la aplican severos), la aparición de un peinado, bastante feo por cierto, que unas cuantas niñas idiotas (que ya creía no había aquí; pero que, por lo visto, retoñan) piden, desenvueltas, y unos peluqueros (los creía en la guerra, que son más necesarios) y unas peinadoras (en las fábricas está su sitio) con alma de zurcidoras de gustos se apresuran a servir.

El peinadito se llama, agárrense ustedes bien, se llama...
«¡Arriba España!».

¿Cabe idiotez mayor? Mejor dicho, ¿cabe profanación más grande? Para crucificar el alma de los rebeldes no basta, ya que habrá interpretaciones: como reclamo, es miserable.

Yo no sé lo que piensan los rebeldes; pero si, como creo, blasonan de patriotas, sentirán asco y rabia ante la necedad de unas pobres idiotas explotadas por la codicia de los mercachifles que con esas ridiculeces lo que hacen es cubrirles de ridículo.

Nosotros, ni podemos ni debemos tolerar mamarrachadas semejantes. Para las ideas de los otros, cabría, si son sinceras, el respeto; para las ridiculeces con pretensiones de sabotaje, el castigo nada más.

Hemos de cuidar del tesoro de nuestro patriotismo, nuestra seriedad y nuestra respetabilidad; ya que la lucha ha de ser recia, pero honrada y firme, que sea honesta y limpia. En estas horas crueles en que mueren los compañeros y todos sufrimos y padecemos, dejarse de imbecilidades que resultan un sarcasmo.

MODOS Y MANERAS
POR HOY... UNA CARTA⁸⁶

Me disponía a escribir mi diario artículo, palabras de comentario a que tal vez no cuadre bien el título de artículo, ya que es... es... algo raro, individualísimo.

Con las personas que oyen, el mito de Orfeo tiene una plena confirmación. La música de las palabras obra a manera de sedante o revulsivo, según el caso de las pasiones; frena los impulsos, los adormece, quizá, en horas definitivas, o bien impulse al gesto heroico o magnífico.

Con la sordera sucede lo contrario. La idea que se nos enuncia suena rotunda, contundente, como un golpe en el silencio de la noche; pero como en la calma nocherniega, también, después, en torno de la idea se hace un silencio hueco, vacío, silencio de obscuridad, y en él no es raro afinar el pensamiento, arraigar en el ayer y crecer en el mañana.

⁸⁶ *El sindicalista*, 791: 20 de agosto de 1938, pág. 1.

El artículo este que me disponía a escribir tenía hasta nombre ya: se titulaba «El heroísmo que está en todas partes», y en él hacía algunas afirmaciones coordinantes con mi modo de pensar.

Decía, por ejemplo, que el verdadero heroísmo no plasma solo en el gesto magnífico que decide una batalla, ni en la debilidad, trocada milagrosamente en fortaleza para decidir un conflicto trágico, inclinando la solución en una dirección cualquiera; ni en el impulso que nos arroja en un sacrificio de valor más vital.

Decía que tales heroísmos, con ser muy bellos, tenían en su ayuda el valor teatral que crea un ambiente de hiperestesia, propicio a los bellos gestos; decir, en fin, que hay otras muchas formas de heroísmo más oscuras, más vulgares, cansadas y hasta melancólicas...; precisamente porque les falta la luz de los reflectores.

Es indiscutible que el heroísmo supremo, supremo porque es un heroísmo que solo podemos medir en nuestra conciencia, es el heroísmo de cumplir con nuestro deber.

Cada cual tiene su deber: uno, el de los gobernantes frente a los pueblos; otro, el de los padres ante sus hijos; otro, el del soldado en la guerra y en la paz. Hasta el último ciudadano, el más pobre y humilde, tiene un deber de cumplir, y él sabe cumplirlo, vencíéndose a sí mismo (el que se vence a sí mismo vence infaliblemente a los demás, ya que mañas y sobornos nada pueden con él), culminará en la posibilidad de humano heroísmo.

Cuando, sentado ante mi mesa, me disponía a poner mano en mi tarea, al hojear los periódicos de la noche, comenzando por mi amado EL SINDICALISTA, me encuentro el artículo de un admirado y querido compañero, Edmundo G. Acebal, en que, con cordialidad y afecto de camarada de trabajos y luchas y con la noble generosidad que es una de las características de su carácter, propone mi incorporación a los sujetos de homenaje en juego estos días.

Bien me conocen los compañeros muy queridos Natividad Adalia y Valentín de Pedro, al escribir las buenas palabras con que encabezan el artículo de Acebal; dos años llevamos de trabajo juntos en las cotidianas faenas del periódico y en cien pequeñeces del Partido; dos años en que, con el llorado y nunca bastante sentido Ángel Pestaña, con Valentín de los Mozos, con Alfonso Vidal y Planas, con Cubedo y otros muchos, hemos hecho alegremente, fraternalmente, la labor cotidiana, y bien sabían lo que de los homenajes, fuera de casos especiales, opino.

Lealmente creo que todo homenaje debe ir al Pueblo español, a «nuestro Pueblo», que ha sabido ser heroico, bueno, abnegado, inteligente, crear todo de la nada, hacer un ejército que debe llegar a ser militarmente bueno entre los mejores, ser sereno, consciente, abnegado, constante, heroico... Si alguien merece el homenaje de cariño, de estima, de admiración y amor, es el Pueblo.

Comprendo un homenaje a Jacinto Benavente, que, siendo una gloria mundial, en el ocaso de la vida, agobiado de laureles, quiso compartir con todos penas y fatigas; lo comprendo también a los Quintero, ya que, además de ser honra y paz de

la escena española, la muerte cruel, llevándose a Serafín, rompió el grupo creador de un teatro, y pocos nos han de parecer a cuantos les admiremos, que somos todos los españoles, cuantos homenajes se les rindan. Pero, los demás, no; yo, menos que ninguno.

No hice sino ser —diría yo al querido compañero Acebal— con la idea, con mi pueblo y con mis camaradas.

Las ideas no son galas amables para lucir en una parada deslumbrando o epatando. Son algo esencial en la vida misma, y cuando están en juego, en las horas duras, luchar por ellas. Mi pueblo, mi Madrid, lo adoro. He sido muy feliz en él; he disfrutado de su alegría, de su simpatía sin par, y como según viejo adagio, quien está a las maduras está a las duras, en horas crueles justo es estar con él. Con los camaradas que unen lazos de fe y de esperanza.

Nada hice sino vivir con el alma a flor de piel. La fe me enseñó que, como sucedió siempre en el mundo, el triunfo sería del sentido humano de la vida, de la Libertad, la Paz y la Justicia, sabiendo ser dignos de ellas. La solidaridad humana me crispó de horror ante las ciudades amadas (ciudades que re veo con divinos ensueños), cruelmente arrasadas; ante los muertos, los lisiados, las viudas, los huérfanos, todos los que injustamente sufren de la maldad inexorable, de esta guerra fratricida, en que, mientras los hermanos luchaban, Atila galopó sobre los campos. Y no solo como sindicalista, como confederal, como ser humano, alcé mi voz temblorosa de angustiado espanto.

No, admirado y querido Acebal; no quiero homenaje; no lo merezco. Creo que el mejor homenaje es cuando alguien me da una prueba fraternal de simpatía; cuando en mi ambular por ahí alguien viene y me ofrece un chato: «Compañero: tú eres de los nuestros y eres... madrileño.»

CARTA ABIERTA DE HOYOS Y VINENT

AL NO EXISTIR UNANIMIDAD PARA CONCEDERLE LA MEDALLA DE ORO DE MADRID, PIDE QUE SEA RETIRADA LA PROPUESTA⁸⁷

Camarada Ángel Álvarez

Consejero municipal

Cuando, tras fraterna y generosa iniciativa del compañero Edmundo G. Acebal, los queridísimos camaradas Adalia y Valentín de Pedro, director y ex redactor-jefe de EL SINDICALISTA, se solidarizaron con la cordial idea de hacerme un homenaje, en estas mismas columnas de EL SINDICALISTA publiqué unas pobres líneas protestando.

Buenos los homenajes para los héroes, para los que militarmente hubiesen realizado una proeza salvadora; pero yo no era más que un ciudadano que había cumplido su doble deber: de español, prosiguiendo mi cotidiana labor aquí; de madrileño, no abandonando mi ciudad en horas penosas, no contribuyendo al necio pánico de los cobardes.

⁸⁷ *El sindicalista*, 846: 22 de octubre de 1938, pág. 1.

Insistieron todos, y, tras rechazar cualquier forma de injustificado aplauso, ante la idea de la «Medalla de Madrid», vacilé.

En primer lugar, no es honor rechazable sin pecar de soberbio o desafecto; en segundo, confieso que adoro a mi Madrid, a «mi pueblo», en que fui muchas horas feliz y recibí muchas pruebas de solidaridad y afecto en la tristeza del silencio a que los hados, robándome el oído, me condenaron. Contento, un poco halagado, me incliné.

Pero hoy me entero que un sector de nuestro Ayuntamiento se ha opuesto y... no puede ser.

Era la Medalla de Madrid, para mí, algo así como si la ciudad entera me tendiera sus brozas, pagándome en cariño mi inmenso afecto, que me llevó a compartir dos años y medio penas y alegrías, esperanzas y desengaños, sobre todo la recia decisión de ser, a trabajar firme y decidido, a trabajar mucho y luchar con todos en la medida de mis fuerzas.

Lo que me entusiasmaba era el gesto fraterno con que correspondía a mi entusiasta adhesión. Pero, puesto que no fue así, yo le ruego, al mostrar desgana determinados sectores, retire la proposición, camarada Álvarez, quedándole a usted y a mi buen amigo Melchor Rodríguez muy reconocido.

*Antonio de Hoyos y Vinent*⁸⁸

⁸⁸ Este artículo apareció junto al siguiente texto de Natividad Adalia, por entonces director de *El sindicalista*, que por su especial interés reproducimos aquí. El penúltimo párrafo fue eliminado por la censura.

«Antonio de Hoyos y Vinent, ex marqués de Vinent, está emparentado con lo más rancio de la nobleza Española. Es Grande de España de primera clase. Es hermano del marqués de Zorzoza y Hoyos, caballero de la Orden de Carlos III y gentilhombre de Cámara.

»Este hombre tiene a sus familiares directos en la zona facciosa. Todos ellos Grandes de España, que allí continúan con la misma influencia y prosopopeya anterior a la República. Dos familiares, por mediación de la Embajada inglesa, lo han reclamado multitud de veces, negándose siempre a abandonar Madrid.

»En zona facciosa, Antonio de Hoyos y Vinent tiene fincas rústicas y urbanas, valoradas en dos millones de pesetas. En Madrid posee tres casas, ninguna de ellas incautada, de cuyas casas no cobra rentas, por vivir evacuados; sin embargo, trimestralmente abona la contribución, que representa la cantidad de 3.000 pesetas. »Como no tiene dinero alguno y a las alturas que estamos aún existen quienes prestan cuatro para recibir ocho, Antonio de Hoyos Vinent todos los trimestres pide unos miles de pesetas para abonar la contribución al Estado.

»El marqués de Vinent, cuando estalló el movimiento, poseía tres hermosos coches que cedió a la causa, y hoy puede vérselo siempre a pie, cuando más en tranvía. Hoyos y Vinent, acostumbrado a vivir bien, muy bien, a comer mejor, come hoy en el comedor colectivo de «La Concha», por dos pesetas. Este hombre es antifascista anterior al 18 de julio del 36. Pertenece a la C.N.T. y al Partido Sindicalista con anterioridad al movimiento faccioso.

»Ni un solo día, haga calor o frío, caigan obuses o venga la aviación, ha faltado Hoyos y Vinent a su trabajo. Este hombre ejemplar, que ha renunciado a todo, que podía vivir con toda comodidad en el extranjero, que sería mimado en la zona facciosa, renuncia hoy a la Medalla de Madrid que para él se pide, al observar que existen algunas personas que no le juzgan con méritos suficientes.

»Si los problemas se analizaran sin pasión política, si no se continuara actuando a ras de tierra, si se observaran los beneficios que exteriormente nos reportarían ciertos hechos por la persona de quien se trata —no se olvide que los facciosos, al comenzar el movimiento, echaron las campanas a rebato diciendo que habíamos matado a Hoyos y Vinent porque era un Grande de España—, si, en fin, no cegara la pasión política, se hubiera reconocido que aquí no había otro con más méritos para llevar la Medalla sobre su pecho que Hoyos y Vinent. Es decir, sí con más derecho que Hoyos el soldado antifascista, desconocido, que, defendiendo la independencia de su patria, cayó en el frente de lucha.

»Ese, solo ese, podría reclamar.

[*Párrafo censurado*]

»Sí, porque hay que decirlo. Nosotros no hacemos ningún sacrificio, porque nunca tuvimos dos pesetas; quien hace el sacrificio es aquel que todo lo tenía, lujos, placeres, mimos, comodidades, y hoy se sacrifica y vive con más modestia —con mucha más modestia— que todos nosotros.

»Hoyos y Vinent es el Tolstoi español, que abandona las comodidades, los lujos, la familia y se entrega al pueblo con toda su alma, come como el más mísero de los mortales y viste y calza con la humildad de un Jesucristo.

Adalia»

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

Como se sabe, Hoyos y Vinent publicó una casi inabarcable cantidad de libros, cuentos, artículos y crónicas de prensa. Con respecto a su obra literaria, la mayoría de sus ediciones originales quedaron fuera de la circulación hace tiempo y hoy solo pueden encontrarse en librerías de viejo y en las páginas web especializadas. El Instituto Cervantes ha digitalizado varias de ellas, que se pueden consultar libremente (www.cervantes-virtual.com). Con todo, una bibliografía completa y razonada podrá encontrarse en el trabajo de la profesora María del Carmen Alfonso García que se cita más abajo. Por nuestra parte, con la presente relación, esencial y no exhaustiva, tan solo deseamos ofrecer al lector algunas pistas que le ayuden a profundizar por su propio pie en el mundo de Antonio de Hoyos y Vinent.

EDICIONES MODERNAS

- El crimen del fauno*, Emiliano Escolar editor, Madrid 1980.
La vejez de Heliogábalo, Mondadori, Madrid, 1989.
Sangre sobre el barro, Cariel editores, Madrid, 1993.
El pecado y la noche, Editorial Ágata, Madrid, 1994.
El monstruo, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2009.
Aromas de nardo indiano que mata y ovonia que enloquece, Azul, Madrid, 2010.
El primer Estado, Rh+ ediciones, Madrid, 2013.
Los cascabeles de Madama Locura, La biblioteca del laberinto, Madrid, 2016.
Oro, seda, sangre y sol, La biblioteca del laberinto, Madrid, 2016.

TRABAJOS QUE INCLUYEN CUENTOS O ARTÍCULOS DE HOYOS Y VINENT

Fernando Díaz-Plaja: *Si mi pluma valiera tu pistola*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979. Incluye varios artículos de Hoyos y Vinent publicados en publicaciones anarquistas durante la Guerra Civil.

Abelardo Linares (Ed). *Tres novelas taurinas del 900*, Renacimiento, Diputación Provincial de Valencia, Valencia, 1988.

VVAA: *Cuentos de crimen y locura*, Caralt, Barcelona, 2009.

ACERCA DE ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

Luis Antonio de Villena: *Corsarios de guante amarillo*, Tusquets, Barcelona, 1983.

María del Carmen Alfonso García: «Decadentismo, dandismo, imagen pública: De cómo y por qué Antonio de Hoyos y Vinent creó a Julito Calabrés», en *Archivum*, 1988-1989 n.º 48-49, págs. 7-64.

María del Carmen Alfonso García: «De la decadencia al anarquismo: Hoyos y Vinent en *El sindicalista* (1935-1939)» en *Archivum: Revista de la Facultad de Filología*, ISSN 0570-7218, Tomo 39-40, 1989-1990, págs. 7-50. Incluye un muy útil listado cronológico de todas las colaboraciones de Hoyos en *El sindicalista*.

Rafael Cansinos-Assens: *La novela de un literato*, Alianza Editorial, Madrid, 1996. Contiene varios retratos de Hoyos y Vinent, en diferentes épocas de su vida, de interés indiscutible.

María del Carmen Alfonso García: *Antonio de Hoyos y Vinent, una figura del decadentismo hispánico*, Oviedo, Departamento de Filología Española, 1998.

Hasta la fecha el trabajo más completo sobre Hoyos y Vinent. Incluye una muy extensa y útil bibliografía.

Luis Antonio de Villena: *Los andróginos del lenguaje*, Valdemar, Madrid, 2001.

Luis Antonio de Villena: *Máscaras y formas del Fin de Siglo*, Valdemar, Madrid, 2002.

ACERCA DEL MOVIMIENTO DECADENTE

Lily Litvak: *Erotismo fin de siglo*, Antoni Bosch, Barcelona, 1979.

Albert Samain: *El jardín de la infanta*, Comares, Granada, 1993.

Mario Praz: *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*. Acantilado, Barcelona, 1999.

Joris-Karl Huysmans: *A contrapelo*, Cátedra, Madrid, 2000.

Jean Lorrain: *El maleficio*, Alfaguara, Madrid, 2004.

Se trata de la edición hoy en día más accesible de la obra maestra de Lorrain *Monsieur de Phocas*, cuyo título, de forma completamente arbitraria e imperdonable, fue modificado por el editor.

Claudio Iglesias (Comp.): *Antología del decadentismo. Perversión, neurastenia y anarquía en Francia (1880-1900)*, Caja Negra editores, Buenos Aires, 2007.

Jules Laforgue: *Obra poética*, Cátedra, Madrid, 2013.

Octave Mirbeau: *El Jardín de los suplicios*, Impedimenta, Madrid, 2011.

Rachilde: *Monsieur Venus. Novela materialista*. KRK Ediciones, Oviedo, 2016.

VVAA: *El lector decadente*, Atalanta, Girona, 2017.

OTROS LIBROS DE INTERÉS

Ángel M.^a de Lera: *Ángel Pestaña, retrato de un anarquista*, Argos, Barcelona, 1978.

Uri Eisenzweig: *Ficciones del anarquismo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2001.

Leticia García y Carlos Primo (coords.): *Prodigiosos mirmidones. Antología y apología del dandismo*, Capitán Swing, Madrid, 2012.

Clare Jerrold: *Los bellos y los dandis*, Wunderkammer, Girona, 2018.

AGRADECIMIENTOS

Este libro habría sido completamente imposible sin la colaboración de ciertas personas a las que desearía agradecer públicamente su apoyo.

A Luis Cayo Pérez Bueno, por concebir el proyecto y ofrecerme la oportunidad de llevarlo a cabo.

A Esther Peñas, por servir de puente.

Al historiador del anarquismo Paco Madrid, sin cuyos consejos e informaciones este libro habría resultado imposible.

A la Fundación Anselmo Lorenzo por su disponibilidad.

A Sergio Giménez, biógrafo de Ángel Pestaña, por sus comentarios e indicaciones.

A los trabajadores de la Hemeroteca Municipal de Madrid por su paciencia y pericia.

A Noé Ortega, sin cuyas hábiles pesquisas bibliográficas este libro habría resultado mucho más laborioso.

A José Manuel Rojo, que una noche, hace ya veinte años, me habló por primera vez de Antonio de Hoyos y Vinent.

Y a Yolanda y Olivia, con el corazón lleno de purpurina.

Mis días y mis sueños

EDWARD CARPENTER

Traducción del inglés de Borja Folch

J*e*

COLECCIÓN empero



CERMI

COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD

S
ediciones
cinca

Buen viaje, compañero

JAIME ALEJANDRE

J

COLECCIÓN empero



ediciones
cinca

**Páginas
escogidas**
(1884-1905)

LÉON BLOY

Traducción del francés de Francisco Ayala




COMITÉ ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD

e

COLECCIÓN empero


ediciones
cinca



Antonio de Hoyos y Vinent (1884-1940) fue, entre otras muchas cosas, el mayor representante de la escuela literaria decadente en España. No obstante, a pesar del incuestionable valor de gran parte de su vasta producción, y del evidente interés histórico que su figura suscita, el conjunto de su vida y su obra sigue sin ser bien conocido en nuestro país. El hecho de que fuese un escritor de enorme éxito durante las primeras décadas del pasado siglo no evitó que tras la Guerra Civil cayera un manto de silencio sobre su obra, circunstancia traumática de la que su memoria aún no se ha repuesto por completo.

El pecado y la noche, la pasión desbordada, el deseo como fuerza motriz de unas vidas llevadas al límite y enfrentadas a los condicionantes sociales, son los pilares sobre los que Hoyos construyó su obra, una obra que se reflejó una y otra vez en su vida creando una unidad fascinante a la que muy pocos escritores han conseguido acercarse. La presente antología, cuya edición ha estado a cargo del poeta Julio Monteverde, recoge una amplia selección de su obra literaria —en forma de novela, relato y teatro— delimitando un panorama claro de sus ejes de atención principales y de su evolución en el tiempo.

Igualmente, este trabajo incluye por vez primera una selección de los artículos políticos que publicó en la prensa libertaria durante la Guerra Civil, sin duda uno de los periodos más fascinantes de su vida, muy descuidado por la crítica, en los cuales se puede apreciar no solo su sólido ideario anarquista, sino también el compromiso, la valentía y la honestidad de un individuo por completo fuera de lo común.

La presente antología permite acceder a la evolución de un espíritu cuyo pensamiento y obra corrieron paralelos a una época convulsa. Una vida compleja, tremenda y paradójica, cuya unidad, ese conjunto deslumbrante, en palabras del editor: «hace de él un personaje en verdad extraordinario, único, que a día de hoy continúa ofreciendo a manos llenas *cosas que entendemos*».

